



Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

http://LeLibros.org/

Descargar Libros Gratis, Libros PDF, Libros Online

Arthur, un joven arquitecto californiano, vuelve a Los Ángeles después de pasar una larga temporada en París. Sin embargo, durante todo este tiempo no ha conseguido olvidar a Lauren, el gran amor de su vida que le robó el corazón cuando, a raíz de un accidente, cayó en estado de coma. Gracias a la insistencia y la valentía de Arthur, Lauren siguió viviendo, a pesar de la opinión del doctor y de la madre de desenchufar los aparatos que la mantenían con vida. Éstos, avergonzados, le hicieron jurar que jamás confesaría la verdad a la joven, que no recuerda nada de aquellos meses. Arthur cumple su palabra, desaparece de su vida e intenta olvidarla. Cuando vuelve a Los Ángeles el destino hará que se reencuentren.

Volver a verte. Oiala fuera cierto... 2

Si la vida ofreciera a Arthur y Lauren otra oportunidad, ¿sabrían, en esta ocasión, superar todos los obstáculos? Una hermosa novela que demuestra que segundas partes sí pueden ser buenas.

LELIBROS

Marc Levy

Volver a verte Ojalá fuera cierto - 02

Para mi hijo Louis

«La ley de la gravedad no es responsable de que la gente se enamore».

ALBERT EINSTEIN

Prólogo

Arthur pagó la cuenta en la recepción del hotel. Aún le quedaba tiempo para darse una vuelta por el barrio. El botones le entregó el ticket de la consigna y él se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Atravesó el patio y subió por Beaux Al118. Los adoquines recién regados con grandes chorros de agua se secaban bajo los primeros rayos de sol. En la calle Bonaparte, los escaparates empezaban a animarse. Arthur vaciló ante la vitrina de una pastelería y prosiguió su camino. Un poco más arriba, el campanario blanco de la iglesia Saint-Germain-des-Prés se recortaba contra los colores de la jornada que nacía. Caminó hasta la plaza de Fürstenberg, todavía desierta. Saludó a la joven florista, que acababa de subir la persiana metálica, ataviada con un delantal blanco que le daba el aire encantador de una química en su laboratorio. Los ramos desordenados que a menudo componía con su ay uda adornaban las tres habitaciones del pequeño apartamento que Arthur aún ocupaba hacía tan sólo dos días.

La florista le devolvió el saludo, sin saber que no volvería a verlo.

Cuando entregó las llaves a la portera la víspera del fin de semana, cerró la puerta a varios meses de vida en el extranjero, y al proyecto arquitectónico más audaz que había realizado: un centro cultural franco-americano.

Tal vez regresaría un día en compañía de la mujer que ocupaba sus pensamientos. Le haría descubrir las calles estrechas de aquel barrio que tanto le gustaba, y caminarían j untos por la orilla del Sena, por donde le agradaba pasear, incluso los días de lluvia, tan frecuentes en la capital.

Se instaló en un banco para redactar la carta que guardaba junto al corazón. Cuando estuvo casi terminada, volvió a cerrar el sobre de papel de Rives sin pegar la solapa y se lo metió en el bolsillo. Consultó la hora y volvió al hotel.

El taxi no iba a tardar, su avión despegaba dentro de tres horas.

Aquella noche, al término de la larga ausencia que él mismo se había impuesto, estaría de vuelta en su ciudad.

Capítulo 1

El cielo de la bahía de San Francisco era de un rojo carmesí. A través de la ventanilla, el Golden Gate emergía de una nube brumosa. El aparato se inclinó en la vertical de Tiburón, fue perdiendo altitud rumbo al sur y viró de nuevo sobrevolando el San Mateo Bridge. Desde el interior de la cabina, daba la impresión de que iba a dejarse deslizar de este modo hacía las salinas que resplandecían con mil destellos.

El Saab cabriolé se coló entre dos camiones y cortó tres carriles en diagonal, ignorando las señales de los faros de algunos conductores descontentos. Abandonó la Highway 101 y logró coger por los pelos la carretera que conducía al aeropuerto internacional de San Francisco. A los pies de la rampa, Paul aminoró la velocidad para comprobar la ruta en los letreros indicativos. Blasfemó tras equivocarse de enlace y dio marcha atrás durante más de cien metros, con el fin de encontrar la entrada del aparcamiento.

En la cabina del piloto, el ordenador de a bordo anunciaba una altitud de setecientos metros. El paisaje volvía a cambiar. Una multitud de torres, que rivalizaban en modernidad, se recortaba en la luz del sol poniente. Los alerones se desplegaron, aumentando la superficie del aparato y permitiéndole reducir aún más su velocidad. El ruido sordo del tren de aterrizaje no tardó en dejarse oír.

En el interior de la Terminal, el panel luminoso indicaba que el vuelo AF 007 acababa de aterrizar. Paul salió sin aliento de la escalera mecánica y se precipitó por el pasillo. El mármol era resbaladizo y derrapó en la curva, apenas consiguió agarrarse a la manga de un comandante de vuelo que caminaba en sentido contrario, casi no tuvo tiempo de disculparse y volvió a su loca carrera.

El aerobús A 340 de Air France avanzaba lentamente sobre la pista, y su

extraño morro se aproximó, impresionante, a los cristales de la Terminal. El ruido de las turbinas se ahogó en un silbido largo y el túnel articulado se desplegó hasta el fuselaje.

Paul, tras el tabique de las llegadas internacionales, se agachó y apoyó las manos en las rodillas para recuperar el aliento. Las puertas correderas se abrieron y la primera oleada de pasajeros se dispersó por el vestíbulo.

A lo lej os, una mano se agitaba entre el gentío; Paul se abrió camino y fue al encuentro de su meior amigo.

- —No aprietes tanto —le dii o Arthur, mientras le daba un abrazo.
- Un quiosquero los miraba enternecido.
- —Basta —insistió Arthur.
- —Te he echado de menos —dijo Paul, llevándoselo hacia los ascensores que conducían al aparcamiento, ante la mirada burlona de su amigo.
 - -¿Qué significa esta camisa hawaiana? ¿Te crees Magnum?

Paul se miró en el espejo de la cabina e hizo una mueca mientras se cerraba un botón de la camisa.

- —He ido a airear tu nuevo hogar en Delahaye Moving —continuó Paul—. Los de las mudanzas entregaron ayer tus bártulos. He puesto un poco de orden, como he podido. ¿Te has comprado todo París, o has dejado al menos dos o tres cosas en las tiendas?
 - -Gracias por ocuparte de eso; ¿está bien el apartamento?
 - —Ya lo verás, creo que te va a gustar, y además no está lejos del despacho.

Desde que Arthur terminara la imponente construcción del centro cultural, Paul había hecho todo lo posible para que volviera a San Francisco. Nada podía compensar el vacío dejado en su vida por la partida de aquel a quien amaba como a un hermano.

- -La ciudad no ha cambiado tanto -dijo Arthur.
- —Hemos construido dos torres entre las calles Catorce y Diecisiete, un hotel y oficinas, ¿y te parece que la ciudad no ha cambiado?
 - -¿Qué tal marcha el estudio?
- —Aparte de los problemas con tus clientes parisienses, todo va más o menos bien. Maureen vuelve de vacaciones dentro de dos semanas, te ha dejado una nota en el despacho, está impaciente por verte.

Mientras duraron las obras de París, Arthur y su ayudante hablaban varias veces al día, y ella había administrado todos los asuntos pendientes.

Paul estuvo a punto de pasarse la salida de la autopista y trazó una nueva diagonal en busca de la carretera que comunicaba con la calle Tres. Un concierto de bocinazos saludó su peligrosa maniobra.

—Lo siento —dijo, mirando por el retrovisor.

- —Oh, no te preocupes; una vez has conocido la plaza de l'Etoile, ya no te da miedo nada.
 - —¿Qué es?
 - -El may or circuito de autos de choque del mundo. ¡Y es gratis!

Arthur había aprovechado el semáforo del cruce de Van Ness Avenue para abrir la capota eléctrica. La tela se replegó con un chirrido terrible.

—No consigo separarme de él —dijo Paul—, tiene un poco de reumatismo, pero este coche sabe aguantar.

Arthur bajó la ventanilla y olisqueó el aire que venía del mar.

- -- ¿Oué tal París? -- preguntó Paul, lleno de entusiasmo.
- -¡Muchos parisienses!
- —;Y las parisienses?
- -; Tan elegantes como siempre!
- -- ¿Y tú y las parisienses? ¿Has tenido aventuras?

Arthur hizo una pausa antes de responder.

- -No me he hecho cura, si ése es el sentido de tu pregunta.
- -Me refiero a historias serias. ¿Te has enamorado?
- -¿Y tú? -preguntó Arthur.
- -: Soltero!

El Saab giró por Pacific Street para subir hacia el norte de la ciudad. En el cruce de Fillmore, Paul aparcó junto a la acera.

—Ya está, éste es tu nuevo home, sweet home; espero que sea de tu agrado, pero si no te encuentras a gusto siempre podemos arreglarlo con la inmobiliaria. No es sencillo elegir por otra persona...

Arthur lo interrumpió: le gustaría el sitio, estaba seguro de ello.

Atravesaron el vestíbulo del pequeño inmueble cargados con el equipaje. El ascensor los llevó hasta el tercer piso. En el pasillo, al pasar por delante del apartamento 3B, Paul le dijo que había conocido a su vecina, « una belleza», susurró mientras hacía girar la llave en la cerradura de la puerta de enfrente.

Desde el salón, la vista abarcaba los tejados de Pacific Heights. La noche estrellada entraba en la habitación. Los empleados de la empresa de mudanzas habían dispuesto sin orden ni concierto los muebles llegados de Francia y subido la mesa de dibujo, que estaba frente a la ventana. Las cajas de libros estaban vacías y su contenido y a adornaba las estanterías de la biblioteca.

Arthur enseguida desplazó el mobiliario, reorientando el sofá de cara a la cristalera y empujando uno de los dos sillones hacia la pequeña chimenea.

- -Veo que sigues siendo tan quisquilloso como siempre.
- -Está mejor así, ¿no?
- -Está perfecto -contestó Paul-. ¿Te gusta ahora?

- --; Me siento como en casa!
- —¡Aquí estás, de vuelta en tu ciudad, en tu barrio y, con un poco de suerte, en tu vida!

Paul lo acompañó a las demás habitaciones. El dormitorio era grande y ya estaba amueblado con una gran cama, dos mesitas de noche y una cómoda. Un rayo de luna se filtraba por la ventanita del cuarto de baño contiguo y Arthur la abrió de immediato; había una hermosa perspectiva.

A Paul le exasperaba tener que dejarle la noche misma de su llegada, pero tenía aquella cena de trabajo; el estudio concursaba en un importante proyecto.

- -Hubiera querido acompañarte -dijo Arthur.
- —¿Con esa cara de desfase horario? ¡Prefiero que te quedes en casa! Pasaré a buscarte mañana y te llevaré a comer.

Paul estrechó a Arthur entre sus brazos y le repitió hasta qué punto se alegraba de que hubiera vuelto. Al salir del cuarto de baño, se dio la vuelta y señaló las paredes de la estancia.

- —¡Ah! Y en este apartamento hay una cosa formidable en la que aún no has reparado.
 - -¿Qué es? -preguntó Arthur.
 - -iNo hay ni un solo cuadro!

En el corazón de San Francisco, un rutilante Triumph verde circulaba a toda velocidad por Potrero Avenue. John Mackenzie, el vigilante del aparcamiento del San Francisco Memorial Hospital, dejó su periódico. Reconocía aquel ruido de motor tan especial que hacía el coche de la joven médica en cuanto franqueaba la intersección de la calle Veintidós. Los neumáticos del cabriolé chirriaron delante de su garita. Mackenzie bajó de su taburete y miró el capó, encajado debajo de la barrera casi hasta la altura del parabrisas.

- —;Tiene que operar de urgencias al decano, o esto lo hace para ponerme nervioso?—preguntó el vigilante, sacudiendo la cabeza.
- —Una pequeña descarga de adrenalina no puede hacerle ningún daño a su corazón; debería agradecérmelo, John. ¿Me deja entrar ahora, por favor?
 - -No tiene guardia esta noche, no hay ninguna plaza reservada para usted.
- -Me he olvidado un manual de neurocirugía en la taquilla. ¡Es sólo un minuto!
- —Entre su trabajo y este bólido, acabará matándose, doctora. La 27, al fondo a la derecha. está libre.

Lauren le dio las gracias con una sonrisa, la barrera se elevó y ella apretó de inmediato el acelerador, provocando un nuevo chirrido de neumáticos. El viento le levantó varios mechones de pelo, descubriendo en su frente la cicatriz de una antigua herida. Solo en el salón, Arthur se iba familiarizando con el lugar. Paul había instalado una pequeña cadena estéreo en una de las estanterías de la biblioteca.

Encendió la radio y se ocupó en desempaquetar las últimas cajas apiladas en un rincón. Sonó el timbre de la puerta y Arthur atravesó el pasillo. Una anciana encantadora le tendió la mano.

-iSoy Rose Morrison, su vecina!

Arthur le propuso que entrara, pero ella declinó la invitación.

—Me encantaría charlar con usted —le dijo—, pero tengo una noche muy apretada. En fin, vamos a aclarar las cosas: nada de rap, nada de techno, de vez en cuando algo de rythm & blues, pero únicamente del bueno, y en cuanto al Hip Hop, ya veremos. Si necesita cualquier cosa, llame a mi puerta; e insista un poco: jestoy sorda como una tapia!

La señora Morrison volvió a atravesar el pasillo enseguida Arthur, divertido, se quedó unos instantes en el rellano antes de ponerse otra vez manos a la obra.

Una hora más tarde, los calambres en el estómago le recordaron que no había ingerido nada desde la comida en el avión. Abrió el frigorífico sin grandes esperanzas y descubrió con sorpresa una botella de leche, una barrita de mantequilla, un paquete de tostadas, una bolsa de pasta fresca y una notita de Paul deseándole buen provecho.

El vestíbulo de Urgencias estaba a reventar. Camillas, sillas de ruedas, sillones, bancos... Hasta el menor espacio estaba ocupado. Detrás de los cristales de recepción, Lauren consultaba la lista de ingresos. Apenas había tiempo de borrar de la gran pizarra blanca el nombre de los pacientes que ya habían recibido tratamiento, cuando otros los reemplazaban.

- —¿Se ha producido un terremoto y no me he enterado? —le preguntó a la recepcionista con ironía.
 - —Tu llegada es providencial: estamos desbordados.
 - -¡Ya lo veo! ¿Qué ha ocurrido? -quiso saber Lauren.
- —Un remolque se ha desenganchado de un camión y ha terminado en el escaparate de un supermercado. Veintitrés heridos, diez de ellos graves. Siete están en las cabinas detrás de mí, tres en el escáner, y he avisado a los de reanimación para que nos envien refuerzos —prosiguió Betty, al tiempo que le entregaba una pila de carpetas.
- —¡Empieza una bonita noche! —concluyó Lauren mientras se ponía una bata

Entró en la primera sala de exploración.

La joven que parecía dormida sobre la mesa de exploración tendría unos treinta años. Lauren consultó rápidamente su ficha de ingreso. De su oído

izquierdo brotaba un hilo de sangre. La aguerrida interna echó mano del pequeño boligrafo que llevaba colgado del bolsillo de la bata y levantó los párpados de su paciente, pero las pupilas no reaccionaron al haz luminoso. Palpó las extremidades azuladas y volvió a dejar suavemente la mano de la joven. Para asegurarse, le aplicó el estetoscopio en la base del cuello, luego la cubrió con la sábana. Lauren miró el reloj de pared, anotó algo en la cubierta de la carpeta y salió de la estancia para ir al box vecino. En la hoja del historial que había dejado encima de la cama, estableció la hora del fallecimiento a las 20 horas 21 minutos; la hora de una muerte debe ser tan precisa como la de un nacimiento.

Arthur inspeccionó todos los rincones de la cocina, abrió los cajones y apagó el fuego bajo el agua hirviendo. Salió de su casa y llamó a la puerta de su vecina. Al no obtener respuesta, ya se disponía a dar media vuelta cuando contestó.

- -: Usted cree que eso es llamar fuerte? dijo la señora Morrison.
- -No quería molestarla; ¿tendría un poco de sal?
- La señora Morrison lo miró, consternada.
- —¡Me cuesta creer que los hombres sigan utilizando estos trucos tan obvios para ligar!

Cuando Arthur la miró con expresión inquieta, la anciana estalló en una franca carcaiada.

—¡Tendría que verse la cara! Entre. Las especias están en el cesto que hay junto al lavaplatos —dijo ella, señalando la pequeña cocina contigua al salón—. Coja todo lo que necesite le dejo: estoy muy ocupada.

Y se apresuró a ocupar de nuevo su sitio en el gran sillón que estaba frente al televisor. Arthur pasó al otro lado de la barra y miró, intrigado, la cabellera blanca de la señora Morrison agitándose tras el respaldo del sillón.

—Oiga, hijo mío, quédese o váyase, haga lo que quiera, pero sin hacer ruido. Dentro de un minuto, Bruce Lee hará un lata increíble y le meterá una buena tunda a ese jefecillo de la tríada que está empezando a ponerme de los nervios.

Le anciana le hizo un gesto para que se instalara en el sillón vecino, ¡pero en silencio!

—Cuando termine esta escena, coja el plato de carne fría del frigorífico y venga a mirar el resto de la película conmigo ¡no lo lamentará! ¡Además, una cena para dos siempre es mejor que para uno solo!

El hombre tumbado en la mesa de exploración padecía múltiples fracturas en las piernas; y a juzgar por la palidez de su rostro, «padecer» era la palabra adecuada

Lauren abrió el botiquín y sacó una ampollita de cristal y una jeringuilla.

- -No soporto las iny ecciones -gimió su paciente.
- -i Tiene las dos piernas rotas y le da miedo una aguja? ¡Los hombres nunca

- dejarán de sorprenderme!
 - —¿Qué va a inyectarme?
 - -El remedio más viejo del mundo para luchar contra el dolor.
 - --: Es tóxico?
- —El dolor provoca estrés, taquicardia, hipertensión y secuelas irreversibles en la memoria... Créame: es más nocivo que unos miligramos de morfina.
 - —¿En la memoria?
 - -- A qué se dedica, señor Kowack?
 - —Sov mecánico.
- —Entonces le propongo un trato: confie en mí en lo que respecta a su salud y el día en que vo le traiga mi Triumph, le deiaré hacer todo lo que quiera.
- Lauren hundió la aguja en el catéter y apretó el pistón de la jeringuilla. Al liberar el alcaloide en la sangre, liberaría a Francis Kowack de su suplicio. El líquido opiáceo penetró en la vena basilica y, en cuanto alcanzó el tronco cerebral, inhibió al instante el mensaje neurológico del dolor. Lauren se sentó en un taburete con ruedas y le secó la frente mientras controlaba su respiración. Se estaba tranquilizando.
- —A este producto lo llaman morfina, por Morfeo. Ahora, descanse. Ha tenido mucha suerte.

Kowack levantó los oi os al cielo.

- —Estaba haciendo mis compras —murmuró el hombre—. Me ha atropellado un camión en la sección de congelados y tengo las piernas hechas trizas.
 - -¡Que no se encuentre en la cabina que tiene justo al lado!

La cortina de la sala de exploración se deslizó sobre sus rieles. El profesor Fernstein ponía cara de tener un mal día.

- --: No tenía libre este fin de semana? -- dii o.
- —¡La creencia es una cuestión religiosa! —Contestó Lauren, con brusquedad —. Sólo me he pasado un momento pero, como puede comprobar aquí no falta trabaio — añadió prosiguiendo su examen.
- —Raramente falta trabajo en un servicio de Urgencias. Si juega con su salud, también está jugando con la de sus pacientes. ¿Cuántas horas de guardia ha realizado esta semana? No sé por qué le hago esta pregunta, aún es capaz de contestarme que cuando a uno le gusta, no cuentan las horas —dijo Fernstein, furioso, saliendo del box.
- —¡Es un caso! —refunfuñó Lauren, aplicando el estetoscopio sobre el pecho del mecánico, que la miraba aterrorizado—. Tranquilícese, sigo en plena forma, y él siempre es así de cascarrabias.
- —Yo me ocuparé de él —dijo Betty dirigiéndose a Lauren—. Te necesitamos, ¡Estamos totalmente desbordados!

Lauren se levantó y le pidió a la enfermera que telefonease a su madre. Iba a quedarse toda la noche y alguien tendría que cuidar de su perra Kali.

La señora Morrison estaba lavando los platos y Arthur se había adormecido en el sofá

- -Creo que ya es hora de que vaya a acostarse.
- -Yo también lo creo -dijo Arthur, estirándose-. Gracias por la velada.
- —Bienvenido a Pacific Sreet 212. A menudo soy demasiado discreta, pero si necesita cualquier cosa, siempre puede llamar a mi puerta.

Cuando iba hacia la puerta, Arthur reparó en un perrito blanco y negro que estaba tumbado debajo de la mesa.

—Es Pablo —dijo la señora Morrison—. Al verle así parece que esté muerto,

- Es Pablo dijo la señora Morrison —. Al verte asi parece que este muerto, pero se conforma con dormir: es su actividad favorita. Aunque y a es hora de que lo despierte para sacarlo a pasear.
 - -¿Quiere que lo haga yo?
- —Vaya a acostarse: en su estado, me temo que los encontraría a los dos mañana por la mañana roncando al pie de un árbol.

Arthur la saludó y regresó a su casa. Le habría gustado hacer un poco más de limpieza, pero el cansancio pudo más que su impulso.

Tumbado en la cama y con la cabeza apoyada en las manos, miraba a través de la puerta entreabierta del dormitorio. Las cajas apiladas en el salón le reavivaron el recuerdo de una noche, de otros tiempos, cuando vivía en el último piso de una casa victoriana, no lejos de alli.

Pasaban de las dos de la madrugada y la enfermera jefe estaba buscando a Lauren. El vestibulo de Urgencias por fin se había vaciado. Aprovechando el momento de calma, Betty decidió ir a abastecer los botiquines de las salas de exploración. Avanzó por el pasillo y descorrió la cortina de la última cabina. Acurrucada encima de la cama, Lauren dormía el sueño de los justos. Betty volvió a correr el velo y se alejó, sacudiendo la cabeza.

Capítulo 2

Arthur se despertó al mediodía. La caricia de un sol cenital entraba por la ventana del salón. Se preparó un desayuno ligero y llamó al móvil de Paul.

—Hola, Baloo —dijo su amigo al descolgar—, veo que has aprovechado al máximo.

Paul le propuso salir a comer, pero Arthur tenía otros fines en mente.

- --Resumiendo --dijo Paul---, que puedo elegir entre dejarte ir a Carmel andando o llevarte en coche.
- —¡No! Me gustaría pasar por el garaje de tu padrastro, recuperar el Ford, y que fuéramos los dos juntos.
- —No se ha puesto en marcha desde la noche de los tiempos ¿quieres pasarte el fin de semana en la autopista esperando una grúa?

Pero Arthur le señaló que aquella ranchera había conocido sueños más prolongados y, además, conociendo la pasión del padrastro de Paul por los coches antiguos seguro que lo había mimado.

—Mi viejo Ford de los años sesenta tiene mejor salud que tu cabriolé prehistórico.

Paul consultó la hora; dentro de unos minutos llamaría al garaje, Arthur sólo tendría que reunirse allí con él.

A las tres, los dos amigos se encontraron ante la puerta del establecimiento. Paul hizo girar la llave en la cerradura y entró en el taller. En medio de los vehículos de policía en reparación, Arthur creyó reconocer una vieja ambulancia durmiendo bajo una lona. Se aproximó y levantó un extremo de la tela. La calandra tenía cierto aire nostálgico. Arthur rodeó el furgón, vaciló y acabó abriendo la puerta trasera. En el interior de la cabina, bajo una espesa capa de polvo, una camilla le reavivó tantos recuerdos que Paul tuvo que alzar el tono de voz para arrancar a Arthur de su ensueño.

—Olvídate de la calabaza y ven aquí, Cenicienta: hay que mover tres coches para sacar tu Ford. ¡Ya que vamos a Carmel, no nos perdamos la puesta de sol!

Arthur volvió a dejar la lona en su sitio, acarició el capó y murmuró: —Hasta la vista, Daisy.

Cuatro intentos con el pedal del acelerador, apenas tres carraspeos y el motor del Ford se puso a ronronear. Después de unas cuantas maniobras, y de otras tantas invectivas de Paul, la ranchera abandonó el garaje, y se dirigió al norte de la ciudad para coger la carretera N.º 1, que bordea el Pacífico.

- ¿Sigues pensando en ella? - preguntó Paul.

Por toda respuesta, Arthur bajó la ventanilla; un viento tibio entró en el automóvil

Paul dio unos golpecitos en el retrovisor, como si fuese a probar un micro.

- —Uno, dos, uno, dos, tres. Ah, sí, funciona; espera, lo intentaré de nuevo... ¿Sigues pensando en ella?
 - —A veces —contestó Arthur
 - --: A menudo?
- —Un poco por la mañana, un poco a mediodía, un poco por la tarde y un poco por la noche.
- —Hiciste bien marchándote a Francia para olvidarla: ¡pareces completamente curado! ¡Y los fines de semana también piensas en ella?
- —No he dicho que me impidiera vivir. Querías saber si pensaba en ella y yo te he contestado, eso es todo. He tenido aventuras, si eso te tranquiliza; y ahora cambia de tema, no me apetece hablar de ello.

El coche circulaba hacia la bahia de Monterrey y Paul contemplaba las playas del Pacífico, que iban desfilando al otro lado del cristal; los kilómetros siguientes transcurrieron en silencio.

—Espero que no intentarás volver a verla —aventuró.

Arthur no dijo nada y un nuevo silencio se instaló a bordo.

El paisaje alternaba playas y marismas, que el trazo de asfalto de la carretera ribeteaba. Paul apagó la radio porque crepitaba cada vez que pasaban entre dos colinas.

- -; Acelera, nos vamos a perder la puesta de sol!
- —Llevamos dos horas de ventaja y, además, ¿desde cuándo tienes un alma tan bucólica?
- -¡Pero si a mí me da lo mismo el crepúsculo! ¡Lo que me interesa son las chicas que están en la playa!

El sol declinaba y sus rayos se filtraban entre las estantería de una pequeña biblioteca que ocultaba una ventana en el ángulo del salón. Lauren había dormido gran parte de la tarde. Miró el reloj y fue al cuarto de baño. Se refrescó la cara bajo el chorro de agua, abrió el armario y dudó ante un pantalón de jogging. Apenas tenía tiempo de ir a correr a Marina si quería volver a tiempo a la guardia de noche, pero necesitaba airearse.

Se vistió. Tanto peor si no cenaba: sus horarios eran absurdos, ya picaría algo de camino. Pulsó la tecla del contestador telefónico. Un mensaje de su novio le recordaba que aquella noche debían asistir los dos a la proyección del último

documental que él había realizado. Borró el mensaje antes de que la voz de Robert tuviese tiempo siquiera de precisar la hora de la cita.

Hacía un cuarto de hora largo que el Ford había salido de la carretera N.º 1. Los contornos de la propiedad se recortaban a lo lejos, sobre la colina; Arthur giró en el desvío y tomó la dirección de Carmel.

- —Tenemos todo el tiempo del mundo, dej emos antes las bolsas —dijo Paul. Pero Arthur se negó a dar media vuelta: tenía otra cosa en la cabeza.
- —Debería haber comprado pinzas para tender la colada —continuó Paul—. Suponiendo que consigamos abrirnos camino entre las telas de araña, la casa olerá un poquitín a cerrado. no?
- —Hay momentos en que me pregunto si crecerás alguna vez. La han limpiado regularmente, incluso hay sábanas nuevas en las camas. En Francia tienen teléfono, ¿sabes?, y también ordenadores, Internet y televisión. ¡Sólo en la cafetería de la Casa Blanca creen que los franceses no tienen agua corriente!

Se metió por un camino que trepaba hacia lo alto de una colina; ante ellos apareció la verja de hierro forjado del cementerio.

En cuanto Arthur bajó del coche, Paul ocupó el asiento del conductor.

- —Dime, en esa casa mágica que se mantiene en condiciones mientras tú no estás, ¿no se habrán puesto de acuerdo el horno y el frigorifico para prepararnos la cena?
 - -No, para eso no hay nada previsto.
- —Bueno, pues habrá que hacer unas compras antes de que todo esté cerrado. Vendré a buscarte —dijo Paul con voz alegre—; además, prefiero dejarte unos momentos de intimidad con tu madre.

Había una tienda de ultramarinos a dos kilómetros. Paul prometió regresar enseguida. Arthur vio alejarse el coche entre nubes de polvo, dio la vuelta y caminó hacia el umbral de la verja. La luz era suave y el alma de Lili parecía planear a su alrededor, como tantas veces desde su muerte. Al final del sendero, encontró la lápida blanqueada por el sol.

Arthur cerró los ojos; el jardín olía a menta. Se puso a hablar en voz baja...

« Recuerdo un día en el jardín de las rosas. Yo estaba jugando sentado en el suelo; tendría seis o siete años. Era el inicio de nuestro último año. Tú saliste de la cocina y te instalaste bajo el porche. Yo no te vi. Antoine había bajado al mar, así que yo aprovechaba su ausencia para jugar a lo prohibido. Cortaba los rosales con sus tijeras de podar, demasiado grandes para mis manos. Tú abandonaste el balancín y bajaste los peldaños de la escalera para protegerme de la herida que se avecinaba

- » Al oír tus pasos creí que ibas a gritar, porque había traicionado la confianza que a ti te gustaba darme; creí que me arrebatarías la herramienta como se quita una medalla a quien ya no es digno de ella. Pero nada de eso; te sentaste cerca de mí y me miraste. Luego cogiste mi mano y la guiaste a lo largo del tallo. Con la voz enternecida por las sonrisas, me dijiste que siempre había que cortar por debajo del capullo, pues si no se corría el riesgo de herir a la rosa; y un hombre jamás debe herir a una rosa, ¿no es así? Pero ¿quién piensa en lo que hiere a los hombres?
- » Nuestras miradas se cruzaron. Me pasaste el dedo por debajo de la barbilla y me preguntaste si me sentía solo. Yo agité la cabeza para decir que no, con toda la fuerza que hace falta para ahuyentar una mentira. No siempre podías alcanzarme en el abismo de nuestras edades, que yo poblaba a mi manera. Mamá, ¿crees en un destino que nos empuja a reproducir los mismos comportamientos de nuestros padres?
- » Recuerdo tus palabras en la última carta que me dejaste. Yo también he renunciado, mamá.
- » No imaginaba que se pudiera amar como yo la he amado. Creí en ella como se cree en un sueño. Cuando se desvaneció, yo desapareci con ella. Pensé que actuaba por valentía, por abnegación, pero podría haberme negado a escuchar a todos aquellos que me ordenaron que no la volviese a ver. Salir de un coma es como nacer otra vez. Lauren necesitaba tener a su familia al lado. Y su única familia eran su madre y un novio con el que continuó. ¿Qué soy yo para ella sino un desconocido? En cualquier caso, no soy quien le hará descubrir que todos los que la rodean aceptaron que se la dejase morir. Yo no tenía derecho a quebrar el frágil equilibrio que tanto necesitaba.
- » Su madre me suplicó que no le dijera que también ella había renunciado. El neurocirujano me juró que eso provocaría un choque del que tal vez no se recuperase. Su novio, que volvió a entrar en su vida, ha sido la última barrera que se ha alzado entre ella y yo.
- » Sé lo que estás pensando. La verdad está en otra parte, el miedo es plural. Me hizo falta tiempo para admitir que tuve miedo de no saber conducirla hasta el final de mis sueños; miedo de no estar a su altura; miedo de no querer realizarlos; miedo, finalmente, de no ser el hombre que ella esperaba; miedo de admitir que ella me había olvidado.
- » Mil veces he pensado en buscarla, pero también entonces he tenido miedo de que ella no me crea, miedo de no saber reinventar nuestras risas, miedo de que ella ya no fuese aquella a quien amé y, sobre todo, miedo de pederla de nuevo; para eso no habría tenido fuerzas. Me marché a vivir al extranjero para alejarme de ella. Pero no hay distancia lo bastante grande cuando se ama a alguien. Bastaba con que una mujer en la calle se le pareciera para que yo crey era que la veia; o que mi mano garabatease su nombre en una hoja de papel

para hacerla aparecer; que cerrara los ojos para ver los suyos, o que me encerrara en el silencio para oír su voz. Y durante este tiempo, me he equivocado con el proyecto más bonito de mi carrera. He construido un centro cultural con la fachada embaldosada: :parece un hospital!

» Al marcharme, también estaba huyendo de mi cobardía. Tiré la toalla, mamá, y si supieras cuánto me lo reprocho... Vivo en la contradicción de esta esperanza en que la vida nos vuelva a poner al uno frente al otro, sin saber si me atrevería a hablarle. Ahora tengo que dar un paso adelante, sé que comprenderás lo que estoy a punto de hacer con tu casa y no me lo tendrás en cuenta. Pero no te preocupes, mamá: no he olvidado que la soledad es un jardín donde no crece nada. Aunque hoy viva sin ella, y a no estoy solo, pues ella existe en algún lugar.

Arthur acarició el mármol blanco y se sentó en la piedra, todavía impregnada de la calidez del día. En la pared, junto a la tumba de Lili, crece una vid, y cada año da racimos de uva que picotean los pájaros de Carmel.

Arthur oyó el crujido de la gravilla; se dio la vuelta y vio a Paul, que estaba sentado delante de una estela, a unos metros de distancia. Su amigo también empezó a hablar en un tono de confidencia.

—Esto no está nada bien, ¿eh, señora Tarmachov? ¡Su sepultura se encuentra en un estado vergonzoso! Hace ya mucho tiempo, pero no es culpa mía, ¿sabe? A causa de una mujer cuyo fantasma frecuentaba, esa bestia de ahí decidió abandonar a su mejor amigo. Pero bueno, aquí estoy, nunca es demasiado tarde, y he traído todo lo necesario.

De una bolsa de la tienda, Paul sacó un cepillo, jabón líquido y una botella de agua y se puso a frotar la piedra enérgicamente.

- —¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Arthur—. ¿Acaso la conoces. a esa tal señora Tarmachov?
 - —¡Murió en 1906!
- —Paul, ¿no puedes dejar de hacer estupideces ni dos segundos? ¡Estamos en un lugar de recogimiento!
 - -¡Pues yo me recojo limpiando!
 - -: La tumba de una desconocida?
- —No es una desconocida, amigo mío —dijo Paul mientras se ponía en pie—.
 ¡Con la cantidad de veces que me has obligado a acompañarte al cementerio
 para visitar a tu madre, no me irás a hacer una escena de celos por simpatizar un
 poco con su vecina!

Paul enjuagó la piedra, que había recuperado su blancura, y contempló el trabajo realizado, satisfecho de sí mismo. Arthur lo miró, consternado, y se levantó también

-¡Dame las llaves del coche!

—¡Hasta la vista, señora Tarmachov! —dijo Paul—. No se preocupe: con lo riguroso que es éste, al menos nos veremos dos veces antes de Navidad. De todas formas ahora va está limbia hasta el otoño.

Arthur cogió a su amigo del brazo.

-Tenía cosas importantes que decirle.

Paul se lo llevó hacia el camino que conducía a la gran puerta de hierro forjado del cementerio.

-Muy bien, vamonos ya; he comprado una costilla de buey que ni te cuento.

En el sendero donde Lili reposaba de cara al océano, vieron la sombra de un viejo jardinero que rastrillaba la grava. Los dos amigos caminaron hasta el coche, aparcado más abajo. Paul consultó el reloj; el sol no tardaría en declinar tras la línea del horizonte.

- -¿Conduces tú o conduzco y o? -preguntó Paul.
- -iEl viejo Ford de mamá? Estás de broma. iLo de antes ha sido una excepción!

El coche se alejó por la carretera que descendía a lo largo de la colina.

- -Me importa un rábano conducir tu viejo Ford.
- -Entonces, ¿por qué me lo pides cada vez?
- -: Me tienes harto!
- -¿Quieres hacer la costilla de buey en la chimenea?
- -iNo, más bien estaba pensando en asarla en la biblioteca!
- —¿Y si, después de la playa, vamos al puerto a comer unas langostas? propuso Arthur.

El horizonte se estaba cubriendo de una seda rosácea que se trenzaba en largas cintas que parecían unir el océano con el cielo.

Lauren había corrido hasta que se quedó sin aliento. Estaba recuperándose mientras comía un bocadillo sentada en un banco frente al pequeño puerto deportivo. Los mástiles de los veleros se balanceaban bajo una brisa ligera. Robert apareció en el paseo con las manos en los bolsillos.

- -Sabía que te encontraría aquí.
- —¿Eres adivino o estás haciendo que me sigan?
- —No hay que ser un adivino —dijo Robert, sentándose en el banco—. Te conozco, ¿sabes? Cuando no estás en el hospital o en la cama, estás corriendo.
 - -; Me evado!
 - -- ¡También te evades de mí? No me has contestado las llamadas.
- —Robert, no tengo ganas de volver a esta conversación. Mi internado se acaba en otoño, y aún me queda mucho trabajo si quiero sacarme el título.
- —Sólo eres ambiciosa cuando se trata de tu trabajo. Las cosas han cambiado desde tu accidente

Lauren tiró el resto del bocadillo a una papelera y se levantó para atarse los cordones de las zapatillas de deporte.

- -Necesito desahogarme, ¿te molesta si sigo corriendo?
- —Ven —dijo Robert, reteniéndola por la mano.
- —¿Adónde?
- -Por una vez estaría bien que te dejaras llevar, ¿no?

Abandonó el banco para llevársela hacia el aparcamiento bajo su brazo protector. Unos instantes más tarde, el coche se alejó hacia Pacific Heights.

Los dos amigos se habían sentado en el extremo del muelle. Las olas tenían reflejos aceitosos y el cielo era ahora del color del fuego.

- —Me estoy metiendo donde no me llaman pero, por si no lo habías notado, el sol se pone exactamente por el otro lado —le dijo Arthur a Paul, que le daba la espalda y contemplaba la playa.
- —¡Pues harías bien en meterte! Tu sol tiene todos los números para estar ahí mañana por la mañana, mientras que esas dos chicas de ahí, ya no es tan seguro.

Arthur observó a las dos jóvenes que, sentadas en la arena, reían.

Una ráfaga de viento levantó el cabello de una de ellas, y la otra se quitó la arena que le había entrado en los ojos.

—Es una buena idea lo de las langostas —exclamó Paul, dando una palmada en la rodilla de Arthur—. Como demasiada carne, y un poco de pescado me irá bien

Las primeras estrellas se elevaban en el cielo de la bahía de Monterrey. En la play a, varias parejas aprovechaban todavía aquel instante de calma.

- —Son crustáceos —replicó Arthur, abandonando el muelle.
- —¡Qué mentirosas, las langostas! ¡No es eso lo que me dijeron a mí! En fin, la chica de la izquierda sin duda es tu tipo, se parece un poco a *lady* Casper; yo abordaré a la de la derecha —añadió Paul, mientras se alejaba.

—;Tienes la llave? —preguntó Robert, rebuscando en sus bolsillos—. Me he dejado la mía en el despacho.

Ella entró la primera en el apartamento. Sintió deseos de refrescarse y abandonó a Robert en el salón. Sentado en el sofá, enseguida oyó el ruido del agua en la ducha.

Robert empujó suavemente la puerta del dormitorio. Lanzó una por una sus prendas de ropa encima de la cama y avanzó a hurtadillas hasta el cuarto de baño. El espejo estaba cubierto de vaho. Descorrió la cortina y entró en la cabina.

-¿Quieres que te frote la espalda?

Lauren no contestó, sino que se pegó a la pared embaldosada. La sensación en el vientre era agradable. Robert le puso las manos encima de la nuca y le hizo un masaje en los hombros antes de abrazarla con ternura. Ella agachó la cabeza y se abandonó a sus caricias.

El maître los había instalado ante el ventanal. Onega se reía del relato de Paul. La adolescencia compartida con Arthur en el internado, los años de facultad, los primeros tiempos del estudio de arquitectura que habían fundado juntos... Esa historia le permitiría entretener a sus invitadas hasta el final de la cena. Arthur, silencioso, tenía la mirada perdida en el océano. Cuando el camarero les sirvió las langostas, Paul le propinó una patada por debajo de la mesa.

- —Pareces estar en otra parte —susurró Mathilde, su vecina, para no interrumpir a Paul.
- —Puedes hablar más alto: ¡no nos oirá! Lo lamento, es cierto, estaba un poco ausente, pero es que acabo de hacer un largo viaje y esa historia ya me la sé de memoria: ¡yo también estaba!
- $-_i Y$ tu amigo paga la cuenta cada vez que invitáis a cenar a una mujer? bromeó Mathilde.
- —Con algunas variaciones y a menudo adornando mi papel, sí —contestó Arthur.

Mathilde se lo quedó mirando largo rato.

- —Echas de menos a alguien, ¿verdad? Lo llevas escrito en los ojos con unas letras enormes —diio ella.
- —Son sólo estos lugares poco frecuentados, que hacen que resurjan ciertos recuerdos.
- —Yo necesité seis semanas largas para recuperarme de mi última separación. Dicen que curarse de una historia lleva la mitad del tiempo que duró. Y luego, uno se despierta una mañana y el peso del pasado ha desaparecido como por encantamiento. No te imaginas hasta qué punto te sientes ligero. Respecto a eso, ahora soy libre como el aire.

Arthur le dio la vuelta a la mano de Mathilde, como si quisiera leerle las líneas de la palma.

- —Tienes mucha suerte —dij o.
- —Y a ti, ¿desde cuándo te dura esta convalecencia?
- -¡Desde hace años!
- —;Tanto tiempo estuvisteis juntos? —preguntó la joven, con la voz llena de ternura.
 - -¡Cuatro meses!

Mathilde Berkane bajó la vista y cortó bruscamente su langosta.

Robert estaba tumbado sobre la cama v se estiró para coger los vaqueros.

- -: Oué buscas? -quiso saber Lauren, secándose el cabello con una toalla.
- -: Mi paquete!
- -No tendrás intención de fumar aquí...
- —¡De chicles! —dijo Robert, mostrando con orgullo la cajita que extrajo del bolsillo del pantalón.
- —Haz el favor de meterlos en un papelito antes de tirarlos, es realmente asqueroso para los demás.

Se puso unos pantalones y una camisa azul con las siglas del San Francisco Memorial Hospital.

—No deja de ser curioso —replicó Robert, con las manos detrás de la cabeza —. Te pasas el día viendo cosas horribles en tu hospital y resulta que te dan asco mis chicles.

Lauren se puso la bata y se ajustó el cuello delante del espejo. La idea de reencontrarse con su trabajo y con el ambiente de Urgencias le devolvió el buen humor.

Cogió las llaves de la cómoda y salió del dormitorio; se detuvo en medio del salón y volvió sobre sus pasos. Miró a Robert, tumbado, desnudo, encima de su cama

—No pongas esa cara de cordero degollado; en el fondo, sólo necesitas llevar a una mujer colgada del brazo para el estreno de esta noche. En realidad, sólo piensas en ti... ¡y yo tengo guardia!

Cerró la puerta de su casa y bajó al aparcamiento. Unos minutos más tarde, salió a la noche tibia al volante del Triumph. Las farolas se encendieron de una en una en Green Sreet, como si quisieran saludarla a su paso. La idea le provocó una sonrisa

Capítulo 3

El viejo Ford remontaba la costa bajo una luna rojiza que iluminaba toda la bahía de Monterrey. Paul no había pronunciado palabra desde que acompañara las dos muchachas a su hotelito. Arthur apagó la radio y se detuvo en el área de estacionamiento que había junto al acantilado. Apagó el motor y apoyó la barbilla en las manos, aferradas al volante de baquelita. La sombra de la casa se recortaba más abajo. Bajó la ventanilla para que entrara el perfume de la menta silvestre que tapizaba las colinas.

- -- ¿Por qué pones esa cara? -- preguntó Arthur.
- —¿Me tomas por un imbécil?
- Paul dio un golpe en el tablero.
- —¿Y este coche? ¿También piensas deshacerte de él? ¿Vas a liberarte de todos tus recuerdos?
 - —¿De qué estás hablando?
- —Ahora comprendo tu artimaña: « pasemos primero por el cementerio, luego por la playa y vayamos a comer unas langostas...». ¿Creías que de noche no vería el letrero de « Se vende» en la valla? ¿Cuándo tomaste esta decisión?
 - -Hace varias semanas, pero aún no he recibido ninguna oferta seria.
- —Yo te dije que girases página sobre una mujer, no que quemaras la biblioteca de tu pasado. Si te separas de la casa de Lili, te arrepentirás. Un día volverás a pasear junto a esa valla, llamarás al timbre, unos desconocidos te invitarán a visitar tu propia casa y, cuando te acompañen de regreso a la puerta de lo que fue tu infancia, te sentirás solo, muy solo.

Arthur puso el Ford en marcha y el motor ronroneó de inmediato. El portal verde de la propiedad estaba abierto y la ranchera se detuvo debajo de los juncos que sustituían el tejado del aparcamiento.

- --¡Eres más tozudo que una mula! --refunfuñó Paul mientras salía del coche
 - -: Has frecuentado a muchas?

En el cielo no había nubes. A la luz de la luna, Arthur adivinó el paisaje que lo rodeaba. Subieron por la escalera de piedra que bordeaba el camino. A mitad de tray ecto, Arthur adivinó, a su derecha, los restos de la rosaleda. El jardín estaba abandonado, pero una multitud de perfumes entremezclados despertaba a cada

paso una cascada de recuerdos olfativos.

La casa adormecida estaba tal y como la había dejado la última mañana que la compartió con Lauren. La fachada con los postigos cerrados había envejecido un poco más, pero las teias estaban intactas.

Paul avanzó hasta la escalera, subió los peldaños y llamó a Arthur desde el porche.

- -i, Tienes las llaves?
- -Están en la agencia. Espérame ahí, tengo una copia dentro.
- -- ¿Y piensas atravesar las paredes para ir a buscarla?

Arthur no contestó. Se dirigió a la ventana de la esquina y retiró sin vacilar un pequeño calce encajado debajo del postigo, que giró sobre sus goznes. Luego levantó el armazón de bayoneta de la ventana, lo desencajó ligeramente y lo deslizó sobre sus rieles. Ya nada le impedía entrar en la casa.

El pequeño despacho estaba sumido en la oscuridad. Arthur no necesitaba ninguna luz para orientarse. Su memoria de niño permanecia intacta y conocía cada rincón. Evitando mirar la cama, se acercó al armario, abrió la puerta y se arrodilló. Le bastó con extender el brazo para sentir bajo la mano el cuero de la maletita negra que seguía encerrando los secretos de Lili. Descorrió los dos cierres y levantó lentamente la tapa. La esencia de los dos perfumes que Lili mezclaba en un gran frasco de cristal amarillo con tapón de plata envejecida aún escapaba del interior. Pero no era sólo el recuerdo de su madre lo que le embargaba el corazón.

Arthur cogió la llave que se encontraba donde la dejó el día que cerró la casa por última vez. Fue justo después de la partida del inspector de policía que había devuelto a Lauren a la habitación de hospital del que Arthur y Paul la habían secuestrado para salvarla de una muerte segura.

Arthur salió del despacho. Una vez en el pasillo, encendió la luz. El parqué crujió bajo sus pasos, introdujo la llave en la cerradura y la hizo girar al revés. Paul entró en la casa.

-¿Te das cuenta? ¡Mágnum y MacGy ver bajo el mismo lecho!

En cuanto entraron en la cocina, Arthur abrió la llave del gas, debajo del lavaplatos, y fue a sentarse a la gran mesa de madera. Inclinado sobre los fogones, Paul vigilaba la cafetera italiana que se estremecía encima del quemador. El aroma suave se dispersó por la estancia. Paul cogió dos tazas del estante de madera oscura y fue a sentarse frente a su amigo.

- —Quédate con estas paredes y sácate a esa mujer de la cabeza; ya ha causado suficiente daño.
 - —¡No vuelvas con eso!
- —No soy yo quien pone cara de funeral mientras cena con dos criaturas de ensueño —replicó Paul, sirviéndose el líquido ardiente.
 - -; Tus ensueños, no los míos!

Paul se sublevó

- —Ya es hora de que vuelvas a ordenar tu vida. Tienes un apartamento nuevo, un trabajo que te apasiona, un socio genial y las chicas que me ligo me miran cruzando los dedos para que seas tú quien las vuelva a llamar.
 - -¿Te refieres a ésa que te devoraba con los ojos?
- $-_i$ No estoy hablando de Onega, sino de la otra! $_i$ Ya es hora de que te diviertas!
- —Pero si me divierto, Paul; tal vez no igual que tú, pero me divierto. Lauren ya no forma parte de mi vida, pero forma parte de mí. Y además, ya te lo he dicho: eso no me impide vivir, hoy era nuestra primera noche juntos desde mi regreso y no hemos cenado solos. que yo sena.

Paul hacía girar la cucharilla en su taza sin descanso.

—Tú no tomas azúcar con el café... —resopló Arthur, poniendo la mano sobre la de su amigo.

En mitad de una noche clara, en la intimidad de la cocina de una vieja casa a orillas del océano, los dos amigos se miraron en silencio.

- —Cuando pienso en la historia tan absurda que vivimos, me entran ganas de darte unos guantazos para que despiertes de una vez por todas —dijo Paul—. Y si se te ocurriera la locura de verla otra vez, ¿qué le dirías? Cuando me contaste lo que estabas experimentando, hice que te practicaran un escâner...; soy tu mejor amigo! Ella es médica, y si le hubieras dicho la verdad, ¿cómo crees que te habria puesto la camisa de fuerza: con o sin la máscara de Hannibal Lecter? Hiciste lo que debías, y te admiro por eso. Tuviste la valentía de protegerla hasta el final.
- —Creo que será mejor que vaya a acostarme, estoy cansado —dijo Arthur, al tiempo que se levantaba.

Estaba ya en el pasillo cuando Paul lo llamó y Arthur asomó la cabeza por la puerta.

-Soy tu amigo, ¿lo sabes? -dijo Paul.

—;Sí!

Arthur salió por la puerta de atrás y rodeó la casa. Acarició el armazón oxidado del balancín y miró alrededor. Los listones del suelo del porche estaban separados; los de la fachada, descamados por el ardor del verano y las neblinas saladas del invierno; y el jardín, abandonado, tenía un aspecto triste. El viento que acababa de levantarse le provocó un escalofrío. Sacó de la chaqueta el sobre de la carta que había empezado en París, sentado en aquel banco de la plaza de Fürstenberg, escribió la última página y se la guardó en el bolsillo.

Las brumas del Pacífico extendían su velo nocturno hasta la ciudad. En la barra desierta del Parisian Coffee, frente a la entrada de Urgencias del hospital, Lauren estaba ley endo el menú del día.

- —¿Se puede saber qué está haciendo aquí sola a estas horas de la noche? preguntó el dueño del bar mientras le servía una soda.
 - -: Una pausa, por ejemplo?

Lauren se inclinó hacia él como para hacerle una confidencia.

- —Dígame una cosa: ¿soy el objeto de todas las conversaciones o es que Fernstein ha venido a cenar aquí esta noche?
 - -Está sentado ahí -confesó, señalando hacia un extremo de la sala.
- Lauren abandonó el taburete y fue a reunirse con el profesor en el compartimento que ocupaba.
- —Si continúa poniendo esa cara, me vuelvo a la barra y ceno sola —dijo Lauren, al tiempo que dejaba el vaso encima de la mesa.
 - -Siéntese y deje de decir tonterías.
- —Su reprimenda de ayer delante de mi paciente no era necesaria. A veces me trata como si vo fuese su hiia pequeña.
- -Es más que eso, es mi creación. Después del accidente la volví a coser toda
- —Gracias por haberme quitado los tornillos a ambos lados del cráneo, profesor.
- —Me salió mejor que a Frankenstein, excepto por el carácter, tal vez ¿Quiere compartir este plato de crepes y mucho sirope de arce con un viejo matasanos?
 - -Si es en este orden, sí.
- —¡A cuántos pacientes hemos tratado esta noche? —preguntó Fernstein, empujando su plato hacia ella.
- —Un centenar —contestó ella, sirviéndose una ración generosa de tortas—. Y usted, ¿qué está haciendo aún aquí? No creo que necesite acumular guardias para llegar a fin de mes.
 - —Bonita puntuación para un sábado —concedió Fernstein con la boca llena.

Detrás de la vitrina de un café intemporal, un viejo profesor de medicina y su alumna cenaban, cómplices, saboreando los dos el instante de calma que les ofrecía el final de la noche.

En la acera de enfrente, el servicio de Urgencias aún ignoraría su ausencia durante unas horas. Se apagó la luz de una farola que parpadeaba en la calle desierta. Acababa de levantarse una mañana de cielo pálido.

Arthur se había quedado dormido en el balancín hasta que el día naciente envolvió el lugar con su dulzura. Abrió los ojos y contempló la casa, que parecía

dormir plácidamente. Más abajo, el océano lamía la arena, rematando el trabajo de la noche. La playa había recuperado su traje liso e inmaculado. Se levantó e inspiró profundamente el aroma fresco de la mañana. Se precipitó al interior, atravesó el vestíbulo y subió la escalera a toda prisa. En el piso de arriba, Arthur tamborileó en la puerta y entró jadeando en el dormitorio de Paul.

—¿Duermes?

Paul se sobresaltó y se irguió de un salto. Buscó alrededor y divisó a Arthur en la puerta entreabierta.

—¡Vuelve a acostarte ahora mismo! Olvídate de que existo hasta que la aguja pequeña de este despertador señale una cifra decente, pongamos las once. Entonces, y sólo entonces, me vuelves a hacer esa estúpida pregunta.

Paul se dio la vuelta y su cabeza desapareció bajo la gran almohada. Su amigo abandonó la habitación pero, una vez en el pasillo, se lo pensó mejor y volvió sobre sus pasos.

- -: Quieres que vaya a comprar el pan para el desay uno?
- -¡Fuera! -aulló Paul.

Lauren accionó el mando a distancia del garaje y apagó el motor en cuanto hubo aparcado el coche. Kali detestaba el Triumph y ladraba en cuanto oía las explosiones del motor. Entró en el edificio por el corredor interior, subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera principal y abrió la puerta de su apartamento.

Las cifras del reloj que había encima de la chimenea marcaban las seis y media de la mañana. Kali abandonó el sofà para ir a darle la bienvenida a su dueña y Lauren la estrechó entre sus brazos. Después de los mimos, la perra volvió a la alfombra de coco en mitad del salón y Lauren fue a la cocina para prepararse una infusión. Una nota de su madre sujeta a la puerta del frigorífico con una rana imantada le informaba de que Kali había cenado y salido a pasear. Se puso una chaqueta de pijama demasiado grande para ella y se acurrucó debajo de la colcha. Se durmió de inmediato.

Capítulo 4

Paul bajó la escalera con su equipaje en la mano. Cogió el de Arthur, que estaba en el pasillo, y le comunicó que lo esperaría fuera. Fue a instalarse en el asiento delantero del Ford, miró alrededor y se puso a silbar. Luego, saltó discretamente por encima del cambio de marchas y se escabulló detrás del volante.

Arthur cerró la puerta de entrada desde el interior. Entró en el despacho de Lili, abrió el armario y miró la maleta de cuero negro que seguía en el estante. Acarició los cierres de cobre con la yema de los dedos y guardó el sobre que tenía en el bolsillo delantero antes de devolver la llave a su luear.

Salió por la ventana. Cuando encajó el calce que atascaba la persiana, oyó las imprecaciones de su madre cada vez que se marchaban los dos de compras a la ciudad, porque Antoine seguía sin reparar el condenado postigo. Y vio a Lili de nuevo en el jardín, encogiéndose de hombros y diciendo que, después de todo, las casas también tenían derecho a las arrugas. Ese trocito de madera en la piedra atestiguaba un tiempo que nunca desaparecería del todo.

- -¡Córrete! -le dijo a Paul al abrir la puerta.
- Entró en el coche y frunció la nariz.
- -Qué olor tan extraño, ¿no?

Arthur arrancó. Un poco más adelante, Paul bajó la ventanilla, sacó la mano que sostenía con la punta de los dedos una bolsa de plástico con la marca de una carnicería y la arrojó a una papelera situada a la salida. Faltaba bastante para la hora de comer, así se ahorrarían los atascos del regreso del fin de semana. Pronto, por la tarde, estarían en San Francisco.

Lauren estiró los brazos hacia el techo. Abandonó la cama y el dormitorio a regañadientes. Como tenía por costumbre, primero preparó la comida de la perra en la gran escudilla de terracota y a continuación dispuso la bandeja para ella. Fue a sentarse a la galería del salón, donde el sol de la mañana entraba por la ventana. Desde alli podía admirar el Golden Gate, que se extendía como un guión entre las dos orillas de la bahía, las casitas aferradas a las colinas de Zarzalito y hasta Tiburón y su pequeño puerto pesquero. Sólo las sirenas antiniebla de los

grandes cargueros que zarpaban, mezcladas con los gritos de las gaviotas, marcaban el compás de aquella languidez de domingo por la mañana.

Después de devorar gran parte del copioso desayuno, dejó los cacharros en el lavaplatos y fue al cuarto de baño. El poderoso chorro de agua de la ducha, que jamás borraría las cicatrices de su piel, acabó de despertarla.

-Kali, deja de dar vueltas de esa forma, ahora te llevo de paseo.

Lauren se envolvió en una toalla hasta la cintura, dejando libres los pechos desnudos. Renunció al maquillaje, abrió el armario, se puso unos vaqueros y un polo, se lo quitó, se puso una blusa, se quitó la blusa y volvió a ponerse el polo. Consultó el reloj: había quedado con su madre en Marina al cabo de una hora y Kali se había vuelto a dormir sobre la alfombra de color crudo. Así que Lauren se sentó al lado de la perra, cogió un grueso manual de neurocirugía de entre todas las carpetas esparcidas en la mesa de centro y se sumió en la lectura mordisqueando un lápiz.

El Ford aparcó delante del número 27 de Cervantes Boulevard. Paul cogió la bolsa del asiento trasero y bajó del coche.

- —¿Quieres ir al cine esta noche? —dijo, inclinándose hacia la puerta de Arthur.
 - -Imposible, tengo un compromiso.
 - -: Hombre o mujer? preguntó Paul, radiante.
 - -: Cena v tele para dos!
 - -Eso sí que es una buena noticia. ¿Y con quién, si no es indiscreción?
 - -: Lo es!
 - —¿El qué?
 - —¡Indiscreción!

El coche se alejó por Fillmore Street. En la intersección con Union Street, Arthur se paró para ceder el paso a un camión que había llegado al cruce antes que él. Un Triumph cabrioló coulto detrás del remolque aprovechó para colarse sin detenerse; el coche verde bajaba hacia Marina. Un perro atado al asiento delantero ladraba como un loco. El camión atravesó el cruce y el Ford subió por la colina de Pacific Height.

Los movimientos sincopados del rabo indicaban que Kali era feliz. Olisqueaba la hierba con gran seriedad en busca de algún animal que hubiera pisado el terreno antes que ella. De vez en cuando, levantaba la cabeza y corría a reunirse con su familia. Después de corretear entre las piernas de Lauren y de la señora Kline, se puso otra vez en marcha para inspeccionar otra parcela de tierra. Cuando demostraba un cariño excesivo a las parejas que paseaban o a sus hijos,

la madre de Lauren la llamaba al orden.

- -iHas visto que le duelen las ancas? dijo Lauren, viendo a Kali alejarse.
- —¡Se está haciendo vieja! Igual que nosotras, por otra parte, por si no te has dado cuenta
 - -Estás de un humor estupendo. ¿Perdiste en la partida de bridge?
 - -- Bromeas? ¡Gané a todas esas abuelas! Sólo me preocupo por ti.
- —Pues ya ves que es inútil: estoy bien, hago un trabajo que me encanta, ya casi no tengo migrañas y soy feliz.
- —Si, tienes razón, debería ver las cosas por el lado bueno. Esta semana, has conseguido dos horas libres para ocuparte de ti misma, jeso está bien!

Lauren señaló a una pareja que caminaba delante de ellas por el muelle del puerto.

- -¿Se parecía? -le preguntó a su madre.
- -¿Quién?
- —No sé por qué, pero ayer volví a pensar en él. Y deja de eludir esta conversación cada vez que toco el tema.

La señora Kline suspiró.

- —No tengo nada que decirte, cariño. No sé quién era ese individuo que venía a verte al hospital. Era amable, muy educado, sin duda un paciente que se aburría y le gustaba estar allí.
- —Los pacientes no se pasean por los pasillos del hospital vestidos con una chaqueta de tweed. Además, revisé la lista de todas las personas hospitalizadas en el ala del edificio durante ese período, y nadie concuerda.
- —¿Comprobaste semejante cosa? ¡Mira que eres cabezona! ¿Qué estás buscando exactamente?
- —Lo que tú me ocultas tomándome por idiota. Quiero saber quién era, por qué estaba ahí todos los días.
 - -¿Y para qué? Todo eso forma parte del pasado.

Lauren llamó a Kali que se estaba alejando demasiado.

La perra dio media vuelta y miró a su dueña antes de volver corriendo.

- —Cuando sali del coma, él estaba allí; la primera vez que conseguí mover la mano, él la cogió entre las suyas para tranquilizarme. Al menor sobresalto, en plena noche, él seguía estando allí... Una mañana me prometió que me contaría una historia increible y luego desapareció.
- —Ese hombre es un pretexto para ignorar tu vida como mujer y pensar sólo en tu trabajo. Lo has convertido en una especie de príncipe azul. Es fácil amar a alguien cuando no se le puede alcanzar: así no se corre ningún riesgo.
- —Pues mira, eso es lo que tú conseguiste durante los veinte años de tu vida al lado de papá.
 - -Si no fueras mi hija, te daría una bofetada bien merecida.
 - -Eres extraña, mamá. Nunca dudaste que encontraría fuerzas para salir por

mí misma del coma; entonces, ¿por qué confias tan poco en mí, ahora que estoy despierta? ¿Y si por una vez dejara de atender a mi sentido común y a mi lógica, para escuchar esa vocecilla que habla en mi interior? ¿Por qué mi corazón se desboca cada vez que creo reconocerle? ¿No vale la pena preguntárselo? Lamento que papá desapareciera, lamento que te engañara, pero eso no es una enfermedad hereditaria. ¡No todos los hombres son mi padre!

La señora Kline estalló en una carcajada. Puso la mano sobre el hombro de su hija y la miró de arriba abajo.

- —¡Quieres darme lecciones, tú que sólo has salido con chicos que te miran como a la Virgen María, como al milagro de sus vidas? Debe de ser tranquilizador saber que el otro es incapaz de dejarte hagas lo que hagas. ¡Yo, al menos. he amado!
 - -Si no fueras mi madre, soy yo quien te daría una bofetada.

La señora Kline prosiguió su marcha. Abrió el bolso, sacó un paquete de caramelos y le ofreció uno a su hija, que lo rechazó.

- —Lo único que me emociona de todo lo que dices es comprobar que, a pesar de la vida que llevas, todavía brilla en ti una chispita de romanticismo, aunque lamento que la malgastes con semejante frivolidad. ¿Qué esperas? ¡Si ese tipo fuese realmente el hombre de tu vida, habría venido a buscarte, pobre hija mía! Nadie lo echó, desapareció sin más. Así que deja de reprochárselo al planeta entero. y especialmente a tu madre. como si la culpable fuese vo.
 - —Quizá tuviera sus motivos.
- --¡Otra mujer, o hijos, por ejemplo? --replicó la señora Kline en un tono sarcástico

Se diría que Kali estaba harta de la tensión que reinaba entre madre e hija, porque cogió un palo, lo dejó a los pies de Lauren y ladró con insistencia. Lauren cogió el juguete improvisado y lo lanzó.

- —No has perdido tu habilidad para devolver los golpes. No quiero entretenerme, tengo que leer un informe para mañana —dijo Lauren.
- —¿Deberes en domingo, a tu edad? ¡Me pregunto cuándo te cansarás de tu carrera hacia el éxito! Tal vez te aburras hasta la muerte con tu novio. Pero no, qué tonta soy: ¡tú no te aburres nunca porque precisamente los domingos estás durmiendo o haciendo los deberes!

Lauren se cuadró delante de su madre con un deseo irresistible de estrangularla.

- -¡El hombre de mi vida estará orgulloso de que me guste mi trabajo y no contará las horas que hago!
 - La fría cólera resaltaba las pequeñas venas en sus sienes.
- —Mañana por la mañana intentaremos extirpar un tumor del cerebro de una niña —continuó Lauren—. Dicho así puede parecer una cosita de nada, pero supón que ese tumor la está volviendo ciega. ¡Imagina que, la víspera de la

intervención, dudo entre ir a ver una buena película y morrearme con Robert mientras nos zampamos unas palomitas, o bien revisar a fondo el procedimiento para mañana!

Lauren silbó a la perra, abandonó el paseo que transcurría junto al puerto deportivo y se dirigió al aparcamiento.

Cuando el animal ocupó su puesto en el asiento delantero, Lauren le ató el cinturón de seguridad al arnés y el Triumph salió de Marina Boulevard con un concierto de ladridos. Giró en Cervantes y subió por Fillmore. En el cruce con Greenwich, aminoró la marcha y dudó si detenerse para alquilar una película. Le apetecía repetir con Cary Grant y Deborah Kerr en Tíz y yo. Entonces recordó lo que le esperaba a la mañana siguiente, metió la segunda, aceleró y pasó al lado de un viejo Ford de 1961 que estaba aparcado delante del videoclub.

Arthur examinó uno a uno los títulos de la sección de « Artes marciales» .

—Me gustaría darle una sorpresa a una amiga esta noche, ¿qué me aconsejaría? —le preguntó al empleado.

El vendedor desapareció detrás del mostrador y resurgió triunfante con una cajita en la mano, la abrió con un cúter y le entregó la película a Arthur.

- —La furia del dragón en edición de coleccionista. Incluye tres escenas de lucha inéditas. Llegó aver. ¡Con esto la va a volver loca!
 - -: Usted cree?
 - -Bruce Lee es un valor seguro.
 - -El rostro de Arthur se iluminó
 - -: Me lo llevo!
 - -i, Su amiga no tendría una hermana, por casualidad?

Satisfecho, salió del videoclub. La velada se presentaba bien. De camino, hizo una breve parada en una tienda de comida preparada, eligió entrantes y segundos platos, a cuál más apetitoso, y volvió a su casa con el corazón alegre tras aparcar el Ford delante del pequeño edificio en el cruce de Pacific con Fillmore.

En cuanto cerró la puerta del apartamento, dejó la bolsa de la compra en la barra de la cocina, encendió la cadena estéreo, insertó un disco de Frank Sinatra y se frotó las manos.

La estancia estaba bañada por la luz anaranjada de aquella tarde de verano y Arthur, mientras cantaba a pleno pulmón la melodia de Strangers in the night, preparó un elegante servicio para dos en la mesa baja del salón. Descorchó una botella de merlot de 1999, calentó la lasaña y dispuso el surtido de entrantes italianos en dos platos de porcelana blanca. Acabado el trabajo, atravesó la sala de estar, salió al rellano y, sin cerrar la puerta de su apartamento, repiqueteó en la puerta de su vecina. Oyó sus pasos ligeros al otro lado del paño.

-¡Estoy sorda, pero no hasta ese punto! -dijo la anciana, recibiéndole con

una gran sonrisa.

- -No se habrá olvidado de nuestra cita... -dijo Arthur.
- -¿Estás de broma?
- —¿No se trae al perro?
- -Pablo está durmiendo a pierna suelta; es tan viejo como yo, ¿sabes?
- —Usted no es tan vieja, señora Morrison.
- —¡Ya lo creo que sí! —contestó ella, llevándoselo del brazo por el pasillo.

Arthur instaló cómodamente a la señora Morrison y le sirvió una copa de vino.

- —¡Tengo una sorpresa para usted! —dijo, presentándole la carátula de la película. El delicioso rostro de la señora Morrison se iluminó.
 - -¡La escena de lucha en el puente es un fragmento antológico!
 - -: Ya la ha visto?
 - -¡Y más de una vez!
 - —¿Es que no se cansa?
 - -: Tú has visto el torso desnudo de Bruce Lee?

Kali se levantó de un brinco, cogió su correa con la boca y empezó a dar vueltas por el salón meneando el robo.

Lauren estaba hecha un ovillo en el sofá, en albornoz y con gruesos calcetines de lana. Abandonó la lectura para seguir con una mirada divertida a Kali, que seguia revoloteando; cerró el tratado de neurocirugía y besó con ternura la cabeza de su perra. « Me visto y nos vamos» .

Unos minutos más tarde, Kali correteaba por Green Street hasta que, en la acera de Fillmore, el maravilloso aroma de un álamo joven provocó que arrastrara a su dueña hasta él. Lauren, pensativa, sintió un escalofrío cuando se levantó el viento de la tarde.

La operación del día siguiente la tenía inquieta, pues presentía que Fernstein la pondría al mando. Desde que había decidido retirarse a finales de año, el viejo profesor la solicitaba cada vez más, como si quisiera acelerar su formación. Cuando volvió a casa, Lauren releyó sus notas una y otra vez a la luz de la lámpara de cabecera.

La señora Morrison disfrutaba de la velada. En la cocina, secaba los platos que Arthur iba lavando.

- -- ¿Puedo hacerte una pregunta?
- —Todas las que quiera.
- —A ti no te gusta el karate, y no me digas que un joven como tú sólo ha encontrado a una anciana de ochenta años para compartir el domingo por la

noche

—Eso no es una pregunta, es una afirmación, señora Morrison.

La anciana puso una mano sobre la de Arthur e hizo una mueca.

- —¡Claro que es una pregunta! Está implícita y tú la has entendido muy bien. Y basta va de señora Morrison: illámame Rose!
- —Me ha gustado pasar esta velada del domingo en su compañía, ¿responde eso a su pregunta implícita?
- -¡Hijo mío, tienes la mirada de alguien que se esconde al abrigo de la soledad!

Arthur se quedó mirando a la señora Morrison.

- -: Ouiere que saque a pasear al perro?
- -¿Es una amenaza o una proposición? -replicó Rose.
- -¡Ambas cosas!

La señora Morrison fue a despertar a Pablo y le puso el collar.

- —¿Por qué le puso ese nombre?—preguntó Arthur en el umbral de la puerta.
- La anciana le confesó al oído que era el nombre de pila de su mejor amante.
- —Yo tenía treinta y ocho años y él cinco menos, o quizá diez. A mi edad, empieza a fallar la memoria cuando conviene. Era un cubano sublime. Bailaba como un dios y era bastante más despierto que este *Jack Russell*, puedes creerme
- —La creo de todo corazón —dijo Arthur, tirando de la correa del perrito, que frenaba con las cuatro patas su avance por el pasillo.
- —¡Ay, La Habana! —suspiró la señora Morrison, volviendo a cerrar su puerta.

Arthur y Pablo bajaron por Fillmore Street. El perro se detuvo al pie de un álamo. Por algún motivo que se le escapaba, el árbol despertó de pronto un vivo interés en el animal. Arthur se metió las manos en los bolsillos y se apoyó en un muro, dejando que Pablo disfrutara de uno de sus raros momentos de vigilia. Entonces el teléfono móvil vibró en el bolsillo y descoleó.

- —¿Qué tal la velada? —preguntó Paul.
- —Excelente.
- -- ¿Qué estás haciendo?
- -Oye, Paul, ¿cuánto tiempo puede quedarse un perro olisqueando la base de un árbol?
- —Voy a colgar —contestó Paul, perplejo—, y me voy a la cama rápidamente antes de que me hagas otra pregunta.

A dos edificios de distancia, en el último piso de una casita victoriana que daba a Green Street, se apagó la luz del dormitorio de una joven neurocirujana.

Capítulo 5

El despertador de la mesilla de noche arrancó a Lauren de un sueño tan profundo que le resultó doloroso abrir los ojos. El cansancio acumulado a lo largo de aquel año la sumergía, algunas mañanas, en el humor gris de las primeras horas del día. Todavía no eran las siete cuando dejó el Triumph en el aparcamiento del hospital. Diez minutos más tarde, abandonó la planta baja de Urgencias y se presentó en la habitación 307. Un monito descansaba bajo el cuello protector de una jirafa. Un poco más allá, un osito blanco velaba por ellos. Los animales de Marcia aún estaban durmiendo en la repisa de la ventana. Lauren miró los dibujos colgados en la pared, unos dibujos muy hábiles para ser de una niña que desde hacía meses sólo veía de memoría.

Lauren se sentó en la cama y acarició la frente de Marcia, que se despertó.

- -Cu cu -dijo Lauren-. Hoy es el gran día.
- —Aún no —contestó Marcia, levantando los párpados—. De momento aún es de noche.
- —No por mucho tiempo, cariño, no por mucho tiempo. Enseguida vendrán a buscarte y te prepararán.
 - -- ¿Te quedas conmigo? -- preguntó Marcia, inquieta.
- -Yo también tengo que ir a prepararme, nos encontraremos en la entrada del quirófano.
 - -¿Eres tú quien va a operarme?
 - -Yo ayudaré al profesor Fernstein, el de la voz muy grave, como tú dices.
 - —¿Tienes miedo? —quiso saber la pequeña.
 - —Te me has adelantado: iba a hacerte la misma pregunta.
 - La niña dijo que ella no tenía miedo, pues confiaba.
 - -Ahora me voy arriba, nos veremos enseguida.
 - -Esta noche habré ganado mi apuesta.
 - —¿Qué has apostado?
- —Adiviné el color de tus ojos y lo escribí en un papel; está doblado en el cajón de mi mesilla de noche, lo abriremos las dos juntas después de la operación.
 - -Te lo prometo -dijo Lauren mientras se iba.

Marcia se agachó, ignorando totalmente la presencia de Lauren, que

permanecía en el umbral de la puerta mirándola en silencio, y se deslizó debajo de la cama

- —Sé muy bien que estás escondido en alguna parte, pero no hay ningún motivo para tener miedo —dijo la pequeña. Su mano palpaba el suelo, en busca de un peluche. Sus dedos rozaron el pelaje del mochuelo y lo colocó frente a ella.
- —Tienes que salir de aquí, no hay ningún motivo para temer la luz —dijo—. Si confías en mí, yo te enseñaré los colores; confías en mí, ¿verdad? A cada uno le llega su turno, ¿crees que a mí no me daba miedo la oscuridad? Es dificil describir la luz del día, ¿sabes? Es bonito y ya está. Yo prefiero el verde, pero el rojo también me gusta mucho, los colores tienen olores, así es como se los reconoce; espera, no te muevas, te lo voy a enseñar.

La pequeña salió de su escondite y se dirigió lo mejor que pudo a la mesita de noche. Cogió un platito y un vaso que tenía escondidos alli. Una vez instalada de nuevo debajo del somier, le mostró orgullosamente una fresa y dijo, con voz resuelta:

- -Este es el rojo, y éste es el verde -añadió, avanzando el vaso con menta.
- —¿Ves qué bien huelen los colores? Si quieres, puedes probarlos; a mí no me dejan, es por la operación: debo tener el estómago vacío.

Lauren avanzó hacia la cama.

- --: Con quién estás hablando? --le preguntó a Marcia.
- —Ya sabía que estabas ahí. Estoy hablando con un amigo, pero no te lo puedo enseñar: se esconde todo el tiempo porque le da miedo la luz y las personas también
 - --: Cómo se llama?
 - -- ¡Emilio! Pero tú no puedes oír lo que dice.
 - —¿Por qué?
 - -No lo puedes entender.

Lauren se arrodilló

- —¿Puedo venir debajo de la cama contigo?
- -Si no te da miedo la oscuridad...

La pequeña se apartó y dejó que Lauren se metiera debajo del somier.

- -: Puedo llevármelo ahí arriba?
- —No; es un reglamento estúpido, pero no se admiten animales en las salas de operaciones; aunque eso cambiará algún día, no te preocupes.

El día se anunciaba radiante y Arthur prefirió caminar hasta el estudio de arquitectura de Jackson Street. Paul lo esperaba en la calle.

- $-_i Y$ bien? —le preguntó, al tiempo que su rostro risueño aparecía por la puerta entreabierta.
 - -¿Y bien, qué?-contestó Arthur, pulsando el botón de la máquina de café.

- —¿Cuánto rato le llevó al perro?
- -¡Veinte minutos!
- —¡Qué envidia me dan tus veladas, colega! Hablé por teléfono con nuestras amigas de Carmel, han vuelto y están dispuestas a cenar con nosotros esta noche. Tráete al chucho si te da miedo aburrirte.

Paul dio unos golpecitos en la esfera de su reloj; era hora de irse. Tenían una cita en el estudio con un cliente importante.

Lauren entró en la cabina de esterilización. Con los brazos extendidos, se puso la bata que le presentaba una enfermera. Una vez pasadas las mangas, se ató los cordones a la espalda y avanzó hacia la pila de acero. Nerviosa, la joven neurocirujana se lavó minuciosamente las manos. Después de secárselas, la enfermera le roció las palmas con talco y abrió unos guantes estériles que Lauren se puso enseguida. Con el casquete azul claro en la cabeza y la mascarilla en la boca, respiró hondo y entró en el quirófano.

Detrás del panel de control, Adam Peterson, especialista en neuroimagen funcional, controlaba el buen funcionamiento del ecógrafo preoperatorio. Las imágenes de IRM del cerebro de Marcia ya estaban en el aparato. Comparándolas con las que se fueran haciendo en tiempo real con el ecógrafo, el ordenador podría establecer con precisión la porción de tumor a extirpar en el curso de la operación.

Durante el proceso, el ecógrafo de Adam entregaría nuevas imágenes, revisadas, del cerebro de la pequeña. El profesor Fernstein entró unos minutos después, acompañado por su colega, el doctor Richard Lalonde, que se había desplazado desde Montreal.

El doctor Lalonde saludó al equipo, se instaló detrás del aparato de neuronavegación y cogió las dos asas. Sabiamente manipulados por el cirujano, los brazos mecánicos conectados al ordenador principal cortarían al milímetro la masa tumoral. A lo largo de toda la intervención, la precisión quirúrgica sería esencial. Una desviación ínfima en la trayectoria podía privar a Marcia del habla o de la capacidad de deambulación. Y, al revés, un exceso de prudencia haría inútil la operación. Silenciosa y concentrada, Lauren recordaba cada detalle del procedimiento que no tardaría en empezar y para el que llevaba varias semanas preparándose.

La camilla con Marcia llegó por fin al quirófano. Las enfermeras la trasladaron con sumo cuidado a la mesa de operaciones y colgaron de una pértiga la bolsa del gotero que llevaba en la vena del brazo.

Norma, la más veterana de las enfermeras del hospital, le explicó a Marcia

que acababa de adoptar a un cachorro de panda.

- -- ¿Y cómo se lo ha traído aquí? ¿Está permitido? -- preguntó la niña.
- —No —contestó Norma, riéndose—. Se va a quedar en su casa, en China, pero nosotros hacemos donaciones para que lo cuiden hasta que puedan destetarle

Norma añadió que aún no había encontrado un nombre para el animal; ¿qué nombre había que ponerle a un panda? Mientras la pequeña reflexionaba sobre la pregunta, Norma conectó al electrocardiógrafo los parches que llevaba adheridos al tórax, y el anestesista le pinchó el índice con una aguja minúscula. Esta sonda le permitiría controlar en tiempo real la saturación de los gases sanguíneos. Aplicó una inyección a la bolsa del gotero y le aseguró a Marcia que podría pensar en el nombre del panda después de la operación: ahora tenía que contar hasta diez. El anestésico descendió a lo largo del catéter y penetró en la vena. Marcia se durmió entre el dos y el tres. El anestesista comprobó de inmediato las constantes vitales en los diferentes monitores. Norma ajustó un aro a la frente de Marcia con el fin de evitar cualquier movimiento de la cabeza.

Como si fuera un experimentado director de orquesta, el profesor Fernstein echó un rápido vistazo a todo su equipo. Desde su puesto, cada uno de los miembros contestó que estaba listo. Fernstein dio la señal al doctor Lalonde y éste empezó a manipular las asas del aparato de neuronavegación, bajo la mirada atenta de Lauren

La incisión inicial se practicó a las 9 h. y 27 minutos. Acababa de empezar un viaje de doce horas a las regiones más profundas del cerebro de una niña.

El proyecto de Arthur y Paul complació, al parecer, a sus clientes. Los directores del consorcio por el que concursaban para la creación de una nueva sede social se habían reunido alrededor de la gran mesa de caoba de la sala de juntas. Después de que Arthur se pasara la mañana detallando las perspectivas del futuro vestíbulo, de los espacios de reunión y de las zonas comunes, Paul tomó el relevo a mediodía para comentar los dibujos y los cuadros que se proyectaban en una pantalla a su espalda. Cuando el reloj de pared de la sala marcó las cuatro de la tarde, el presidente de la sesión agradeció a los dos arquitectos el trabajo que habían realizado. Los miembros del directorio se reunirían antes del fin de semana para decidir cuál de los dos proyectos finalistas obtendría el contrato.

Arthur y Paul se levantaron y saludaron a sus anfitriones antes de marcharse. En el ascensor, Paul bostezó largo rato.

-Creo que nos ha salido bien, ¿no?

- —Seguramente —contestó Arthur en voz baja.
- -¿Te preocupa algo? -le preguntó su amigo.
- -¿Crees que en Macy's venderán correas extensibles?

Paul levantó los ojos y los brazos al cielo. La campanilla sonó y las puertas de la cabina se abrieron en el sótano tercero del aparcamiento.

Antes de sentarse al volante, Paul hizo algunas flexiones.

—Estoy hecho polvo —dijo—. Los días como éste son demasiado agotadores. Arthur entró en el coche sin hacer ningún comentario.

El ritmo cardiaco de Marcia era estable. Fernstein pidió un incremento progresivo de anestesia. Una segunda serie de ecografias confirmó que la extirpación seguia su curso normal. Milimetro a milimetro, los brazos electrónicos, manipulados por el doctor Lalonde, cortaban el tumor situado en el lóbulo occipital del cerebro de la niña e iban remontando capas hacia la superfície. Transcurridas cuatro horas, el médico levantó la cabeza.

—¡Relevo! —pidió el cirujano, cuyos ojos habían alcanzado el umbral límite de la fatiga.

Fernstein le hizo una seña a Lauren para que se sentara ante el aparato. La joven tuvo un instante de vacilación, pero halló las fuerzas que le faltaban en la mirada tranquilizadora de su profesor. Había repetido esos gestos mil veces en simulaciones, pero hoy una vida dependía de su actuación.

En cuanto se puso al mando, los nervios desaparecieron. Estaba radiante porque con el extremo de aquellas pinzas la joven acariciaba un sueño.

Las manejaba a la perfección y con una habilidad absoluta. El equipo observaba su actuación y Norma ley ó en la mirada del profesor lo orgulloso que se sentía de su alumna.

Lauren operó sin descanso durante tres horas. Cuando ya deseaba que la reemplazaran, el ordenador indicó que la extirpación estaba realizada en un setenta y seis por ciento. Lalonde volvió a su sitio y, con un guiño, felicitó a su joven colega.

- -Te dejo en el despacho y me voy a casa volando.
- -Déjame en Union Square, que tengo que comprar una cosa.
- -¿Se puede saber por qué quieres comprar una correa si no tienes perro?
- —¡Es para una amiga!
- -Dime una cosa: ¿tiene perro, al menos?
- -Tiene setenta y nueve años, por si eso te tranquiliza.
- —La verdad es que no mucho —suspiró Paul mientras paraba junto a la acera delante de los grandes almacenes Macy's.

- -i Dónde quedamos para cenar? preguntó Arthur, al bajar del coche.
- —En Cliff House a las ocho. Haz un esfuerzo, porque la última vez no te significaste por tu buena educación. Tienes una segunda oportunidad para dar buena impresión. Procura no meter la pata.

Arthur miró cómo se alejaba el cabriolé, echó un vistazo al escaparate y entró por la puerta giratoria de los grandes almacenes.

El anestesista señaló la inflexión del trazo en el monitor. Comprobó de inmediato la saturación sanguínea. El equipo observó el cambio que acababa de operarse en los rasgos del médico. Su instinto le había puesto en guardia.

- —: Hemorragia? —preguntó.
- —De momento no aparece en la imagen —dijo Fernstein, inclinándose hacia el monitor del doctor Peterson.
 - -¡Algo no marcha bien! -afirmó el anestesista.
 - -Haré otra eco -replicó el especialista encargado de la imagen.

La atmósfera serena que reinaba en el quirófano desapareció repentinamente.

—¡Se viene abajo! —replicó con sequedad el doctor Cobbler, aumentando el fluio de oxígeno.

Lauren se sintió impotente. Miró a Fernstein y comprendió por la expresión del profesor que el momento era crítico.

- -Cójale la mano -le murmuró el médico.
- -- Oué hacemos? -- le preguntó Lalonde a Fernstein.
- -¡Continuamos! Adam, ¿qué dice la ecografía?
- -Poca cosa por ahora -contestó el médico.
- —Tengo un principio de arritmia —indicó Norma, al ver el parpadeo en el electrocardiógrafo.

Richard Lalonde golpeó rabiosamente el aparato con la palma de la mano.

—¡Disección de la arteria cerebral posterior! —ordenó secamente.

Todos los miembros del equipo se miraron. Lauren contuvo el aliento y cerró los ojos. Eran casi las cinco y media. Al cabo de un minuto, el tabique dañado de la arteria que irrigaba la parte posterior del cerebro de Marcia se desgarró dos centímetros. Bajo la presión de la sangre que brotaba a chorros, el desgarro se amplió aún más. La ola desencadenada por la herida abierta invadió la cavidad craneal. A pesar del drenaje que Fernstein implantó de inmediato, el nivel no dejó de aumentar en el interior del cráneo, ahogando al cerebro a gran velocidad.

Cinco minutos después, bajo la mirada impotente de cuatro médicos y varias enfermeras, Marcia dejó de respirar para siempre. La mano de la pequeña, que Lauren retenía en la suya, se abrió como para liberar un último aliento de vida

oculto en la palma.

En silencio, el equipo salió del quirófano y se dispersó por el pasillo. Nadie pudo hacer nada. El tumor, en su malignidad, había escondido a los más sofisticados aparatos de la medicina moderna el aneurisma de una pequeña arteria en el cerebro de la niña.

Lauren se quedó sola, reteniendo aún aquellos deditos inertes. Norma se acercó y los separó de la mano de la joven neurocirujana.

- —Vamonos.
- -Se lo había prometido -murmuró Lauren.
- -Pues es el único error que ha cometido hoy.
- -- Dónde está Fernstein? -- preguntó.
- -Debe de haber ido a hablar con los padres de la niña.
- -Hubiera querido hacerlo y o.
- —Creo que ya ha tenido suficientes emociones por hoy. Y si me permite un consejo, antes de volver a su casa, dé un paseo por unos grandes almacenes.
 - -;Para qué?
 - -¡Para ver vida, vida a montones!

Lauren acarició la frente de Marcia y cubrió los ojos de la niña con la sábana verde. Luego, abandonó la sala.

Norma la vio alejarse por el pasillo. Sacudió la cabeza y apagó los focos del quirófano. La estancia se sumió en la penumbra.

Arthur encontró lo que buscaba en la tercera planta de los grandes almacenes: una correa extensible que haría las delicias de la señora Morrison. En los días grises, podría quedarse bajo la marquesina del edificio al abrigo de la lluvia, mientras *Pablo* iría a su aire.

Se alejó de la caja central, donde acababa de pagar su compra. Por el camino, una mujer que estaba eligiendo un pijama para hombre le dirigió una sonrisa. Arthur se la devolvió y fue hacia la escalera mecánica.

Ya en los peldaños, una mano delicada se posó sobre su hombro. Arthur se dio la vuelta y la mujer descendió un escalón para acercarse.

De todos sus líos amorosos, sólo había uno que lamentaba haber vivido...

- -¡No me digas que no me has reconocido! -exclamó Carol Ann.
- -Perdóname, estaba en otra parte.
- —Lo sé, me enteré de que vivías en Francia. ¿Estás mejor? —preguntó su ex con aire compasivo.
 - -Sí, ¿por qué?
- —También me enteré de que esa chica por la que me dejaste... en fin, supe que te habías quedado viudo, qué cosa más triste...
 - -¿De qué estás hablando? replicó Arthur, perplejo.

- -Me encontré con Paul en un cóctel el mes pasado. Lo siento muchísimo, de veras.
 - -Me ha encantado verte, pero tengo prisa -contestó Arthur.
- Quiso bajar unos peldaños más, pero Carol Ann se aferró a su brazo y le mostró orgullosamente la sortija que brillaba en su dedo.
- —La semana que viene celebramos nuestro primer año de casados. ¿Te acuerdas de Martin?
- —No mucho —contestó Arthur, rodeando la baranda para coger la escalera que bajaba a la primera planta.
- —¡No puede ser que te hayas olvidado de Martin! ¡Era el capitán del equipo de hockey! —lo regañó Carol Ann. orgullosa.
 - -: Ah. sí. un tipo alto v rubio!
 - -Muv moreno.
 - -Moreno, pero alto.
 - —Muy alto.
 - —¿Lo ves? —dijo Arthur, mirándose la punta de los zapatos.
- —Así que ¿sigues sin rehacer tu vida? —preguntó Carol-Ann con el mismo aire compasivo.
- —¡Pues sí! ¡Visto y no visto, así es la vida! —exclamó Arthur, cada vez más exasperado.
 - -No me digas que un chico como tú sigue soltero.
- —No, no te lo digo porque seguramente lo habrás olvidado dentro de diez minutos y tampoco tiene gran importancia —masculló Arthur.

Nueva baranda y nuevas esperanzas de que Carol Ann tuviera otras compras que hacer en aquella planta, pero le siguió hasta la baja.

- —Tengo un montón de amigas solteras. Si vienes a nuestra fiesta de aniversario, te presentaré a la próxima mujer de tu vida. Soy una celestina extraordinaria, tengo un don especial para saber quién pega con quién. ¿Te siguen gustando las mujeres?
- --¡Me gusta una! Te lo agradezco, ha sido un placer volver a verte, dale recuerdos a Martin

Arthur saludó a Carol Ann y huyó a toda velocidad. Sin embargo, cuando pasaba por delante del puesto de una marca de cosméticos francesa, resurgió un recuerdo, tan dulce como aquel perfume del frasco que manipulaba una vendedora ante su dienta. Cerró los ojos y recordó el día en que paseaba fortalecido por un amor invisible y certero. Entonces era feliz, como no lo había sido nunca

La puerta giratoria lo dejó en la acera de Union Square. El maniquí del escaparate vestía un traje de noche, elegante y ceñido a la cintura. La fina mano de madera señalaba a los transeúntes con un dedo distraído. Bajo los reflejos anaranjados del sol, la calzada parecía ligera. Arthur permanece inmóvil,

ausente. No oy e la moto con sidecar que se le acerca por la espalda. El piloto ha perdido el control en la curva de Polo Street, una de las cuatro calles que bordean la gran plaza. La moto trata de evitar a la mujer que está cruzando, inclina, zigzaguea, el motor ruge, los transeúntes se asustan. Un hombre trajeado se arroja al suelo para esquivar el aparato, otro retrocede y tropieza hacia atrás, una mujer grita v se protege tras una cabina telefónica. La máquina prosigue su loca carrera, el asiento adosado franquea el parapeto, arranca un letrero, pero el parquímetro contra el que choca está sólidamente anclado al suelo y lo separa. con un corte limpio, de la moto. Ya nada lo detiene, su forma es la de un obús y casi va a la misma velocidad. Cuando alcanza las piernas de Arthur, lo levanta v lo provecta al vacío. El tiempo transcurre despacio v. de pronto, se prolonga como si fuera un largo silencio. El morro fuselado de la máquina impacta contra el cristal. El inmenso escaparate estalla en una miríada de añicos. Arthur rueda por el suelo hasta el brazo de un maniquí que ahora está tumbado sobre la alfombra de cristales. Un velo le cubre los ojos, la luz es opaca, su boca tiene el sabor a óxido de la sangre. Sumergido en el sopor, querría decirle a la gente que no ha sido más que un estúpido accidente, pero las palabras se le atascan en la garganta.

Quiere levantarse pero aún es demasiado pronto. Sus rodillas tiemblan un poco, y una voz poderosa le grita que se quede tumbado, que vendrá una ambulancia.

Paul se enfurecerá si llega tarde. Hay que sacar a pasear al perro de la señora Morrison, ¿hoy es domingo? No, quizá sea lunes. Tiene que pasar por el estudio para firmar los planos. ¿Dónde está el tique del aparcamiento? Seguro que se le ha desgarrado el bolsillo, porque tenía la mano dentro y ahora la tiene bajo la espalda y le duele un poco, no te frotes la cabeza, esos cristales cortan mucho. La luz es cegadora, pero los sonidos regresan poco a poco. El deslumbramiento se disipa. Abre los ojos. Ahí está el rostro de Carol Ann. ¡Así que no piensa soltarle, pero él no quiere que le presente a la mujer de su vida, y a la conoce, maldita sea! Debería ponerse una alianza para que lo dejaran en paz. Ahora mismo volverá para comprarse una. Paul lo detestará, pero eso le divertirá mucho.

A lo lejos, una sirena. Es absolutamente necesario ponerse en pie antes de que llegue la ambulancia, es absurdo que se preocupen, no le duele nada, tal vez un poco la boca, se ha mordido la mejilla. Pero lo de la mejilla no es grave, es desagradable por las llagas, pero no es realmente grave. Qué estupidez, su chaqueta estará destrozada, y Arthur adora esa chaqueta de tweed. Sarah opinaba que el tweed hacía parecer mayor, pero él se reia de Sarah, que llevaba los zapatos más vulgares de la tierra, con esas puntas demasiado afiladas. Estuvo bien decirle a Sarah que la noche que pasaron juntos había sido un accidente, no estaban hechos el uno para el otro, no era culpa de nadie. ¿Cómo estará el

motorista? Seguramente es el hombre del casco. Parece estar bien, con ese aire contrito

Voy a tenderle la mano a Carol Ann, y les contará a todas sus amigas que me salvó la vida, puesto que será ella quien me ha ayudado a levantarme.

- -¿Arthur?
- --: Carol Ann?
- —Estaba segura de que te encontrabas en medio de esta catástrofe espantosa —dijo la joven, histérica.

El se desempolvó tranquilamente los hombros de la chaqueta, arrancó el trozo de bolsillo que colgaba tristemente y sacudió la cabeza para desembarazarse de los cristales.

—¡Qué miedo! Has tenido mucha suerte —continuó Carol Ann con su voz aguda.

Arthur se la quedó mirando, muy serio.

- —Todo es relativo, Carol Ann. Se me ha jodido la chaqueta, tengo cortes por todas partes y salto de un desastroso encontronazo a otro, cuando sólo iba a comprarle una correa a mi vecina.
- —Una correa a tu vecina... ¡Has tenido mucha suerte de salir casi indemne de este accidente! —se indignó Carol-Ann.

Arthur la miró, adoptó un aire pensativo, y se esforzó por parecer civilizado. No era solamente la voz de Carol-Ann lo que le irritaba; todo en ella se le hacía insoportable. Intento recobrar algo parecido al equilibrio y habló en un tono resuelto y tranquilo.

—Tienes razón, no soy justo. Tuve la suerte de dejarte y de conocer luego a la mujer de mi vida, ¡aunque estaba en coma! Su propia madre quería aplicarle la eutanasia, pero y tuve la suerte de que mi mejor amigo accediera a echarme una mano para ir a secuestrarla al hospital.

Inquieta, Carol Ann dio un paso atrás y Arthur otro hacia delante.

- —¿Qué quieres decir con « secuestrar» ? —preguntó ella con voz tímida mientras apretaba el bolso contra su pecho.
- —Que robamos su cuerpo. Fue Paul quien cogió la ambulancia, por eso se siente obligado a contarle a todo el mundo que estoy viudo; ¡pero de hecho, Carol Ann. sólo sov medio viudo! Es un estado muy narticular.

Las piernas de Arthur flaquearon y vaciló ligeramente.

Carol Ann quiso sostenerlo, pero Arthur se enderezó solo.

—No, la auténtica suerte fue que la propia Lauren me ayudara a mantenerla con vida. No deja de ser una ventaja ser médico cuando tu cuerpo y tu mente se disocian. Puedes ocuparte de ti mismo.

Carol Ann boqueó en busca de un poco de aire. Arthur no tenía necesidad de recobrar el aliento, solamente el equilibrio. Se agarró a la manga de Carol Ann, que se sobresaltó y lanzó un grito instantáneo.

—Y luego se despertó, y finalmente también eso fue una suerte. Así que ya lo ves, Carol Ann, ya lo ves: la verdadera suerte no es que tú y yo rompiéramos, no es aquel museo de París, no es el sidecar, sino ella: ella es la auténtica suerte de mi vida —diio extenuado sentándose en el armazón de la máquina.

El flamante furgón del centro hospitalario acababa de aparcar junto a la acera. El jefe del equipo se precipitó hacia Arthur al que Carol Ann seguía mirando embelesada

- —¿Esta bien, señor? —preguntó el socorrista.
- —¡En absoluto! —afirmó Carol Ann. El socorrista lo cogió del brazo para llevárselo hacia la ambulancia.
 - —Todo va bien, se lo aseguro —dij o Arthur, zafándose.
- —Hay que suturar esa herida que se ha hecho en la frente —insistió el camillero, a quien Carol Ann dirigía grande gestos para que embarcara a Arthur lo antes posible.
- —No me duele ninguna parte del cuerpo, me encuentro muy bien, tenga la amabilidad de dejarme volver a casa.
- —Con todos esos pedazos esparcidos es bastante probable que tenga microcristales en los ojos. Voy a llevármelo.

Fatigado, Arthur se abandonó. El socorrista lo tumbó en la camilla y le cubrió los ojos con dos gasas estériles; mientras no se los limpiaran, había que evitarles cualquier movimiento susceptible de desgarrar la córnea. El vendaje que envolvía ahora el rostro de Arthur lo, sumía en una oscuridad incómoda.

La ambulancia subió por Sutter Street con las sirenas aullando, giró en Van Ness Avenue puso rumbo al San Francisco Memorial Hospital.

Capítulo 6

Se oyó el tintineo de una campana y las puertas del ascensor se abrieron en la tercera planta. La inscripción de la placa de la pared señalaba la entrada al servicio de neurología. Lauren salió de la cabina sin saludar a sus colegas, que bajaban a las plantas inferiores del hospital. Los fluorescentes que colgaban del techo en el pasillo se reflejaban en el barniz coloreado del suelo. Sus zapatos chirriaban al caminar sobre el linóleo. Llamó suavemente a la puerta de la 307, pero su brazo volvió a caer, pesado, junto al cuerpo. Entró.

Ya no había sábanas ni la almohada en la cabecera de la cama. La pértiga del gota a gota permanecía desnuda y tiesa como un esqueleto en un rincón cerca de la cortina fija del cuarto de baño. La radio de la mesilla de noche permanecía en silencio, los peluches que aquella misma mañana todavía sonreian en la repisa de la ventana se habían marchado a cumplir con su trabajo en otras habitaciones. De los dibujos infantiles colgados en la pared, sólo quedaban restos de celo.

Algunos dirían que la pequeña Marcia había expirado aquella tarde, y otros simplemente que había muerto, pero para todos los que trabajaban en la planta, aquella habitación seguiría siendo la suya durante unas horas. Lauren se sentó encima del colchón y acarició la sábana impermeable. Su mano febril avanzó hasta la mesita de noche y abrió el cajón. Cogió la hoja doblada en cuatro y esperó un poco antes de leer su secreto. Aquella niña que había echado a volar estando ciega lo había visto perfectamente. El color de los ojos de Lauren se difuminó bajo sus lágrimas. Se inclinó para dominar un espasmo.

La puerta de la 307 se entreabrió, pero Lauren no oyó la respiración del hombre de blancas sienes que contemplaba su llanto.

Tan digno como elegante con su traje negro, y con la barba gris muy recortada, Santiago fue a sentarse a su lado con paso quedo, y le puso una mano encima del hombro.

- —No es culpa suya —murmuró con la voz teñida de un acento argentino—. Ustedes sólo son médicos, no dioses.
 - —Y usted. ; quién es? —murmuró Lauren entre dos sollozos.
 - -Su padre; he venido a buscar las cosas que quedan: la madre no se veía con

fuerzas. Tiene usted que serenarse, aquí hay otros niños que la necesitan.

- —Debería ser al revés —dijo Lauren con un hipo provocado por el llanto.
- -¿Al revés? -preguntó el hombre, perplejo.
- -Debería consolarlo y o a usted -dijo ella, y se echó a llorar aún más.

El hombre, prisionero de su pudor, vaciló un instante; tomó a Lauren entre sus brazos y la apretó con fuerza contra él. Sus ojos azules rodeados de arruguitas también se nublaron. Y entonces, para acompañar a Lauren, como por cortesía, aceptó por fin liberar su pena.

La ambulancia se detuvo bajo la marquesina de Urgencias. El conductor y el socorrista guiaron los pasos de Arthur hasta el mostrador de ingresos.

- —Ya hemos llegado —diio el camillero.
- —¿No podrían quitarme el vendaje? Le aseguro que no me he hecho nada, lo único que quiero es irme a casa.
- —¡Esta sí que es buena! —replicó Betty con voz autoritaria, mientras consultaba la ficha de intervención que acababa de entregarle el socorrista—. A mí también me gustaría que usted se marchara a su casa —continuó—, me gustaría que todas las personas que esperan en este vestibulo se marcharan a casa para poder cerrar, y así yo también me iría a la mía. Pero mientras esperamos a que Dios nos lo conceda, tendremos que examinarlo igual que a ellos. Ahora vendrán a buscarlo.
 - -¿Cuánto tardarán? preguntó Arthur, con una voz casi tímida.

Betty miró al techo, levantó los brazos al cielo y exclamó:

—¡Sólo Dios lo sabe! Instálenlo en la sala de espera —les dijo a los camilleros mientras se alejaba.

El padre de Marcia se levantó y abrió la puerta del armario, del que sacó la cajita que contenía las cosas de su hija.

—Le tenía a usted mucho cariño —dijo, sin darse la vuelta.

Lauren agachó la cabeza.

- -Aunque no es eso lo que quería decir en realidad -continuó el hombre.
- Y puesto que Lauren permaneció en silencio, le hizo otra pregunta.
- —Todo lo que diga entre estas cuatro paredes, usted lo respetará como secreto profesional, ¿no es así?
- Lauren contestó que tenía su palabra, así que Santiago avanzó hacia la cama, se sentó a su lado y murmuró:
 - -Quería darle las gracias por haberme permitido llorar.

Y ambos se quedaron casi inmóviles.

—¿Le contaba cuentos a Marcia? —preguntó Lauren en voz baja.

—Yo vivía lejos de mi hija, volví aquí para la operación pero todas las noches la llamaba por teléfono desde Buenos Aires, ella dejaba el auricular encima de la almohada y yo le explicaba la historia de un pueblo formado por animales verduras que vivían en medio de un bosque, en un claro jamás descubierto por los hombres. Y ese cuento duró más de tres años. Entre el conejo con poderes mágicos, los ciervos, los árboles, cada uno con su nombre, y el águila que siempre daba vueltas sobre sí misma porque tenía un ala más corta que la otra, a veces me ocurría que me perdía en mi propio relato, pero Marcia me regañaba a la menor equivocación. Ni hablar de encontrar al tomate sabio o al pepino de locas e imposibles carcajadas en algún lugar que no fuese donde los habiamos dejado la víspera.

—¿Hay algún mochuelo en ese claro? Santiago sonrió.

—¡Era un caso muy curioso! Emilio era vigilante nocturno. Mientras todos los demás animales dormían, él se quedaba despierto para protegerlos. De hecho, ese trabajo era un pretexto, pues el mochuelo era un miedica sin remedio. Al despuntar el día, volaba a toda velocidad hasta una gruta y se escondía allí, porque le daba miedo la luz. El conejo lo sabía, pero como siempre había sido un buen tipo, nunca traicionó su secreto. A menudo, Marcia se dormía antes del final de la historia, y yo escuchaba su respiración durante algunos minutos antes de que su madre volviera a colgar. Su aliento delicado era como una hermosa música, y cada noche me llevaba esas notas conmigo.

El padre de la pequeña se calló. Se puso en pie y avanzó hasta la puerta.

—¿Sabe una cosa? Ahí, en Argentina, construyo embalses, unas obras inmensas. Pero mi verdadero orgullo era ella.

-: Espere! -dijo Lauren con voz suave.

Se agachó y miró debajo de la cama. A la sombra del somier, un pequeño mochuelo blanco esperaba con las alas cruzadas. Asió el peluche y se lo dio a Santiago. El hombre se volvió, cogió el ave y le acarició el pelaje con delicadeza.

—Tenga —le dijo a Lauren, devolviéndole el mochuelo blanco—. Arréglele los ojos: usted es médico, debería poder hacer algo. Devuélvale la libertad, haga que ya no tenga miedo nunca.

La saludó y abandonó la habitación. Cuando se encontró solo en el pasillo, apretó la cajita contra el pecho.

El busca de Lauren vibró: la llamaban de Urgencias. Fue a la sala de enfermeras de la planta y descolgó el teléfono.

Betty dio gracias al cielo porque aún estuviera en el edificio: el servicio no se vaciaba y necesitaba refuerzos inmediatamente.

-Bajo ahora mismo -dijo Lauren, volviendo a colgar.

Antes de salir de la habitación, se metió en el bolsillo de la bata un extraño mochuelo. El animalito necesitaba un poco de calor humano, pues había perdido a su mejor amiga.

Arthur y a no podía esperar más, así que buscó su teléfono móvil en el bolsillo derecho de la chaqueta, pero la chaqueta y a no tenía bolsillo derecho.

- Con los ojos vendados, trató de adivinar la hora. Paul se pondría furioso; recordaba haber pensado que Paul se pondría furioso, pero había olvidado el porqué. Se levantó y avanzó a ciegas hacia el mostrador de recepción. Betty se precipitó a su encuentro.
 - -: Es usted imposible!
 - —Me horrorizan los hospitales.
- —Pues mire, ya que está aquí, aprovecharemos para rellenar la hoja de ingreso. ¿Había estado aquí alguna vez?
 - -¿Por qué? -contestó Arthur, inquieto, apoy ándose e el mostrador.
 - -Porque si sus datos y a están en el ordenador, irem os más deprisa.

Arthur contestó negativamente. Betty tenía buena memoria para las caras y a pesar del vendaje que le cubria los ojos, los rasgos de aquel hombre le sonaban de algo. Tal vez se hubieran cruzado en alguna otra parte. Y de todos modos, poco importaba: tenía demasiadas cosas que hacer para pensar en eso ahora.

Arthur quería irse a casa, la espera ya había durado demasiado y quiso quitarse el vendaje.

—¡Ustedes están desbordados y yo realmente me encuentro bien! —dijo—, me marcho a casa

Betty le inmovilizó las manos sin miramientos.

- -¡Inténtelo y verá!
- -Pero ¿qué peligro corro? -preguntó Arthur, casi divertido.
- —Al menor dolorcito que tenga en los seis o doce meses siguientes, en caso de que necesite alguna cura y a puede olvidarse de su seguro. Si se marcha por esa puerta, a no ser que sea para fumarse un cigarrillo afuera, enviaré su ficha mencionando que se ha negado a hacerse un chequeo médico. Y aunque le duela una muela. su compañía lo mandará a paseo.
 - -¡Yo no fumo! -dijo Arthur, apoy ando el brazo en el mostrador.
- —Sé que resulta angustioso estar a oscuras, pero tenga paciencia; mire, ahí está la doctora, acaba de salir del ascensor detrás de usted.

Lauren se acercó a recepción. Desde que había salido de la habitación de Marcia, no había podido pronunciar palabra. Cogió la carpeta de manos de la enfermera y se puso a leer el informe mientras se llevaba a Arthur cogido del brazo hacia la sala número 4. Descorrió la cortina de la cabina y le ayudó a instalarse en la mesa de exploración. Cuando estuvo tumbado, empezó a quitarle

el vendaje.

—Mantenga los ojos cerrados por el momento —le dijo.

Las pocas palabras que había pronunciado, aunque con voz tranquilizadora, bastaron para acelerar el corazón de Arthur. Le retiró las gasas y le levantó los párnados inundándole los ojos de suero fisiológico.

- -¿Le duele?
- -No.
- --: Ve un destello de luz?
- --En absoluto, ese vendaje ha sido idea del enfermero, en realidad yo no tenía nada
 - -El enfermero ha hecho bien. Ya puede abrir los ojos.

Fueron necesarios unos segundos para disipar el líquido. Cuando la visión de Arthur recuperó la nitidez, su corazón empezó a latir atin más fuerte. La promesa que había formulado sobre la tumba de Lili acababa de hacerse realidad.

- -¿Qué tal? -preguntó Lauren, que notó la palidez en el rostro de su paciente.
- -Bien -dijo él, con un nudo en la garganta.
- —¡Relájese!

Lauren se inclinó para examinarle las córneas con una lupa. Mientras las estudiaba, sus rostros estaban tan cerca que sus labios casi se rozaban.

-¡No tiene absolutamente nada en los oj os, ha tenido mucha suerte!

Arthur no hizo ningún comentario.

- -; Ha perdido el conocimiento?
- -: No. todavía no!
- —¿Eso era un chiste?
- —Un vago intento.
- —: Migrañas?
- -Tampoco.

Lauren pasó la mano por la espalda de Arthur y le palpó la columna vertebral

- —¿Algún dolor?
- —Nada de nada.
- -Tiene un buen cardenal en el labio. ¡Abra la boca!
- —¿Es indispensable?
- —Sí, puesto que se lo acabo de pedir.

Arthur obedeció y Lauren cogió su pequeña linterna.

- —Vaya, al menos harán falta cinco puntos para coser esto.
- —;.Tantos?
- —¡También era un chiste! Un enjuague bucal durante cuatro días será más que suficiente.

Le desinfectó la herida de la frente y soldó los bordes con un gel. Luego abrió un cajón y desgarró el envoltorio de una tirita, que adhirió encima del corte.

—Le he pisado un poco la ceja, pasará un mal rato cuando se quite el esparadrapo. Los demás cortes son menores, cicatrizarán solos. Le recetaré un antibiótico de amplio espectro durante unos días, sólo para prevenir.

Arthur se abrochó el puño de la camisa, se enderezó y le dio las gracias a Lauren.

—No tan deprisa —dijo ella, empujándolo de nuevo hacia la mesa de reconocimiento—. También tengo que tomarle la tensión.

Descolgó el aparato de medición de su soporte de pared y lo colocó alrededor del brazo de Arthur. Era un tensiómetro automático. El brazalete se hinchaba y se deshinchaba a intervalos regulares. Bastaron algunos segundos para que las cifras aparecieran inscritas en el dial fijado en la cabecera de la mesa de reconocimiento.

- -- ¿Es propenso a las taquicardias? -- preguntó Lauren.
- -No -contestó Arthur.
- —Pues está teniendo una buena crisis: su corazón late a más de ciento veinte pulsaciones por minuto y tiene la tensión a dieciocho, que es mucho más de lo que le corresponde a un hombre de su edad.

Arthur miró a Lauren mientras buscaba una excusa en lo más hondo de su corazón

- —Soy algo hipocondríaco y los hospitales me dan pavor.
- -Mi ex se desmay aba sólo con ver mi bata.
- —¿Su ex?
- -Nada importante.
- —¿Y su novio actual soporta bien el estetoscopio?
- —De todas formas, preferiría que consultara a un cardiólogo, puedo avisar a alguno si lo desea.
- —Es inútil —dijo Arthur con voz temblorosa—. No es la primera vez que me ocurre; en fin, en un hospital es la primera vez, pero cuando me presento a un concurso, el corazón se me embala un poco: tengo tendencia a ponerme excesivamente nervioso.
- -iEn qué trabaja? —preguntó Lauren, divertida, mientras escribía una receta

Arthur dudó antes de responder. Aprovechó que ella estaba concentrada en su hoja para mirarla, silencioso y atento. Lauren no había cambiado, aparte del peinado, tal vez. La pequeña cicatriz en la frente, que a él tanto le gustaba, casi había desaparecido. Y su mirada seguía siendo la misma, orgullosa e indescriptible. Reconocía cada expresión de su rostro, como el movimiento del arco de Cupido, por debajo de la nariz, cada vez que hablaba. La belleza de su sonrisa le traía recuerdos felices. ¿Era posible echar a alguien de menos hasta ese punto? El brazalete se hinchó de inmediato y aparecieron nuevas cifras. Lauren levantó la cabeza para consultarlas con atención.

- —Soy arquitecto.
- —¿Y también trabaja los fines de semana?
- —A veces incluso de noche: siempre vamos contra reloi.
- -: Sé a lo que se refiere!

Arthur se enderezó sobre la mesa.

- --: Ha conocido a algún arquitecto? -- preguntó, con voz febril.
- —No, que yo recuerde, pero me refería a mi trabajo: nosotros también trabajamos sin tener en cuenta las horas.
 - -¿Y qué hace su novio?
 - -Es la segunda vez que me pregunta si estov soltera.
- —Su corazón late mucho más deprisa, preferiría hacerlo examinar por uno de mis colegas.

Arthur se arrancó el brazalete del tensiómetro y se puso en pie.

-; Ahora es usted la que está angustiada!

Quería irse a descansar. Mañana todo iría bien. Prometió que se haría mirar la tensión en los próximos días y, si había cualquier cosa anormal, lo consultaría de immediato

-¿Me lo promete? - insistió Lauren.

Arthur suplicó al cielo que dejara de mirarlo de aquel modo. Si su corazón no estallaba en cualquier momento, la tomaría entre sus brazos para decirle que estaba loco por ella, que le resultaba imposible vivir en la misma ciudad sin que es hablaran. Se lo contaría todo, suponiendo que le diera tiempo a hacerlo antes de que ella llamara a seguridad y lo hiciera ingresar para siempre. Cogió su chaqueta, o más bien lo que quedaba de ella, se negó a ponérsela delante de ella y le dio las gracias. Estaba saliendo de la cabina cuando oyó que lo llamaba.

-;Arthur?

Esta vez, sintió los latidos del corazón en el interior de la cabeza. Se dio la vuelta.

- -Se llama así, ¿verdad?
- —Sí —articuló él con la boca totalmente seca.
- —¡Su receta! —dijo Lauren, tendiéndole la hoja rosa.
- -Gracias -contestó Arthur, al tiempo que cogía el papel.
- —Ya me las ha dado. Póngase la chaqueta: a esta hora la noche refresca, y su organismo y a ha tenido su dosis de agresiones por hoy.

Arthur se puso una manga con torpeza, y justo antes de irse se volvió y miró largamente a Lauren.

- —¿Qué pasa? —preguntó ésta.
- —Lleva un mochuelo en el bolsillo —le contestó con una sonrisa triste en los labios

Luego abandonó la cabina.

Cuando atravesaba el vestíbulo, Betty lo llamó desde el otro lado del cristal.

Arthur se acercó, atontado.

-Firme aquí y será libre -le dijo, presentándole una gran libreta negra.

Arthur puso su rúbrica en el registro de Urgencias.

- —¿Está seguro de que se encuentra bien? —quiso saber la enfermera jefe—.
 Parece mareado.
 - —Es bastante probable —contestó él, alejándose.

Mientras Arthur esperaba un taxi bajo la marquesina de Urgencias, en la garita donde Betty clasificaba las fichas de ingresos, Lauren lo miraba sin que él se diera cuenta

- -- ¿No crees que se le parece un poco?
- No sé de quién estás hablando —contestó la enfermera, con la cabeza hundida en sus carpetas—. A veces me pregunto si trabajamos en un hospital o en una administración
- —Ambas cosas, creo y o. Corre, mírale y dime qué te parece. No está nada mal, ¿no?

Betty se levantó las gafas, echó un breve vistazo y volvió a sumergirse en sus papeles. Un vehículo de la Yellow Cab Company acababa de detenerse, Arthur subió v el coche se aleió.

- -¡Nada que ver! -dijo Betty.
- -¡Has mirado dos segundos!
- —Si, pero, es la centésima vez que me preguntas lo mismo, así que ya estoy entrenada; además, ya te he dicho que tengo un don para recordar caras. Si ése fuera tu hombre te habría reconocido de inmediato: no era yo la que estaba en coma.

Lauren cogió una pila de hojas y ayudó a la enfermera clasificarlas.

- -Hace un momento, mientras lo examinaba, he dudado de verdad.
- —¿Por qué no se lo has preguntado?
- —Ya me veo diciéndole a un paciente: « Mientras yo salía del coma, ¿por casualidad no pasó usted quince días sentado a los pies de mi cama?»

Betty rió de buena gana.

- —Creo que esta noche he vuelto a soñar con él. Pero al despertarme, nunca consigo acordarme de sus rasgos.
- —Si fuese él, lo habrías reconocido. Tienes a veinte « clientes» esperándote, deberías sacarte esas ideas de la cabeza e ir a trabajar. Y gira página, tienes a alguien en tu vida ¿no es verdad?
 - -¿Pero estás segura de que no era él? -insistió Lauren en voz baja.
 - -¡Del todo!
 - -Háblame de él otra vez.

Betty abandonó su montón de documentos y giró sobre su taburete.

- -¿Qué quieres que te diga?
- —La verdad es que resulta increíble —se sublevó Lauren—. Un departamento entero frecuentó a ese hombre durante dos semanas y no consigo encontrar a una sola persona que sepa nada de él.
- —Habrá que pensar que era de naturaleza discreta —refunfuñó Betty grapando un fajo de hojas de color de rosa.
 - —¿Y nadie se preguntaba qué estaba haciendo aquí?
- —A partir del momento en que tu madre toleraba su presencia, nosotros no teníamos por qué meternos. ¡Todo el mundo pensaba que era un amigo tuyo, o incluso tu novio! Y había varias mujeres celosas en la planta. Más de una te lo habría quitado encantada.
- —Mamá cree que era un paciente; Fernstein, que era un pariente, y tú, que era mi novio. Decididamente, nadie consigue ponerse de acuerdo.

Betty carraspeó y se levantó para coger una resmilla de papel. Se dejó caer las gafas sobre la nariz y miró a Lauren con aspecto grave.

- -- ¡Tú también estabas ahí!
- —¿Qué intentáis ocultarme entre todos?

Disimulando su incomodidad, la enfermera sumergió de nuevo la cabeza entre los papeles.

—¡Nada en absoluto! Sé que puede parecer extraño, pero lo único increíble es que salieras adelante sin secuelas, y deberías dar gracias al cielo en lugar de empeñarte en inventar misterios.

Betty golpeó la campanilla que tenía delante y llamó al número 125. Puso una carpeta en las manos de Lauren y le hizo una seña para que volviera a su puesto.

—Mierda, soy yo el médico jefe aquí —protestó la joven, mientras entraba en la cabina número 4.

Capítulo 7

El taxi dejó a Arthur delante de su casa. Buscó las llaves sin éxito y dudó antes de llamar a la señora Morrison porque no le oiría. Observó entonces que de un balcón bajaba un hilillo de agua, levantó la cabeza y vio que su vecina estaba regando las plantas. Le hizo una seña con la mano y la anciana se asustó al verlo en tan penoso estado. La puerta crepitó al abrirse.

- La señora Morrison, en el rellano y con las manos en las caderas, lo miraba circunspecta.
 - --: Acaso sales con una boxeadora?
 - -No, ha sido un sidecar quien se ha enamorado de mí -dijo Arthur.
 - --: Has tenido un accidente de moto?
- —¡De peatón! Y para colmo, ni siquiera estaba cruzando la calle, me han atropellado delante de Macv's.
 - —¿Oué estabas haciendo allí?

Puesto que la correa había quedado sepultada bajo los cristales rotos del escaparate, prefirió no decirle nada a su vecina. Entonces la señora Morrison vio los hombros desgarrados de la chaqueta de Arthur.

- -iMe temo que se va a notar el zurcido! ¿No has podido guardar el bolsillo?
- -No -dijo Arthur, sonriendo a pesar del labio dolorido e hinchado.
- —La próxima vez que le hagas un arrumaco a tu novia, ponle guantes o córtale las uñas: ¡al menos sé prudente!
 - -¡No me haga reír, Rose, que me duele horrores!
- —De haber sabido que bastaba con que te atropellara una moto para que por fin me llames por mi nombre de pila, hubiera llamado a uno de mis viejos amigos de los Ángeles del Infierno. Y por cierto, Pablo ha ladrado esta tarde; creí que se estaba muriendo, pero no, solamente ladraba.
 - -Rose, voy a acostarme.
 - -Te traeré una tisana, y seguro que tengo árnica por alguna parte.
- Arthur le dio las gracias y se despidió, pero apenas había avanzado unos pasos cuando su vecina lo llamó de nuevo.

Sostenía un juego de llaves con la punta de los dedos.

—Me imagino que no habrás encontrado las tuyas en el ascensor. Esta es la copia que me diste, las necesitarás si quieres entrar en tu casa.

Arthur abrió la puerta y le devolvió el llavero a su vecina. Tenía otra copia en el despacho y prefería que ésta se la quedara ella. Entró en su apartamento, encendió la lámpara halógena del salón y enseguida la apagó, porque la luz le produjo un deslumbramiento y una intensa migraña. Fue al cuarto de baño y sacó dos sobres de aspirina del botiquín. Necesitaba una dosis doble para calmar la tormenta que le bullía en el cráneo. Se metió el polvo debajo de la lengua, para que el producto se diluvera directamente en la sangre y actuara más deprisa. Tras cuatro meses compartiendo la vida con una estudiante de medicina había aprendido algunos trucos. El sabor amargo le provocó un estremecimiento y bebió agua del grifo, pero cuando se inclinó todo empezó a dar vueltas a su alrededor y tuvo que apoyarse en la pila. Se sentía débil, cosa en absoluto sorprendente, va que no había comido nada desde la mañana. A pesar de las náuseas incipientes, tenía que comer algo. Estómago vacío y mareo se entendían de maravilla. Arrojó la chaqueta encima del sofá v fue a la cocina. Al abrir la puerta del frigorífico, un escalofrío recorrió su cuerpo. Cogió el platito con un pedazo de queso y sacó un paquete de tostadas de su bolsa. Montó algo parecido a un bocadillo pero renunció a comérselo en cuanto le dio el primer bocado.

Sería mejor dejar de luchar, estaba ko. Fue al dormitorio, avanzó hasta la mesilla de noche, siguió el cable de la lámpara de cabecera y pulsó el interruptor. Volvió la cabeza para la puerta; debía de haber saltado algún fusible, pues el salón estaba sumido en la oscuridad.

Arthur no comprendía lo que estaba pasando: a su izquierda, la lámpara de cabecera difundía una luz pálida y turbia, casi anaranjada, pero en cuanto la miraba de frente, recuperaba la normalidad. Las náuseas se redoblaron y hubiera querido correr hacia el cuarto de baño, pero le flaquearon las piernas y cavó al suelo.

Tumbado a los pies de la cama, incapaz de volver a levantarse, trató de arrastrarse hasta el teléfono. Dentro del pecho, el corazón le latía como si fuera a despegar y cada pulsación retumbaba con un dolor indescriptible. Buscó el aire que le fallaba, y oyó el timbre de la puerta justo antes de perder el conocimiento.

Paul consultó el reloj, furioso. Le hizo una seña al maître y pidió la cuenta. Instantes después, mientras atravesaban el aparcamiento del restaurante, se disculpó una vez más ante sus invitadas. No era culpa suya si su socio era un maleducado.

Onega se alzó como defensora de Arthur: en una época en que el compromiso amoroso parecía un vestigio del pasado, alguien que había querido casarse con su novia al cabo de cuatro meses de relaciones no debía ser un malvado.

-No se casaron -refunfuñó Paul, abriéndole a Onega la puerta del coche.

Arthur debía de estar durmiendo, pero la señora Morrison no estaba tranquila porque le había visto muy mala cara. Cerró la puerta de su apartamento, dejó el tubo de árnica en la mesa de la cocina y regresó al salón. Pablo dormía plácidamente en su cesto. Lo cogió en brazos y se instaló en el gran sillón delante del televisor. Su oído ya no era muy bueno, pero sus ojos no habían perdido ni una pizca de su agudeza y había observado perfectamente la palidez de su vecino.

- -¿Haces la guardia de noche? preguntó Betty.
- -Termino a las dos de la madrugada -contestó Lauren.
- —Lunes por la noche, ni una gota de lluvia, la luna llena todavía queda lejos... ya verás: será una noche tranquila.
 - -Crucemos los dedos -dijo Lauren, sujetándose el cabello.

Betty aprovecharía aquella calma para ordenar los botiquines. Lauren se ofreció a ayudarla, pero le sonó el busca. Reconoció el número en el dial: la necesitaban en otra habitación, en la segunda planta.

Paul y Onega acompañaron a Mathilde a su casa antes de ir a dar un paseo nocturno al final del Pier 39. Fue Onega quien eligió el lugar, para gran sorpresa de Paul. Las tiendas para turistas, los restaurantes bulliciosos y las atracciones demasiado iluminadas se sucedían a lo largo del gran espigón de madera sobre el océano. Al final del pontón, en la explanada azotada por la espuma del mar, una batería de prismáticos de pie ofrecían, por veinticinco centavos, una visión cercana de la cárcel de Alcatraz, encaramada en su islote en medio de la bahía. Delante de estos aparatos ópticos varias placas de cobre remachadas en la balaustrada recordaban a los visitantes que las corrientes y los tiburones que surcaban la bahía jamás habían permitido que un solo prisionero escapase a nado, « excepto Clint Eastwood», precisaba la inscripción entre paréntesis.

Paul cogió a Onega por la cintura. Ella se dio la vuelta para mirarlo directamente a los oi os.

- -¿Por qué querías venir aquí? -le preguntó él.
- —Me gusta este sitio. Los emigrantes de mi país cuentan a menudo su llegada a Nueva York en barco y la felicidad que les invadió cuando, apiñados en el puente de la nave, por fin vieron Manhattan asomando entre la niebla. Yo vine en avión desde Asia. Lo primero que vi por la ventanilla cuando atravesamos la capa de nubes fue la cárcel de Alcatraz Lo interpreté como una señal que me enviaba la vida. Los que consideraban Nueva York como el símbolo de la libertad a menudo la comprometieron o la malgastaron, ¡Yo lo tenia todo por ganar!

- ¿Venías de Rusia? preguntó Paul, emocionado.
- —¡De Ucrania, desdichado! —dijo Onega, arrastrando las palabras de una forma muy sensual—. ¡Jamás le digas a uno de mis compatriotas que es ruso! Por semejante ignorancia, merecerías que no volviera a besarte, al menos durante unas horas —añadió con dulzura.
 - -¿Qué edad tenías cuando llegaste? -quiso saber Paul, hechizado.

Onega caminó hasta el extremo del muelle riendo a carcajadas.

—¡Nací en Sausalito, tonto! Estudié en Berkeley y trabajo como jurista en el ay untamiento. Si me hubieras hecho algunas preguntas en lugar de hablar todo el tiempo, ya lo sabrías.

Paul se sintió ridículo, se apoyó en la balaustrada y miró el horizonte Onega se acercó y se apretó contra él.

—Perdóname, pero estabas tan mono que no he podido resistirme a continuar tomándote el pelo. Y tampoco es una gran mentira; con una generación de diferencia, esa historia es verdadera, pues le ocurrió a mi madre. ¿Me llevas a casa? Mañana trabajo temprano —dijo, justo antes de posar sus labios en los de Paul

El televisor estaba apagado. La señora Morrison debería haber visto la película, pero aquella noche no se veía con ánimos. Dejó a *Pablo* a sus pies y cogió la copia de las llaves de su vecino.

Encontró a Arthur inconsciente y tumbado a los pies del, sofá. Se agachó y le dio unas palmadas en las mejillas. El abrió los ojos. El rostro sereno de la señora Morrison pretendia ser tranquilizador, aunque resultaba todo lo contrario. Oyó su voz en la lejanía y no la vio. Intentó en vano pronunciar algunas palabras, pero le costaba mucho vocalizar. Tenía la boca seca. La señora Morrison fue a buscar un vaso de agua y le humedeció los labios.

—Tranquilo, voy a llamar a una ambulancia ahora mismo —le dijo, acariciándole la frente

Se dirigió al escritorio en busca del teléfono. Arthur consiguió sostener el vaso con la mano derecha, pero la izquierda no obedecía ninguna orden. El líquido helado se deslizó por la garganta y lo tragó. Quiso levantarse, pero su pierna permanecía inmóvil. La anciana se dio la vuelta para controlarle; había recuperado un poco el color. Estaba a punto de descolgar el auricular cuando sonó el teléfono.

- —¡La próxima vez te ríes de tu padre! —gritó Paul.
- —¿Del padre de quién tendré el honor de reírme? —preguntó la señora Morrison.
 - --¿No estoy llamando a casa de Arthur?

Y el descanso había sido breve. Betty entró como un huracán donde estaba durmiendo Lauren.

- —Date prisa, nos acaba de avisar la centralita, diez ambulancias vienen hacia aquí. Una bronca en un bar.
- —¿Están libres las salas de reconocimiento? —preguntó Lauren, poniéndose en pie de un salto.
 - -Sólo hay un paciente, nada grave.
- —Pues sácame a ese tipo de ahí y pide refuerzos: diez unidades móviles pueden traernos hasta veinte heridos.

Paul oy ó a lo lejos el aullido de la sirena, miró por el espejo retrovisor y vio el centelleo intermitente de las luces giratorias que se aproximaban. Aceleró, tamborileando inquieto en el volante. Su coche se detuvo por fin delante del edificio dónde vivía Arthur. La puerta del vestíbulo estaba abierta, se precipitó hacia la escalera, subió los peldaños corriendo y llegó al apartamento jadeando.

- Su amigo estaba tumbado a los pies del sofá y la señora Morrison le tenía la mano cogida.
- —Nos has dado un susto de muerte —le dijo—, pero creo que está mejor. He llamado a una ambulancia.
- —Ya viene —dijo Paul, acercándose—. ¿Cómo te encuentras? —Le preguntó, con una voz que disimulaba muy mal su inquietud.

Arthur volvió la cabeza en su dirección y Paul se dio cuenta enseguida de que algo no iba bien.

—No te veo —murmuró.

Capítulo 8

El camillero se aseguró de que la camilla estuviera bien ajustada y le puso el cinturón de seguridad. Picó en el cristal que lo separaba del conductor y la ambulancia se puso en marcha. Asomada al balcón del apartamento de Arthur, la señora Morrison vio cómo el vehículo de emergencias giraba en el cruce antes de desparecer con las sirenas encendidas. Volvió a cerrar la ventana, apagó las luces y regresó a su casa. Paul había prometido llamar en cuanto supiera algo. Se arrellanó en su sillón, a la espera de que el telé fono sonara en el silencio.

Paul se sentó al lado del enfermero que vigilaba la tensión de Arthur. Su amigo le hizo una seña para que se acercara.

- —Que no nos lleven al Memorial —le murmuró al oído—. Ya he estado antes
- —Razón de más para volver y montarles un escándalo. Que te hayan dejado salir en este estado demuestra falta de profesionalidad.

Paul se interrumpió el tiempo justo para mirar a Arthur con aire circunspecto.

- -¿La has visto?
- -Es ella quien me ha examinado.
- -¡No me lo creo!

Arthur volvió la cabeza, sin responder.

—Por eso has sufrido esta crisis, amigo mío, tienes el síndrome del corazón roto, llevas sufriendo demasiado tiempo.

Paul corrió la pequeña mampara de separación y le preguntó al conductor a qué hospital se dirigían.

- -Al Mission San Pedro -contestó el chofer.
- —Perfecto —masculló Paul, volviendo a cerrarla.
- —¿Sabes qué? Esta tarde me he encontrado con Carol-Ann —murmuró Arthur.

Paul lo miró, esta vez con aire compasivo.

—No es nada grave, relájate, estás delirando un poquito y crees que ves a todas tus ex novias, pero se te pasará.

La ambulancia llegó a su destino diez minutos más tarde. Desde el momento en que los camilleros entraron en el vestíbulo del Mission San Pedro Hospital,

Paul comprendió la estupidez que había cometido. La enfermera Cybile abandonó su libro y su garita para guiar a los camilleros hacia una sala de exploración. Instalaron a Arthur en la mesa y se despidieron.

Mientras tanto, Paul rellenó el informe en el mostrador de recepción. Era más de medianoche cuando Cybile volvió; ya había avisado al interno que estaba de servicio y juró que no tardaría en presentarse. El doctor Brisson estaba terminando la ronda de visitas en las plantas superiores. En la sala de exploración, Arthur ya no sufría, sino que se había sumergido dulcemente en el limbo de un sueño abismal. La migraña había cesado por fin, como por encanto. Y en cuanto hubo desaparecido el dolor. Arthur, feliz, volvió a ver...

« La rosaleda estaba espléndida, rebosante de rosas de mil colores. Ante él se abria una cardinale blanca, de un tamaño que no había visto nunca. La señora Morrison llegó tarareando. Cortó la flor cuidadosamente bastante por encima del nudo que se formaba en el tallo y se la llevó al porche. Se instaló en el balancín, con Pablo dormido a sus pies. Arrancó los pétalos uno a uno y los cosió en la chaqueta de tweed con infinita delicadeza. Era una idea preciosa utilizarlos de ese modo para reemplazar el bolsillo que faltaba. La puerta de la casa se abrió y su madre descendió los peldaños del tramo de la escalera. Llevaba una bandeja de mimbre con una loza de café y galletas para el perro. Se agachó, y se las dio al animal.

- -Esto es para ti, Kali -dijo.
- » ¿Por qué la señora Morrison no le decía la verdad a Lili? El perrito respondía al nombre de *Pablo*, qué idea tan extraña la de llamarlo *Kali*.
- » Pero Lili no cesaba de repetir, cada vez más fuerte: "Kali, Kali, Kali", y la señora Morrison, que se columpiaba cada vez más alto, repetía a su vez, riéndose: "Kali, Kali". Las dos mujeres se volvieron hacia Arthur y, con un dedo autoritario en los labios, le ordenaron que debía permanecer callado. Arthur estaba furioso. Aquella complicidad repentina le irritaba sobremanera. Se levantó, y lo mismo hizo el viento.
- » La tormenta avanzaba desde el océano a toda velocidad. Unas gotas pesadas martilleaban en el tejado. Las nubes impregnadas de agua que se agrupaban en el cielo de Carmel estallaron sin miramientos sobre la rosaleda. Bajo el impacto de la lluvia, se formaron alrededor de él decenas de pequeños cráteres. La señora Morrison abandonó la chaqueta en el balancín y entró en la casa. Pablo la siguió de inmediato, con el rabo entre las patas, pero en el umbral de la puerta el animal dio media vuelta, ladrando como para prevenir de un peligro. Arthur llamó a su madre. Gritó con todas sus fuerzas en una lucha contra el viento que confinaba sus palabras al interior de su garganta. Lili se volvió, miró a su hijo con rostro afligido y luego desapareció, engullida por las sombras del pasillo. El postigo de la ventana del despacho azotaba la fachada y chirriaba al

girar sobre sus goznes. Pablo avanzó hasta el primer peldaño del tramo de escalera aullándole a la muerte.

Abajo en la playa el océano se desbocaba. Arthur pensó que sería imposible llegar a la cueva, al pie del acantilado. Sin embargo, era el lugar ideal para esconderse. Miró a lo lejos, hacia la bahía, y el oleaje voluptuoso le provocó una violenta náusea.

Tuvo una arcada y se inclinó.

—No estoy seguro de que vaya a aguantar mucho más —dijo Paul con la palangana en la mano.

La enfermera Cybile sostenía a Arthur por los hombros para que no se cayera de la mesa de exploración.

—¿Va a venir ya el capullo del médico o tendré que ir a buscarlo con un bate de béisbol? —reventó Paul.

En la última planta del Mission San Pedro Hospital, sentado en una silla en la oscuridad de la habitación de un enfermo, el interno Brisson mantenía una conversación telefónica con su novia que había decidido dejarle y lo llamaba desde la casa de él, detallando la lista de incompatibilidades que no les dejaban otra salida que separarse. El joven doctor Brisson se negaba a escuchar que era un egoista y un arribista y Vera Zlicker, por su parte, se negaba a confesarle que su ex novio la estaba esperando abajo en el coche, mientras ella hacía la maleta. Además, esa conversación no podían mantenerla en una habitación de hospital, su ruptura habría carecido de intimidad, concluy ó ella. Brisson acercó el móvil al monitor para que Vera oyera los pitidos débiles y regulares del corazón de su paciente. Con un hilo de voz, precisó que, dado su estado, no había peligro de que les molestara.

Mientras se preguntaba si la camiseta que estaba doblando era suya, Vera hizo una breve pausa. Le resultaba muy difícil concentrarse en dos temas al mismo tiempo. Brisson creyó que ella dudaba por fin, pero entonces Vera preguntó si no era una imprudencia seguir con la conversación, porque siempre le habían dicho que los teléfonos móviles interfieren en los aparatos médicos. El interno vociferó que, en ese momento, le importaba un bledo y le ordenó a su ya ex novia que tuviera la cortesía de esperar a que terminase la guardia, al día siguiente por la mañana. Exasperado, Brisson apagó el busca que sonaba en su bolsillo por tercera vez. En el otro extremo de la línea telefónica, Vera acababa de colgar.

Una vena situada en la parte posterior del cerebro había sufrido el impacto de los cristales rotos del escaparate. En el transcurso de las tres primeras horas que siguieron al accidente, una cantidad mínima de sangre había brotado del vaso dañado, pero a última hora de la tarde la hemorragia provocó las primeras anomalías en el equilibrio y en la visión. Los mil miligramos de aspirina ingeridos por vía sublingual modificaron la situación significativamente. Diez minutos fueron suficientes para que las moléculas de ácido acetilsalicílico fluidificaran la sangre con la que se estaban mezclando. A través de la herida, el líquido se expandió por el cerebro como un río que se desborda de su lecho. Cuando Arthur se dirigía al hospital, la hemorragia y a no halló terreno por el que avanzar bajo la bóveda del cráneo, así que empezó a comprimir las meninges.

La primera de las tres membranas que recubren el encéfalo reaccionó de inmediato. Creyendo que se trataba de una infección, ejerció el papel que tenía asignado. Pasadas las diez de la noche, se inflamó para tratar de contener al agresor. En cuestión de horas, el hematoma que se estaba formando habría comprimido el cerebro lo suficiente para detener las funciones vitales. Arthur se sumía en la inconsciencia. Paul llamó a la enfermera y ella le rogó que tuviera a bien esperar en su sillón: el interno de guardia era muy estricto respecto al reglamento. Paul no tenía derecho a permanecer de este lado del cristal.

Brisson pulsó, rabioso, el botón de la planta baja.

No lejos de allí, las puertas del ascensor se abrieron al vestíbulo de Urgencias de otro hospital. Lauren avanzó hasta la garita de recepción y cogió una nueva carpeta de manos de Betty.

El hombre, de cuarenta y cinco años, había llegado con una herida profunda en el abdomen, consecuencia de un navaj azo desafortunado. Justo después de su ingreso, su saturación había caído por debajo del umbral crítico, signo de una hemorragia importante. Su corazón mostraba signos de fibrilación inminente y Lauren decidió intervenirlo antes de que fuera demasiado tarde. Practicó una incisión generosa para poder obturar la vena que sangraba en abundancia. Sin embargo, el arma blanca, al retirarse, había causado otros destrozos. En cuanto consiguió remontar la presión sanguínea del herido, exploró por debajo de la primera herida.

Lauren tuvo que hundir la mano en el vientre del hombre y, con el pulgar y el indice, presionó parte del intestino delgado para detener la hemorragia principal. La maniobra fue hábil y la presión continuó subiendo. Betty dejó el desfibrilador y aumentó el flujo de la perfusión. Lauren se encontraba en una postura poco confortable de la cual le resultaba imposible liberarse, pues la presión que ejercía era vital

Cuando llegó el equipo de cirujanos, cinco minutos después, Lauren los acompaño al quirófano con la mano todavía en el abdomen del paciente.

Veinte minutos después, el cirujano jefe le comunicó que podía retirar la

mano y dejarlos terminar: había logrado contener la hemorragia. Lauren volvió al vestíbulo de Urgencias con la muñeca entumecida. Allí, el tráfico de pacientes continuaba sin tregua.

Brisson entró en la cabina. Leyó el historial y observó que las constantes vitales de Arthur eran estables. Sólo la somnolencia podía resultar preocupante. Desobedeciendo las consignas de la enfermera, Paul interpeló al interno en cuantó éste salió de la cabina de exploración.

El médico de guardia le rogó de inmediato que fuese a esperar en la zona reservada para los acompañantes. Paul replicó que en ese hospital desértico no sucedería nada porque él sobrepasara unos metros una línea amarilla trazada sobre un suelo, por otra parte, bastante deslucido. Brisson hinchó el pecho y le dijo, con tono autoritario, que si quería que hablasen, se mantuviera al otro lado de la línea en cuestión. Dudando entre estrangular al interno ahi mismo o esperar a conocer el diagnóstico, Paul obedeció. Satisfecho, el joven médico señaló que, de momento, no podía decir nada. Enviaria a Arthur a radiología lo antes posible. Paul mencionó el escáner, pero el hospital no disponía de tales aparatos. El doctor Brisson lo tranquilizó lo mejor que pudo: si las placas radiográficas dejaban entrever el menor problema, transferiría a Arthur a un centro más especializado a la mañana siguiente.

Paul preguntó por qué no lo hacía ahora, pero el médico no lo creía oportuno. Desde su ingreso en el Mission San Pedro Hospital, Arthur estaba bajo su responsabilidad. Paul, entonces, pensó dónde podría ocultar el cuerpo del interno después de estrangularlo.

Brisson dio media vuelta y subió a otra planta. Iba a buscar un aparato de radiografías portátil. Cuando desapareció, Paul entró en el box y sacudió a Arthur

- —No te duermas, no debes dejarte llevar, ¿me oy es?
- Arthur levantó los párpados; tenía la mirada vidriosa y buscó a tientas la mano de su amigo.
 - -Paul, ¿recuerdas el día exacto en que terminó nuestra adolescencia?
- —No es muy difícil: ¡fue hace dos días! Estás mejor, ahora deberías descansar.
- —Cuando volvimos del internado, ya nada estaba en su sitio y dij iste: « Llega un día en que la casa de uno ya no es donde creció» . Yo quería volver atrás, pero tú no.
- --Conserva las fuerzas, ya tendremos tiempo de hablar de todo eso más tarde

Paul miró a Arthur, cogió una toalla y abrió el agua del grifo del lavabo. Una vez escurrida, la colocó sobre la frente de su amigo. Arthur pareció aliviado.

- —Hoy he hablado con ella. Durante todo este tiempo, algo en mi interior me decía que tal vez estuviera alimentando una ilusión. Que ella era un refugio, una forma de estar tranquilo, porque deseando alcanzar lo inaccesible no se corre ningún riesgo.
- —Fui yo quien te dijo eso el fin de semana, cretino; pero ahora olvídate de mis necedades filosóficas, sólo estaba enfadado.
 - -¿Y qué es lo que te hacía enfadar?
 - —Que ya no pudiéramos ser felices al mismo tiempo.
 - -Para mí, eso es envejecer.
- —Está bien envejecer, ¿sabes? Es una gran suerte. Voy a confiarte un secreto: cuando miro a personas ancianas, a menudo las envidio.
 - —¿Por su vejez?
 - -¡Por haber llegado a ella, por haber vivido hasta entonces!

Paul miró el tensiómetro: la presión sanguínea había vuelto a bajar. Apretó los puños, convencido de que había que actuar. Ese matasanos estaba a punto de acabar con lo más preciado que tenía en el mundo, el amigo que constituía su finica familia

- -Incluso si no salgo de ésta, no le digas nada a Lauren.
- -Si es para decir estas chorradas, mejor ahórrate las palabras.

Arthur ladeó la cabeza y perdió el conocimiento. Eran las dos menos cuarto y, en el reloj de la cabina de exploración, la aguja proseguía con su tictac burlón. Paul se levantó y forzó a Arthur a abrir los ojos.

- —Vas a envejecer mucho tiempo aún, estúpido, yo me ocuparé de ello y cuando estés podrido por el reuma, cuando ya no puedas ni siquiera levantar el bastón para pegarme, te diré que sufres por mi culpa, que una de las peores noches de mi vida podría haberte evitado todo eso. Pero tú empezaste.
 - --: Empecé qué? --- murmuró Arthur.
- —A dejar de divertirte con las mismas cosas que yo, a ser feliz de una forma que yo no comprendía, a obligarme a envejecer también a mí.

Brisson entró en la cabina de exploración acompañado por la enfermera, que empujaba el carrito con el aparato de radiografías.

—¡Usted, salga ahora mismo! —le gritó a Paul en un tono iracundo.

Paul lo miró de pies a cabeza, echó un vistazo al aparato que la enfermera Cybie estaba colocando en la cabecera de la cama y se dirigió a ella con voz afectada:

- -- ¿Cuánto pesará esta cosa?
- —Demasiado para mis ríñones, que tiemblan cada vez que he de empujar este aparato del demonio.

Paul se volvió bruscamente, agarró a Brisson por el cuello de la bata y le detalló de forma resuelta las enmiendas al reglamento del Mission San Pedro Hospital, que entrarían en vigencia en el instante en que él lo soltara.

—¿Ha entendido bien lo que acabo de decir? —añadió, ante la mirada divertida de la enfermera Cybile.

Ya liberado, Brisson exageró un acceso de tos que cesó al primer movimiento de ceja de Paul.

- —No veo nada que me preocupe —dijo el interno diez minutos después, consultando las placas de las radiografías a través de la pantalla luminosa.
 - -Pero, ¿le preocuparía a un médico? -preguntó Paul.
- —Todo esto puede esperar a mañana por la mañana —contestó Brisson con un tono agudo—. Su amigo sólo está grogui.

Brisson ordenó a la enfermera que devolviera el aparato a la sala de radiología, pero Paul intervino.

—¡Puede que un hospital no sea el último refugio de la caballerosidad, pero al menos vamos a intentarlo! —exclamó.

Disimulando mal su rabia, Brisson sucumbió y le arrebató a Cybile el carrito de las manos. En cuanto hubo desaparecido en el ascensor, la enfermera dio unos golpecitos en el cristal de la garita y le hizo una seña a Paul para que se acercara.

- -Está en peligro, ¿verdad? -preguntó Paul, cada vez más ansioso.
- —Yo sólo soy enfermera; ¿de veras cuenta mi opinión?
- Más que la de ciertos médicos —le aseguró Paul.
- —Entonces, escúcheme bien —murmuró Cybile— Necesito este trabajo, así que si un dia demanda a ese bestia, no podré testificar. Son más corporativistas que los polis; los que hablan, en caso de negligencia, pueden pasarse toda la vida buscando un puesto de trabajo. Ya no los contrata ningún hospital. Sólo hay sitio para los que cierran filas cuando hay dificultades. Los ejecutivos olvidan que aquí las dificultades son seres humanos. Dicho esto, lárguense los dos antes de que Brisson mate a su amigo.
 - -No veo cómo hacerlo, ¿adonde quiere que vay amos?
- —Me sentiría tentada de decirle que sólo el resultado cuenta, pero fíese de mi instinto: en su caso, el tiempo también cuenta.

Paul iba de un lado a otro, furioso consigo mismo. Cuando entraron en ese hospital, supo que era un error. Trató de recobrar la calma, pues el miedo le impedía hallar una solución.

-¿Lauren?

Paul se precipitó a la cabecera de Arthur, que estaba gimiendo. Tenía los ojos muy abiertos y la mirada fija en otro mundo.

—Lo siento, sólo soy yo —dijo Paul, cogiéndole la mano.

Arthur habló con voz entrecortada.

- -Júrame... por mi alma... que nunca le dirás la verdad.
- -En este momento prefiero jurar mejor por la mía -dijo Paul.
- -: Mientras mantengas tu promesa!

Estas fueron las últimas palabras de Arthur. Ahora, la hemorragia anegaba la

parte posterior de su cerebro. Para proteger los centros vitales aún intactos, esa máquina extraordinaria optó por dejar fuera de servicio todas sus terminales periféricas. Los centros de la vista, el habla, el oido y la motricidad habían dejado de ser operativos. Eran las dos y veinte en el reloj de la sala de exploración. Arthur había entrado en coma.

Capítulo 9

Paul recorría el vestíbulo de un lado a otro. Sacó el teléfono móvil del fondo del bolsillo, pero Cybile le dio a entender de inmediato que estaba prohibido utilizarlo en el recinto del hospital.

—¿Y qué aparato científico podría perturbar, aparte de la máquina de bebidas?—œritó él.

Cybile reiteró la prohibición con un movimiento de cabeza y le señaló el aparcamiento de Urgencias.

- —Artículo 2 del nuevo reglamento interior —insistió Paul—: ¡se autoriza el uso de mi teléfono en el vestíbulo!
- —Su reglamento sólo funciona con Brisson, así que váyase a telefonear afuera. Si pasa el de seguridad, me echan.

Paul, sin abandonar sus protestas, franqueó las puertas correderas.

Durante largos minutos, continuó dando zancadas por el aparcamiento de las ambulancias, mientras veía desfilar la agenda telefónica en la pantalla de su móvil

-¡Mierda -masculló en voz baja-, es un caso de fuerza mayor!

Pulsó una tecla y al instante el móvil marcó un número pregrabado.

-Memorial Hospital, ¿qué puedo hacer por usted? -preguntó la telefonista.

Paul insistió para que le pasaran con Urgencias. Esperó varios minutos Betty cogió el aparato. Una ambulancia, le explicó él, les había llevado a primera hora de la tarde a un hombre joven atropellado por un sidecar en Union Square.

Betty le preguntó a su interlocutor si era un miembro de la familia de la víctima y Paul contestó que era su hermano; apenas mintió. La enfermera se acordaba muy bien del informe de ingreso. El paciente había abandonado el hospital por sus propios medios hacia las veintiuna horas. Estaba en perfecto estado

—No del todo —replicó Paul—, ¿puede pasarme al médico que se ha ocupado de él? Creo que era una mujer. Es urgente —añadió.

Betty comprendió que había algún problema, o más bien que el hospital podía tener problemas. El diez por ciento de los pacientes que recibia Urgencias regresaba a las veinticuatro horas siguientes, debido a un error o a una subestimación en el diagnóstico. El día en que los juicios costaran más dinero del que se ahorraban con la reducción de personal, los administradores tomarían por fin las medidas que el cuerpo médico no cesaba de reclamar. Rebuscó entre sus fichas, en busca de la copia de la de Arthur.

Betty no descubrió ninguna infracción en el protocolo de exploración; más tranquila, dio unos golpes en el cristal cuando vio acercarse a Lauren por el pasillo. Había una llamada para ella.

- —Si es mi madre, le dices que no tengo tiempo. Debería haberme ido hace media hora y todavía me falta pasar visita a dos pacientes.
- —Si tu madre llamara a las dos y media de la madrugada, te la pasaría incluso al quirófano. Coge el teléfono, parece importante.

Perpleja, Lauren se llevó el auricular al oído.

- —Esta tarde ha examinado usted a un hombre al que se lo había llevado por delante un sidecar. ¿recuerda? —dijo la voz al otro lado del aparato.
 - -Sí, perfectamente -contestó Lauren-, ¿llama de la policía?
- -No, soy su mejor amigo. Su paciente se ha encontrado mal al volver a casa. Está inconsciente.

Lauren sintió que el corazón se le aceleraba en el pecho.

- —¡Llame ahora mismo al 911 y tráigamelo aquí inmediatamente, le esperaré!
- —Ya está hospitalizado. Estamos en el Mission San Pedro Hospital y la cosa no marcha muy bien.
- —No puedo hacer nada por su amigo si ya está en otro hospital —contestó Lauren—. Mis colegas sabrán ocuparse de él, estoy segura. Puedo hablar con ellos si lo desea pero, aparte de señalar una leve taquicardia, no tengo nada especial que comentarles, todo era normal cuando se ha marchado de aquí.

Paul describió en qué condiciones se encontraba Arthur; el médico que estaba de guardia pretendía que no era arriesgado esperar hasta la mañana, pero él no compartía su opinión, había que ser un necio para ignorar que su mejor amigo no estaba bien.

- —Me resulta difícil contradecir a un colega sin haber consultado las radiografías. ¿Qué dice el escáner?
 - -¡Aquí no hay escáner! -dijo Paul.
 - -- ¿Cómo se llama el interno de guardia? -- quiso saber Lauren.
 - -Es un tal doctor Brisson -dijo Paul.
 - -: Patrick Brisson?
 - -Llevaba escrito « Pat» en su credencial, debe de ser ése, ¿lo conoce?
 - -Lo conocí en cuarto curso de medicina; efectivamente, es un necio.
 - -¿Qué puedo hacer? -suplicó Paul.
- —Yo no tengo ningún derecho a intervenir, pero puedo intentar hablar con él por teléfono. Con el consentimiento de Brisson, podríamos organizar el traslado de su amigo practicarle un escáner esta misma noche: el nuestro está operativo

las veinticuatro horas del día. ¿Y por qué no ha venido aquí?

—Es una larga historia y tenemos poco tiempo.

Paul vio que el interno entraba en la garita de Cybile; le rogó a Lauren que no colgara y atravesó el vestíbulo corriendo. Llegó jadeando ante Brisson y le pegó el móvil a la oreia.

—Una llamada para usted —le dii o.

Brisson lo miró, sorprendido, y cogió el aparato.

El intercambio de puntos de vista entre los dos médicos fue breve. Brisson escuchó a Lauren y le dio las gracias por una ayuda que no había solicitado. El estado de su paciente estaba controlado, pero no era el caso de la persona que lo acompañaba. El hombre que tan inútilmente la había importunado mostraba cierta tendencia a la histeria, y hasta había tenido que apelar a la policía para desembaravarse de él

Lauren, tranquilizada, colgó después de un encantado de tener noticias tuyas después de tantos años y espero volver a verte, para tomar un café o, ¿por qué no?, para salir a cenar. Cortó la comunicación y se guardó el aparato en el holsillo

- -- ¿Y bien? -- quiso saber Paul, cuy os pies rozaban la línea amarilla.
- —¡Le devolveré su teléfono cuando se vaya de aquí! —dijo Brisson con aire altanero—. Su utilización está prohibida en el recinto del hospital, como seguramente ya le habrá notificado Cybile.

Paul se cuadró delante del médico y le impidió el paso.

- —Bien, de acuerdo, se lo devuelvo; pero usted tiene que jurarme que saldrá al aparcamiento si tiene que hacer más llamadas —prosiguió Brisson, ya no tan fiero.
- —¿Qué ha dicho su colega? —preguntó Paul, arrancando el móvil de las manos del interno.
- —Que tengo toda su confianza, cosa que evidentemente no puede decir todo el mundo

Brisson señaló con el dedo la inscripción que delimitaba la zona reservada exclusivamente al personal médico.

—Si vuelve a cruzar una sola vez al otro lado de esta línea, aunque sea para recorrer diez centímetros de este pasillo, Cybile llamará a la policía y haré que se lo lleven. Espero haber sido lo bastante claro.

Y Brisson dio media vuelta y se alejó por el pasillo. La enfermera jefe Cybile se encogió de hombros.

Lauren acababa de ordenar el ingreso del último herido de la refriega en el bar.

Una enfermera en prácticas le pidió que examinara a un paciente. Le hubiese

bastado mirar el tablón de los horarios, estalló Lauren, para comprobar que su guardia terminaba a las dos de la mañana. Puesto que eran casi las tres, era imposible que la persona a la que se estaba dirigiendo la joven enfermera fuese Lauren. Emily Smith la miró con expresión contrita.

—Está bien, vamos, ¿en qué cabina está el enfermo? —preguntó, siguiéndola con resignación.

El chiquillo se que jaba de dolor de oído y tenía fiebre muy alta. Lauren lo examinó y diagnosticó una otitis aguda. Prescribió una receta y le rogó a Betty que ayudase a la joven en prácticas a administrar los cuidados adecuados. Agotada, por fin abandonó Urgencias, sin tomarse tiempo siquiera para quitarse la bata

Mientras atravesaba el aparcamiento desierto, Lauren soñaba con un baño, un edredón y una gran almohada. Consultó su reloj; su próxima guardia empezaba dentro de dieciséis horas. Habría necesitado dormir el doble para resistir hasta el fin de semana.

Tomó asiento detrás del volante y se abrochó el cinturón. El coche se alejó por Potrero Avenue y giró en la calle Veintitrés.

Le gustaba conducir por San Francisco en plena noche, cuando la ciudad en calma era toda para ella. El asfalto desfilaba bajo las ruedas del cabriolé. Encendió la radio y metió la tercera. El Triumph avanzaba bajo la bóveda estrellada de un magnifico cielo estival.

El Ayuntamiento estaba reparando unas tuberías en el cruce de McAllister Street y la circulación estaba cortada. El jefe de obra se inclinó hacia la puerta del Triumph; a su equipo le faltaban sólo unos minutos. La calle era de sentido unico y Lauren pensó en dar marcha atrás, pero renunció ante la presencia de un coche de policía que estaba señalizando la zona donde trabaj aban los obreros.

Vio la silueta del Mission San Pedro Hospital reflej ada en el retrovisor, y a que el edificio estaba a dos bloques de casas a su espalda.

El conductor cerró la lona del camión municipal antes de subir a la cabina. En uno de los lados del vehículo, un anuncio sobre prevención en carretera ponía en guardia al ciudadano: « Basta un segundo de negligencia...».

El policía le hizo una seña a Lauren indicándole que ya podía pasar y se coló entre las máquinas de la obra, que estaban abandonando el centro de la calzada para reagruparse junto a la acera. Pero en el semáforo, la joven cambió de dirección. De pronto, recordó que jamás había conocido a un estudiante más pasado de sí mismo que Brisson.

ambulancia con las siglas del centro hospitalario y las luces apagadas se detuvo en una plaza reservada a los vehículos de emergencia. El conductor bajó, cerró la puerta con llave y entró en el vestibulo del hospital. Después de saludar a la enfermera de guardia, colgó su llavero de un pequeño clavo fijado en la pared de la garita. Cybile le entregó la llave de una sala de exploración, él le dio las gracias y fue a acostarse a una de las cabinas desocupadas.

Paul estaba mirando la ambulancia al otro lado de la cristalera cuando un Triumph verde fue a aparcar a su lado.

Reconoció de immediato a la joven que, con paso decidido, se dirigía hacia las puertas de Urgencias. La vio dar media vuelta, quitarse la bata y arrojarla dentro del maletero del coche. Instantes después, entraba en el vestíbulo. Paul fue a su encuentro

- -La doctora Kline, supongo...
- -: Es usted quien me ha llamado?
- -Sí, ¿cómo lo sabe?
- —No hay nadie más en el vestíbulo. Y usted, ¿cómo ha sabido quién era yo? Incómodo. Paul clavó la mirada en la punta de sus zapatos.
- —Llevo dos horas rogando a todos los dioses de la tierra que alguien venga en mi ay uda, y usted es el primer Mesías que se ha presentado... He visto cómo se quitaba la bata en el anarcamiento.
 - --: Está Brisson por aquí? -- quiso saber Lauren.
 - -No anda muy lejos, está arriba.
 - —;Y su amigo?

Paul señaló la primera cabina detrás de la garita de la enfermera.

-: Vamos allá! -dijo Lauren, arrastrándole.

Pero Paul vaciló. En su altercado con Brisson le había prohibido franquear la linea amarilla a la entrada del pasillo, bajo pena de hacer que le expulsara la policía. Se preguntaba si, en caso de infracción, Cybile ejecutaria la sentencia. Lauren suspiró; aquella actitud de pequeño sargento encajaba muy bien con el interno al que había conocido en el cuarto curso de la facultad. Invitó a Paul a no complicar más la situación; iría a su encuentro ella sola y se presentaría como la novia del paciente.

- -Me dej arán pasar -lo tranquilizó.
- —Al menos será mejor que procure llamarle por su nombre; lo de « paciente» podría despertar sospechas.

Paul temía que Brisson no se tragara sus argucias.

—Hace muchos años que no nos hemos visto, y teniendo en cuenta el tiempo que pasa contemplándose a sí mismo, dudo que reconociera el rostro de su propia madre.

Laureen fue a presentarse a la garita de Cybile. La enfermera de guardia dejó su libro y salió de su jaula de cristal. La zona que estaba a sus espaldas sólo

era accesible para el personal médico. Pero en veinte años de carrera había adquirido un olfato infalible: que la joven a la que estaba acompañando al box fuese o no la novia del paciente, poco importaba. Ante todo, era una médica. Brisson no podría reprocharle nada.

Lauren entró en la habitación donde estaba descansando Arthur. Estudió los movimientos de la caja torácica. La respiración era lenta y regular, y el color de la piel, normal. Con el pretexto de cogerle la mano a su novio, Lauren le comprobó el pulso. El corazón latía más lento que en el examen anterior. Si lograba sacarlo de aquel atolladero, le practicaría un electrocardiograma de control, de buen grado o a la fuerza.

Se acercó al panel luminoso donde estaban colgadas las radiografías del cráneo. Le preguntó a Cybile si eran « las fotos» del cerebro de su prometido las que estaban expuestas en la pared.

Cybile la miró, dubitativa, y levantó los ojos al cielo.

-Voy a dejarla con su « prometido» ; supongo que necesitarán intimidad.

Lauren le dio las gracias de todo corazón.

En el umbral de la puerta, la enfermera se dio la vuelta y miró a Lauren de nuevo.

—Puede estudiar las placas más cerca, doctora; lo único que le aconsejo es que termine su examen antes de que Brisson vuelva. No quiero tener problemas. Dicho esto, espero que sea usted meior médica que comediante.

Lauren oyó sus pasos alejándose por el pasillo. Se acercó a la pantalla para estudiar las radios atentamente. Brisson era aún más inútil de lo que había imaginado. Un buen interno habría sospechado un derrame hemorrágico en la parte posterior del cerebro. El hombre que yacía en la cama debía ser operado lo antes posible; incluso dudaba que el cerebro no se hubiese afectado por el tiempo perdido. Para confirmar su diagnóstico, había que practicarle un escáner con la mayor urgencia.

Brisson entró en la garita de Cybile con las manos en los bolsillos de la bata.

- —¿Ese aún está ahí? —se sorprendió, señalando a Paul, que estaba sentado en una silla al otro extremo del pasillo.
 - -Sí, y su amigo aún está en la cabina, doctor.
 - -¿Se ha despertado?
- —No, aunque respira con normalidad y sus constantes son estables: acabo de comprobarlo.
- —¿Cree que hay riesgo de hematoma intracraneal? —quiso saber Brisson con voz débil.

Cybile rebuscó entre sus papeles para no cruzar su mirada con la del médico; su fe en el género humano se acercaba al límite de lo tolerable.

—No soy más que una enfermera, y usted ya me lo ha recordado lo suficiente desde que trabaja con nosotros, doctor.

Brisson adoptó de inmediato una actitud más segura.

- —¡No sea insolente! ¡Puedo hacer que la trasladen cuando me dé la gana! Ese tipo sólo está inconsciente y se recuperará. Por la mañana le practicaremos un escáner, por precaución. Relléneme una ficha de traslado y búsqueme un escáner libre en una clínica del barrio o en un centro de radiodiagnóstico. Diga que el doctor Brisson en persona desea que el examen se realice a primera hora.
 - -No dejaré de mencionarlo -rezongó Cybile.

Mientras avanzaba por el pasillo, oyó que la enfermera le gritaba que había autorizado a la compañera del paciente para que lo visitara en la sala de reconocimiento

- -- ¡Su mujer está ahí? -- preguntó Brisson, dándose la vuelta.
- -; Su novia!
- —¡No chille de este modo, Cy bile, estamos en un hospital!
- —Sólo estamos nosotros, doctor —dijo Cybile—. Afortunadamente murmuró cuando se alejó Brisson.

La enfermera regresó a su garita. Paul se la quedó mirando y ella se encogió de hombros. Oyó que la puerta de la cabina de exploración se cerraba tras los pasos del interno. Estuvo dudando unos segundos y luego se levantó para franquear con paso resuelto la famosa linea amarilla.

Brisson se presentó a la joven que estaba sentada en el taburete al lado de su prometido.

- -Hola, Lauren. Hace mucho tiempo.
- —No has cambiado nada —contestó ella.
- —Tú tampoco.
- -¿A qué estás jugando con este paciente?
- —¿Y qué puede importarte eso a ti? ¿Andáis escasos de clientes en el Memorial?
- —He venido porque este hombre ha sido mi paciente esta tarde; quizá te parezza desconcertante, pero algunos de nosotros estamos en este oficio por amor a la Medicina.
- —Querrás decir que os da miedo tener problemas porque quizá hayáis subestimado el estado clínico de un herido antes de permitir que abandonara vuestro servicio.

La voz de Lauren subió un tono y su voz retumbó en el pasillo.

- —Te equivocas, pero al parecer no será ese el error de apreciación más grave que hayas cometido esta noche. Estoy aqui porque el compañero de este tipo me ha pedido auxilio, e incluso por teléfono he podido darme cuenta de que habías errado el diagnóstico.
 - ---¿Acaso tienes algo que pedirme y por eso te muestras tan amable?

—¡Pedirte no, sino aconsejarte! Voy a llamar al Memorial para que me envíen una ambulancia con la que llevarme a este hombre, que seguramente deberá ser sometido a una punción intracraneal en el plazo más breve. Vas a dejarme intervenir, y en contrapartida, te dejaré modificar el informe de tu examen. Habrás prescrito el traslado tú mismo y tu jefe de servicio te felicitará. Piénsalo: un paciente salvado no puede hacerle ningún daño a tu carrera.

Brisson acusó el golpe, avanzó hacia Lauren y le arrebató de las manos las placas de las radiografías.

- —Es lo que habría hecho de haber pensado que su estado de salud justificaba semejante gasto. Pero no es el caso, está bien y se despertará mañana por la mañana con una migraña espantosa. Mientras tanto, te autorizo a salir de mi hospital y a que regreses al tuyo.
 - -¡Este sitio es poco más que un dispensario! -replicó Lauren.

Arrancó una radio de manos de Brisson y la colgó de la pantalla luminosa. La imagen estaba tomada de frente. Delimitó la epifisis calcificada. La pequeña glándula debería encontrarse perfectamente a caballo de la linea mediana que delimita los dos hemisferios del cerebro, pero en aquella imagen aparecía desplazada. Esto hacía presumir una compresión anormal en la parte posterior del cerebro.

- --: No eres capaz de interpretar esta anomalía? -- continuó ella, gritando.
- —Eso es sólo un defecto de la película: el aparato móvil es de mala calidad —contestó Brisson, con la voz de un niño pequeño al que han sorprendido con la mano dentro del tarro de mermelada.
- —La epífisis está desplazada de la línea mediana, y la única explicación posible es la formación de un hematoma parieto occipital. Tu cabezonería va a matar a este hombre y te juro que me encargaré de que lo lamentes.

Brisson se apaciguó, henchido de orgullo, y avanzó hacia Lauren, obligándola a retroceder hacia la puerta de la cabina.

—Primero, tendrás que justificar tu intrusión en este lugar, y tu presencia en una cabina en la que no tienes autoridad ni legitimidad. Dentro de cinco minutos llamo a los polis para que te echen de aquí, a menos que prefieras ir a algún sitio a tomar un café conmigo. Es una noche muy tranquila, puedo ausentarme un ratito

Lauren miró al residente de arriba abajo, con los labios temblorosos de cólera. Apoyado en la pared, con el brazo negligentemente posado sobre el hombro de ella, Brisson aproximó su rostro. Ella lo empujó sin miramientos.

—En la facultad, Patrick, y a transpirabas concupiscencia y celos. La persona a la que más has decepcionado en tu vida es a ti mismo, y has decidido hacérselo pagar a los demás. Si continúas así, este hombre se irá en silla de ruedas en el mejor de los casos.

Con un gesto brutal, Brisson la arrojó hacia la puerta.

- —Lárgate de aquí antes de que te haga detener. Vete, y dale recuerdos míos a Fernstein; dile que, a pesar de sus severos juicios, me está yendo muy bien. En cuanto a él—dijo, señalando a Arthur—se queda aquí; jes mi paciente!
- Las venas de Brisson sobresalían de rabia. Lauren había recobrado la calma. Puso una mano compasiva sobre el hombro del interno.
- —Dios, cómo compadezco a los que te rodean; te lo suplico, Patrick ¡si todavía hay en ti una pizca de humanidad, quédate soltero!
- Paul entró bruscamente en la estancia, con los ojos ebrios de emoción. Brisson se sobresaltó
 - -; Acabo de oírles decir que Arhur va a quedarse paralítico?

Miraba a Brisson con un irresistible deseo de estrangularlo, cuando apareció la enfermera Cybile. Se disculpó ante el residente: había hecho todo lo posible por retener a Paul, pero no había tenido la fuerza física necesaria para prohibirle el acceso al pasillo.

--Esta vez han ido los dos demasiado lejos. ¡Cybile, llame a la policía ahora mismo! Voy a poner una denuncia.

Brisson se regocijaba y la enfermera se aproximó, sacó la mano del bolsillo y deslizó algo en la de Lauren. La joven interna identificó el objeto de inmediato y comprendió las intenciones de la enfermera. Le dio las gracias guiñándole el ojo y, sin vacilar, clavó la jeringuilla en el cuello de Brisson y apretó el émbolo.

El residente la miró, estupefacto, y retrocedió intentando quitarse la aguja de la nuca, pero era demasiado tarde y el suelo ya estaba rodando bajo sus pies. Lauren dio un paso adelante para retenerlo en su caída.

—¡Valium e Hypnovel! Le espera un largo viaje —notificó Cybile, humildemente.

Ayudada por Paul, Lauren tumbó a Brisson en el suelo.

« Ya no era un neón lo que colgaba del techo, sino un pequeño avión sujeto a un tiovivo. ¿Por qué su padre no quería que montase en los caballitos? En su cabina el feriante y los niños se divierten y él tiene que quedarse ahi, jugando con la arena. Porque una pila de arena no cuesta nada. Treinta centavos la vuelta es mucho dinero. ¿Qué precio hay que pagar para subir hasta las estrellas?»

Lauren deslizó bajo la cabeza de Brisson el cubrecamas doblado que le entregaba Cybile.

- « Qué bonita es la mujer que tengo delante, con su cola de caballo, sus pómulos y sus ojos chispeantes. Apenas me mira. Desear no es ningún crimen. Quisiera que se subiera al avión conmigo. Dejaría a mis padres en esta mediocridad que los tranquiliza mutuamente. Odio a toda esta gente que merodea, riéndose por nada y divirtiéndose con todo. Es de noche».
 - -¿Está durmiendo? -susurró Paul.
- -Tiene toda la pinta -contestó Lauren, que estaba tomando el pulso a

- —¿Qué hacemos ahora?
- —Tiene para una media hora, preferiría haberlo despejado todo cuando despierte: estará de muy mal humor. Vayanse de aquí los tres. Yo iré a buscar mi coche, instalaremos a su amigo en la parte de atrás e iremos volando al Memorial, no hay un minuto que perder.

Salió de la habitación. La enfermera desatascó los frenos de la cama donde reposaba Arthur y Paul la ayudó a empujarla fuera de la cabina, vigilando para no pisar los dedos de Brisson, que dormitaba en el suelo. Las ruedas chirriaron sobre el linóleo del vestíbulo. Paul lo abandonó rápidamente.

Lauren volvió a cerrar el maletero del Triumph y se sorprendió al ver a Paul atravesando el aparcamiento a toda prisa. Pasó por delante de ella gritando: «¡Ya voy!» y continuó su carrera. Ella se puso la bata mientras le miraba alejarse, perpleja.

-Paul, de verdad que no es momento de...

Unos minutos más tarde, una ambulancia se detuvo ante ella. La puerta del copiloto se abrió y Paul, sentado en el puesto del conductor, la recibió con una gran sonrisa.

- —;La llevo?
- -¿Sabe conducir estas máquinas? preguntó ella, subiéndose a bordo.
- -¡Soy un especialista!

Se detuvieron frente a la entrada. Cybile y Paul trasladaron a Arthur a la camilla, en la parte de atrás de la ambulancia.

- —Me hubiera encantado acompañarlos —suspiró Cybile, asomada a la ventanilla de Paul.
 - —Gracias por todo —dijo éste.
- —De nada. Me quedaré sin trabajo, pero pocas veces me he divertido tanto. Si todas sus veladas son así de entretenidas, llámenme: voy a tener mucho tiempo libre

Paul se sacó un llavero del bolsillo y se lo entregó a la enfermera.

-He cerrado la puerta de la cabina, sólo por si acaso se despierta antes de hora

Cy bile recuperó las llaves, con una sonrisa en los labios. Dio un golpecito en la puerta, como quien palmea la grupa de un caballo para ordenarle que se ponga en marcha.

Sola en el aparcamiento desierto, delante de la camilla, Cybile vio cómo la ambulancia doblaba la esquina de la calle. Se detuvo delante de las puertas automáticas. Bajo sus pies, una reja metálica permitía el drenaje del agua de

lluvia. Cogió las llaves que Paul le había devuelto y dejó que se le cayeran de las manos

- -Con mi coche -dijo Lauren-habríamos ganado en discreción.
- —¡Pero si ha dicho que no había un minuto que perder! —objetó Paul, encendiendo las luces giratorias de la ambulancia.

Circulaban a toda velocidad; si todo iba bien, llegarían al Memorial Hospital en un cuarto de hora

- -: Vav a noche! -exclamó Lauren.
- -: Cree que Arthur se acordará de algo?
- —Varios fragmentos de conciencia se solaparán unos con otros. No puedo garantizarle que el conjunto forme una serie coherente.
- —¿Es peligroso despertar los recuerdos de alguien que ha permanecido largo tiempo en coma?
- —¿Por qué iba a ser peligroso? —Preguntó Lauren—. El estado de coma es consecuencia de traumatismos craneales, esté dañado el cerebro o no lo esté. También sucede que algunos pacientes se quedan en coma sin que sepamos por qué. La medicina todavía ignora muchas cosas en lo que con cierne al cerebro.
 - -Habla de ello como de un carburador de coche.

Divertida, Lauren pensó en su Triumph, que había abandonado en el aparcamiento, y rezó para no cruzarse con Brisson cuando fuese a recuperarlo. Ese tipo era capaz de dormir dentro de su cabriolé hasta que ella volviera.

- —Así que, si uno intenta estimular la memoria de un antiguo comatoso, ¿le hace correr algún riesgo?
- —No hay que confundir la amnesia con el coma: no tienen nada que ver. Es frecuente que un individuo no logre acordarse de los acontecimientos anteriores al impacto que lo sumió en la inconsciencia. Pero si la pérdida de memoria se extiende a un período más largo, indica otro trastorno, al que llamamos amnesia y que tiene sus propias causas.

Mientras Paul reflexionaba, Lauren se dio la vuelta y miró a Arthur.

- —Su amigo aún no está en coma, sólo inconsciente.
- —¿Usted cree que una persona puede acordarse de lo que ha sucedido mientras estaba en coma?
- $-_{\ddot{b}}$ Como ruidos ambientales, por ejemplo? Es parecido a cuando uno está dormido, salvo que el sueño es más profundo.

Paul reflexionó mil veces antes de decidirse a hacer la pregunta que le ardía en los labios

—¿Y si eres sonámbulo?

Intrigada, Lauren lo miró. Paul era supersticioso y una vocecita le recordó que había jurado guardar un secreto. Su mejor amigo estaba tumbado en una

camilla, inconsciente, así que, a regañadientes, puso fin a sus preguntas.

Lauren se volvió otra vez La respiración de Arthur era generosa y regular. Si las radiografías del cráneo no hubieran sido de tan mal augurio, se habría podido creer que dormía plácidamente.

- -Parece que está bastante bien -dijo ella, arrellanándose en su sitio.
- $-_i$ Ah, es un gran tipo! $_i$ Aunque a veces no deja de jorobarme de la mañana a la noche!
- —¡Yo me refería a su estado de salud! Viéndoles juntos, parecen una pareja muy antigua.
 - —Somos como hermanos —refunfuñó Paul.
 - --: No ha querido avisar a su novia? En fin. me refiero a la verdadera...
 - -¡Está soltero!, y sobre todo, no me pregunte por qué.
 - —¿Por qué?
 - -Tiene un don para meterse en situaciones complicadas.
 - -: Por ejemplo?

Paul miró largamente a Lauren. Era cierto que la sonrisa de sus ojos era única.

- -; Déjelo correr! -dijo él, sacudiendo la cabeza.
- —Gire a la derecha, por ahí están haciendo obras —continuó Lauren—. ¿Por qué me ha hecho todas esas preguntas sobre el coma?
 - -Por saber.
 - -¿A qué se dedica usted?
 - -Sov arquitecto.
 - -¿Igual que él?
 - —¿Cómo lo sabe?
 - -Me lo ha dicho esta tarde.
- —Fundamos juntos nuestro estudio. Debe de tener usted muy buena memoria para acordarse del oficio de todos sus pacientes.
 - —La arquitectura es un bonito trabajo —dijo Lauren.
 - -Eso depende de los clientes.
 - —Para nosotros es un poco lo mismo —dijo ella, riéndose.

La ambulancia se estaba acercando al hospital. Paul hizo sonar la sirena un momento y se presentó ante la rampa reservada a los vehículos de emergencia. El agente de seguridad accionó la barrera.

- —Adoro los tratos preferentes —se regocijó.
- —Pare debajo de la marquesina, vuelva a darle a la bocina y los camilleros vendrán a buscar a su amigo.
 - -¡Vaya lujo!
 - -No es más que un hospital.

Detuvo el furgón en el lugar designado por Lauren. Dos camilleros venían y a a su encuentro.

- —Yo me voy con ellos —dijo Lauren—. Usted vaya a aparcar, nos encontraremos más tarde en la sala de espera.
 - -Gracias por todo lo que está haciendo -dijo Paul.
 - Ella abrió la puerta y descendió del vehículo.
 - -¿Alguien cercano a usted ha estado en coma?
 - Paul la miró fijamente.
 - —¡Realmente cercano! —contestó.
 - Lauren entró en Urgencias escoltando la camilla.
- —La verdad es que tenéis una curiosa manera de frecuentaros, vosotros dos. ¡Estabais destinados a entenderos! —murmuró, mientras ella se alejaba por el vestíbulo.

Capítulo 10

Las ruedas de la camilla giraban tan deprisa que los cubos temblaban sobre su eje. Lauren y Betty se abrían paso por los pasillos abarrotados de Urgencias. Esquivaron un botiquín por los pelos, y el encuentro en una curva con un grupo de camilleros que venía de frente se reveló de lo más peligroso. En el techo, los neones se extendían en un trazo continuo de color lechoso. A lo lejos, el timbre del ascensor tintineó. Lauren gritó que la esperasen. Aceleró aún más el paso, mientras Betty la ayudaba lo mejor que podía a mantener la camilla en línea recta. Un interno de otorrinolaringología que estaba aguantando las puertas de la cabina las ayudó a colarse entre otras dos camas que subian a los quirófanos.

-; Escáner! - jadeó Lauren.

Una enfermera pulsó el botón de la quinta planta. La carrera retomó su velocidad de locura de pasillo en pasillo, donde las puertas batientes volteaban a su paso. La unidad de imagen médica por fin estaba a la vista. Casi sin aliento, Lauren y Betty hicieron acopio de sus últimas fuerzas.

- —Soy la doctora Kline, he avisado de nuestra llegada al técnico de radiología, necesito una tomografía craneal ahora mismo.
- —La estábamos esperando —contestó Lucie—, ¿tiene el historial del paciente?

El papeleo podía esperar; Lauren colocó la camilla en la sala de exploración y, desde su cabina de control aislada, el doctor Bern se inclinó sobre el micro.

- -- ¿Qué estamos buscando?
- —Una posible hemorragia en el lóbulo occipital. Necesito una serie de imágenes para una punción intracraneal.
 - —¿Piensa intervenir esta noche? —preguntó Bern, sorprendido.
 - -En menos de una hora, si logro reunir un equipo.
 - —¿Está avisado Fernstein?
 - —Todavía no —murmuró Lauren.
- —Pero supongo que tendrá su aprobación para estas tomografías de urgencia...
 - —Evidentemente —m intió Lauren.

Ayudada por Betty, instaló a Arthur sobre la mesa de exploración y le ajustó el soporte de la cabeza. Betty inyectó la solución y odada mientras el operador

iniciaba los protocolos de captación desde su Terminal. Con un susurro apenas audible, la mesa avanzó hasta el centro del anillo. El estativo efectuó sus primeras rotaciones mientras la corona de detectores giraba alrededor de la cabeza de Arthur. Los rayos X que se captaban eran transmitidos a una cadena informática que recomponía la imagen de su cerebro en diferentes capas.

Las primeras imágenes aparecían ya en las dos pantallas del operador. Confirmaban el diagnóstico de Lauren y desmentían el de Brisson: Arthur debía ser operado inmediatamente. Había que suturar lo antes posible la disección de la vena dañada y reducir el hematoma en el interior de la cavidad craneal.

- —En tu opinión, ¿qué posibilidades hay de recuperación? —le preguntó Lauren a su colega, hablando a través del micro de la sala del escáner.
- —¡Tú eres la interna de neurocirugía! Pero si quieres mi pronóstico, yo diría que, si intervenis en una hora, no hay nada perdido. No veo ninguna lesión importante, respira bien, los centros neurofuncionales parecen intactos... Puede salir indemne

El radiólogo le hizo una seña a Lauren para que se reuniera con él en la cabina. Señaló con el dedo una zona del cerebro que aparecía en la pantalla.

- —Me gustaría que mirases esta capa más de cerca —dijo—: me parece que aquí tenemos una pequeña y rara malformación, voy a completar los exámenes con una resonancia magnética. Enviaré las imágenes por el Dicom y las podrás recuperar directamente en el neuronavegador. Casi podrías dejar que el robot operase por tí.
 - —Gracias por todo.
 - -Era una noche tranquila, y tus visitas siempre me complacen.

Un cuarto de hora después, Lauren abandonaba el departamento de radiología, conduciendo a Arthur a la última planta del hospital. Betty la dejó delante de los ascensores: tenía que volver a Urgencias. Desde allí haría todo lo posible por reunir un equipo quirúrgico en el más breve plazo.

El quirófano estaba sumido en la oscuridad; en la pared, el reloj fluorescente marcaba las tres y cuarenta minutos.

Lauren trató de instalar a Arthur en la mesa de operaciones pero, sin ayuda, se reveló una maniobra compleja. Ya estaba harta de aquella vida, de aquellos horarios, de estar siempre a disposición de todo el mundo, mientras que nunca nadie estaba ahí para ella. El busca la llamó de nuevo y se precipitó hacia el auricular del teléfono de pared. Betty descolgó de immediato.

—He conseguido a Norma, aunque le ha costado creerme. Ella se encarga de traer a Fernstein

- -- ¿Crees que le llevará tiempo encontrarlo?
- —El que hace falta para ir de la cocina al dormitorio; ¡si el apartamento de Fernstein es tan grande como dicen, tardará cinco minutos de nada!
 - -¿Quieres decir que Norma y Fernstein...?
- —¡Tú me has pedido que lo encontrase en plena noche y está hecho! Y he pedido que te llame a ti directamente: tengo los tímpanos delicados. Te dejo, estoy buscando un anestesista.
 - —¿Crees que vendrá?
- —Yo diría que ya está en camino. ¡Eres su protegida, se diría que eres la única que no quiere darse cuenta!

Betty cortó la comunicación y buscó en su agenda personal a un médico anestesista que vivía no muy lejos del hospital y cuya noche se disponía a sacrificar. Lauren colgó lentamente el auricular. Miró a Arthur, que dormía un sueño engañoso encima de la camilla.

- Oyó unos pasos detrás de ella. Paul se aproximó a la cama y cogió la mano de su amigo.
 - -; Cree que saldrá de ésta? preguntó con voz angustiada.
- —Hago cuanto está en mis manos, pero yo sola no puedo hacer gran cosa. Estoy esperando a la caballería y me siento muy cansada.
- —No sé cómo darle las gracias —murmuró Paul—. El es la única cosa por encima de mis posibilidades que me he permitido jamás.

Ante el silencio de Lauren, Paul añadió que no podía permitirse perderlo.

Lauren lo miró fijamente.

-Venga a av udarme: ;cada minuto cuenta!

Arrastró a Paul hacia la sala de preparación, abrió el armario central y sacó dos batas verdes.

-Extienda los brazos -le dijo.

Le anudó los cordones a la espalda y le puso un casquete en la cabeza. Mientras lo arrastraba hacia la pila, le mostró cómo lavarse las manos y lo ayudó a ponerse los guantes esterilizados. Mientras Lauren se vestía, Paul se contempló en el espejo. Se veía muy elegante con aquel atuendo de cirujano. Si no le hubiera tenido un horror tremendo a la sangre, la medicina le habría sentado de maravilla.

—Cuando haya terminado de mirarse al espejo, ¿vendrá a echarme una manita?—preguntó Lauren, con los brazos extendidos.

Paul la ayudó a prepararse y, cuando estuvieron los dos vestidos con sus trajes, la siguió al interior del quirófano. Él, que se enorgullecía de la alta tecnología de los equipos de su estudio de arquitectura, quedó maravillado ante la multitud de aparatos electrónicos. Se aproximó al neuronavegador para acariciar el teclado.

-¡No toque eso! -gritó Lauren.

- —Sólo estaba mirando…
- —¡Mire con los ojos, y no con los dedos! No tiene derecho a estar aquí, y si Fernstein me ve en esta sala con usted me gano...
- —... dos horas de rapapolvo —prosiguió la voz del viejo profesor, surgida de un altavoz—. ¿Ha decidido sabotear su carrera para fastidiarme la jubilación, o bien actúa por pura inconsciencia?

Lauren se dio la vuelta. Fersntein la estaba mirando desde la sala de preoperatorio, al otro lado del cristal.

- —¡Fue usted quien me hizo prestar el juramento hipocrático! ¡Yo sólo respeto mis compromisos, eso es todo! —contestó Lauren. En el intercomunicador Fernstein se inclinó sobre la consola y pulsó el botón del micro para dirigirse a ese « médico» al que no conocía.
- —Le hice jurar que donaría su cuerpo a la medicina; pienso que, cuando las futuras generaciones estudien su cerebro, la ciencia hará grandes progresos en la comprensión del fenómeno de la cabezonería.
- —No se preocupe: ¡desde que me salvó en la mesa de operaciones, me toma por su criatura! —replicó Lauren, dirigiéndose a Paul e ignorando totalmente a Fernstein

Sacó una cuchilla de afeitar estéril de un cajón y un par de tijeras, recortó la camisa de Arthur y arrojó los jirones a una papelera. Paul no pudo reprimir una sonrisa al verla rasurar el lorso de Arthur

-¡Cuando despierte, este corte le va a encantar! -dijo.

Lauren colocó los electrodos en las muñecas, en los tobillos y en siete puntos alrededor del corazón de Arthur. Conectó los cables eléctricos al electrocardiógrafo y comprobó el buen funcionamiento de la máquina. Un trazo regular aparteció en la pantalla verde fluorescente.

—¡Me he convertido en su juguete! Me echa una bronca si hago demasiadas horas, me echa una bronca si no estoy en la planta indicada en el momento preciso, me echa una bronca si no tratamos a suficientes enfermos en Urgencias, me echa la bronca porque entro demasiado deprisa en el aparcamiento... ¡Hasta me echa la bronca porque tengo mala cara! ¡El día que estudie su cerebro, la medicina dará un gran paso en la comprensión del machismo en los curanderos!

Paul carraspeó, incómodo. Fernstein invitó a Lauren a reunirse con él.

- —Estoy en un medio esterilizado —protestó ella—; ¡y ya sé lo que me quiere decir!
- —¿Cree que me he levantado en plena noche por el solo placer de echarle una reprimenda? Me gustaría hablar con usted del protocolo operatorio; ¡Dése prisa, es una orden!

Lauren hizo chasquear sus guantes y salió del quirófano, dejando a Paul a solas con Arthur.

-¿Quién es el anestesista? -preguntó ella mientras la puerta de la sala se

deslizaba sobre sus rieles.

- -; Creí que era ese médico que estaba con usted!
- —No. no es él —murmuró Lauren, mirándose la punta de los zapatos.
- —Norma se ocupa de eso, llegará en unos minutos. En fin, ha conseguido reunir a un equipo de primera en plena noche; dígame que no se trata de una apendicitis.

Los rasgos de Lauren se relajaron y apoyó una mano en el hombro de su viejo profesor.

- Punción intracraneal y reducción de un hematoma subdural.
- -¿A cuándo se remonta la primera hemorragia?
- —A las siete de la tarde, con un probable aumento de intensidad hacia las nueve, consecuencia de la absorción de una fuerte dosis de aspirina.

Fernstein consultó el reloi: eran las cuatro de la madrugada.

- —; Cuál es su pronóstico de recuperación?
- —El radiólogo es optimista.
- -¡No le he pedido su opinión, sino la de usted!
- -No lo sé, pero mi instinto me dice que valía la pena despertarle.
- —Pues si no lo sacamos de ésta, maldeciré su instinto. ¿Dónde están las imágenes?
- —En el neuronavegador, los perímetros de los campos operatorios están establecidos y los hemos enviado por el Dicom. He encendido el ecógrafo e inicializado los protocolos operativos.
- —Bien, deberíamos poder operar en un cuarto de hora. ¿Podrá resistir? —le preguntó el profesor mientras se ponía la blusa.
- —¡Concrete la pregunta! —lo desafió Lauren, anudándole los cordones a la espalda.
 - —Me refiero a su cansancio.
- —¡Está obsesionado con eso! —protestó ella, cogiendo del armario otro par de guantes esterilizados.
- —Si dirigiera una compañía aérea, me importaría la capacidad de alerta de mis pilotos.
 - -No se preocupe, tengo los pies en el suelo.
- —¿Y quién es ese cirujano de la sala de operaciones? No lo reconozco debajo del casquete —dijo Fernstein mientras se lavaba las manos.
- —Es una larga historia —dijo ella, incómoda—; se va, sólo ha venido a ayudarme.
- —¿Cuál es su especialidad? No sobrará nadie esta noche, toda ayuda será bienvenida.
 - -¡Es psiquiatra!

Fernstein se quedó desconcertado. Norma entró en la sala de preoperatorio. Ayudó al profesor a ponerse los guantes y le ajustó la bata. La enfermera contempló al viejo profesor, orgullosa de su elegancia. Fernstein se acercó al oído de su alumna y murmuró:

- —Cree que, a medida que me hago mayor, me voy pareciendo a Sean Connerv.
- Y Lauren pudo ver la sonrisa que se dibujaba debajo de la mascarilla del cirujano.

El doctor Lorenzo Granelli, anestesista reputado, hizo una entrada estrepitosa. Instalado en California desde hacía veinte años, titular de una cátedra en el centro hospitalario universitario, jamás se había desembarazado del acento elegante y soleado que subravaba sus orígenes venecianos.

—¿Y bien? —exclamó, con los brazos muy abiertos—. ¿Cuál es la urgencia que no puede esperar?

El equipo entró en el quirófano. Para gran sorpresa de Paul, lo saludaron llamándole doctor. Lauren le sugirió firmemente con la mirada que saliera de allí, pero cuando se dirigía hacia la puerta de la sala, el anestesista le pidió que lo ayudara a instalar la bolsa de la perfusión. Granelli miró, perplejo, las gotas que perlaban la frente de Paul.

-Un pajarito me dice que ya ha entrado en calor, estimado colega.

Paul contestó con un movimiento de cabeza y colgó, tembloroso, la bolsa de plasma en la percha. Lauren, por su parte, puso rápidamente en situación al resto del equipo mientras iba comentando las imágenes en la pantalla del ordenador.

--Pediré una nueva ecografía cuando hayamos reducido la presión intracraneal

Fernstein se apartó de la pantalla para acercarse al paciente. Al descubrir el rotto de Arthur, retrocedió un paso y dio gracias al cielo por llevar la mascarilla ouirúrgica que disimulaba su expresión.

- —¿Va todo bien? —le preguntó Norma, que notó la turbación del profesor.
- Fersntein se alejó de la mesa de operaciones.
- -¿Cómo ha llegado este joven aquí?
- —Es una historia que le parecerá difícil de creer —contestó Lauren con una voz apenas audible.
- —Tengo todo el tiempo del mundo —insistió él, ocupando su puesto detrás del neuronavegador.

Lauren explicó el caótico proceso que había conducido a Arthur por segunda vez a las Urgencias del Memorial Hospital y lo había sustraído de las desventuradas mano de Brisson.

- —¿Por qué no le hizo un control neurológico exhaustivo cuando lo examinó por primera vez? —Preguntó Fernstein, comprobando el buen funcionamiento de su aparato.
- —No había traumatismo craneal, ni pérdida de conocimiento, y el equilibrio neuromotor era satisfactorio. La consigna es que limitemos los exámenes

inútilmente costosos...

- —Usted nunca ha respetado las consignas, no me diga que de repente ha decidido acatarlas hoy. ¡Para ser la primera vez no ha tenido mucha suerte!
 - -No había ningún motivo para preocuparse.
 - —Y Brisson...
 - —Fiel a sí mismo —replicó Lauren.
 - -¿Le ha permitido llevarse a su paciente?
 - —No del todo

Paul simuló un increíble acceso de tos. Todo el equipo quirúrgico se lo quedó mirando. Granelli abandonó su puesto y fue a darle unas palmadas en la espalda.

—¿Está seguro de que se encuentra bien, estimado colega?

Paul tranquilizó al anestesista con un movimiento de cabeza y se alejó de él.

—¡Eso es una excelente noticia! —Exclamó Granelli—. Ahora, y se lo digo confidencialmente, si pudiera evitar esparcir sus bacilos por toda la sala, el cuerpo médico del que formo parte le estaría infinitamente agradecido. Hablo en nombre de este estimado paciente, que sufre ya ante la idea de que se le acerque usted

Paul, que tenía la sensación de que una colonia de hormigas había decidido alojarse en sus piernas, se aproximó a Lauren y le murmuró al oído, suplicante:

- —Sáqueme de aquí antes de que esto empiece. ¡No soporto la visión de la sangre!
 - -Hago lo que puedo -susurró la joven interna.
- —Mi vida se transforma en un calvario cada vez que ustedes dos se juntan. Si un día pudieran verse como hace todo el mundo, estaría la mar de bien.
 - -¿De qué está hablando? -preguntó Lauren, desconcertada.
- —¡Yo ya me entiendo! Encuéntreme el modo de salir de este sitio antes de que me desmaye.

Lauren se apartó de Paul.

- —¿Está listo? —le preguntó a Granelli.
- —Más listo sería casi imposible, querida, sólo espero la señal —contestó el anestesista.
 - -Unos minutos más -anunció Fernstein.
- Lauren colocó la sábana operatoria sobre la cabeza de Arthur, cuyo rostro desapareció bajo la tela verde.

Fernstein quiso comprobar las placas por última vez y se volvió hacia el panel luminoso, pero estaba limpio de toda imagen. Fustigó a Lauren con la mirada.

-Se han quedado al otro lado, lo siento.

Lauren salió de la estancia para ir a buscar las placas de la resonancia magnética. La puerta del quirófano se cerró mientras Norma aplacaba a Fernstein con una sonrisa cómplice.

-Todo esto es inadmisible -dijo, cogiendo las asas del neuronavegador-..

Nos despierta en plena noche, nadie está avisado de esta intervención, apenas tenemos tiempo de prepararnos... ¡El hospital debe tener, por lo menos, ciertos protocolos que hay que respetar!

—Pero, estimado colega —exclamó Granelli—, el talento se expresa a menudo en la espontaneidad de lo imprevisto.

Todos los rostros se volvieron hacia el anestesista. Granelli carraspeó.

- -En fin, o algo por el estilo, ¿no?
- Las puertas de la sala de preoperatorio donde Lauren estaba recogiendo los últimos informes de los análisis se abrieron bruscamente. Un agente uniformado precedía a un inspector de policía. Lauren reconoció de inmediato al médico con bata que la señalaba con el dedo.
 - -¡Es ella, deténganla ahora mismo!
- -iCómo han llegado hasta aquí? —le preguntó Lauren, estupefacta, al policía.
- —Al parecer, había una urgencia, y lo hemos traído con nosotros —contestó el inspector, refiriéndose a Brisson.
- —¡He venido para acusarla de intento de asesinato, secuestro de un médico en el ejercicio de sus funciones, rapto de uno de sus pacientes y robo de una ambulancia!
- —Si me lo permite, doctor, yo mismo haré mi trabajo —replicó el inspector Erik Brame, dirigiéndose a Brisson.

Le preguntó a Lauren si reconocía los hechos. Ella aspiró hondo y juró que sólo había actuado en interés del herido.

Se trataba de un caso de legítima defensa...

El inspector Brame lo sentía mucho, no le correspondía a él juzgar tal cosa y no le quedaba otro remedio que ponerle las esposas.

- -: Es realmente necesario? suplicó Lauren.
- -- ¡Es la ley! -- se regocijó Brisson.
- —Me he traído otro par; ¡si vuelve a hablar por mí una sola vez —dijo el inspector—, le detengo por usurpación de la función de agente de la fuerza pública!
 - —¿Existe ese delito? —preguntó el interno.
 - ¿Quiere comprobarlo? contestó el inspector Brame en tono firme.

Brisson retrocedió un paso, dej ando al policía proseguir el interrogatorio.

- —¿Qué ha hecho con la ambulancia?
- -Está en el aparcamiento. Pensaba devolverla por la mañana.
- El altavoz crepitó. Lauren y el policía se dieron la vuelta y vieron a Fernstein, que se dirigía a ellos desde el quirófano.
 - -¿Pueden decirme qué está pasando?

Las mej illas de la joven neuróloga se tiñeron de púrpura; se inclinó sobre el pupitre, con un gran peso sobre los hombros, y pulsó la tecla del interfono.

- -Perdón -murmuró-, lo siento muchísimo.
- —¿Acaso esta intrusión policial tiene algo que ver con el paciente que se encuentra sobre esta mesa?
 - -En cierto modo -admitió Lauren

Granelli se aproximó al cristal.

- —¿Se trata de un bandido? —preguntó casi estático.
- —No —contestó Lauren—. Todo es culpa mía, estoy muy confusa.
- —No esté confusa —replicó el anestesista—; yo mismo, cuando tenía su edad, hice dos o tres gamberradas que me valieron varias noches en compañía de los carabinieri, que, dicho sea de paso, llevan unos trajes mucho más elegantes que los de sus policías.

El inspector Brame se acercó al micro e interrumpió al anestesista.

- -Ha robado una ambulancia y se ha llevado a ese paciente de otro hospital.
- —¿Ella sola? —Exclamó el anestesista, en el colmo de la excitación—. ¡Pero esta chica es el no va más!
- —Tenía un cómplice —resopló Brisson—, estoy seguro de que estará en el vestíbulo, hay que detenerlo también.

Fernstein y Norma se volvieron hacia el único médico que aún no se había presentado, pero, para su gran sorpresa, había desaparecido. Acurrucado en el compartimento que se encontraba bajo la mesa de operaciones, Paul no lograba comprender cómo su velada se había convertido en semejante pesadilla. Hacía unas horas, era un hombre feliz y sereno que cenaba en compañía de una joven adorable.

Fernstein se acercó al cristal y le preguntó a Lauren porqué había cometido un acto tan estúpido. Su alumna levantó la cabeza y lo miró con los ojos llenos de tristeza.

- -Brisson iba a matarlo.
- —Buenas noches, profesor —dijo el joven interno, encantado—. ¡Quiero recuperar a mi paciente ahora mismo! Le prohíbo que comience esta intervención: me lo llevo conmigo.
 - —Lo dudo —objetó Fernstein, furioso.
- —Señor profesor, lo invito a que deje hacer al doctor Brisson —dijo el inspector de policía, avergonzado.

Granelli retrocedió con paso furtivo hasta la mesa de operaciones Comprobó el estado de Arthur y desenchufó el electrodo de su muñeca. Al instante, la señal de alarma del electrocardiógrafo empezó a sonar. Granelli levantó los brazos al cielo.

—¡Miren! Venga hablar y hablar y este joven va de mal en peor. A menos que este señor que nos está molestando asuma la responsabilidad del agravamiento inevitable del estado de nuestro enfermo, pienso que ya es hora de operar. De todos modos, la anestesia ya ha surtido efecto y no se le puede

trasladar! -concluy ó, triunfante.

La mascarilla de Norma no pudo ocultar su sonrisa. Brisson, loco de rabia, señaló a Fernstein con un dedo iracundo

- --; Me las pagarán todos!
- —Creo que no hemos acabado de saldar nuestras cuentas, joven. ¡Y ahora váyase de aquí y déjenos trabajar! —ordenó el profesor, y se dio la vuelta sin dirigirle una mirada a Lauren.
- El inspector Brame se guardó las esposas y cogió a la joven neuróloga del brazo. Brisson les pisaba los talones.
- —Lo menos que puede decirse —replicó Granelli, colocando de nuevo el electrodo en la muñeca de Arthur— es que ha sido una noche muy original.

El ronroneo de los aparatos cubrió el silencio que se instaló en la sala de operaciones. El líquido de la anestesia descendió a lo largo del tubo de perfusión y entró en las venas de Arthur. Granelli comprobó la saturación de los gases sanguíneos y le indicó a Fernstein con un gesto que la intervención podía empezar.

Lauren se sentó en el vehículo camuflado del inspector Erik Brame, y Brisson lo hizo en el del agente uniformado. En el cruce de California Street, los dos coches se separaron. Brisson volvía para acabar su guardia en el San Pedro. Firmaría la denuncia por la mañana.

- -- ¿Estaba realmente en peligro? -- preguntó el inspector.
- -Todavía lo está -contestó Lauren desde el asiento de atrás.
- -Y ese Brisson ¿tiene algo que ver?
- —No ha sido él quien lo ha proyectado contra un escaparate, pero digamos que su incompetencia ha empeorado la situación.
 - -Entonces, ¿usted le ha salvado la vida?
 - -Iba a operarlo cuando usted me ha detenido.
 - --: Y hace estas cosas por todos sus pacientes?
 - -Sí y no; es decir, sí, intento salvarlos, pero no me los llevo de otro hospital.
- —¿Ha corrido ese riesgo por un desconocido? —Continuó el inspector—. Es usted sorprendente.
- —¿No es lo mismo que hace usted cada día en su trabajo, asumir riesgos por desconocidos?
 - —Sí, pero yo soy policía.
 - —Y yo, médica...

El coche entró en Chinatown. Lauren le pidió al agente que le dejase bajar la ventanilla; no era muy reglamentario, pero él aceptó: ya habia tenido bastantes reglamentos nor esa noche.

-Ese tipo me caía muy antipático, pero no tenía elección, ¿lo comprende?

Lauren no contestó; con la cabeza asomada a la ventanilla, respiró el aire de mar que invadía los barrios del este de la ciudad.

- —Este sitio me gusta más que ningún otro —dijo.
- -En otras circunstancias, la habría llevado a comer el mejor pato lacado del mundo
 - -- ¿En lo de los hermanos Tang?
 - --¿Conoce ese lugar?
- —Era mi preferido; en fin, lo era. Desde hace dos años no tengo tiempo de poner los pies allí.
 - —¿Está preocupada?
- —Preferiría estar en el quirófano, pero Fernstein es el mejor neurocirujano de la ciudad, así que no debería inquietarme.
- —¿Alguna vez ha logrado responder una pregunta solamente con un sí o con un no?

Lauren sonrió

- —¿De veras ha dado ese golpe usted sola? —continuó el inspector.
- −;Sí!

El coche se detuvo en el aparcamiento del distrito séptimo. El inspector Brame ayudó a Lauren a bajar del vehículo.

Cuando entraron en la comisaría, confió a su pasajera al agente de servicio.

A Nathalia no le gustaba pasar la noche lejos de su compañero, pero las horas entre la medianoche y las seis de la mañana contaban el doble. Sólo tres meses más y también ella se retiraria. Su viejo poli cascarrabias le había prometido que la llevaria a hacer ese gran viaje con el que llevaba tantos años soñando. A finales de otoño volarían hacia Europa. Se besarian bajo la torre Eiffel, visitarian París y pondrían rumbo a Venecia para unirse por fin ante Dios. En el amor, la paciencia es una virtud. No habría ninguna ceremonia: simplemente, entrarían los dos en una pequeña iglesia; había docenas de ellas en la ciudad.

Nathalia entró en la sala de interrogatorios para acreditar la identidad de Lauren Kline, una interna de neurocirugía que había sustraído una ambulancia y se había llevado a un paciente de un hospital.

Capítulo 11

Nathalia dejó su bloc encima de la mesa.

—He visto cosas originales en este oficio, pero usted ha batido el récord diio, cogiendo la cafetera del hornillo.

Miro largamente a Lauren. En treinta años de carrera había asistido a un gran número de interrogatorios y podía juzgar la sinceridad de un sospechoso en menos tiempo del que éste había necesitado para cometer el delito. La joven interna decidió cooperar; excepto la complicidad de Paul no tenía nada que esconder. Asumía sus actos. Si volviera a presentarse una situación idéntica, adoptaría la misma actitud.

Transcurrió media hora mientras Lauren relataba y Nathalia escuchaba, sirviendo café de tanto en tanto.

- -No ha apuntado ni una palabra de mi declaración -comentó Lauren.
- —No he venido para eso; un inspector lo hará mañana por la mañana. Le recomiendo que espere a un abogado antes de contarle a otra persona lo que acaba de decirme a mí. ¿Su paciente tiene alguna posibilidad de salir con vida?
 - —No lo sabremos hasta el final de la intervención, ¿por qué?

Si la actuación de Lauren le había salvado la vida, Nathalia pensaba que seguramente disuadiría a los administradores del Mission San Pedro de presentarse como acusación civil.

- —¿No pueden dejarme salir mientras dure la operación? Juro que me presentaré aquí de nuevo mañana.
- —Primero es necesario que un juez determine su fianza. En el mejor de los casos, la recibirá esta tarde, a no ser que su colega retire la denuncia.
- —No cuente con ello; ya no me podía ver cuando estudiábamos en la facultad, creo que aquí ha encontrado su revancha.
 - —¿Se conocían?
 - —Tuve que soportarle como compañero de banco en cuarto curso.
 - -¿Y ocupaba un poco más de espacio del que le tocaba?
 - —El día que me puso las manos en los muslos, lo rechacé con bastante brusquedad.
 - --.: Y luego?
 - -iPuedo contarle esto sin la presencia de mi abogado? -replicó Lauren en

un tono divertido—. Lo abofeteé en plena clase de biología molecular. El guantazo retumbó en todo el anfiteatro.

- —Recuerdo que, en la academia de policía, esposé a un joven inspector que había intentado besarme de forma poco caballeresca. Pasó una noche de perros, pegado a la puerta de su coche.
 - -- ¿Y nunca ha vuelto a cruzarse con él?
 - -¡Estamos a punto de casarnos!

Nathalia se disculpó ante Lauren, pero el reglamento le obligaba a encerrarla. Lauren miró los reducidos barrotes que había al fondo de la sala de interrogatorios.

- —¡Es una noche tranquila! —Continuó Nathalia—. Voy a dejar la celda abierta. Si oye pasos que se acercan, enciérrese usted misma; si no, la que tendrá problemas seré yo. Encontrará café en el cajón debajo del hornillo, y tazas en el armario pequeño. No haga tonterías.
- Lauren le dio las gracias. Nathalia abandonó la estancia y regresó a su despacho. Cogió la hoja de registros para anotar la identidad de la joven acusada y conducirla al distrito séptimo a las cuatro y treinta y cinco.
 - -¿Qué hora es? -preguntó Fernstein.
 - —¿Está cansado? —replicó Norma.
- —No veo por qué tendría que estarlo: me han despertado en mitad de la noche y llevo más de una hora operando —refunfuñó el cirujano.
 - -De tal palo, tal astilla, ¿verdad, querida Norma? -contestó el anestesista.
 - -- Oué significa su comentario, estimado colega? -- quiso saber Fernstein.
 - —Me preguntaba dónde habría adquirido su alumna un estilo tan particular.
- —¿Hay que deducir entonces que sus estudiantes practicarán la medicina con un ligero acento italiano?

Fernstein introdujo un drenaje por la incisión practicada en el cráneo de Arthur. La sangre empezó a circular por el tubo. El hematoma subdural comenzaba por fin a reabsorberse. Una vez cauterizadas las microdisecciones, todavía quedaba intervenir la pequeña malformación vascular. La sonda del neuronavegador avanzaba milimetro a milímetro. Los vasos sanguíneos aparecían en el monitor de control, semejantes a ríos subterráneos. El viaje al centro de la inteligencia humana se desarrollaba, de momento, sin obstáculos. Sin embargo, a un lado y otro de la proa del neuronavegador, se extendía la inmensidad gris de la materia cerebral cual amasijo nebuloso sembrado por millones de relámpagos. Minuto a minuto, la sonda se abría camino hacia su objetivo final, aunque aún necesitaría mucho tiempo antes de alcanzar las venas cerebrales internas.

Nathalia reconoció los pasos que subían por la escalera. La cabeza del inspector Pilguez apareció en la puerta entreabierta. Con el pelo alborotado y el rostro grisáceo a causa de la barba incipiente, depositó un paquetito blanco certado con una cinta marrón.

- -¿Qué es esto? -preguntó Nathalia, con curiosidad.
- -Un hombre que no logra dormir cuando tú no estás en su cama.
- -¿Hasta ese punto me echas de menos?
- -A ti no, sino a tu respiración: me arrulla.
- —Algún día lo conseguirás, estoy segura.
- —¿El qué?
- -Decir simplemente que va no puedes vivir sin mí.

El viejo inspector se sentó en el escritorio de Nathalia. Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo y se llevó uno a la boca.

- —Puesto que aún te queda un mes de servicio activo, a título excepcional voy a compartir contigo el fruto de una experiencia arduamente adquirida sobre el terreno. En resumen, debes recopilar indicios. En el caso que te preocupa, estás ante un tipo de unos sesenta largos, que dejó Nueva York para vivir junto a ti; el mismo caballero sale de la cama, que es también la tuya, a las cuatro de la madrugada, atraviesa la ciudad en coche, aunque por la noche no ve nada, hace un alto para comprarte buñuelos, aunque su indice de colesterol le prohibe pisar el suelo de una pastelería —son buñuelos con azúcar lo que hay en el paquete—y viene a depositarlos encima de tu escritorio. ¿Necesitas alguna otra prueba?
 - -¡Aun así, me gustaría que te decidieras a confesar!

Nathalia cogió el cigarrillo de los labios de Pilguez y lo cambió por un beso.

- —No está nada mal: ¡veo que progresas en tu investigación! —contestó el policía retirado—. ¡Me devuelves el cigarrillo?
 - -; Esto es un edificio público, está prohibido!
 - -Aparte de ti y de mí, no veo mucha gente.
 - -No te engañes: hay una chica en la celda número dos.
 - -¿Es alérgica al tabaco?
 - —¡Es médica!
 - -¿Has enchironado a un médico? ¿Qué ha hecho?
- —Es una historia para no dormir; ¡y yo que creía haberlo visto todo en este oficio! Ha birlado una ambulancia y se ha llevado a un paciente en coma...

Nathalia no tuvo tiempo de terminar la frase cuando Pilguez se puso en pie de un salto y se dirigió al pasillo con paso decidido.

-; George! -gritó ella-.; Estás jubilado!

Pero el inspector no se volvió, sino que abrió la puerta de la sala de interrogatorios.

—Tengo una especie de presentimiento —masculló, cerrando la puerta tras de sí

- -Creo que ya falta poco -dijo Fernstein, haciendo girar el asa del robot.
- El anestesista se inclinó hacia la pantalla y aumentó de inmediato el flujo de oxígeno.
 - -¿Algún problema? preguntó el cirujano.
 - -La saturación está bajando, déjeme unos minutos antes de continuar.
- La enfermera se acercó a la percha, ajustó el flujo de la perfusión y comprobó los tubos de admisión de aire que entraban en las fosas nasales de Arthur
 - —Todo está en su sitio —dii o.
 - —Parece que se estabiliza —prosiguió Granelli, con la voz más tranquila.
 - -- ¿Puedo continuar? -- preguntó Fernstein.
- —Sí, aunque no las tengo todas conmigo: ni siquiera sé si este hombre tiene antecedentes cardíacos.
- —Voy a practicar un segundo drenaje, el hematoma está un poco encasquetado.
- La tensión de Arthur había caído; las constantes que aparecían en la pantalla ne aran alarmantes, aunque bastaban para mantener al anestesista en estado de alerta. La composición de los gases sanquíneos no era de lo más satisfactorio.
- —Cuanto antes lo despertemos, mejor; no reacciona bien al Dipriván señaló Granelli.
- La línea del electrocardiograma marcó una nueva inflexión. La onda Q era anormal. Norma contuvo el aliento mientras observaba el monitor, pero el trazo verde recuperó su ondulación regular.
 - -No ha ido demasiado lejos -dijo la enfermera, dejando el desfibrilador.
- —Me hubiera gustado tener una ecografía comparativa —dijo Fernstein a su vez—, lástima que nos falte un médico esta noche. Pero ¿qué diablos estará haciendo? ¡Supongo que no irán a retenerla toda la noche!

Fernstein juró que se encargaría personalmente de aquel cretino de Brisson.

Lauren fue a sentarse en el banco del fondo de su jaula con barrotes. Pilguez abrió la puerta, sonrió al reparar que el cerrojo no estaba echado y se dirigió hacia el aparador. Cogió la cafetera y se sirvió una taza.

- —Yo no diré nada de la celda si usted no dice nada de la leche. Tengo el colesterol alto y se pondría furiosa.
 - —¡Y con toda la razón! ¿Qué nivel?
 - -¿Acaso no ve dónde está? No he venido a hacerme un chequeo.
 - —¿Se toma la medicación, al menos?
 - -Me quita el apetito, y a mí me gusta comer.

- -Pida que le cambien el tratamiento.
 - Pilguez repasó el informe policial; el parte de Nathalia estaba en blanco.
- —Debe de caerle usted simpática. ¿Qué quiere? Ella es así. ¡Tiene sus favoritos!
 - —¿De quién está hablando?
- —De mi mujer, la que se ha olvidado de anotar sus declaraciones y la que se ha olvidado también de cerrar la puerta de su celda; es increíble lo distraída que se ha vuelto con la edad. ¿Y quién es el paciente que se ha llevado?
 - -Un tal Arthur Ashby, si la memoria no me falla.

Pilguez levantó los brazos al cielo con gesto consternado.

- -¡Esta sí que es buena!
- -¿Podría ser más claro? -dijo Lauren.
- —Estuvo a punto de echar a perder mis últimos meses de servicio; no me diga que usted ha decidido tomarle el relevo y arruinarme la jubilación.
 - -No tengo la menor idea de lo que me está hablando.
 - -¡Es exactamente lo que me temía! -suspiró el inspector-. ¿Dónde está?
- —En el Memorial Hospital, en el quirófano de neurocirugía, donde debería encontrarme yo en este momento en lugar de perder el tiempo en esta comisaría. Le he propuesto a su mujer que me deje regresar y le he prometido que volvería aquí en cuanto termine la intervención, pero no ha querido.

El inspector se levantó para volver a llenarse la taza. Dio la espalda a Lauren y vertió una cucharadita de azúcar en polvo en el brebaje.

- —¡Sólo faltaría! —dijo, con una voz que ocultaba el sonido de la cuchara—. Le faltan tres meses para el retiro y ya tenemos los billetes para París; sé que es casi un deporte para ustedes dos, pero no nos van a arruinar el viaje.
- —No recuerdo que nos hayamos conocido antes y no comprendo ninguno de sus comentarios; ¿podría aclarármelos?

Pilguez puso un vaso de café en la mesa y lo empujó hacia Lauren.

- —Cuidado, está ardiendo. Bébase esto y la llevo.
- -Ya he causado bastantes problemas por esta noche, ¿está seguro de que...?
- —Llevo cuatro años retirado, ¿qué quiere que me hagan ahora? ¡Ya me han quitado mi puesto de trabajo!
 - -Entonces, ¿de veras puedo volver?
 - -¡Además de cabezona, sorda!
 - —¿Por qué hace esto?
- —Usted es médica, su trabajo consiste en curar a las personas. Yo soy policía, lo que me concede el privilegio de hacer las preguntas. Vamonos, tengo que devolverla aquí antes del cambio de turno, dentro de cuatro horas.

Lauren siguió al policía por el pasillo. Nathalia levantó la cabeza y miró a su compañero.

-- ¿Qué estás haciendo?

- —Te has dejado la puerta de la jaula abierta y el pájaro ha echado a volar, querida.
 - -¿Te hace gracia?
- —¡Tú eres la que se queja de que nunca me río! Vendré a buscarte cuando acabe tu turno y aprovecharé para devolverte a la chica.

Pilguez le abrió la puerta a Lauren, rodeó el vehículo y se instaló detrás del volante del Mercurio Grana Marques. Un aroma de cuero almizelado flotaba en el interior

- —Huele un poco a nuevo, pero es que el viejo Toronado estiró la pata este invierno. Tendría que haber oído el ruido de los trescientos noventa y cinco caballos que galopaban bajo su capó. Hicimos hermosas persecuciones los dos iuntos.
 - -- ¿Le gustan los coches antiguos?
 - —No. sólo era para entablar conversación.

Una lluvia fina empezó a caer sobre la ciudad, y una miríada de pequeñas gotitas se depositó en el parabrisas como un velo brillante.

- —Sé que no tengo derecho a hacerle preguntas, pero ¿por qué me ha sacado de mi celda?
- —Usted misma lo ha dicho: será más útil en el hospital, que bebiendo café malo en comisaría.
 - —Veo que tiene un agudo sentido de la utilidad pública.
 - -¿Prefiere que la devuelva a la centralita?

Las aceras desiertas resplandecían en la noche.

—Y usted —continuó él—, ¿por qué ha hecho todo eso esta noche? ¿Tiene un agudo sentido del deber?

Lauren se calló y volvió la cabeza hacia la ventanilla.

-No tengo ni la menor idea.

El viejo inspector sacó el paquete de cigarrillos.

- -No se preocupe, llevo dos años sin fumar. Me conformo con masticarlos.
- -Está bien que prolongue su esperanza de vida.
- —No sé si voy a llegar a viejo, pero en cualquier caso, entre la jubilación, la dieta contra el colesterol y el dejar de fumar, el tiempo se me hace más largo.

Tiró el cigarrillo por la ventanilla. Lauren activó los limpiaparabrisas.

- —¿Alguna vez se ha sentido a gusto en compañía de alguien a quien no conocía?
- —Un día, cuando era joven, llegó una mujer a la comisaría de Manhattan donde yo era inspector. Mi despacho estaba cerca de la entrada y vino a presentarse. Acababan de destinarla a distribución. Durante todos los años que estuve recorriendo las calles de Midtown, ella era la voz que crepitaba en la radio

del coche. Yo me las apañaba para que mis horas de servicio coincidieran con las suyas. Estaba chiflado por ella. Como sólo la veía muy raramente, detenia a cualquiera por cualquier cosa, simplemente para volver a comisaría y presentarlo ante ella. Se dio cuenta de mi artimaña enseguida y me propuso ir a tomar algo antes de que enchironara al quiosquero de la esquina por vender cerillas húmedas. Fuimos a un pequeño café detrás de la comisaría, nos sentamos a una mesa y ya está.

- -¿Ya está, qué? -quiso saber Lauren, divertida.
- —¿No dirá nada si me enciendo uno?
- -¡Dos caladas y lo tira!
- -¡Trato hecho!

El policía se llevó un nuevo cigarrillo a la boca, lo dejó apoyado sobre el encendedor del coche y continuó su relato.

- —Había varios colegas en la barra del bar e hicieron como que no nos veían, aunque ella y yo sabíamos que al día siguiente seríamos la comidilla. Me llevó tiempo admitirme a mí mismo que me faltaba algo cuando ella no estaba en comisaría. ¿He respondido ahora a su pregunta?
 - —Y una vez lo comprendió, ¿qué hizo?
 - -Seguí perdiendo mucho tiempo -contestó el antiguo inspector.

Se hizo un silencio. Pilguez tenía la mirada fija en la calle.

—Ese hombre al que me he llevado... apenas lo he visto. Lo he examinado brevemente y se ha marchado con esa cara tan extraña y ese aspecto un poco perdido. Y luego me ha telefoneado su amigo. No tenía muy buenas noticias.

El inspector giró lentamente la cabeza.

—No puedo explicarle por qué —dijo ella—, pero al colgar, estaba contenta de saber dónde se encontraba.

Pilguez miró a su pasajera con una sonrisa en los labios, se inclinó para abrir la guantera y sacó un faro rojo que acopló al techo del coche.

-Hagámosle una jugarreta a su impaciencia.

Encendió el cigarrillo. El vehículo avanzaba en la noche y ningún semáforo interrumpiría su carrera.

Norma enjugó la frente del profesor. Unos minutos más y la sonda alcanzaría su destino; la pequeña anomalía vascular ya estaba a la vista. El electrocardiógrafo emitió un breve sonido. Todo el equipo contuvo el aliento. Granelli se inclinó sobre el aparato y observó el trazo. Golpeó con la palma de la mano la parte superior del monitor y la onda recuperó su curvatura normal.

-- Esta máquina está tan cansada como usted, profesor -- dijo, volviendo a su sitio

Pero aquel comentario no aplacó la inquietud que reinaba en la sala. Norma

comprobó el nivel de carga del desfibrilador. Cambió la bolsa que recogía la sangre extraída del hematoma, desinfectó de nuevo el contorno de la incisión y volvió a su puesto. al lado de la mesa.

- —El acceso es mucho más complicado de lo que imaginaba —precisó Fernstein—, esta circunvolución no se parece a nada que conozca.
- —¿Cree que puede ser un aneurisma? —preguntó el anestesista, mientras miraba la pantalla del neuronavegador.
- —Seguro que no, más bien diría que es una pequeña glándula, voy a rodearla para estudiar sus puntos de afianzamiento, no estoy del todo seguro de que haga falta extirparla.

Cuando la sonda alcanzó la zona delimitada por Fernstein, el electroencefalógrafo que medía la actividad eléctrica del cerebro de Arthur llamó la atención de Norma. Uno de los trazos se puso a oscilar levemente y marcó un brusco pico de una envergadura inaudita. La enfermera imitó el gesto del anestesista y golpeó el monitor. El trazo ondulado se hundió de forma vertiginosa antes de remontar a una altura razonable.

-i, Algún problema? -quiso saber el profesor.

La impresora del aparato debería haber impreso la primera anomalía y, sin embargo, no había reaccionado. El extraño trazo huía hacia la derecha de la pantalla. Norma se encogió de hombros y pensó que, en aquella sala, todo estaba tan agotado como ella.

- —Creo que voy a practicar la incisión; no estoy seguro de querer quitar esta cosa —dijo el profesor—, pero al menos podremos practicar una biopsia.
 - -¿No quiere hacer una pausa? sugirió el anestesista.
- -- Prefiero acabar lo antes posible; no deberíamos haber emprendido una intervención semeiante con un equipo tan reducido.

Granelli, a quien gustaba trabajar con grupos pequeños, no compartía la opinión de su colega. Los mejores cirujanos de la ciudad estaban reunidos en aquella sala. Pero decidió guardarse ese punto de vista para él. Pensó que aquel fin de semana iría a navegar en su velero por la bahía de San Francisco. Acababa de comprarse una gran vela nueva.

El Mercury Grand Marquis se detuvo en el aparcamiento del hospital. Pilguez se inclinó para abrir la puerta de Lauren, que descendió del vehículo y se quedó mirándolo unos instantes.

- —Lárguese de aquí —le ordenó el inspector—, tiene cosas mejores que hacer que mirar el coche. Yo me iré a tomar un café ahi enfrente, cuento con usted para que se reúna allí conmigo antes de que mi carroza se transforme en calabaza
 - -Le estaba mirando a usted. ¡Buscaba las palabras para agradecérselo!

Lauren huyó hacia el vestíbulo de Urgencias, lo atravesó corriendo y se metió en el ascensor. Cuanto más se elevaba la cabina, más rápido le latía el corazón en el pecho. Se preparó a toda prisa, se puso una bata que se ató ella misma y cogió unos guantes.

Sin aliento, apretó con el codo el botón que controlaba el acceso al quirófano y la puerta de la sala se abrió en el acto. Nadie pareció prestarle atención. Lauren esperó unos instantes y carraspeó debajo de su mascarilla.

- --;Molesto?
- —No, pero es inútil; de hecho, es peor —contestó Fernstein—. ¿Se puede saber qué la ha retenido todo este tiempo?
 - -: Los barrotes de la celda de una comisaría de policía!
 - -- ¿Y al final la han soltado?
 - -¡No, es mi fantasma el que está aquí! -dijo ella en tono seco.

Esta vez, Fernstein, levantó la cabeza.

-Ahórreme sus insolencias -replicó el profesor.

Lauren se acercó a la mesa de operaciones, recorrió con la mirada los distintos monitores y le preguntó a Granelli por el estado general del paciente. El anestesista la tranquilizó enseguida. Hacía un momento se había asustado ante una pequeña alarma, pero las cosas habían vuelto a la normalidad.

—Ya no nos queda mucho tiempo —dijo Fernstein—, renuncio a la biopsia, el riesgo es demasiado importante. Este hombre seguirá viviendo con una ligera anomalía, y la ciencia con este desconocimiento.

Sonó un pitido estridente. Norma se precipitó hacia el desfibrilador. El anestesista consultó la pantalla; el ritmo cardíaco era crítico. Lauren cogió las asas de manos de Norma y las frotó una con otra antes de colocarlas sobre el tórax de Arthur.

-¡Trescientos! -gritó, transfiriendo la corriente.

Bajo el impulso de la descarga, el cuerpo de Arthur se curvó antes de volver a caer pesadamente sobre la mesa. La línea de la pantalla permanecía inalterable.

- -¡Lo perdemos! -dijo Norma.
- —¡Cargue a trescientos cincuenta! —pidió Lauren, apoyándose de nuevo sobre las asas.

El tórax de Arthur se alzó hacia el cielo. Esta vez, el trazo verde se hundió antes de dibuiar una línea tan recta como triste.

—Recargamos a cuatrocientos, quiero cinco miligramos de adrenalina y ciento veinticinco de Solumedrol en esa perfusión —gritó Lauren.

El anestesista obedeció de immediato. En un instante, bajo la mirada sesuda de un profesor al que nada escapaba, la joven de urgencias acababa de tomar el mando de la sala de oneraciones.

En cuanto el desfibrilador volvió a estar cargado, Lauren se apoyó sobre las

asas. El cuerpo de Arthur se levantó, en un último esfuerzo por retener la vida que se alejaba.

—¡Norma, otra ampolla de cinco miligramos de adrenalina y una unidad de lidocaina, ahora mismo!

Fernstein miró el trazo, que seguía igual. Se aproximó a Lauren y le puso una mano en el hombro.

—Me temo que va hemos hecho más de lo necesario.

Pero la joven interna arrancó la jeringa de manos de Norma y la clavó sin vacilar en el corazón de su paciente.

El gesto fue de una precisión tremenda. La aguja se deslizó entre dos costillas, atravesó el pericardio y penetró unos milímetros en el tabique que rodea el corazón. Al instante, la solución se propagó por todas las fibras del miocardio.

--¡Te prohíbo que abandones! ---murmuró Lauren, encolerizada---.¡Aguanta!

Volvió a coger el desfibrilador, pero Fernstein retuvo su gesto y se lo quitó de las manos

-Ya basta, Lauren, deje que se vava.

Ella empuió al profesor con vehemencia v se enfrentó a él.

—¡Esto no se llama irse, se llama morirse! ¿Cuándo aprenderemos a utilizar las palabras correctas? Morir, morir, morir —repitió, al tiempo que golpeaba con el puño el pecho inerte de Arthur.

El sonido continuado que emitía el electrocardiógrafo se interrumpió bruscamente y lo sustituyó una sucesión de pitidos breves. El equipo permanecía inmóvil. Todos miraban fijamente el trazo verde, que era casi plano. Entonces empezó a oscilar por uno de los extremos, se curvó y por fin adoptó un aspecto casi normal.

—¡A esto no se lo llama volver, sino vivir! —estalló Lauren, recuperando el desfibrilador de manos de Fernstein.

El profesor abandonó al instante la sala, gritando que no lo necesitaba para suturar. La dejaba con su paciente y volvía a meterse en una cama que nunca debería haber dejado. Se instaló un pesado silencio, interrumpido por los pitidos del electrocardiógrafo que respondían como un eco a los latidos del corazón de Arthur

El doctor Granelli volvió a colocarse detrás de su consola y comprobó la saturación de los gases sanguíneos.

—Lo menos que puede decirse es que nuestro joven viene de muy lejos. Personalmente, siempre me ha parecido que cierta dosis de cabezonería podía tener su encanto. Le dejo diez minutitos, estimada colega, para cerrar las incisiones, y luego lo devuelvo a la sunerfície del mundo.

Norma ya estaba preparando las grapas cuando Lauren oyó un gemido a sus pies.

Se agachó y divisó un brazo que se agitaba debajo de ella.

Luego vio a Paul con la cara blanca como el papel y acurrucado debajo del faldón de la mesa de operaciones.

- --: Oué está haciendo ahí? --le preguntó, estupefacta.
- —¿Ya ha vuelto? —consiguió articular Paul con una voz apenas audible, antes de desvanecerse.

Lauren le apretó con fuerza la mandíbula, lo que le provocó un dolor mucho más eficaz que cualquier sal de amoniaco. Paul volvió a abrir los ojos.

—Quisiera salir de aquí —suplicó—, pero tengo las piernas terriblemente débiles. no me encuentro muy bien.

Lauren reprimió las ganas de reír y le pidió al anestesista que por favor le preparase una sonda de oxígeno.

—Debe de ser el olor a éter —dijo Paul, con voz temblorosa—. Porque aquí

—Debe de ser el olor a eter —dijo Paul, con voz temblorosa—. Porque aqui huele un poco a éter, ¿no?

Granelli alzó las cejas, ajustó la sonda y abrió el flujo de aire al máximo. Lauren le colocó la mascarilla, y Paul empezó a recuperar un poco el color.

- —¡Oh, qué agradable! —dijo—. Esto sienta muy bien, es un poco como en la montaña.
 - —Cállese y respire hondo.
- —He oído unos ruidos espantosos, y luego esa bolsa de ahí, toda llena de sangre...

Paul, de nuevo, perdió el conocimiento.

—No quisiera interrumpir esta pequeña reunión, querida, pero ya es hora de suturar al paciente que se encuentra en la mesa de operaciones.

Norma sustituyó a Lauren. Cuando Paul se encontró mejor, le vendó los ojos, lo ayudó a levantarse y lo escoltó torpemente hasta la salida del quirófano.

La enfermera lo instaló en la cama de una habitación contigua y consideró preferible mantenerlo con el oxígeno. Cuando le estaba colocando una mascarilla, no pudo resistir la curiosidad de preguntarle cuál era su especialidad. Paul miró la bata manchada de Norma y sus ojos se pusieron en blanco otra vez. Ella le dio unos golpecitos en las mejillas. Cuando hubo vuelto en sí, lo dejó para regresar al quirófano.

Eran las seis de la mañana cuando Lorenzo Granelli emprendió el delicado proceso del despertar. Veinte minutos más tarde, Norma se llevó a Arthur, envuelto en una sábana, hacia el servicio de reanimación.

Lauren salió en compañía del anestesista. Los dos fueron a la sala adyacente. Se quitaron los guantes y se lavaron las manos sin pronunciar palabra. Cuando estaba a punto de abandonar la sala de preoperatorio, Granelli se volvió hacia Lauren y la miró, atento, antes de confiarle que volvería a operar con ella cuando lo deseara, pues le gustaba mucho su forma de trabajar.

La joven neuróloga se sentó en el borde de la pila, exhausta. Con la cabeza

La sala de reanimación estaba sumida en el silencio de primera hora de la mañana. Norma ajustó la sonda nasal y comprobó el flujo de oxígeno. El globo del extremo de la mascarilla se inflaba y desinflaba al ritmo regular de la respiración de Arthur. Ella le sujetó las vendas y comprobó que la gasa no comprimía el drenaje. El líquido del gota a gota se iba introduciendo en la vena. Rellenó la hoja del informe del postoperatorio y confió su paciente a la enfermera de turno que la relevaba. En el extremo del largo pasillo, vio a Fernstein avanzar a paso lento. El profesor empujó las puertas batientes que conducían al quirófano.

Lauren levantó la cabeza y se frotó los ojos. Fernstein se sentó a su lado.

-Ha sido una noche complicada, ¿eh?

Lauren se miró las zapatillas esterilizadas que todavía llevaba en los pies. Las movió como si fueran dos absurdas marionetas y no contestó. Había corrido riesgos sin reflexionar, pero el final de la intervención le había dado la razón, prosiguió el profesor. La invitó a sacar de ello una satisfacción personal. Aquella noche, había recogido los frutos de las enseñanzas que él le había dispensado. Lauren miró a su profesor, perpleja. Él se irguió y le pasó el brazo por encima del hombro.

- —¡Usted ha salvado una vida que yo habría perdido! Ha llegado la hora de retirarme, y de que le enseñe una última cosa.
- Las arrugas alrededor de sus ojos delataban aquella ternura que tanto se esforzaba por ocultar.
- —Tenga la serenidad de aceptar lo que no pueda cambiar, el coraje de cambiar lo que sí pueda y, sobre todo, la sabiduría para conocer la diferencia.
 - --: Y a qué edad se consigue eso? --le preguntó Lauren.
- —Marco Aurelio lo consiguió al final de su vida —dijo, alejándose con las manos a la espalda—. Eso le deja aún un poco de tiempo —continuó, antes de desaparecer tras las puertas que se cerraron a su paso.

Lauren se quedó sola unos instantes. Consultó su reloj y se acordó de su promesa. Un inspector de policía la estaba esperando en un café, delante del hospital.

Se adentró en el pasillo y se detuvo delante del cristal de la sala de reanimación. Sobre una cama, junto a la ventana con las persianas bajadas, un hombre cubierto de tubos y de cables regresaba a la vida, decididamente tan frágil. Se lo quedó mirando y, cada vez que Arthur inspiraba, el pecho de Lauren se llenaba de júbilo.

Capítulo 12

En recepción, una enfermera sustituía a Betty. Lauren borró su nombre del tablón de médicos de guardía. El especialista que la había recibido en el servicio de radiología, que también terminaba su guardía, fue a su encuentro y le preguntó cómo había ido la intervención y si su paciente había salido bien. Mientras caminaban hacia la salida, Lauren le hizo un resumen de los acontecimientos de la noche, sin mencionar el episodio que la había enfrentado a Fernstein, y añadiendo que éste último había preferido dejar en su sitio la pequeña anomalía vascular.

El radiólogo confesó que no le sorprendía. La irregularidad le había parecido de un tamaño tan irrisorio, que no justificaba el riesgo de la operación. «Además, se vive muy bien con esa clase de defectos; tú eres la prueba viviente de lo que digo», añadió. La expresión de Lauren delató su sorpresa y el radiólogo le explicó que también ella tenía una pequeña singularidad en el lóbulo parieto occipital. Fernstein había preferido no tocarla cuando la operó después del accidente. El radiólogo lo recordaba como si fuese ayer. Jamás había tenido que sacar tantas imágenes de escáner y de resonancia para un mismo paciente; muchas más de las necesarias. Pero las pruebas las había exigido el jefe del departamento de neurología en persona y hay ciertas peticiones que no se pueden discutir.

- --: Por qué no me diio nunca nada?
- —No tengo la menor idea, pero preferiría que no le hablaras de nuestra conversación. ¡Secreto profesional!
 - -Esto es el colmo: ¡pero si yo soy médico!
 - -¡Para mí, sobre todo, eras la paciente de Fernstein!

El profesor abrió la ventana de su despacho. Divisó a su alumna, que atravesaba la calle; Lauren cedió el paso a una ambulancia y entró en el pequeño café enfrente del hospital. Un hombre la estaba esperando en la cabina donde Fernstein y ella tenían la costumbre de sentarse a comer. Fernstein volvió a sentarse en su sillón; Norma acababa de entrar para entregarle una carpeta. Él levantó la solapa y conoció la identidad del paciente al que acababa de operar.

- —Es él. ¿verdad?
- -Me temo que sí -contestó Norma, con una mirada inescrutable.

- —¿Está en reanimación?
- —Sus constantes son estables; el balance neurológico es perfecto. El jefe de servicio de reanimación piensa bajarlo a tu unidad esta misma noche, necesita las camas —concluvó la enfermera.
- —Lauren no puede ocuparse de él, de ninguna manera; si no, ese hombre acabará por romper su promesa.
 - -No lo ha hecho hasta este momento, ¿por qué debería ceder ahora?
- --Porque no ha tenido que verla todos los días, cosa que ocurrirá si ella lo trata.
 - —¿Qué piensas hacer?

Pensativo, Fernstein regresó a la ventana.

- Lauren salía del café y subía al Mercury Grand Marquis aparcado delante del establecimiento. Solamente un policía seria tan audaz como para aparcar en la acera de Urgencias. También tenía que ocuparse de los incidentes de esa noche. Norma lo arrancó de sus pensamientos.
 - -¡Obligala a tomarse unas vacaciones!
- —¿Alguna vez has convencido a un árbol de que se haga de noche para dejar paso a los pájaros?
- -¡No, pero talé uno que impedía el acceso a un garaje! -contestó Norma, acercándose a Fernstein

Dejó el pliegue de cartulina encima del escritorio y abrazó al viejo profesor.

- —Nunca has dejado de preocuparte por ella ¡No es tu hija! Después de todo, ¿lan grave sería que se enterara de la verdad, de que su madre estuvo de acuerdo en aplicarle la eutanasia?
- $-_i Y$ de que yo soy el médico que la convenció de ello! -gruñó el profesor, desembarazándose de Norma.

La enfermera recuperó la carpeta y salió de la estancia sin mirar atrás. En cuanto hubo cerrado la puerta, Fernstein descolgó el teléfono. Llamó a la centralita y pidió que le pusieran con el administrador del Mission San Pedro Hospital.

El inspector Pilguez se detuvo en la plaza de estacionamiento que durante tantos años había tenido reservada.

—Dígale a Nathalia que la espero aquí.

Lauren bajó del Mercury y desapareció dentro de la comisaría. Minutos más tarde, la responsable de distribución subía a bordo. Pilguez arrancó y el Grand Marouis ascendió hacia el norte de la ciudad.

- —Unos minutos más —dijo Nathalia— y los dos me habríais puesto en una situación delicada
 - -¡Pero hemos llegado a tiempo!

- —¿Puedes explicarme qué pasa con esa chica? La sacas de la celda sin preguntarme y desapareces con ella la mitad de la noche.
 - -¿Estás celosa? preguntó, encantado, el antiguo inspector.
 - —Si dejo de estarlo un día, entonces tendrás que empezar a preocuparte.
 - —¿Te acuerdas de mi último caso?
 - —¡Como si fuese ay er! —suspiró la pasajera.

Pilguez se metió por el Geary Expressway; la sonrisita en la comisura de los labios no se le escapó a Nathalia.

- --¿Era ella?
- —Algo así.
- —¿Y era él?
- —Por lo que he podido leer en el informe policial, sin duda es el mismo hombre. Lo menos que puede decirse es que esos dos tienen cierto talento para las fugas.

Con el rostro radiante, Pilguez acarició la pierna de su compañera.

- —Sé que no das importancia a las pequeñas señales de la vida, pero debes admitir que esto casi son fuegos artificiales. Ni siquiera ha sido ella quien ha hecho el acercamiento —prosiguió el inspector—. Estoy fascinado. Como si nadie le hubiera contado nada de lo que ese hombre hizo por ella.
 - -¡Y de lo que hiciste tú también!
 - -¿Yo? ¡Yo no hice nada!
- —¿Aparte de encontrarla en esa mansión de Carmel y devolverla al hospital? No, tienes razón: no hiciste nada. Y yo no haré ninguna alusión al hecho de que la carpeta de esa investigación se volatilizó.
 - -¡En eso no tuve absolutamente nada que ver!
- —Seguramente por eso me la encontré en el fondo del armario cuando hacía limpieza.

Pilguez bajó la ventanilla e increpó a un peatón que cruzaba fuera del paso.

- -- ¿Y tú no le has dicho nada a la chiquilla? -- prosiguió Nathalia.
- -Me ardía en los labios.
- -¿Y no has apagado el incendio?
- -Mi instinto me ha empujado a callarme.
- -i/No me lo prestarías de vez en cuando, ese instinto?
- —¿Para qué?

El Mercury entró en el garaje de la casa donde vivían el inspector y su compañera. Una luz tornasolada se alzaba sobre la bahía de San Francisco. Muy pronto los rayos ahuyentarían la bruma que rodeaba el Golden Gate en las primeras horas del día.

Tumbada en la litera de la celda de una comisaría de policía, Lauren se

preguntaba cómo había podido, en una noche, arruinar sus posibilidades de obtener el título de neurocirugía y perder siete años de arduo trabajo.

Kali abandonó la alfombra de lana. El dormitorio de la señora Kline le estaba vetado y la cristalera del balcón estaba entreabierta, así que se coló por ella y asomó el hocico entre los barrotes de la barandilla. Siguió con la mirada una gaviota que planeaba a ras de las olas, olisqueó el aire fresco de primera hora de la mañana y volvió a tumbarse en el salón.

Fernstein colgó el auricular en su soporte. La conversación con el administrador del San Pedro se había desarrollado según lo previsto. Su colega ordenaría a Brisson que retirase su denuncia e ignoraría la sustracción de la ambulancia; él, por su parte, no llevaría a cabo su amenaza de hacer intervenir a una comisión que inspeccionara su servicio de Urgencias.

Paul recuperó discretamente su coche del aparcamiento del Mission San Pedro, después hizo un alto en una panadería francesa de Sutter Street, y ahora conducía en dirección a Pacific Heights.

Aparcó delante del edificio donde vivía una vieja dama de un encanto arrebatador. La noche anterior, había salvado la vida de su mejor amigo. La señora Morrison estaba paseando a *Pablo*. Paul bajó del coche y la invitó a compartir unos cruasanes calientes y ciertas noticias tranquilizadoras sobre Arthur

Una enfermera entró sin hacer ruido en la sala 102 del servicio de reanimación. Arthur estaba durmiendo. Cambió la bolsa que recogia las últimas secreciones del hematoma y comprobó las constantes vitales del paciente. Satisfecha, apuntó sus conclusiones en una hoja de color de rosa que guardó en la carpeta de Arthur.

Norma llamó a la puerta del despacho. Fernstein cogió del brazo a la más veterana de las enfermeras y se la llevó al pasillo. Era la primera vez que se permitía un gesto de complicidad dentro del recinto hospitalario.

[—]Tengo una idea —dijo—. Vayamos a desayunar a orillas del océano y luego a la playa a echar una cabezadita.

^{-¿}No trabajas hoy?

- -Ya he cumplido mi cupo esta noche, me tomo el día libre.
- -Tengo que informar a personal de que yo cojo el mío.
- —Acabo de hacerlo en tu lugar.

Las puertas del ascensor se abrieron ante ellos. Dos anestesistas y un cirujano ortopédico saludaron al profesor que, contrariamente a lo que había pensado Norma, no apartó su brazo al entrar en la cabina.

A las diez de la mañana, un agente de policía entró en la celda donde Lauren se había dormido. El doctor Brisson había retirado la denuncia. El Mission San Pedro Hospital no deseaba perseguirla por « llevarse» una de sus ambulancias. Una grúa había remolcado el Triumph hasta el aparcamiento de la comisaría. Lauren sólo tenía que liquidar la factura del transporte y sería libre de volver a su casa

En la acera, frente a comisaria, el sol deslumbraba. A su alrededor, la ciudad parecía haber cobrado vida y, sin embargo, Lauren se sentía extrañamente sola. Subió al Triumph y continuó su camino allí donde lo había dejado la noche anterior.

- —¿Podré hacerle una visita? —preguntó la señora Morrison mientras acompañaba a Paul al otro extremo del rellano.
 - -Le diré algo en cuanto lo haya visto.
- —Pase mejor a verme —dijo ella, colgándose del brazo de Paul—.
 Prepararé una caja con galletitas para que mañana se las lleve.

Rose volvió a entrar en su casa, cogió la copia de las llaves del apartamento de Arthur y fue a regarle las plantas. Echaba mucho de menos a su vecino. Ante su sorpresa, *Pablo* decidió acompañarla.

Norma y el profesor Fernstein estaban tumbados en la arena de Baker Beach. Él le cogió una mano mientras contemplaba una gaviota que revoloteaba en el cielo. El ave desplegó las alas y jugó con las corrientes ascendentes.

- -: Qué es lo que tanto te preocupa? -- preguntó Norma.
- —Nada —contestó Fernstein.
- —Harás muchas otras cosas cuando dejes el hospital: viajarás, darás conferencias, y además te ocuparás del jardín, ¿no es eso lo que hacen los jubilados?
 - -- ¿Me estás tomando el pelo?

Fernstein se volvió a mirarla fijamente.

—¿Me estás contando las arrugas? —le preguntó ella.

- —¿Sabes? No he ejercido cuarenta años como neurocirujano para acabar mi vida cortando tuyas y buganvillas. Pero tu idea de las conferencias y los viajes me ha gustado bastante, a condición de que me acompañes.
 - -: Hasta tal punto temes la jubilación que me propones algo semejante?
- —No, nada de eso; soy yo quien ha adelantado mi retiro. Me gustaría recuperar el tiempo perdido, desearía que te quedara algo de nosotros.

Norma se enderezó y miró tiernamente al hombre que amaba.

- —Wallace Fernstein, ¿por qué te empeñas en rechazar ese tratamiento? ¿Por qué no intentarlo al menos?
- —Te lo suplico, Norma, no vuelvas a sacar este tema. Hagamos los viajes y olvidémonos de las conferencias. El día en que el « cangrejo» haya dado buena cuenta de mí, me entierras donde te he pedido. Quiero morir estando de vacaciones, no en el escenario donde he operado toda mi vida, y menos aún en el lado de los espectadores.

Norma besó en la boca al viejo profesor. Tumbados los dos en esa playa, eran como dos viejos y magníficos amantes.

Lauren cerró la puerta de su apartamento. Kali no estaba allí para hacerle carantoñas. La lucecita del contestador estaba parpadeando y ella lo activó, aunque no escuchó hasta el final el mensaje que le había dejado su madre. Fue al dormitorio con vistas a la bahía y cogió el teléfono móvil. Una gaviota llegada directamente de Baker Beach fue a posarse en el poste telegráfico que se erguía delante de su ventana. El ave inclinó la cabeza a un lado, como para verla mejor, agitó las alas y remontó el vuelo. Lauren marcó el número de Fernstein, le salió el contestador y volvió a colgar. Llamó al Memorial, se negó a identificarse y dijo que quería hablar con el interno de guardía. Deseaba obtener información sobre un paciente al que habían operado esa noche. El neurólogo de servicio estaba efectuando sus visitas, así que dejó su número para que la llamase.

Paul llevaba más de una hora esperando, sentado en una silla junto a la pared de la sala de espera. Sólo se autorizaban las visitas a partir de la una del mediodía.

Una mujer con la cabeza vendada estrechaba entre sus brazos un sobre con radiografías, como quien guarda un tesoro.

Un niño revoltoso jugaba sobre la alfombra, moviendo un coche pequeño por los motivos rectangulares de color naranja y violeta.

Un anciano de aspecto elegante, con las manos cruzadas a la espalda, observaba, atento, algunas reproducciones de acuarelas que estaban colgadas en las paredes. De no ser por el característico olor a hospital, uno podría habérselo imaginado visitando un museo. En el pasillo, una joven envuelta en una sábana dormía en una camilla, mientras el líquido de un gota a gota que colgaba de una percha se iba introduciendo en la vena de su brazo. Dos camilleros apoyados en la pared a cada lado del lecho velaban su sueño.

El niño se apoderó de un periódico y comenzó a rasgar sus páginas, produciendo un ruido tan regular como irritante. Su madre no le prestaba atención, aprovechando sin duda un precioso instante de descanso.

Paul miraba el reloj que había colgado frente a él. Al fin, una enfermera se le acercó, pero prosiguió su camino hacia la máquina de bebidas y sólo le dirigió una sonrisa de cortesía. Al ver que rebuscaba en los bolsillos de la bata tratando de encontrar unas monedas, Paul se levantó y avanzó hacia ella. Introdujo una moneda en la rendija y miró a la enfermera con aire interrogativo y con un dedo sobre las teclas de la máquina.

- -; Un Red Bull! -exclamó la mujer, sorprendida.
- —¿Tan cansada está? —preguntó Paul, marcando la serie de cifras que liberaría la bebida de su compartimento.

Empezó a girar un resorte y la lata avanzó hacia el cristal antes de caer en la cuneta. Paul la recuperó y se la entregó a la enfermera.

- —Aguí tiene su poción energética.
- -: Nancy! -dijo ella a modo de agradecimiento.
- —Lo lleva escrito en la bata —contestó Paul, huraño.
- —¿Algo va mal?
- -¡Estoy esperando!
- —; A un médico?
- —La hora de las visitas.

La enfermera consultó su reloj.

- -¿A quién quiere ver?
- -A Arthur...

Pero no le dio tiempo a pronunciar su apellido, pues Nancy lo interrumpió y le cogió del brazo para arrastrarle hacia el pasillo.

—Sé a quién se refiere. ¡Sígame! Yo lo acompaño: las reglas sólo tienen sentido si uno se las salta de vezen cuando.

Lo condujo hasta la puerta de la habitación 307.

—Deberían haberle dejado en reanimación hasta esta noche, pero el interno ha considerado que su estado es satisfactorio, así que aquí lo tenemos. Nos lo hemos jugado a la pajita más corta y he ganado yo.

Paul la miró desconcertado

- --: Oué ha ganado?
- -¡Yo soy quien se ocupa de él! -dijo, guiñándole el ojo.

Un armario, una silla de paja trenzada y una mesa con ruedas constituían el mobiliario de la estancia. Arthur estaba durmiendo con un tubo de oxígeno en las

fosas nasales y un gota a gota en la vena del brazo. Tenía la cabeza inclinada a un lado y un vendaje rodeaba su cráneo. Paul se aproximó a paso lento, conteniendo la emoción que lo embargaba.

Acercó la silla a la cama. Viendo a Arthur sumergido en aquel silencio, mil recuerdos y otros tantos momentos compartidos le vinieron a la memoria.

-¿Qué aspecto tengo? - murmuró Arthur con los ojos cerrados.

Paul carraspeó.

- -El de un maharajá después de pillar una borrachera.
- —¿Cómo estás tú?
- -Vov tirando. ¿Y tú?
- —Me duele un poco la cabeza y estoy muy cansado —contestó Arthur, arrastrando la voz—. Te estropeé la velada. ¿no?
- --Podría enfocarse desde este punto de vista, pero sobre todo me diste un susto de muerte
 - -: Deia de poner esa cara. Paul!
 - -- Pero si tienes los ojos cerrados!
- —Te veo de todas formas. Y basta ya de preocuparte, los médicos me han dicho que, una vez reabsorbido el hematoma, me recuperaré enseguida. ¡Ya verás!

Paul avanzó hacia la ventana. La vista daba a los jardines del hospital. Una pareja avanzaba a paso lento por un camino rodeado de macizos de flores. El hombre iba en bata y su mujer le ayudaba a caminar. Se sentaron en un banco, debajo de un tilo plateado. Paul permaneció con la mirada fija en el exterior.

- —Todavía tengo demasiados defectos como para encontrar a la mujer de mi vida, aunque me gustaría cambiar, ¿sabes?
 - -- ¿Qué es lo que te gustaría cambiar?
- —Este egoísmo que me lleva a hablar de mí mismo cuando me encuentro junto a la cabecera de tu cama de hospital, por ejemplo. Querría ser como tú.
- —¿Quieres decir que te gustaría llevar un turbante en la cabeza y tener una migraña de mil demonios?
- —Conseguir abandonarme sin sentir el miedo en el estómago; vivir los defectos del otro como fragilidades sublimes.
 - --: Estás hablando de amar?
 - -Algo parecido, sí. Es tan increíble lo que tú has hecho...
 - -¿Dejarme atropellar por un sidecar?
- —Continuar amándola sin esperar nada. Alimentarte sólo de lo que sentías por ella, respetar su libertad, conformarte con el hecho de que ella exista sin intentar verla otra vez, sólo para protegerla.
- —No es para protegerla, Paul. Sino para dejarle tiempo para realizarse. Si le hubiera dicho la verdad, si hubiéramos vivido esta historia, la habría alejado de su propia vida.

- —¿La esperarás todo ese tiempo?
 - -Mientras pueda.

La enfermera, que había entrado sin que la oyeran, le hizo una seña a Paul indicándole que el tiempo reglamentario de visita tocaba a su fin. Arthur debia descansar. Por una vez, Paul no trató de discutir. Cuando llegó al umbral de la puerta, se volvió y miró a Arthur.

- -No me vuelvas a hacer otra jugarreta como ésta.
- —¿Paul?
- —Sí
- -Ella estaba esta noche, ¿verdad?
- —Descansa, y a hablaremos de eso más tarde.

Paul se alejó hacia el pasillo con un gran peso sobre los hombros. Nancy lo alcanzó delante del ascensor. Entró en la cabina con él y pulsó el botón de la segunda planta. Con la cabeza gacha, Nancy se miraba la punta de las sandalias.

- —No está usted tan mal. /sabe?
- -¡Porque no me ha visto vestido de cirujano!
- —No, pero he oído su conversación.

Y como Paul no parecía entender lo que ella intentaba decirle, lo miró fijamente a los ojos y añadió que le habría gustado tener un amigo como él. Cuando las puertas de la cabina se abrieron al rellano, ella se puso de puntillas y le plantó un beso en la mejilla antes de desaparecer.

El profesor Fernstein había dejado un mensaje en el contestador de Lauren. Quería verla lo antes posible. Se pasaría por su casa al terminar el día. Sin dar ninguna otra explicación, volvió a colgar.

-No sé si estamos haciendo bien -dijo la señora Kline.

Fernstein se guardó el teléfono móvil.

- —Es un poco tarde para cambiar nuestra linea de conducta, ¿no le parece? Usted no puede arriesgarse a perderla una segunda vez es lo que siempre me ha dicho. ;no?
- —Ya no lo sé. A lo mejor, si por fin le confesáramos la verdad, los dos nos liberaríamos de un peso enorme.
- —Admitirle una falta al otro para aplacar la propia conciencia es una hermosa idea, pero no es más que egoismo. Usted es su madre, tiene motivos para temer que no la perdone. Yo no soporto la idea de que algún día se entere de que me rendí de que fui vo quien quiso desconectarla.
 - -Usted actuó según sus convicciones, no tiene nada que reprocharse.
- —No es esta verdad la que cuenta —replicó el profesor—. Si yo hubiera estado en la situación de ella, si mi suerte hubiera dependido de su decisión médica, sé que jamás se habría rendido.

La madre de Lauren se sentó en un banco. Fernstein tomó asiento a su lado. La mirada del profesor se perdía en las aguas tranquilas del pequeño puerto deportivo.

- —¡Me quedan dieciocho meses, en el mejor de los casos! Cuando yo ya me haya ido, haga lo que le plazca.
 - —Creí que se jubilaba a finales de año…
 - -No me refiero a la jubilación.
- La señora Kline puso la mano sobre la del viejo profesor, cuyos dedos estaban temblando. Él sacó un pañuelo del bolsillo y se enjugó la frente.
- —He salvado a muchas personas en mi vida, pero creo que nunca he sabido amarlas; lo único que me interesaba era curarlas. Así ganaba la partida a la enfermedad y la muerte. Era más fuerte que ellas... en fin, hasta ahora. Ni siquiera he servido para tener un hijo. ¡Qué revés para alguien que pretende haberse consagrado a la vida!
 - -¿Por qué convirtió a mi hija en su protegida?
- —Porque ella es todo cuanto yo habría deseado ser. Es valerosa donde yo sólo era obstinado, ella inventa donde yo sólo aplicaba, ella ha sobrevivido donde yo voy a morir, y tengo un miedo atroz. Me despierto por las noches con el miedo en el cuerpo. Me entran ganas de dar un puntapié a los árboles que me van a sobrevivir. He olvidado hacer tantas cosas...

La señora Kline cogió al profesor de la mano y se lo llevó por el camino.

- -: Adonde vamos?
- —Sígame y no diga nada.

Regresaron siguiendo Marina. Delante de ellos, cerca del malecón, un parquecito acogía a un tropel de niños de corta edad. Tres columpios se elevaban en el cielo a costa de los esfuerzos sobrehumanos de unos padres agotados, que empujaban sin descanso; el tobogán estaba atascado, a pesar de la buena voluntad de un abuelo que trataba de regular su acceso; la construcción de cuerdas y madera sufría el asalto de unos robinsones en ciernes, mientras un crío se había quedado atrapado en un tubo de color rojo y chillaba, presa del pánico. Un poco más lejos, una madre intentaba convencer a su querubin, sin resultado, de que abandonara el recinto de arena para venir a buscar su merienda. Aderezado con cánticos indios, un corro infernal giraba sin piedad alrededor de una joven canguro mientras dos chicos se disputaban un balón. El concierto de llantos, aullidos y gritos rozaba la cacofonía.

Con los codos apoy ados en la barrera, la señora Kline espiaba aquel infierno en miniatura; con el rostro iluminado por una sonrisa cómplice, miró al profesor.

-¡Ya ve lo que se ha perdido!

Una niña pequeña que estaba cabalgando sobre un caballo con resorte alzó la cabeza. Su padre acababa de empujar la puerta del área de juegos. Abandonó su montura, se precipitó a su encuentro y se arrojó en sus brazos, abiertos de par en

par. El hombre la alzó a su altura y la niña se acurrucó contra él, hundiendo la cabeza en el hueco del cuello con infinita ternura.

-Buen intento -dijo el profesor, sonriendo a su vez.

Miró el reloj y se disculpó: la hora de su cita con Lauren se estaba acercando. Su decisión la sacaría de sus casillas. A pesar de que la había tomado en su interés. La señora Kline lo miró alejarse, solo, por el paseo; atravesó el aparcamiento y subió a su coche.

Los árboles alineados en las aceras de Green Street se doblegaban bajo el peso del follaje. En aquella época del año, la calle era un estallido de colores. Los iardines de las casas victorianas estaban abarrotados de flores. El profesor llamó al interfono del apartamento de Lauren y subió al primer piso. Sentado en el sofá del salón, adoptó su actitud más grave v le comunicó que estaba suspendida: tenía prohibido acercarse al Memorial Hospital durante dos semanas. Lauren se negó a creerlo: una decisión semejante tenía que ser ratificada por un consejo disciplinario, ante el cual ella podría defender su causa. Fernstein le pidió que escuchase sus argumentos. Sin demasiada dificultad, había obtenido por parte del administrador del Mission San Pedro que se abstuviera de emprender cualquier acción legal, pero para convencer a Brisson de retirar su denuncia, había hecho falta una moneda de cambio. El interno había exigido un castigo ejemplar. Dos semanas de suspensión sin sueldo eran un mal menor en comparación con la suerte que habría corrido si él no hubiera podido sofocar el asunto. Por más que la invadiera la cólera al pensar en las amargas exigencias de Brisson, Lauren. escandalizada ante tamaña injusticia, que dejaba al bastardo de su colega al abrigo de toda sanción por sus inadmisibles negligencias, sabía que su profesor estaba protegiendo su carrera.

Se resignó y aceptó la sentencia. Fernstein le hizo jurar que la respetaría al pie de la letra: en ningún caso se aventuraría cerca del hospital, como tampoco entraría en contacto con los miembros de su equipo. Hasta el Parisian Coffee le estaba vedado.

Cuando Lauren le preguntó a qué tenía derecho durante esos quince días, Fernstein le dio una respuesta irónica: por fin podria descansar. Lauren miró a profesor, agradecida y furiosa, pues estaba salvada y vencida. La entrevista no había durado más de un cuarto de hora. Fernstein alabó su apartamento; le parecía mucho más femenino de lo que había imaginado. Lauren le señaló la puerta con gesto autoritario. Ya en el rellano, Fernstein añadió que había dado instrucciones precisas a la centralita para que rechazaran cualquier llamada que hiciera. Tenía prohibido practicar la medicina, incluso por teléfono, mientras durase la sanción. En cambio, podía beneficiarse de aquella temporada para compulsar sus últimas clases de final de internado.

Camino de vuelta a su casa, Fernstein sintió un violento dolor. El « cangrejo» que lo estaba carcomiendo le acababa de morder. Aprovechó un semáforo en rojo para secarse la frente perlada de sudor. Detrás de él, un automovilista impaciente hizo sonar la bocina para invitarlo a avanzar, pero él no encontró fuerzas para pisar el acelerador. El viejo doctor bajó la ventanilla e inspiró a pleno pulmón en un intento de recuperar el aliento que le faltaba. El dolor era espantoso y se le nublaba la vista. Con un último esfuerzo, cambió de carril y logró detenerse en un aparcamiento reservado para la clientela de una tienda de flores

Cerró la llave de contacto, se aflojó la corbata, se desabrochó el botón del cuello de la camisa y apoyó la cabeza encima del volante. El próximo invierno le gustaría viajar con Norma a los Alpes y ver una vez más la nieve, y luego la llevaría a Normandía donde su tio médico, que tanto lo había marcado en la infancia, descansaba en un cementerio, rodeado de nueve mil tumbas más. El malestar remitía por fin, puso el coche en marcha y dio gracias al cielo porque la crisis no hubiera tenido lugar durante una operación.

Al atardecer, en medio de una temperatura suave, Paul condujo hacia Marina. A aquella hora, encantadoras criaturas aprovechaban para correr por los paseos que bordeaban el pequeño puerto deportivo. Una joven paseaba en compañía de su perro. Paul aparcó en el área de estacionamiento y la alcanzó a pie.

Lauren, que estaba perdida en sus pensamientos, se sobresaltó cuando él la abordó

- -No quería asustarla -le dijo-, lo siento.
- -Gracias por venir tan deprisa ¿Cómo está Arthur?
- —Mejor, ya ha salido de reanimación, se ha despertado y no parece sufrir.
- -¿Ha hablado con el interno de guardia?

Paul sólo había podido conversar con una enfermera, y ésta se mostraba optimista. Arthur se estaba recuperando muy bien. Mañana le quitarían el gota a gota y empezarían a alimentarlo por la boca.

-Es una buena señal -dijo Lauren, soltando la correa de Kali.

La perra se marchó a retozar detrás de unas gaviotas que practicaban el vuelo rasante encima del césped.

-¿Se ha tomado un día de descanso?

Lauren le explicó que el rapto le había costado dos semanas de suspensión. Paul no supo qué decir.

Dieron algunos pasos, el uno junto al otro y en silencio.

-Me comporté como un cobarde -acabó admitiendo Paul-. Ni siquiera sé

cómo agradecerle lo que ha hecho esta noche. Todo es culpa mía. Mañana iré a presentarme en la comisaría y les diré que usted no tiene nada que ver.

- —Llega tarde: Brisson ha retirado la denuncia y la ha cambiado por un castigo. Los lameculos de la primera fila del colegio cuando llegan a adultos siguen levantando el dedo a la primera ocasión.
 - -Lo lamento -dii o Paul-. ; Puedo hacer algo?

Lauren se detuvo para mirarle atentamente.

—¡Pues yo no lo lamento! Creo que jamás me he sentido tan viva como en las últimas horas.

A varios metros de distancia, había un chiringuito donde vendían helados y refrescos. Paul pidió una soda, Lauren un cucurucho de fresa y, mientras Kali le hacía aspavientos a una ardilla que la miraba de reojo desde la rama de un árbol, se sentaron a una de las mesas de madera.

- -A jistedes dos los une una bonita amistad
- —No nos hemos separado desde la infancia, excepto cuando Arthur se marchó a vivir a Francia
 - -: Por amor o en viaje de negocios?
 - -Los negocios son más bien mi campo, y la evasión el suyo.
 - —;Huía de algo?

Paul la miró directamente a los oios.

- -¡De usted!
- -¿De mí? -preguntó Lauren, estupefacta.

Paul bebió un largo sorbo de soda y se limpió la boca con el dorso de la mano

- -¡De las mujeres! -improvisó Paul, huraño.
- —¿De todas las mujeres? —replicó Lauren, con una sonrisa.
- -De una en particular.
- -: Una ruptura?
- -Es un secreto, me mataría si me oyera hablar así.
- -Entonces, cambiemos de tema.
- -;Y usted? -preguntó Paul ...;Hay alguien en su vida?
- —No estará ligando conmigo... —contestó Lauren, divertida.
- -¡Desde luego que no! Soy alérgico al pelo de los perros.
- —Hay alguien, sí; se trata de una historia que no ocupa un gran lugar en mi vida —contestó Lauren—, pero me imagino que encuentro cierta forma de equilibrio en esta situación renqueante. Mis horarios de trabajo no dejan mucho espacio para otra cosa que no sea la medicina. Tener pareja exige muchísimo tiempo.
- —¿Sabe una cosa? ¡Cuanto más tiempo pasa, me parece que la soledad, aunque disfrazada, hace que pierdas más! Vivir para el trabajo no debería ser una finalidad en sí misma.

Lauren llamó a Kali, que se estaba alejando demasiado.

Luego se volvió hacia Paul.

- —Teniendo en cuenta la noche que acabo de pasar, no estoy seguro de que su amigo comparta esta opinión. Y además, no hemos intimado lo bastante como para continuar esta conversación.
 - -Lo lamento, no quería ir de moralista, es sólo que...
 - -¿Qué? -lo interrumpió Lauren.
 - —¡Nada!

Lauren se levantó y le dio las gracias por su invitación.

- -¿Puedo pedirle algo? -dijo la joven.
- -Todo lo que quiera.
- —Sé que esto podrá parecerle impertinente, pero si pudiera llamarle de vez en cuando para tener noticias de mi paciente... Es que no me permiten llamar al hospital.

El rostro de Paul se iluminó.

- -¿Por qué sonríe de este modo? -preguntó Lauren.
- —Por nada, me temo que no hemos intimado lo bastante como para que este tema sea objeto de conversación entre nosotros.

Permanecieron unos minutos en silencio.

- -Llámeme cuando quiera... y a tiene mi número.
- —Lo siento, me lo dio Betty, pero estaba en la ficha de ingreso de su amigo, « Persona de contacto en caso de urgencia».

Paul garabateó el de su domicilio en el reverso de un recibo de la tarjeta de crédito y se lo entregó a Lauren; podía llamar cuando le pareciera. Ella se metió el papel en el bolsillo de los vaqueros, le dio las gracias y se alejó por el paseo.

-Su paciente se llama Arthur Ashby -dijo Paul, casi burlón.

Lauren sacudió la cabeza; lo saludó con un gesto amistoso y se marchó a buscar a Kali. Cuando estuvo lo bastante lejos, Paul llamó al Memorial Hospital y pidió que le pasaran con el departamento de enfermería del servicio de neurología. Tenía que comunicar un mensaje muy importante al paciente de la habitación 307. Había que dárselo lo antes posible, incluso por la noche si se llegaba a despertar.

- —¿Cuál es el mensaje? —quiso saber la enfermera.
- -¡Dígale que la tiene en el bote!

Y Paul volvió a colgar, muy satisfecho. No lejos de él, una mujer lo estaba observando con expresión triste e indiginada. Paul reconoció la silueta que se levantaba de un banco y se iba hacia la calle. A pocos metros de él, Onega paró un taxi. Corrió a su encuentro, pero no pudo alcanzarla y el vehículo se alejó.

—¡Mierda! —exclamó, a solas, en el aparcamiento de Marina.

Capítulo 13

El bar estaba casi desierto. Al fondo, un pianista tocaba una melodía de Duke.

Onega dei ó la copa vacía e invitó al barman a servirle otro Dry Martini.

- —Aún es temprano para la tercera copa, ¿no? —preguntó el empleado mientras le servía la hebida
 - -¿Es que existe un horario para la infelicidad?
 - -Mis clientes vienen a ahogar sus penas hacia el final del día.
- —Yo soy ucraniana —dijo Onega, levantando la copa—, y nosotros practicamos un culto a la nostagia con el que ningún occidental podría rivalizar. ¡Hace falta cierto talento anímico del que vosotros carecés!

Onega abandonó la barra y fue a acodarse en el piano, donde el músico atacaba una canción de Nat King Cole. Levantó la copa y se la terminó de un trago. El pianista le hizo una seña al barman para que le sirviera otra y continuó con el estribillo. El bar se fue llenando con el naso de las horas.

Cuando Paul entró en el establecimiento, y a había caído la noche. Se acercó a Onega, simulando no darse cuenta de que ya estaba ebria.

- -El animalito vuelve arrepentido con el rabo entre las piernas -dijo ella.
- -Creía que en el Este aguantabais mejor el alcohol.
- -No has dejado de reírte a mi costa, así que ya no viene de una burla más.
- —Te he buscado por todas partes —replicó él, sosteniéndola por el hombro cuando ella vaciló sobre el taburete
 - -Y me has encontrado. ¡Tienes olfato!
- —Ven, te acompañaré.
- —No has tenido bastantes emociones por hoy y vienes a jugar con tu muñeca rusa; muy práctico, basta con abrir uno de los monigotes y sacas el que hay debajo.
- —¿Pero de qué hablas? He pasado por tu casa, te he llamado al móvil, he estado en todos los restaurantes de los que me habías hablado y me he acordado de este sitio.

Onega se puso en pie, apovándose en la barra.

—¿Y para qué, Paul? Hace un rato te he visto en Marina con esa chica. Te lo suplico: no me digas que no es lo que parece, sería terriblemente banal y decepcionante.

- —¡No es lo que parece! Esa mujer es a la que Arthur ama desde hace años. Onega lo miró fijamente. Sus ojos brillaban de desesperación.
- —Y tú, ¿a quién amas? —preguntó, orgullosa, levantando la cabeza.

Paul dejó varios billetes encima de la barra y se la llevó cogida del hombro.

—Me parece que no me encuentro bien —dijo Onega, al tiempo que recorría los pocos metros de acera que los separaban del coche.

A su izquierda, un pequeño callejón se adentraba en la noche. Paul la llevó hacia allí. Los adoquines deteriorados brillaban con un resplandor sombrio; un poco más lejos, varias cajas de madera los pondrían al abrigo de las miradas indiscretas. Sobre la reja de una alcantarilla, Paul sostuvo a Onega mientras ésta se vaciaba de un exceso de disgusto. Tras la última sacudida, sacó un pañuelo del bolsillo y le secó los labios. Onega se irguió, orgullosa y distante.

-¡Llévame a casa!

El cabriolé subió por O'Farrell. Con la melena al viento, Onega empezaba a recuperar el color. Paul circuló largo rato antes de detenerse ante el pequeño edificio donde vivía su amiga. Apagó el motor y la miró.

- -No te he mentido -dii o Paul, rompiendo el silencio.
- —¡Lo sé! —murmuró la joven.
- -; Realmente era necesario todo esto?
- —Tal vez algún día aprendas a conocerme. No te invito a subir, no me encuentro en condiciones de recibirte en casa.

Bajó del coche y avanzó hacia la entrada del edificio. En el umbral de la puerta, se volvió blandiendo el pañuelo de Paul.

- -¿Puedo quedármelo?
- -: No te preocupes por eso, tíralo!
- -En mi tierra, nunca nos deshacemos de la primera prenda de amor.

Onega entró en el vestíbulo y subió la escalera. Paul esperó hasta que se iluminó la ventana de su apartamento, y luego se alejó por la calle desierta.

El inspector Pilguez se abrochó los botones de la chaqueta del pijama y se miró en el gran espejo del dormitorio.

- —Te queda muy bien —dijo Nathalia—, lo he sabido en cuanto lo he visto en la tienda.
 - -Gracias -dijo George, dándole un beso en la nariz.

Nathalia abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un pequeño tarro de cristal y una cuchara.

- -¡George! -dijo, con voz resuelta.
- -¡Oh, no! -suplicó él.
- —Lo prometiste —replicó ella, forzándolo a meterse la cuchara en la boca.

La mostaza picante invadió sus papilas gustativas y los ojos del inspector

enrojecieron de inmediato. Enfadado, dio un pisotón en el suelo e inspiró a fondo por la nariz.

- -; Dios bendito, cómo pica esta cosa!
- —¡Lo siento, cariño, pero si no, roncas toda la noche! —dijo Nathalia, tumbada ya bajo las sábanas—. ¡Vamos, yen a acostarte!

En el último de los tres pisos de una casa victoriana situada en lo más alto de Pacific Heights, una joven interna leía tumbada en la cama. Su perra Kali dormía sobre la alfombra, acunada por la lluvia que golpeaba los cristales. Lauren habá dejado a un lado los tratados habituales de neurología a favor de una tesis que había sacado de la biblioteca de la facultad. Trataba de los estados de coma.

Pablo fue a acurrucarse a los pies del sillón donde se había dormido la señora Morrison. El dragón de Fu Man Chu había realizado una de sus más bellas cascadas, pero a pesar de ello, aquella noche Morfeo ganó el combate.

Inclinada en el lavabo, Onega recogió agua en el hueco de las manos. Se frotó la cara, levantó otra vez la cabeza y se miró en el espejo. Deslizó las manos sobre las mejillas, realzó los pómulos y subrayó con el dedo una pequeña arruga en el contorno de los ojos. Con la yema del índice, siguió el dibujo de la boca, descendió a lo largo del cuello que pellizcó con una sonrisa. Luego, apagó la luz.

Alguien dio unos golpecitos en la puerta del pequeño estudio y Onega atravesó la estancia única que hacía las veces de dormitorio y de salón, comprobó que la cadenilla de seguridad estuviera echada y abrió. Paul sólo quería asegurarse de que todo iba bien. Mientras uno no esté muerto, le contestó Onega, nada es realmente grave. Lo hizo pasar, y cuando volvió a cerrar la puerta, la sonrisa que se dibujaba en sus labios no se parecía en nada a la que se estaba borrando en el vaho que impregnaba el espejo del cuarto de baño.

Una enfermera entró en la habitación 307 del Memorial Hospital, le tomó la tensión a Arthur y salió de nuevo. Los primeros albores del día entraban por la ventana que daba al jardín.

Lauren se estiró cuan larga era. Con los ojos todavía entumecidos por el sueño, cogió la almohada y la estrechó entre sus brazos. Miró el pequeño despertador, apartó el edredón y rodó a un lado. Kali saltó sobre la cama y fue a

acurrucarse a su lado. Robert abrió los ojos y volvió a cerrarlos enseguida. Lauren alargó la mano hacia el hombro de su amigo, contuvo su gesto y se volvió hacia la ventana. La luz dorada que se filtraba entre las persianas anunciaba un hermoso día

Se sentó en el borde de la cama y entonces recordó que no tenía guardia.

Salió del dormitorio, fue hasta un rincón de la cocina, pulsó el botón del hervidor eléctrico y esperó a que el agua se pusiera a palpitar.

Su mano se deslizó hacia el teléfono. Miró el reloj del horno y se echó atrás. Aún no eran las ocho, Betty no habría llegado todavía.

Una hora más tarde, estaba corriendo a pequeñas zancadas por la avenida de Marina. Kali trotaba detrás de ella, con la lengua palpitante.

Lauren siguió con la mirada dos ambulancias que pasaron con las sirenas encendidas. Cogió el móvil que llevaba colgando del cuello. Betty descolgó.

El personal de Urgencias había sido informado de la sanción que le habían impuesto. El servicio al completo había querido presentar una petición exigiendo su reincorporación inmediata, pero la enfermera jefe, que conocía bien a Fernstein, los había disuadido. Mientras continuaba la carrera, Lauren no pudo evitar sonreír, emocionada por el hecho de que su presencia en el equipo no fuese tan anónima como ella imaginaba. Cuando la enfermera jefe empezó a contarle anécdotas, aprovechó para pedirle noticias discretas del paciente de la 307. Betty se interrumpió.

- -: Es que no te ha causado suficientes problemas?
- —¡Betty!
- —Como quieras. Aún no he subido a las plantas, pero te llamaré en cuanto haya algo nuevo. Es una mañana bastante tranquila; y tú, ¿cómo estás?
 - -Aprendiendo otra vez a hacer cosas totalmente inútiles.
 - -: Como qué?
 - —Esta mañana me he pasado diez minutos largos maquillándome.
 - -¿Y luego? preguntó Betty, llena de curiosidad.
 - —¡Me he desmaquillado!

Betty estaba guardando una pila de carpetas en la casilla de los internos, con el auricular sujeto entre el hombro y la mejilla.

-Ya verás: quince días de descanso te harán recuperar el gusto por los pequeños placeres de la vida.

Lauren se detuvo a la altura del chiringuito para comprar una botella de agua mineral, que vació casi de un trago.

—Espero que sea así: una mañana sin hacer nada y ya me estoy volviendo loca; me he mezclado con los que hacen *jogging* rogándole al cielo que alguno se hiciera, al menos, un esguince.

Betty le prometió que la llamaría en cuanto tuviera alguna información, porque acababan de llegar dos ambulancias a la puerta de Urgencias. Lauren colgó. Con el pie apoyado en un banco y anudándose los cordones de la zapatilla, se preguntó si era realmente celo profesional lo que le hacía preocuparse por la salud de un hombre al que ayer aún no conocía.

Paul cogió las llaves del coche y abandonó su despacho. Informó a Maureen de que estaría ocupado toda la tarde y haría todo lo posible por pasar a última hora del día. Media hora más tarde, entraba en el vestíbulo del San Francisco Memorial Hospital y subía los peldaños de cuatro en cuatro hasta llegar al primer piso, de tres en tres hasta el segundo y de uno en uno hasta el tercero, jurándose, mientras avanzaba por el pasillo, que volvería a frecuentar el gimnasio a partir del próximo fin de semana. Se cruzó con Nancy, que salía de una habitación, le besó la mano y prosiguió su camino, dejándola estupefacta en medio del pasillo. Entró en la habitación y se aproximó a la cama.

Hizo ademán de ajustar el flujo del gota a gota, cogió la muñeca de Arthur y miró el reloj simulando que le tomaba el pulso.

- -Saca la lengua, que y o pueda verla -dijo, irónico.
- —¿Se puede saber a qué juegas?—preguntó Arthur.
- —Robar ambulancias, secuestrar a personas en coma... Ahora sí que ya lo tengo por la mano. Pero te perdiste lo mejor. Tendrías que haberme visto con una bata verde, con la mascarilla y un casquete en la cabeza. ¡La elegancia personificada!

Arthur se incorporó.

- —¿De veras estuviste en la intervención?
- —Francamente, se hace mucho bombo con la medicina, pero cirujano o arquitecto, todo es más o menos lo mismo, la cuestión es trabajar en equipo. Andaban cortos de personal, yo estaba ahí y no iba a quedarme sin hacer nada, así que eché una mano.
 - -¿Y Lauren?
- —Impresionante. Pone anestesia, corta, cose, reanima... ${}_{i}Y$ con qué temperamento! Es un placer currar con ella.

El rostro de Arthur se ensombreció.

- -¿Qué ocurre ahora? -preguntó Paul.
- -iPues que va a tener problemas por mi culpa!
- —¡Sí, y así estáis en paz! No deja de ser curioso que el único en quien nunca penséis cuando organizáis una de vuestras veladas delirantes, sea y o.
 - -- ¿Tú? No habrás tenido problemas...

Paul carraspeó y levantó uno de los párpados de Arthur

- -¡Tienes buena cara! -dijo, en un tono que imitaba al de un médico.
- —: Cómo saliste de ésta?
- -Me comporté como un miserable, si quieres saberlo. Cuando la policía

llegó a las puertas del quirófano, me escondí debajo de la mesa de operaciones, por eso tuve que asistir a toda la intervención. Dicho esto, y descontando los períodos en que estuve grogui, al menos debi de participar unos cinco minutos largos. Es a ella a quien debes que te salvaran la vida, yo no tuve mucho que ver.

Nancy entró en la habitación. Comprobó la tensión de Arthur y le preguntó si quería levantarse y caminar. Paul se ofreció a ayudarlo.

Dieron unos pasos hasta el final del pasillo. Arthur se encontraba bien, había recuperado el equilibrio y hasta tuvo ganas de prolongar el paseo. En la vereda del jardín del hospital, le rogó a Paul que le hiciera dos favores...

Paul se marchó después de que Arthur se acostase. Por el camino se detuvo en una floristería de Union Street. Encargó un ramo de peonías blancas y metió en un sobre la carta que Arthur le había confiado. Las flores serían entregadas a última hora de la tarde. Luego volvió a bajar a Marina y aparcó delante de un videoclub. Hacia las siete llamó al interfono de la señora Morrison, le dio noticias de Arthur y el último episodio de las aventuras de Fu Man Chú.

Lauren estaba tumbada en la alfombra, sumergida en la lectura de la tesis. Su madre, instalada en el sofá del salón, hojeaba las páginas de una revista. De vez en cuando levantaba los ojos para mirar a su hija:

—¿Cómo se te ocurrió hacer semejante cosa? —preguntó, arrojando la publicación sobre una mesa baja.

Lauren tomaba apuntes en una libreta con espiral, y no contestó.

- —Podrías haber arruinado tu carrera, todos estos años de trabajo echados a perder, ¿y en nombre de qué? —argumentó su madre.
- —Bien que perdiste tú muchos años con tu matrimonio. Y no salvaste la vida de papá, que yo sepa.

La madre de Lauren se puso en pie.

—Sacaré a Kali a pasear —dijo con sequedad, descolgando su gabardina del perchero.

Abandonó el apartamento dando un portazo.

-Hasta luego -murmuró Lauren, mientras oía los pasos que se alejaban.

La señora Kline se cruzó con un repartidor en la portería. Llevaba un enorme ramo de peonías blancas y estaba buscando el apartamento de Lauren Kline.

—Yo soy la señora Kline —dijo, cogiendo el sobrecito prendido de la hoja de celofán.

Sólo tenía que dejar las flores alli mismo, ella las cogería a la vuelta. Le dio una propina y el joven se marchó. Cuando estuvo en la calle. levantó la solana del sobrecito. Había dos palabras

escritas en un papel: « Volver a verte» , y las firmaba « Arthur» .

La señora Kline arrugó la carta y se la metió en el fondo del bolsillo del

impermeable.

En el barrio solamente había una plaza que admitiera animales. Si el destino tenía sus motivos, a un hombre sin imaginación le parecerían siempre imperfectos. La señora Kline se sentó en un banco: a su lado, la anciana que estaba levendo el periódico tenía ganas de entablar conversación.

En el cercado reservado a los perros, Kali estaba montando a un jack russell que descansaba a la sombra agradable de un tilo.

—No parece encontrarse muy bien —dijo la anciana.

La señora Kline se sobresaltó

- —Sólo estaba pensativa —contestó la madre de Lauren—. Nuestros perros parecen entenderse muy bien...
- -A Pablo siempre le han atraído del tipo alto. Creo que tendré que volver a leerle las instrucciones, me da la impresión de que están al revés. ¿Qué la preocupa?
 - -: Nada!
- -Si tiene la necesidad de confesar algo, yo soy la persona ideal: ¡estoy sorda como una tapia!

La señora Kline miró a Rose, que no había abandonado su lectura.

-: Tiene usted hij os? -dijo, arrastrando la voz.

- La señora Morrison negó con la cabeza. —Entonces no lo podrá entender.
- -: Pero he amado a hombres que sí tenían!
- —No tiene nada que ver.
- -: Eso sí que me molesta! -- protestó Rose-. Las personas que tienen hijos miran a las que no los tienen como si vinieran de otro planeta. ¡Amar a un hombre es tan complicado como educar a unos crios!
 - —No comparto su punto de vista.
 - --: Y sigue usted casada?

La señora Kline se miró la mano; el tiempo había borrado la marca de su alianza

- -Así pues, ¿qué dolores de cabeza le causa su hija?
- —¿Cómo sabe que no se trata de un chico?
- -: Una posibilidad de dos!
- —Creo que he hecho algo mal —murmuró la madre de Lauren.

La anciana se inclinó sobre su periódico y escuchó atentamente lo que la señora Kline tanto necesitaba confesar.

- -: Está muy feo lo de las flores! ¿Y por qué se niega a que vea a ese joven?
- -Porque se arriesga a despertar un pasado que puede hacernos daño a las dos

La anciana volvió a sumergirse en su periódico, el tiempo necesario para reflexionar, y lo volvió a dejar sobre el banco.

- -No sé de qué está hablando, pero no se protege a una persona con una mentira
- —Lo lamento —dijo la señora Kline—, le estoy hablando de cosas que no puede comprender.

Rose Morrison tenía todo el tiempo del mundo para comprender. La madre de Lauren dudó, pero después de todo, ¿qué riesgo corría confiándose a aquella desconocida? Las ganas de ahuyentar la soledad fueron más fuertes, se tranquilizó y le contó la historia de un hombre que había raptado a una joven para salvarla. mientras que su propia madre había renunciado.

- -Este i oven, ¿no tendría un abuelo soltero, por casualidad?
- -Cuando me devolvió las llaves del apartamento, no volví a tener noticias de él
 - -¿Desapareció, sin más?
 - -Digamos que nosotros lo empujamos un poco.
 - --: Nosotros?
- —Un neurocirujano reputado se encargó de explicarle hasta qué punto la salud de mi hija era frágil. Supo encontrar mil razones para convencerlo de que se alejara de ella.
 - —Así que, ante tantas pruebas, ese hombre se esfumó.
 - La madre de Lauren lanzó un suspiro.
 - —Sí
- —¡Yo creía que los tenía mejor puestos! —replicó la anciana—. Ya ve que, cuando están locos de amor, los hombres pierden gran parte de su capacidad. ¿Y lo que decía ese profesor era sincero?
- —A decir verdad, no tengo la menor idea. Lauren se recuperó muy deprisa, en cuestión de meses volvió a ser la de siempre.
 - -¿Cree que es demasiado tarde para hablar con su hija?
 - -Me hago esta pregunta todos los días, y no logro imaginarme su reacción.
- —He visto muchas vidas arruinadas por secretos de familia. Yo no he tenido hijos, y a pesar de lo que ha dicho antes para darme una lección, no sabe hasta qué punto lo he echado de menos. Pero me enamoraba demasiado a menudo para ser capaz de tenerlos; en fin, ésta era mi excusa para no enfrentarme a mi egoismo. Comprendo sus reticencias, aunque estoy convencida de que se equivoca. El amor está hecho de tolerancia, es lo que le da su fuerza.
 - -Me gustaría tanto que tuviera usted razón...
- —Una deja a un hombre y cree haberlo olvidado... hasta que un recuerdo nos hace pensar en él otra vez ¿Cómo imaginar entonces que podamos deshacernos del amor que nos une a nuestros padres? Perdemos un tiempo absurdo sin decirles que los queremos, para acabar dándonos cuenta, después de

su muerte, de cuánto los echamos de menos.

La anciana se inclinó hacia la señora Kline.

—Si ese joven salvó a su hija, usted está en deuda con él. Así que vaya a su encuentro.

Y Rose volvió a sumergirse en la lectura. La señora Kline esperó unos instantes, saludó a su vecina de banco, llamó a *Kali* y se alejó por la avenida del parque.

Al regresar, recuperó el ramo de flores al pie de la escalera. El apartamento estaba desierto. Dispuso las peonías en un jarrón que dejó sobre la mesa baja y cerró la puerta tras de sí.

Los días de la semana transcurrían con la regularidad de un metrónomo. Cada mañana, Lauren iba a dar un largo paseo bajo los árboles del parque del Presidio. Solía caminar hasta la playa que bordeaba la orilla del Pacífico. Entonces se instalaba en la arena y se sumergía en la tesis, a la que volvía todas las noches

El inspector Pilguez había acabado adaptándose a los horarios de Nathalia. Todos los mediodías compartían una comida en la que conjugaban el almuerzo para uno y el desayuno para el otro.

En medio de una jornada interrumpida por reuniones con el departamento de estudios y visitas a la obra, Paul se reunió con Onega, que lo esperaba en un banco al final de un malecón. frente a la bahía.

La señora Morrison llevaba a Pablo a aprovechar las hermosas tardes de verano en el parquecito próximo a su casa. A veces se cruzaba con la señora Kline y un día reconoció a Lauren por el perro que la seguia. Aquel jueves tan soleado estuvo tentada de abordarla, pero finalmente renunció a distraer a la joven de su lectura. Cuando Lauren abandonó la avenida central, la siguió con mirada curiosa.

A primera hora de la tarde, Pilguez siempre dejaba a Nathalia delante de la comisaría

Justo antes de encontrarse con Onega para cenar, Paul le hacía una visita a su amigo; le presentaba esbozos de proyectos que Arthur corregía con un par de líneas a lápiz o enmendaba con algunas anotaciones sobre la elección de materiales y tonalidades.

Aquel viernes, Fernstein se felicitó por el estado de salud de su paciente. Le haría otro escáner de control en cuanto tuviera un hueco libre y si, tal como pensaba que ocurriría, todo era normal, firmaría el alta. Ya nada justificaba que estuviera ocupando una cama de hospital. Después, tendría que ser sensato durante un tiempo, pero la vida no tardaría en recuperar su curso normal. Arthur le agradeció todos los cuidados que le había dispensado.

Hacía rato que Paul se había marchado. En los pasillos y a no retumbaban los pasos tumultuosos del día y el hospital había recuperado su atuendo nocturno. Arthur encendió el televisor, colocado sobre una mesita delante de la cama. Abrió el cajón de la mesilla de noche y saco el teléfono móvil. Con la mirada perdida en sus propios pensamientos, hizo desfilar los nombres de su agenda y renunció a molestar a su mejor amigo. El teléfono se le escapó lentamente de la mano y cayó sobre las sábanas, mientras su cabeza se deslizaba sobre la almohada.

La puerta se entreabrió y una interna entró en la habitación. Se dirigió enseguida a los pies de la cama y consultó su historial. Arthur abrió los ojos y la miró, silencioso; parecía muy concentrada.

- —¿Algún problema? —dii o.
- —No —contestó Lauren, levantando la cabeza.
- —¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó, estupefacto.
- —No hable tan alto —susurró Lauren.
- —¿Por qué habla en voz baja?
- -Tengo mis motivos.
- -¿Secretos?
- —¡Sí!
- --Pues tengo que confesarle, aunque sea en voz baja, que me alegro de verla
- —Yo también, bueno, quiero decir que me alegro de que se encuentre mejor. Lamento muchisimo no haber diagnosticado la hemorragia en el primer reconocimiento.
- —No tiene nada que reprocharse. Creo que y o facilité mucho la tarea —dijo Arthur
 - -¡Tenía tanta prisa por marcharse!

- —¡Esta obsesión por el trabajo me acabará matando!
 —Es arquitecto, ¿verdad?
 —¡Asi es!
 —Es un oficio complicado: ¡muchas matemáticas!
 —Si; en fin, como en Medicina, y luego uno deja que otros hagan las mates por él.
 —¿Otros?
 —Los cálculos de portantes, de resistencias... ¡todo eso es tarea de los ingenieros!
 —¿Y qué hacen los arquitectos mientras los ingenieros curran?
 - -;Piensan!
 - —Y usted /en qué piensa?

Arthur miró a Lauren largo rato, sonrió y señaló con el dedo el rincón de la habitación

- -Acérquese a la ventana.
- -- ¿Para qué? -- se sorprendió Lauren.
- —Para hacer un pequeño viaje.
- —¿Un pequeño viaje a la ventana?
- -: No. un pequeño viaje desde la ventana!

Ella obedeció, con una sonrisa casi burlona en los labios.

- -- ¿Y ahora?
- —Ábrala.
- —¿El qué?
- -¡La ventana!

Lauren hizo exactamente lo que Arthur le había pedido.

- —¿Qué ve? —preguntó, todavía susurrando.
- -; Un árbol! -contestó ella.
- —Describamelo.
- —¿Cómo?
- -¿Es grande?
- -Dos pisos de altura y grandes hojas verdes.
- -Ahora, cierre los ojos.

Lauren se dejó llevar por el juego, y la voz de Arthur la condujo a una oscuridad improvisada.

—Las ramas están inmóviles: a esta hora del día, los vientos del mar aún no se han levantado. Acérquese al tronco, las cigarras se esconden a menudo en los recovecos de la corteza. A los pies del árbol se extiende una alfombra de hojas de pino. Están quemadas por el sol. Ahora, mire a su alrededor. Se encuentra en un gran jardín con largas franjas de tierra ocre donde han plantado pinos piñoneros. A la izquierda verá algunos plátanos, a la derecha secuoyas, delante granados, y un poco más lejos, algarrobos que parecen extenderse hasta el océano. Suba por

la escalera de piedra que bordea el camino. Los peldaños son irregulares, pero no tenga miedo: la pendiente es suave. Si mira a su derecha adivinará los restos de una rosaleda. ¿lo ve? Deténease abaio v mire ante si.

Y Arthur se inventó un universo, hecho solamente de palabras. Lauren vio la casa con los postigos cerrados que él le describía. Avanzó hacia la entrada, subió los escalones y se detuvo en el porche. Abajo, el océano parecia querer destrozar las rocas y las olas acarreaban montones de algas entrelazadas con espinos. El viento soplaba en sus cabellos, estuvo a punto de echárselos hacia atrás.

Rodeó la casa y siguió al pie de la letra las instrucciones de Arthur, que la guiaba paso a paso en su país imaginario. Su mano rozó la fachada en busca de un pequeño calce, debajo de un postigo. Hizo como él decia y lo retiró con la yema de los dedos. El panel de madera se abrió y hasta le pareció oír el chirrido de sus goznes. Levantó la ventana de guillotina desencajando ligeramente el armazón, que cedió deslizándose sobre sus rieles.

—No se detenga en esta habitación, está demasiado oscura, atraviésela y llegará al pasillo.

Avanzó a paso lento; cada estancia parecía ocultar un secreto detrás de las paredes. Entró en la cocina. Encima de la mesa había una vieja cafetera italiana, con la que hacer un excelente café, y delante de ella unos fogones como los que podían encontrarse en otros tiempos en las viviendas antiguas.

- -: Funciona con leña? -- preguntó Lauren.
- -Si lo desea, la encontrará al abrigo de un cobertizo.
- -Quiero quedarme en la casa y seguir visitándola -murmuró.
- -Entonces, vuelva a salir de la cocina. Abra la puerta, justo enfrente.

Entró en el salón. Un largo piano dormía en la oscuridad.

Encendió la luz, se aproximó y se sentó en el taburete.

- —No sé tocar.
- —Es un instrumento especial, traído de un lejano país; si piensa con mucha intensidad en una melodía que le guste, él la tocará, pero únicamente si pone las manos encima del teclado.

Lauren se concentró con todas sus fuerzas, y la partitura del « Claro de luna» de Werther invadió su mente.

Tenía la sensación de que alguien estaba tocando a su lado, y cuanto más se dejaba llevar por aquel sueño, más profunda y presente se hacía la música. Visitó así cada rincón, subiendo hasta el piso de arriba, pasando de habitación en habitación y, poco a poco, las palabras que describían la casa se transformaron en una multitud de detalles que inventaban una vida a su alrededor. Regresó a la pieza que aún no había visitado. Entró en el despachito, miró la cama y se estremeció. Entonces abrió los ojos y la casa se desvaneció.

- -Creo que la he perdido -dijo.
- -No es tan grave, ahora ya es suya, puede volver allí cuando le apetezca,

sólo tiene que pensarlo.

- —No podría volver a empezar y o sola, no estoy muy dotada para los mundos imaginarios.
- —Se equivoca al no confiar en sí misma. Yo creo que para ser la primera vez, se ha desenvuelto bastante bien.
 - —Así que en eso consiste su oficio: cierra los ojos y se imagina un lugar.
- —No, me imagino la vida que habrá en su interior, y ella es quien me sugiere el resto.
 - -Es una manera extraña de trabajar.
 - -Más bien una extraña manera de trabajar.
 - -Tengo que dejarle, las enfermeras no tardarán en hacer su ronda.
 - --; Volverá?
 - —Si puedo.
 - Se dirigió a la puerta de la habitación y se volvió justo antes de salir.
 - -Gracias por la visita, ha sido un rato agradable, me lo he pasado bien.
 - —Yo también
 - -¿Existe esa casa?
 - -- No la acaba de ver hace un momento?
 - -: Como si estuviera dentro!
 - -Entonces, si existe en su imaginación, es que es auténtica.
 - —Tiene una curiosa forma de pensar.
- A fuerza de cerrar los ojos ante lo que les rodea, algunos se vuelven ciegos sin darse cuenta siquiera. Yo me conformé con aprender a ver, incluso en la oscuridad
 - —Conozco un mochuelo al que le irían bien sus consejos.
 - —¿Aquel que estaba en su bata la otra noche?
 - -;Se acuerda?
- —No he tenido ocasión de frecuentar a muchos médicos, pero resulta difícil olvidar a uno que te examina con un peluche en el bolsillo.
 - -Le da miedo la luz y su abuelo me ha pedido que lo cure.
- —Habría que encontrarle un par de gafas de sol para niño, yo tenía unas cuando era pequeño, es increíble lo que se puede ver a través de ellas.
 - -¿Por ejemplo?
 - -Sueños hechos de países imaginarios.
 - -Gracias por el consejo.
- —Pero cuidado: cuando ya haya curado a su mochuelo, dígale que basta con dejar de creer un solo segundo para que el sueño se rompa en mil pedazos.
 - -Se lo diré, cuente con ello. Y ahora, descanse.
 - Y Lauren salió de la habitación.

El claro de luna entraba por entre las persianas. Arthur apartó las sábanas y fue hasta la ventana. Se quedó allí, apoyado en la repisa, mirando los árboles del

jardín, inmóviles. No sentía ningún deseo de seguir el consejo de su amigo. Ya llevaba demasiado tiempo alimentándose de paciencia, y nada había podido apartarle del recuerdo de aquella mujer; ni el tiempo, ni los viajes poblados de otras miradas. Pronto saldría de allí.

Capítulo 14

El fin de semana se anunciaba bueno, y ni una sola nube venía a perturbar el horizonte. Todo estaba tranquilo, como si la ciudad despertase de una noche de verano demasiado corta. Con los pies descalzos y el pelo alborotado, vestida con un viejo suéter que llevaba como un vestido de andar por casa, Lauren estaba trabajando en su escritorio, retomando su investigación allí donde la había dejado la vispera.

Continuó hasta media mañana, controlando la hora del correo. Esperaba una obra científica que había encargado hacía dos días, y tal vez la encontrase por fin en el buzón. Atravesó el salón, abrió la puerta del apartamento y se sobresaltó lanzando un grito.

- —Lo lamento, no quería asustarla —dijo Arthur, con las manos cruzada en la espalda—. Conseguí su dirección gracias a Betty.
 - -¿Qué está haciendo aquí? -preguntó Lauren, tirando de su suéter.
 - —Ni siquiera y o mismo lo sé.
- —No tendrían que haberle dejado salir, es demasiado pronto —dijo ella, tartamudeando
- —Tengo que admitir que realmente no les he dejado elección... ¿me deja entrar, ya que estoy aquí?

Ella le cedió el paso y le propuso instalarse en el salón.

- -: Enseguida vuelvo! -soltó, metiéndose en el cuarto de baño.
- « ¡Parezco un gremlin!!», se dijo a sí misma, tratando de poner un poco de orden en su peinado. Se precipitó al ropero y empezó a pelearse con las perchas.
- —¿Va todo bien? —preguntó Arthur, sorprendido por el ruido que surgía del vestidor
- —¿Quiere un café? —gritó Lauren, que buscaba desesperadamente algo que ponerse.

Miró un jersey y lo tiró al suelo, la camisa blanca tampoco quedaba bien, así que dio una voltereta en el aire y poco después un vestido fue a reunirse con ella. Segundo a segundo, una pila de prendas de ropa se amontonó a su espalda.

Arthur avanzó hasta la mitad del salón y miró alrededor. ¡Dios, qué familiar le resultaba aquel sitio! Las estanterías de una biblioteca de madera clara se doblegaban debajo de los libros, y acabarían por ceder si Lauren completaba su

colección de enciclopedias médicas. Arthur sonrió al ver que había instalado el escritorio exactamente donde él había puesto en otros tiempos su mesa de dibuio.

A través de las puertas entornadas, vislumbró el dormitorio y la cama que estaba frente a la bahía.

Oyó a Lauren carraspear a su espalda y se dio la vuelta. Llevaba unos vaqueros y una camiseta blanca.

- —¿El café, con leche y azúcar, sin leche y con azúcar o sin azúcar y con leche? —le preguntó.
 - —¡Como quiera! —contestó Arthur.

Pasó detrás del mostrador de la cocina, abrió el grifo y brotó un gran chorro de agua.

—Me parece que tengo un problema —dijo, intentando contener la inundación con las manos.

Arthur le mostró enseguida la llave general del agua, situada en el pequeño armario que se encontraba justo al lado de ella. Lauren se abalanzó para cerrarla. Con el rostro lleno de salpicaduras, miró a Arthur fijamente.

- --: Cómo lo sabía?
- -; Soy arquitecto!
- --: Es un oficio que permite ver a través de las paredes?
- —La fontanería de una casa no es tan complicada como la del cuerpo humano, pero también nosotros tenemos nuestros truquitos para detener las hemorragias. ¿Tiene herramientas?

Lauren se secó la cara con una servilleta de papel y abrió un cajón. Sacó un viejo destornillador, una llave inglesa y un martillo.

Dejó las herramientas sobre la encimera con un gesto de dramática aflicción.

- -Espero que podamos operar -dijo Arthur.
- -¡No creo que esté cualificada para ello!
- -Es una intervención más sencilla que las que hace en el quirófano. ¿Tiene un cardán nuevo?
 - -iNo!
- --Mire en el armario de los fusibles; no sé por qué, pero ahí siempre se encuentran uno o dos debajo del contador de la luz
 - --: Y dónde está el armario de los fusibles?

Arthur le señaló con el dedo la pequeña caja justo al lado de la puerta de entrada

- —Eso es el disy untor —dijo Lauren.
- -Y ahí es donde se encuentra -dijo Arthur, con tono divertido.

Lauren se cuadró ante él.

—¡Muy bien, puesto que los armarios de mi casa no tienen ningún secreto para usted, vaya a buscar esa cosa usted mismo, así ganaremos un poco de tiempo! Arthur se dirigió a la entrada, alargó la mano hacia la caja y se echó atrás.

- -¿Qué le ocurre? -preguntó Lauren.
- -Aún tengo las manos torpes -murmuró, visiblemente abochornado.

Lauren avanzó hasta él

- —No es nada grave —dijo, con voz tranquilizadora—. Tenga paciencia, no le quedarán secuelas, pero hace falta un poco de tiempo para recuperarse; la naturaleza lo quiere así.
 - -Si lo desea, puedo guiarla y usted hace la reparación -dijo Arthur.
- —Tenía otros planes para esta mañana aparte de arreglar un grifo. Mi vecino es un manitas de primera, él me instaló casi todo lo que hay aquí, estará encantado de ocuparse de todas estas cosas.
 - --: Fue él quien tuvo la idea de colocar la biblioteca contra la ventana?
 - -¿Por qué, no había que hacerlo?
 - -Sí, sí -dijo Arthur, regresando al salón.
 - -: Ese « sí, sí» significa exactamente lo contrario!
 - -iNo, en absoluto! -insistió Arthur.
 - -; Miente usted muy mal!

Invitó a Lauren a sentarse en el sofá.

- —Dése la vuelta —dii o Arthur.
- Lauren obedeció, sin entender muy bien adonde quería ir a parar.
- -iLo ve? Si esas estanterías no ocultasen la ventana, tendría una vista estupenda desde aquí.
- —¡Tendría una vista estupenda, pero a mi espalda! En general, suelo sentarme en el sofá.
- —Por eso sería mucho más sensato darle la vuelta; sinceramente, la puerta de entrada no es lo más bonito del mundo, ¿no?

Lauren se levantó, se llevó las manos a las caderas y le miró fijamente.

- —Nunca me había fijado en ello. ¿Ha venido a mi casa espontáneamente desde el hospital para arreglarme la decoración?
 - -Lo siento -dijo Arthur, agachando la cabeza.
- —No, soy yo quien lo siente —replicó Lauren con voz tranquila—. Últimamente me exalto con mucha facilidad. ¿Le preparo el café?

-: Ya no tiene agua!

Lauren abrió el frigorífico.

- -Ni siquiera tengo un zumo de fruta que ofrecerle.
- -En ese caso, la invito a desay unar.

Ella le pidió que esperase un segundo, pues quería bajar a buscar el correo. En cuanto la oyó alejarse por el pasillo, Arthur sintió la irresistible tentación de reconciliarse con el sitio en el que había vivido. El recuerdo de una mañana de verano resurgió como salido de las páginas de un libro que se hubiera caído de una biblioteca. Habría querido que el tiempo regresara al día en que contemplara รม รมคกิด

Acarició el cubrecama con la yema de los dedos y el tejido de lana se esponjó lentamente bajo su mano. Entró en el cuarto de baño y miró los frascos colocados junto al lavabo. Una crema, un perfume y unos pocos artículos de maquillaje. Una idea le pasó por la mente, echó un vistazo afuera y se decidió a satisfacer un antiguo sueño. Entró en el vestidor contiguo y cerró la puerta.

Escondido entre las perchas, observó las prendas de vestir en el suelo y las que aún estaban colgadas e intentó imaginarse a Lauren con algunas de aquellas piezas. Hubiera deseado quedarse alli, esperar a que ella lo encontrase. Tal vez así recuperase la memoria, tal vez dudase, sólo un instante, y recordase las palabras que se decían. Entonces, la tomaría entre sus brazos y la besaría como antes, o mejor con un beso diferente. Ya nada ni nadie se la podría arrebatar. Aquello era de idiotas: si se quedaba ahí, a ella empezaría a entrarle el miedo. ¿Ouién no lo tendría si alguien se escondiera en su vestidor?

Tenía que salir de allí antes de que volviera; sólo un poco más; ¿quién podía reprochárselo? Que suba la escalera despacio, sólo unos segundos robados. La felicidad de estar en su intimidad

- —¿Arthur?
- —Ya vov.

Se disculpó por entrar en el cuarto de baño sin permiso, pero quería lavarse las manos

- -; Si no hay agua!
- -: Me he acordado al abrir el grifo! -- diio, confuso--. ; Ha llegado su libro?
- —Sí, guardo el tocho en la biblioteca y nos vamos, ¿vale? Me muero de hambre

Al pasar por delante de la cocina, Arthur miró la escudilla de Kali.

-Es de mi perra, que está en casa de mi madre.

Lauren cogió las llaves de encima de la encimera y salieron del apartamento.

El sol inundaba la calle. Arthur sintió el impulso de coger a Lauren del brazo.

—¿Adonde quiere ir? —preguntó él, cruzando las manos a la espalda.

Ella estaba hambrienta y, por pura feminidad, le costó confesar que le apetecía una hamburguesa. Arthur la tranquilizó: estaba muy bien que una mujer tuviera apetito.

- —¡Además, en Nueva York ya es la hora de comer, y en Sydney, la de cenar! —añadió ella radiante.
 - -Es un modo de ver las cosas -dijo Arthur, caminando a su lado.
- —Cuando se es interno, uno acaba comiendo cualquier cosa a cualquier hora.

 Lo condujo hasta Ghirardelli Square, anduvieron a lo largo de los muelles y se metieron por un malecón; elevada sobre los pilotes, la sala del restaurante Simbad estaba abierta día y noche. La camarera de recepción los instaló en una mesa, le entregó un menú a Lauren y desanareció. Arthur no tenía hambre, así

que renunció a leer la carta que Lauren le tendía.

Un camarero se presentó unos instantes más tarde, anotó el encargo de Lauren y regresó a la cocina.

- -¿De verdad que no quiere comer nada?
- —Me he alimentado toda la semana a base de gota a gota, y creo que mi estómago ha menguado. Pero me encantará mirar cómo come usted.
 - -¡Pero tendrá que volver a alimentarse!
 - El camarero puso una bandeja enorme con tortitas encima de la mesa.
 - -¿Por qué ha venido a mi casa esta mañana?
 - Para arreglar un escape de agua.
 - -: En serio!
 - -Para darle las gracias por salvarme la vida, creo.

Lauren dei ó el tenedor.

-Porque me apetecía -confesó Arthur.

Ella lo miró, atenta, y regó su plato con sirope de arce.

- -Sólo hacía mi trabajo -dijo en voz baja.
- —Me cuesta creer que anestesiar a uno de sus colegas y robar una ambulancia sea su pan de cada día.
 - -Lo de la ambulancia fue idea de su meior amigo.
 - —Ya me extrañaha a mí

El camarero volvió a la mesa y le preguntó a Lauren si necesitaba algo.

- -No, ¿por qué? -dijo Lauren.
- —Me ha parecido que me llamaba —contestó el chico con un tono soberbio.

Lauren lo miró alejarse, se encogió de hombros y volvió a la conversación.

- —Su amigo me explicó que se conocieron en el internado.
- —Mi madre murió cuando y o tenía diez años, estábamos muy unidos.
- —Es muy valiente. La mayoría de gente nunca pronuncia esa palabra, sino que dicen « se fue» o incluso « nos dejó».
 - -Irse o dejar son dos acciones voluntarias.
 - -: Creció usted solo?
- —La soledad puede ser una forma de compañía. ¿Y usted? ¿Todavía tiene a sus padres?
- —A mi madre solamente, y desde mi accidente nuestra relación se ha vuelto tensa, está demasiado presente.
 - -¿Su accidente?
- —Una vuelta de campana con el coche, salí proyectada y me dieron por muerta, pero el empecinamiento de uno de mis profesores me devolvió a la vida después de varios meses en coma.
 - -¿No conserva ningún recuerdo de aquel período?
- --Recuerdo los últimos minutos antes del impacto, pero hay un agujero de once meses en mi vida

—¿Nadie ha logrado acordarse nunca de lo que ocurre durante esos momentos? —preguntó Arthur, con la voz llena de esperanza.

Lauren sonrió y miró el carrito con los postres situado no muy lejos de ella.

- —¿Mientras se está en coma? ¡Es imposible! —contestó—. Es el mundo del inconsciente, no ocurre nada.
 - -Sin embargo, la vida continúa alrededor, ¿no?
- —¿Realmente le interesa? No tiene ninguna obligación de mostrarse cortés, sabe?

Arthur le aseguró que su curiosidad era sincera. Lauren le explicó que había bastantes teorías al respecto, y muy pocas certidumbres. ¿Tenían los pacientes alguna percepción de lo que les rodeaba? Desde el punto de vista médico, ella no lo creía

- -- ¿Ha dicho desde un punto de vista médico? ¿Por qué semejante distinción?
- -Porque yo lo he vivido desde el interior.
- —¿Y ha sacado otras conclusiones?

Lauren vaciló, y le señaló el carrito de postres al camarero, que se apresuró hacia su mesa. Eligió una mousse de chocolate para ella y, como Arthur no pidió nada, un relámpago de chocolate para él.

- —Dos postres deliciosos para la señorita —dijo el chico, al tiempo que servía los platos.
- —En ocasiones tengo sueños extraños que parecen fragmentos de recuerdos, como sensaciones que me vienen una y otra vez, pero también sé que el cerebro es capaz de transformar en recuerdos algo que le han contado.
 - -¿Y qué le han dicho?
- —Nada en especial: la presencia de mi madre todos los días, la de Betty, una enfermera que trabaja conmigo, y otras cosas sin importancia.
 - -¿Por ejemplo?
- —Mi despertar, pero ya hemos hablado suficiente de todo esto, ahora tiene que probar los dos postres.
 - -No lo tome a mal, pero soy alérgico al chocolate.
 - -; Y no quiere otra cosa? No ha comido ni bebido nada.
 - -Comprendo a su madre, exagera un poco, pero eso no es más que amor.
 - —Lo adoraría si le oy ese.
 - -Lo sé, es uno de mis grandes defectos.
 - —¿Cuál?
- —Soy de esa clase de hombres de los que las suegras siempre se acuerdan, en cambio, la cosa varía en el caso de las hijas.
- —Y esas suegras, como dice usted, ¿son muchas? —preguntó Lauren, cogiendo una gran cucharada de mousse de chocolate.

Arthur la miró, divertido: tenía restos de chocolate en los labios. Extendió la mano, como para borrar la flecha del arco de Cupido, pero no se atrevió.

Detrás de la barra, un camarero observaba su mesa, intrigado.

- —Sov soltero.
- -Me cuesta creerlo
- -- Y usted? -- replicó Arthur.

Lauren eligió las palabras antes de responder.

—Existe alguien en mi vida, no vivimos juntos, pero en fin, está ahí. A veces es así, los sentimientos se apagan. ¿Usted lleva mucho tiempo soltero?

- —Bastante, sí.
- -Eso no me lo creo
- —¿Por qué le parece tan raro?
- -Porque un tipo como usted no se queda solo.
- -No estov solo.
- -¡Aja! ¿Lo ve?
- -¡Se puede querer a alguien y seguir siendo soltero!

Basta con que el sentimiento no sea recíproco, o que la otra persona no esté libre.

- -¿Y puede uno mantenerse fiel a alguien durante todo ese tiempo?
- -Si ese alguien es la mujer de tu vida, vale la pena, ¿no?
- -: Así que no está soltero!
- —En mi corazón, no.

Lauren tomó un sorbo de café e hizo una mueca. El líquido estaba frío. Arthur iba a pedirle otro, pero ella se le adelantó y le señaló al camarero la cafetera depositada sobre un calientaplatos.

- —¿La señorita querrá una o dos tazas? —preguntó el camarero, con una sonrisa irónica en los labios.
 - -; Tiene algún problema? replicó Lauren.
 - —¿Yo? En absoluto —contestó el chico, regresando a la cocina.
- —¿Cree que se ha enfadado porque usted no ha tomado nada? —le preguntó a Arthur
 - -¿Estaba bueno? -contestó él.
 - -Espantoso -dijo Lauren, riéndose.
- —Entonces, ¿por qué ha elegido este sitio? —contestó Arthur, riéndose como ella.
 - —Me gusta sentir el soplo del mar, medir su tensión y su humor.

La risa de Arthur se enmudeció en una sonrisa preñada de melancolía; había tristeza en su mirada, estrellas de dolor con cierto sabor a sal.

- -¿Qué le pasa? -quiso saber Lauren.
- —Nada, sólo un recuerdo.

Lauren le hizo una seña al camarero para que trajera la cuenta.

- —Es una mujer con suerte —dijo, tomando otro sorbo de café.
- --:Quién?

- -La que espera desde hace tanto tiempo.
- -¿De veras? preguntó Arthur.
- -¡Sí, de veras! ¿Qué les separó?
- -: Un problema de compatibilidad!
- -: No se entendían?
- —Sí, y muy bien. Compartíamos carcajadas y deseos. Hasta prometimos redactar algún día una lista con las cosas agradables que nos gustaría hacer, ella la llamaba la lista happy to do.
 - —¿Qué les impidió escribirla?
 - —El tiempo nos separó.
 - —; Ya no se volvieron a ver?
- El camarero dejó la cuenta encima de la mesa; Arthur quiso cogerla pero Lauren se la llevó con un gesto más veloz que el suy o.
- —Aprecio su caballerosidad —dijo—, pero ni se le ocurra; lo único que ha consumido usted aquí son mis palabras. No soy feminista, pero pienso que existen ciertos límites.

Arthur no tuvo tiempo de discutir, pues Lauren ya le había entregado su tarjeta de crédito al empleado del restaurante.

- —Debería volver a trabajar —dijo Lauren—, y al mismo tiempo no me apetece para nada.
- —Entonces, vamos de paseo, hace un día magnifico y a mí no me apetece para nada que trabaje.

Ella apartó la silla v se levantó.

—Acepto la proposición.

El camarero sacudió la cabeza cuando salieron del establecimiento.

Ella quería ir al parque del Presidio, le encantaba vagar bajo las grandes secuoyas. A menudo, bajaba hasta el saliente de tierra donde se anclaba uno de los pilotes del Golden Gate. Arthur conocía bien el lugar. Desde allí, el puente suspendido se extendía entre la bahía y el océano como una línea trazada en el cielo.

Lauren tenía que ir a buscar a su perra. Arthur le prometió que la esperaría allí y ella lo dejó al final del malecón; la vio alejarse sin decir nada. Hay momentos que tienen cierto sabor a eternidad.

Capítulo 15

La esperó al pie del puente, sentado en un murito de ladrillos. En aquel lugar, las olas del océano chocaban con las de la bahía en un combate que duraba desde la noche de los tiempos.

- -: Le he hecho esperar mucho? -se disculpó ella.
- —¿Dónde está Kali?
- -No tengo ni la menor idea, mi madre no estaba. ¿Sabe cómo se llama?
- —Venga, vamos a caminar por el otro lado del puente, tengo ganas de ver el mar —contestó Arthur

Ascendieron una colina y la volvieron a bajar por la otra vertiente. Abajo, la playa se extendía kilómetros y kilómetros.

Caminaron junto al agua.

- -Usted es diferente -dijo Lauren.
- —¿De quién?
- -De nadie en particular.
- -Eso no es muy difícil.
- —No sea idiota.
- -¿Hay algo en mí que la irrite?
- —No, nada; siempre parece tan sereno, eso es todo.
- —¿Y es un defecto?
- -No, pero resulta muy desconcertante, como si para usted nada fuera un problema.
 - -Me gusta buscar soluciones; es cosa de familia, mi madre era igual que y o.
 - -¿Echa de menos a sus padres?
- —A él apenas tuve tiempo de conocerlo. Mi madre tenía una forma especial de ver la vida... diferente, como usted dice.

Arthur se agachó para coger un poco de arena.

—Un día —dijo—, me encontré en el jardín una moneda de un dólar y me pareció que era increíblemente rico. Corrí hacia ella con mi tesoro oculto en la palma de la mano. Se lo enseñé, orgullosisimo de mi descubrimiento. Después de escuchar cómo le dictaba una lista de cosas que iba a comprar con semejante fortuna, ella me volvió a cerrar los dedos sobre la moneda, le dio la vuelta a mi mano con delicadeza y me pidió que la abriera.

—El dólar se cayó al suelo. Mamá me dijo: « Esto es lo que pasa cuando morimos, incluso al hombre más rico de la tierra. El dinero y el poder no nos sobreviven. El hombre sólo recrea la eternidad de su existencia en los sentimientos que comparte». Y era cierto; ya han pasado muchos años desde que murió, tantos, que dejé de contar los meses sin perder un solo día. Aparece en ocasiones en el instante de la mirada con la que me enseñó a enfocar las cosas, en un paisaje, en un anciano que atraviesa la calle con su historia a cuestas. Surge en un reguero de lluvia, en un reflejo de luz, en el giro de una palabra durante una conversación; mi madre es mi immortal.

Arthur dejó que se filtrasen los granos de arena entre sus dedos. Hay penas de amor que el tiempo nunca borra y que dejan en las sonrisas cicatrices imperfectas.

Lauren se aproximó a Arthur, lo cogió del brazo, lo ayudó a levantarse, y luego continuaron caminando por la playa.

- -¿Cómo se consigue esperar a alguien tanto tiempo?
- -¿Por qué vuelve a hablarme de eso?
- -Porque me tiene intrigada.
- —Vivimos el principio de una historia, y ella fue como una promesa que la vida no mantuvo: pero vo siempre mantengo mis promesas.

Lauren le soltó el brazo y Arthur la observó alejarse sola, hacia la orilla. Esperó unos instantes antes de ir a su lado; ella estaba jugando a rozar las olas con la punta del pie.

- -¿He dicho algo que no debía?
- —No —murmuró Lauren—, al contrario. Creo que ya es hora de volver, de verdad que tengo mucho trabajo.
 - —¿Y no puede esperar hasta mañana?
 - -Mañana o esta tarde, ¿qué cambia eso?
 - -Un deseo puede cambiarlo todo, ¿no le parece?
 - —¿Y qué desea?
- —Continuar paseando por esta playa en su compañía y acumular meteduras de pata.
 - —Podríamos cenar juntos esta noche —sugirió Lauren.

Arthur entornó los ojos como si estuviera dudando. Ella le dio una palmada en el hombro

- —Yo elijo el sitio —dijo él, riendo—, sólo para demostrarle que turismo y gastronomía no siempre hacen mala pareja.
 - -: Adonde vamos?
 - -Al Cliff House, ahí -dijo, señalando un acantilado a lo lejos.
 - -¡He vivido siempre en esta ciudad y jamás he puesto los pies!
 - —He conocido a parisienses que nunca habían subido a la torre Eiffel.

- -¿Ha estado en Francia? preguntó ella, con expresión maravillada.
- -En París, y en Venecia, en Tánger...

Y Arthur se llevó a Lauren alrededor del mundo, mientras el mar, cada vez más alto, borraría sus pasos al terminar el día.

La sala, de madera oscura, estaba casi vacía. Lauren entró la primera. Un matire con librea fue a recibirles. Ella pidió una mesa para dos. Él le sugirió que esperase a su acompañante en el bar. Sorprendida, Lauren se volvió. Arthur había desaparecido. Retrocedió y lo buscó en la escalera. Lo encontró en el peldaño más alto, esperando, con una sonrisa en los labios.

- -- ¿Qué está haciendo ahí?
- —La sala de abajo es siniestra, esto de aquí es mucho más alegre.
- -: Usted cree?
- —Este sitio es horrible, ¿verdad?

Lauren asintió con la cabeza, contrariada.

- -Exactamente lo que y o decía. Vamonos a otra parte, pues.
- -¡Pero si la mesa está reservada! -exclamó, molesta.
- —En ese caso, no diga nada. Esta mesa será la nuestra, intentaremos acordarnos siempre, será el lugar donde compartimos nuestra primera cena.

Arthur se llevó a Lauren al aparcamiento del establecimiento y le pidió que llamara a un taxi. Él no llevaba el teléfono encima. Lauren sacó el suyo y llamó a la compañía.

Un cuarto de hora después, un Pier 39 los dejó en el malecón, decididos a probar todos los lugares turísticos de la ciudad. Si no estaban demasiado cansados, hasta irían a tomar una copa a Chinatown. Arthur conocía un bar inmenso donde se vaciaban autocares de extranjeros hasta últimas horas de la noche.

Estaban caminando sobre las tablas cuando Lauren crey ó reconocer a Paul a lo lej os, con los codos apoy ados en la balaustrada, en plena conversación con una chica preciosa de piernas larguísimas.

- -- ¡No es ése su amigo? -- preguntó.
- -Sí, desde luego que es él -contestó Arthur, dando media vuelta.

Lauren lo alcanzó.

- -- ¡No quiere que vay amos a saludarlo?
- -No, no me gustaría interrumpir la velada. Venga, vayamos mejor por ahí.
- -- ¿Es que teme que nos vean juntos?
- -¡Qué tontería! ¿Por qué piensa semejante cosa?
- -Porque ha puesto cara de tener miedo.
- —Le aseguro que no. Pero mi amigo se pondría terriblemente celoso si se enterase de que mi primera salida ha sido con usted. Sigame, la llevaré a Ghirardelli Square, la antigua chocolatería está repleta de japoneses a esta hora

de la noche.

En el paseo, la fiesta estaba en su apogeo. Cada año, los pescadores de la ciudad festej aban allí el inicio de la temporada de la pesca del cangrej o.

- El día había perdido sus últimos reflejos luminosos y la luna se elevaba en el cielo estrellado de la bahía. Sobre las hogueras, grandes calderos con agua de mar rebosaban de crustáceos que se repartían entre los paseantes. Lauren degustó con gran apetito seis tenazas gigantescas que un afable marinero había abierto para ella. Arthur la contemplaba disfrutar, encantado. Ella regó la cena improvisada con tres vasos llenos a rebosar de un cabernet sauvignon del valle de Nappa. Después de chuparse los dedos, se colgó del brazo de Arthur con aire culpable.
- —Creo que acabo de fastidiar nuestra cena —dijo—: ¡una sola pastilla de chocolate y reviento!
 - -Me parece que está un poco piripi.
 - -Es posible. ¡Ha subido el mar o soy yo quien se balancea?
 - -¡Las dos cosas! Venga, vamos a tomar un poco de aire.

Se apartaron de la multitud y se sentaron en un banco iluminado por una vieja farola solitaria.

Lauren apoyó una mano en la rodilla de Arthur y se llenó los pulmones con el aire fresco de la noche.

- -Esta mañana no ha venido a verme sólo para darme las gracias, ¿verdad?
- -He venido a verla porque, aunque no sé explicármelo, la echaba de menos.
- -No diga estas cosas.
- -¿Por qué? ¿Tiene miedo?
- —Mi padre también le decía unas frases muy bonitas a mi madre cuando quería seducirla.
 - —Pero usted no es ella.
- —No, yo tengo un trabajo, una carrera, una meta que alcanzar, y nada puede desviarme. Soy libre.
 - -Lo sé, por ese motivo y o...
 - —Usted, ¿qué? —dijo ella, interrumpiéndolo.
- —Nada, pero pienso que no es solamente el lugar al que uno va lo que da un sentido a la vida, sino también la manera de llegar allí.
 - —¿Es lo que le decía su madre?
 - -No, es lo que pienso y o.
- —Entonces, ¿por qué rompió con aquella mujer a la que tanto echa de menos? ¿Por algunas incompatibilidades?
- —Digamos que pasamos muy cerca el uno del otro. Yo fui tan sólo un inquilino de esa felicidad y ella no pudo renovar mi contrato.
 - —¿Cuál de los dos rompió?
 - -Ella me dejó y yo la dejé partir.

- —¿Por qué no luchó?
- —Porque la lucha le habría hecho daño. Se trataba de una pregunta que había que plantearle a la inteligencia del corazón. Anteponer la felicidad del otro en detrimento de la propia es un hermoso motivo. no?
 - -Pero usted aún no se ha curado.
 - —¡No estaba enfermo!
 - -¿Me parezco y o a esa mujer?
 - -Tiene unos meses más que ella.

Al otro lado de la calle, un comerciante cerraba su tenderete para turistas. Estaba sujetando con pinzas las postales.

- —Tendríamos que haber comprado una —dijo Arthur—, yo habría escrito algunas palabras y usted la habría echado.
- —¿Cree realmente que se puede amar a una misma persona durante toda la vida? —preguntó Lauren.
- —Nunca me ha dado miedo lo cotidiano, la costumbre no es una fatalidad. Uno puede reinventar todos los días el lujo y la banalidad, lo desmesurado y lo común. Creo en la pasión que se va desarrollando, en la memoria del sentimiento. Lo lamento, todo esto es culpa de mi madre, que me atiborró de ideales amorosos. Esto pone el listón muy alto.
 - -: Para el otro?
 - -No. para uno mismo. Sov muy anticuado. ;no?
 - -Lo antiguo tiene su encanto.
 - -He procurado preservar una parte de mi infancia.

Lauren levantó la cabeza y miró a Arthur a los ojos. Sus rostros se acercaron imperceptiblemente.

- -Tengo ganas de besarte -dijo Arthur.
- -- ¿Por qué me lo pides en lugar de hacerlo? -- contestó Lauren.
- -Ya te he dicho que soy terriblemente anticuado.

La persiana de la tienda chirrió sobre los raíles metálicos.

Sonó una alarma. Arthur se enderezó, azorado, reteniendo la mano de Lauren en la suva, y se levantó de un salto.

-; Tengo que irme!

Los rasgos de Arthur habían cambiado y Lauren adivinó en su rostro las huellas de un dolor repentino.

-;Algo va mal?

La alarma de la tienda sonaba cada vez más fuerte, zumbaba en el interior de sus oídos.

- —No puedo explicártelo, pero es necesario que me vay a.
- -¡No sé adonde vas, pero te acompaño! -dijo ella mientras se levantaba.

Arthur la cogió entre sus brazos, con los ojos fijos en ella fue incapaz de dilatar el abrazo

—Escúchame, cada segundo cuenta. Todo lo que te he dicho es cierto. Si puedes, querría que me recordaras. Yo no te voy a olvidar. Otro instante contigo, aunque fuese muy breve, valdría la pena.

Arthur se aleió.

- —¿Por qué dices otro instante? —gritó Lauren, aterrorizada.
- —Ahora el mar está lleno de maravillosos cangrejos.
- -¿Por qué dices otro instante, Arthur? -aulló Lauren.
- —Cada minuto contigo fue como un momento robado. Nada me lo podrá quitar. Haz girar el mundo, Lauren, tu mundo.

Dio unos pasos más y echó a correr. Lauren gritó su nombre y Arthur se dio la vuelta

- -¿Por qué has dicho otro instante contigo?
- -¡Sabía que existías! Te amo, pero es algo que no te concierne.
- Y Arthur desapareció entre las sombras a la vuelta de una callejuela.

La persiana metálica finalizó lentamente su trayecto hasta el tope de la acera. El comerciante dio vuelta a la llave en el pequeño cajón pegado a la pared y la sirena infernal se calló. En el interior de la tienda, la central de la alarma continuaba emitiendo un bip a intervalos regulares.

Un monitor difundía un halo de luz verde en la penumbra de la habitación. El electroencefalógrafo emitía una serie de pitidos estridentes a intervalos regulares. Betty entró en la estancia, encendió la luz y se precipitó hacia la cama. Consultó el papel que salia de la pequeña impresora y descolgó el teléfono de inmediato.

—Reanimación en la 307, localícenme a Fernstein, esté donde esté, y díganle que venga lo antes posible. Avisen a la cabina de neuro y que suba un anestesista.

La niebla se extendía por los barrios bajos de la ciudad. Lauren abandonó el banco y atravesó la calle, donde todo parecia en blanco y negro. Cuando entró eñreen Street, la noche se estaba cargando de nubes. La lluvia fina fue reemplazada por una tormenta de verano. Lauren levantó la cabeza y miró el cielo. Se sentó en el murete de un cercado y permaneció allí largo rato, bajo el chaparrón, contemplando la casa victoriana que se erigía en lo alto de Pacific Heights.

Cuando cesó el aguacero, penetró en el vestíbulo, subió los peldaños de la escalera y entró en su apartamento.

Tenía el pelo empapado, dejó toda la ropa en el salón, se frotó la cabeza con un trapo que cogió de un colgador de la cocina y se arropó con una manta que le quitó al respaldo de un sillón.

En la cocina, abrió un armario y descorchó una botella de burdeos. Se sirvió

un gran vaso, avanzó hasta la alcoba y contempló las torretas de Ghirardelli Square, allá abajo. A lo lejos, retumbó en la bahía la sirena antiniebla de un gran carguero que zarpaba hacia China. Lauren lanzó una mirada de soslayo al sofá que le abría los brazos. Lo ignoró y avanzó con paso decidido hacia la pequeña biblioteca. Cogió un libro, lo dejó caer a sus pies, comenzó con otro y, dominada por una cólera fría, dejó caer todos los manuales al suelo.

Cuando las estanterías estuvieron vacías, empujó la biblioteca y liberó la ventanita que se escondía detrás. Luego la emprendió con el sofá y, echando mano de toda su fuerza, lo hizo girar noventa grados. Titubeante, recuperó el vaso que había dejado en la repisa de la alcoba y se dejó caer encima de los cojines. Arthur tenía razón: desde allí, la vista de los tejados de las casas era espléndida. Se bebió el vino casi de un trago.

En la calle todavía húmeda, una anciana que paseaba a su perro levantó la vista hacia una casita donde una sola ventana dispensaba aún un rayo de luz en la noche gris. La mano de Lauren, entorpecida por el sueño, se abrió lentamente y el vaso vacío rodó a los pies del sofá.

- —Me lo llevo a la cabina —le gritó Betty al interno de anestesia.
- —Déieme que le suba primero la saturación.
- —No tenemos tiempo.
- -Diablos, Betty, yo soy el interno aquí.
- —Doctor Stern, yo era enfermera cuando usted aún llevaba pañales. ¿Y si le subimos la saturación sanguínea al mismo tiempo que lo llevamos arriba?

Betty empujó la camilla hacia el pasillo y el doctor Philipp Stern la siguió arrastrando el carro de reanimación.

- -- ¿Qué ha pasado? -- preguntó---. Todo era normal.
- —¡Si todo fuese normal estaría en su casa y consciente! Esta mañana estaba soñoliento y he preferido someterlo a observación encerálica, que es el trabajo de la enfermera, pero saber lo que ha nasado es tarea del médico.

Las ruedas de la camilla giraban a toda velocidad; las puertas del ascensor estaban a punto de cerrarse cuando Betty gritó.

-; Esperen, es una urgencia!

Un interno retuvo los batientes metálicos, Betty se metió en la cabina y el doctor Stern hizo girar el carro de reanimación para hacerse un hueco.

-¿Qué clase de urgencia? -interrogó el médico, curioso.

Betty lo miró de arriba abajo y contestó: —De esa clase que uno necesita una cama— y pulsó el botón de la quinta planta.

Mientras la cabina se elevaba, quiso coger el teléfono móvil que llevaba en el fondo del bolsillo de la bata, pero entonces se abrieron las puertas en la planta del Servicio de Neurología. Empujó con todas sus fuerzas la camilla hacia la cabina

situada en el otro extremo del pasillo. Granelli la esperaba en la entrada de la sala de preoperatorio. Se inclinó sobre el paciente.

- -Nos conocemos, ¿verdad?
- Y como Arthur no contestara, Granelli miró a Betty.
- —Lo conozco, ¿no?
- -Reducción de un hematoma subdural fulgurante el lunes pasado.
- -Ah, en ese caso tenemos un problemilla. ¿Está avisado Fernstein?
- —¡Ya vuelve a estar aquí! —dijo el cirujano, entrando a su vez—. Supongo que no vamos a tener que operarle todas las semanas.
 - -¡Opérele de una vez por todas! -gruñó Betty, abandonando el lugar.

Corrió al pasillo v bajó a toda prisa a la planta de Urgencias.

El timbre del teléfono arrancó a Lauren del sueño. Buscó el auricular a tientas.

- —¡Por fin! —dijo la voz de Betty—. Es la tercera vez que llamo, ¿dónde estabas?
 - -¿Qué hora es?
 - -Fernstein me va a matar si se entera de que te he avisado.

Lauren se incorporó en el sofá y Betty le explicó que había tenido que subir a cirugía al paciente de la 307, al que ella había operado recientemente. El corazón de Lauren empezó a latir a mil por hora.

- -¿Pero por qué le habéis dejado salir tan pronto? -preguntó, encolerizada.
- —¿De qué estás hablando? —interrogó Betty.
- —¡No tendríais que haberle autorizado a salir del hospital esta mañana, y sabes muy bien de qué estoy hablando, tú le has dado mi dirección!
 - -¿Has bebido?
 - -Un poquito de nada, ¿por qué?
- -¿Qué me estás contando? No he dejado de ocuparme de tu paciente, ni siquiera se ha levantado de la cama. ¡Además, yo no le he dicho nada en absoluto!
 - -¡Pero si he almorzado con él!

Hubo un momento de silencio y Betty carraspeó.

- -¡Lo sabía, no tendría que haberte avisado!
- -Por supuesto que sí, ¿por qué dices eso?
- —Porque, conociéndote como te conozco, te presentarás aquí en media hora y borracha perdida no vas a servir de nada.

Lauren miró la botella que había dejado sobre la encimera de la cocina; sólo faltaba el contenido de un vaso grande de vino, nada más.

- -Betty el paciente del que me estás hablando, ¿es...?
- —¡Sí! ¡Y si me dices que has desayunado con él cuando se encuentra bajo

observación desde esta mañana, te hospitalizo en cuanto llegues aquí, y no en su habitación!

Betty colgó. Lauren miró alrededor. El sofá no estaba en el mismo sitio y cuando vio los libros amontonados al pie de la biblioteca, creyó que alguien había entrado a robar en su apartamento. Se negó a abandonarse a la absurda sensación que la invadía. Había una explicación racional para lo que estaba viviendo, sólo había que encontrarla. Siempre había una. Al levantarse, pisó el vaso vacío y se hizo un profundo corte en el talón. Su sangre roja manchó la alfombra de coco.

-Sólo me faltaba esto

Fue brincando sobre una sola pierna hasta el cuarto de baño, pero no salía agua del grifo. Metió el pie en la bañera, tendió el brazo hacia el botiquín, cogió el frasco de alcohol y lo vació sobre la herida. Sintió un dolor enorme, respiró hondo para ahuyentar el vértigo y retiró uno por uno los pedazos de vidrio que tenía incrustados en la carne. Curar a otros era una cosa, pero intervenir en el propio cuerpo era otra. Transcurrieron diez minutos sin que lograse contener la hemorragia. Miró el corte de nuevo; una simple compresión no bastaría para volver a cerrar los bordes: habría que suturar. Se levantó y desplazó todos los frascos de una estantería en busca de un paquete de gasas esterilizadas, pero no había. Se enrolló el tobillo con una toalla de baño, hizo un nudo que apretó lo mejor que pudo y salió a la pata coja en dirección al ropero.

-¡Duerme como un angelito! -dijo Granelli.

Fernstein consultó las imágenes de la resonancia magnética.

- —Temía que se tratase de esa pequeña anomalía que no operé, pero no es el caso; el cerebro ha supurado, le retiramos el drenaje demasiado pronto. Es una pequeña superpresión intracraneal, le aplico una nueva vía de extracción y todo debería volver a su sitio. Póngale una hora de anestesia.
- --Con mucho gusto, estimado colega --replicó Granelli, de un humor excelente
- —Esperaba darle el alta el lunes, pero tendremos que prolongar su estancia al menos una semana y eso no me acaba de gustar —protestó Fernstein, practicando una incisión.
- --¿Y por qué? --preguntó Granelli, mientras comprobaba las constantes vitales en los monitores
 - -Tengo mis motivos -dijo el viejo profesor.

Ponerse los vaqueros no fue una tarea sencilla. Con un jersey, un pie calzado y el otro desnudo, Lauren cerró la puerta del apartamento. De pronto, la escalera le pareció de lo más hostil. En el segundo piso, el dolor se hizo demasiado vivo como para mantenerse erguida. Se sentó en los escalones y se dejó caer como por la pendiente de una jornada caótica. Cojeó hasta el coche y accionó el mando a distancia del garaje. Bajo un cielo tormentoso, el viejo Triumph circuló en dirección al San Francisco Memorial Hospital. Cada vez que necesitaba cambiar de marcha, el dolor era tan punzante que casi le hacía perder la conciencia. Bajó la ventanilla en busca de un poco de aire fresco.

El Saab de Paul descendía por California Street a toda velocidad. Desde que salieron del restaurante, no había pronunciado ni una palabra. Onega apoyó la mano en su pierna y le acarició suavemente el muslo.

-No te preocupes, no puede ser tan grave.

Paul no contestó, giró en Market Street y subió hacia la calle Veinte. Estaban cenando en lo alto de la torre del Bank of America cuando sonó el móvil de Paul. Una enfermera le advirtió que el estado de salud de Arthur Ashby había empeorado; el paciente no se encontraba en condiciones de soportar la intervención a la que debían someterlo. Como Paul figuraba en su ficha de admisión, debía presentarse allí lo antes posible y firmar la autorización para la intervención quirúrgica. Dio su conformidad por teléfono y, después de abandonar precipitadamente el restaurante, corrió a través de la noche en compañía de Onega.

El Triumph aparcó bajo la marquesina de Urgencias. Un agente de seguridad se acercó a la puerta para indicar a la conductora que no podía estacionar en aquel sitio. Lauren apenas tuvo tiempo de responder que era interna del hospital y estaba herida. El agente pidió ay uda a través del walkie talkie: Lauren acababa de desmayarse.

Granelli se inclinó sobre el monitor de control y Fernstein detectó de inmediato la inquietud que endurecía los rasgos del anestesista.

- -¿Algún problema? -interrogó el cirujano.
- —Una ligera arritmia ventricular. Cuanto antes terminemos, mejor, desearía despertarle lo más pronto posible.
 - -Hago todo lo que puedo, estimado colega.

Detrás del cristal, Betty, que había conseguido que la sustituyeran unos minutos, no se perdía un detalle de lo que estaba ocurriendo en el quirófano. Consultó el reloj: Lauren no tardaría en llegar.

Paul entró en el vestíbulo de Urgencias y se presentó en recepción. La auxiliar le pidió que aguardara en la sala de espera. La enfermera jefe estaba en otra planta y no tardaría en volver. Onega le rodeó la cintura con un brazo y se lo llevó a una silla. Lo dejó solo unos instantes e insertó una moneda en la rendija de la máquina de bebidas calientes. Eligió un café corto sin azúcar y fue al lado de Paul con el vaso en la mano

- —Toma —le dijo con su hermosa voz grave—, no has tenido tiempo de tomártelo en el restaurante
- --Lamento lo de nuestra velada --dijo Paul con tristeza, levantando la cabeza.
- -No tienes por qué lamentarlo, y además, ese pescado no estaba muy bueno.
 - —¿De veras? —preguntó Paul, con aspecto preocupado.
 - -No. Pero al menos pasaremos la noche juntos. Bebe, que se te va a enfriar.
 - -¡Ha tenido que pasar el único día en que no he podido venir a verlo!

Onega acarició con infinita ternura la cabellera revuelta de Paul, mientras él la miraba con el aire de niño abandonado en medio de un universo de adultos.

—No puedo perderlo, sólo le tengo a él.

Onega encajó el golpe sin decir nada; se sentó al lado de Paul y lo estrechó entre sus brazos.

—En nuestra tierra tenemos una canción que dice que mientras pensemos en una persona, esa persona no muere nunca. Así que piensa en él, no en tu dolor.

El doctor Stern entró en la cabina número 2, avanzó hasta la camilla y cogió la ficha de admisión del paciente.

- —Su cara me suena —dijo.
- -Trabajo aquí -contestó Lauren.
- -Sí, pero yo acabo de llegar: el viernes pasado todavía era residente en Boston.
- —Entonces no nos hemos visto nunca, yo llevo ocho días de baja forzada y jamás he puesto los pies en Boston.
- —Hablando de pies, el suy o está en pésimo estado, ¿cómo se ha hecho esta herida?
 - —De la forma más tonta.
 - —¿Lo que significa…?
 - -Pisando un vaso de cristal...; descalza!
 - -;Y el contenido de ese vaso se halla dentro de su estómago?
 - -Más o menos

- -Sus análisis hablan por sí mismos: tiene un poco de alcohol en la sangre.
- —Tampoco hay que exagerar —dijo Lauren, intentando enderezarse—, sólo he bebido unos sorbos de burdeos.

La cabeza le dio vueltas, sintió que le venían náuseas y el interno tuvo el tiempo justo de ponerle una palangana delante. Le tendió un pañuelo de papel y sonrió.

- —Deje que lo ponga en duda, estimada colega. Según los resultados del laboratorio que tengo aquí delante, yo diría que también ha ingerido la mitad de los cangrejos de la bahía y una botella de cabernet sauvignon usted sólita. Muy mala idea, la de mezclar esos dos colores en una misma noche. ¡El rojo y el blanco no hacen buenas migas!
 - —¿Qué está diciendo…? —contestó Lauren.
 - -Yo. nada: su estómago, en cambio...

Lauren se tumbó y se sostuvo la cabeza con las manos, sin comprender nada de lo que le pasaba.

- -Tengo que salir de aquí lo antes posible.
- —Haré lo que pueda —replicó Stern, pero primero tengo que coserla y ponerle una vacuna antitetánica ¿Prefiere anestesia local o...?

Lauren le interrumpió para emplazarlo a cerrar esa herida rápidamente. El joven residente se procuró un kit de sutura y tomó asiento a su lado, en un taburete. Estaba cerrando el tercer punto cuando Betty entró en la cabina.

- -¿Pero qué te ha pasado? preguntó la enfermera jefe.
- -; Creo que una buena turca! -contestó el doctor Stern en su lugar.
- —Qué herida más fea —comentó Betty, mirando el pie que estaba curando Stern
 - --: Cómo está? --le preguntó Lauren, ignorando al interno.
- --Acabo de bajar del quirófano. Aún no está todo ganado pero creo que saldrá adelante.
 - —¿Qué ha ocurrido?
- —Transpiración encefálica postoperatoria, le retiraron el drenaje demasiado pronto.
 - -Betty, ¿puedo hacerte una pregunta?
 - --: Acaso tengo alternativa?

Lauren le agarró la muñeca al doctor Stern y le pidió que las dejara a solas un momento. El residente pretendia terminar primero su trabajo. Betty le quitó la aguja de los dedos, ella misma concluiría la sutura. En el vestibulo de Urgencias había una multitud de pacientes que le necesitaban más que Lauren.

Stern miró a Betty. Abandonó el taburete. Después de todo, ella sólo tendría que encargarse del vendaje y de la vacuna del tétanos. Las enfermeras jefe de los servicios hospitalarios tenían cierta autoridad sobre los jóvenes residentes.

Betty se sentó junto a Lauren.

- —Te escucho —le dijo.
- —Sé que te parecerá raro lo que te voy a preguntar, pero ¿es posible que el paciente de la 307 haya esquivado tu atención durante el día de hoy? Te juro que esto quedará entre nosotras.
 - -¡Sé más concreta! -replicó Betty, con un tono casi indignado.
- —No lo sé, tal vez podría haber metido una almohada en su cama para hacerte creer que seguía allí y desaparecer algunas horas sin que tú te dieras cuenta. Parece muy capaz de algo así.

Betty echó una mirada a la palangana que había junto a la pila y levantó los oi os al cielo.

-: Lo siento mucho por ti. querida!

Stern reapareció en la cabina.

- —¿Está segura de que no nos hemos visto en alguna parte? Yo hice unas prácticas aquí hace cinco años y ...
 - -;Fuera! -ordenó Betty.

El profesor Fernstein consultó su reloi.

—¡Cincuenta y cuatro minutos! Ya puede despertarlo —dijo Frenstein mientras se alejaba de la mesa.

El profesor saludó al anestesista y salió del quirófano de mal humor.

- -¿Qué pasa? -preguntó Granelli.
- -Está cansado -contestó Norma con voz triste

La enfermera se encargó del vendaje mientras Granelli devolvía a Arthur a la vida

- Las puertas de la cabina del ascensor se abrieron en la planta de Urgencias. Fernstein atravesó el pasillo con paso rápido. Entonces oyó una voz que le llamó la atención. Receloso, asomó la cabeza por la cortina de la cabina y descubrió a Lauren sentada en la camilla, conversando con Betty.
- —¿Es que no lo ha entendido? ¡Tiene prohibido el acceso a este hospital! ¡Todavía no se ha reincorporado a sus funciones!
 - -Me he reintegrado yo misma como paciente.

Fernstein la miró, dubitativo. Lauren alzó orgullosamente la pierna en el aire, y Betty le confirmó al profesor que acababa de aplicarle siete puntos de sutura en el talón.

Fernstein refunfuñó

-Realmente, es usted capaz de hacer cualquier cosa por el solo placer de llevarme la contraria.

Lauren sintió deseos de replicar, pero Betty, que le daba la espalda al profesor, le hizo un gesto con los ojos para que callara. Fernstein ya había desaparecido y sus pasos sonaban en el pasillo. Atravesó el vestíbulo y avisó con

tono autoritario a la recepcionista de que se iba a casa; no quería que lo molestasen, ni aunque el gobernador de California se partiera el cráneo durante su sesión de gimnasia.

- -¿Qué le he hecho y o? -se preguntó Lauren, afectada.
- —¡Te echa de menos! Desde que te suspendió, se las tiene con todo el mundo. Aquí todos le molestan, excepto tú.
- —Vaya, pues preferiría que no me echase tanto de menos, ¿has oído cómo me ha hablado?

Betty recogió las vendas sobrantes y las guardó en los cajones del armario.

- —¡Pues tú, querida, tampoco puede decirse que andes corta de vocabulario! Envendaje y a está listo, puedes ir a corretear por donde te plazca, excepto en las plantas superiores de este hosnital.
 - -¿Crees que lo habrán bajado a su habitación?
- —¿A quién? —inquirió Betty con voz hipócrita mientras volvía a cerrar la puerta del botiquín.
 - --: Betty!
- --Iré a comprobarlo, si tú me juras que te irás de aquí en cuanto tenga la información.
- Lauren lo prometió haciendo un gesto con la cabeza y Betty salió de la cabina de exploración.

Fernstein atravesó el aparcamiento. El dolor lo embargó de nuevo cuando estaba a unos metros de su coche. Era la primera vez que se había manifestado en el transcurso de una operación. Sabía que Norma había adivinado en sus rasgos la punzada que le mordía la parte baja del vientre. Los seis minutos que había ganado a la intervención sólo fueron para su paciente. Gruesas gotas perlaban su frente y la vista se le nublaba un poco más a cada paso. Un sabor metálico le invadió el paladar. Doblado, se llevó la mano a la boca, tuvo un acceso de tos y la sangre se filtró entre sus dedos. Sólo unos metros más, rezaba Fernstein para que el vigilante no lo viera. Se apoyó en la puerta y buscó el mando a distancia en el bolsillo. Reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, se sentó detrás del volante y esperó a que pasara la crisis. El paisaje desapareció detrás de un velo opaco.

Betty no estaba. Lauren se deslizó al pasillo y renqueó hacia el vestuario. Abrió una taquilla y se llevó la primera bata que encontró, antes de volver a salir tan discretamente como había entrado. Abrió una puerta de servicio, atravesó un largo corredor donde multitud de conductos desfilaban por encima de su cabeza y apareció en el servicio de pediatría, en otra ala del edificio. Cogió los ascensores de la parte oeste hasta la tercera planta, tomó un pasadizo, sólo para el personal médico en sentido inverso y, por fin, salió al servicio de neurología. Se detuvo ante la puerta de la habitación número 307.

Paul se puso de pie de un salto con el rostro aturdido por la inquietud. Pero la sonrisa de Betty, que se dirigía hacia él. era apaciguadora.

—Lo peor ya ha pasado —diio.

La intervención se había desarrollado bien y Arthur ya descansaba en su habitación. Ni siquiera tuvo que quedarse en reanimación. El incidente de esa noche no era más que una pequeña complicación postoperatoria sin consecuencias. Podría hacerle una visita al día siguiente. Paul habría querido quedarse toda la noche a su lado, pero Betty lo tranquilizó de nuevo: no había ningún motivo para preocuparse. Ella tenía su número y lo llamaría si sucedía cualquier cosa.

- —Pero ¿me promete que no le ocurrirá nada grave? —presunto Paul con voy, febril
 - —Venga —dijo Onega, cogiéndolo del brazo—, vamonos a casa.
- —Todo está bajo control —afirmó Betty—, vaya a descansar, está usted blanco como el papel. Una noche de sueño le sentará de maravilla. Yo me ocuparé de él.

Paul cogió la mano de la enfermera y la sacudió enérgicamente, deshaciéndose en agradecimientos y disculpas, mientras Onega casi tenía que empujarle a la fuerza hasta la salida.

- —¡Si lo llego a saber me quedo con el papel de mejor amigo! ¡Eres mucho más expresivo en este terreno! —dijo ella, mientras atravesaban el aparcamiento.
- —Nunca he tenido ocasión de cuidarte estando enferma —contestó él con una espantosa mala fe al tiempo que le abría la puerta.

Paul se instaló detrás del volante y miró con perplejidad el coche que estaba aparcado al lado del suvo.

- —¿No arrancas? —preguntó Onega.
- -Mira a ese tipo de la derecha: no tiene muy buen aspecto.
- —¡Estamos en el aparcamiento del hospital y tú no eres médico! Tu tonelito de San Bernardo ya está vacío por hoy, vámonos.

El Saab abandonó su plaza y dobló la esquina de la calle.

Lauren empujó la puerta y entró en la estancia. La habitación silenciosa estaba sumida en la penumbra. Arthur entreabrió los ojos, pareció sonreírle y se volvió a dormir al instante. Ella avanzó hasta el pie de la cama y lo miró, atenta.

Algunas palabras de Santiago surgieron de su recuerdo: al abandonar la habitación de su hija, el hombre de pelo cano se había dado la vuelta una última vez para decir en español: «Si la vida fuese como un largo sueño, los sentimientos serían su orilla». Lauren avanzó en la penumbra, se inclinó sobre el oído de Arthur v murmuró:

—Hoy he tenido un ensueño muy extraño. Y desde que me he despertado, sueño con volver a él, sin saber por qué ni cómo hacerlo. Me gustaría volver a verte, allá donde duermes.

Depositó un beso en su frente y la puerta de la habitación se cerró lentamente tras sus pasos.

Capítulo 16

El día despuntaba sobre la bahía de San Francisco. Fernstein se reunió con Norma en la cocina, se sentó a la barra, cogió la cafetera y llenó dos tazas.

- -¿Llegaste tarde ay er? -dijo Norma.
- —Tenía trabajo.
- -En cambio, dejaste el hospital antes que y o.
- -Tenía que arreglar unos asuntos en la ciudad.

Norma se volvió hacia él con los ojos enrojecidos.

—Yo también tengo miedo, pero tú nunca ves mi temor, sólo piensas en el tuyo. ¿Crees que no me aterroriza la idea de sobrevivirte?

El viejo profesor abandonó su taburete y estrechó a Norma entre sus brazos.

- —Lo lamento, nunca pensé que morir iba a ser tan difícil.
- —Te has codeado con la muerte toda tu vida.

—Con la de otros, no con la mía.
Norma sostuvo el rostro de su amante entre las palmas de las manos y posó los labios sobre su meilla.

- —Sólo te pido que luches por conseguir una prórroga: dieciocho meses, un año... aún no estoy lista.
 - -A decir verdad, yo tampoco.
 - -Entonces, acepta ese tratamiento.
- El viejo profesor se aproximó a la ventana. El sol se levantaba detrás de las colinas de Tiburón. Inspiró profundamente.
- —En cuanto Lauren obtenga el título, presentaré mi dimisión. Nos iremos a Nueva York, ahí tengo a un viejo amigo que quiere encargarse de mí. Probaremos suerte.
 - -¿Es eso cierto? -preguntó Norma, con lágrimas en los oj os.
 - -¡Te he hecho cabrear como nadie, pero nunca te he mentido!
 - --- Por qué no ahora mismo? Vayámonos mañana.
- —Te he dicho que cuando Lauren obtenga la titulación. ¡Quiero dimitir de mis funciones, pero al menos no voy a dejarlo todo patas arriba! Y ahora, ¿me preparas esa tostada con mantequilla?

Paul dejó a Onega en su casa. Aparcó en doble fila, bajó y rodeó el coche a toda prisa. Se pegó a la puerta, impidiendo a su pasajera que la abriese. Onega lo miró sin comprender a qué estaba jugando. Él golpeó el vidrio y le hizo una señal para que bajase la ventanilla.

—Te dejo el coche, voy a coger un taxi para ir al hospital. En el llavero está la llave de mi casa. Quédatela, es tuya, yo tengo otra en el bolsillo.

Onega lo miró, intrigada.

- —Bueno, admito que es una forma estúpida de decirte que me encantaría que viviésemos juntos —añadió Paul—. En fin, si fuese por mi, incluso todas las noches me parecería muy bien, pero ahora que ya tienes tu llave, eres tú quien decide. haz lo que quieras.
- —Sí, la verdad es que tienes razón: es una forma estúpida —contestó ella con voz suave
- —Lo sé, esta última semana he perdido algunas neuronas. Pero la cuestión es que me gustas mucho, incluso cuando haces el tonto.
 - —Es una buena noticia.
 - —Vete. o te perderás su despertar.

Paul se asomó al interior

-Ten cuidado, es muy delicado, sobre todo el embrague.

Besó a Onega con frenesí, corrió al cruce y cogió un taxi. Le dio la dirección del San Francisco Memorial Hospital. Cuando le contase a Arthur lo que acababa de hacer, seguro que le prestaría su vieio Ford.

Lauren se despertó al compás de los martillazos que retumbaban en su cabeza. Las punzadas en el pie la obligaron a quitarse el vendaje para comprobar cómo estaba la herida.

-: Mierda! -dijo, al comprobar que supuraba-. ¡Sólo me faltaba esto!

Se levantó y fue al cuarto de baño a la pata coja; abrió el botiquín, destapó una botella de antiséptico y roció el talón. El dolor fue tan violento, que soltó el frasco de alcohol y fue a parar al interior de la bañera. Lauren sabía muy bien que así no conseguiría nada. Había que limpiar la herida en profundidad y tomar antibióticos. Una infección de tal naturaleza podía tener consecuencias terribles. Se vistió y llamó a la compañía de taxis. No era aconsejable conducir en ese estado.

Diez minutos más tarde llegó al hospital. Un paciente que esperaba su turno desde hacía dos horas le sugirió con vehemencia que se pusiera a la cola como todo el mundo. Ella le mostró su credencial y franqueó la puerta acristalada que daba a las cabinas de exploración.

- —¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó Betty —. Si Fernstein te ve...
- -Cúrame el pie, me duele horrores.
- --Para que tú te que jes, tiene que ser algo serio. Siéntate en esa silla de ruedas
 - -Tampoco exageremos, ¿qué cabina está libre?
- —La tres. Y date prisa, llevo aquí veintiséis horas, ni siquiera sé cómo me aguanto de pie.
 - -i, No has podido descansar un poco esta noche?
 - —He hecho una pausa de unos minutos al amanecer.

Betty la hizo sentar en la camilla y le deshizo el vendaje para inspeccionar la herida.

-¿Cómo te las has apañado para que se infecte tan deprisa?

La enfermera preparó una jeringuilla de lidocaína. En cuanto la anestesia local hubo liberado a Lauren del dolor separó los bordes de la cicatriz y limpió meticulosamente los tejidos infectados. A continuación, preparó un nuevo kit de sutura.

- -¿Quieres coserte tú misma o me lo dejas a mí?
- -Mejor tú, pero hazme un drenaje primero, no quiero correr ningún riesgo.
- —Te va a quedar una buena cicatriz, lo siento.
- —No viene de más una más.

Mientras la enfermera trabajaba, Lauren desgarró la sábana con los dedos. Cuando Betty le dio la espalda, aprovechó para hacerle una pregunta que le ardía en los labios.

- —¿Cómo está él?
- —Se ha despertado en plena forma. Ese tipo ha estado, a punto de morir durante la noche y lo único que le interesa saber es cuándo podrá salir de aquí. ¡Te juro que en este servicio vemos de todo!
 - -No aprietes demasiado la venda.
 - -Estoy haciendo lo que puedo, ¡y a ti te prohíbo que subas a su planta!
 - -; Y si me pierdo por los pasillos?
- —¡Lauren, no hagas tonterías! Estás jugando con fuego. Te faltan pocos meses para acabar el internado, no iras a ponerlo todo en peligro ahora.
- —He pensado mucho en él esta noche, y de una forma bastante extraña, además
- —Muy bien, pues sigue pensando esta semana y lo ves el próximo domingo. En principio lo soltaremos el sábado. Contrariamente a tu fantasma de la Ópera, éste tiene una identidad, una dirección y un teléfono. Si quieres volver a verlo, llámalo cuando salta.
 - —Es mi tipo —replicó Lauren con voz tímida.

Betty le levantó la barbilla y la miró, enternecida.

-Dime una cosa: ¿no estarás sufriendo un pequeño derrame sentimental?

Nunca te había oído pronunciar palabras tan dulces.

Lauren apartó la mano de Betty.

- —No sé muy bien qué me está pasando, sólo deseo verlo y comprobar por mí misma que está bien. ¡No deia de ser mi paciente!
 - -Tengo una ligera idea de lo que te pasa, ¿quieres que te lo explique?
 - -Deja de burlarte de mí. ¡No es tan sencillo!

Betty se echó a reír.

-No me estoy burlando, pero lo encuentro desconcertante; bueno, te dejo, voy a acostarme. No hagas estupideces.

Cogió una tablilla y la puso debajo del pie de Lauren.

—Con esto caminarás mejor. Coge antibióticos de la farmacia central. Hay un par de muletas en ese armario.

Betty desapareció detrás de la cortina y regresó enseguida.

—Y por si acaso ya no sabes orientarte en este hospital, la farmacia central está en el sótano, no te confundas con el servicio de neurología: ¡son los mismos ascensores!

Lauren la ovó alejarse por el pasillo.

Paul estaba delante de la cama de Arthur. Abrió una bolsa llena de cruasanes y de pastelitos de chocolate.

- —Ha estado muy feo lo de volver al quirófano en mi ausencia. ¡Espero que hayan sabido manejarse sin mí! ¡Cómo te encuentras esta mañana?
- —Muy bien, dejando a un lado que estoy harto. ¿Y tú? No tienes muy buen aspecto.
 - -Me has hecho pasar una noche de perros.

Lauren cogió el bloc de recetas del mostrador y se prescribió un potente antibiótico. Firmó la hoja y se la entregó al empleado.

- -No se anda con chiquitas, ¿está tratando una septicemia?
- -¡Mi caballo tiene mucha fiebre!
- -¡Con esto, estará de pie en un día!

El empleado se retiró detrás de las estanterías y volvió instantes después con un frasco en la mano

—Tómeselo con calma, de todas formas; me gustan los animales, y con esto puede matarlo.

Lauren no contestó, sino que cogió el medicamento y regresó al ascensor. Dudó antes de pulsar el botón de la tercera planta. En la planta baja, un técnico entró en la cabina empujando un aparato de electroencefalografía. La pantalla estaba rodeada por una cinta de plástico amarilla.

- —¿Qué piso? —preguntó Lauren.
- -Neurocirugía.
- —;Está estropeada?
- —Estas máquinas son cada vez más sofisticadas, pero también más caprichosas. Esta escupió ayer toda la bobina de papel con un trazo incomprensible. No registraba hiperactividad cerebral, sino la corriente de una central eléctrica. Los de mantenimiento se han pasado tres horas con ella y dicen que no tiene nada. Interferencias, seguramente.
 - -¿Qué hiciste ay er por la noche? -preguntó Arthur.
 - -Tienes curiosidad, ¿eh? Cené con una chica.

Arthur miró a su amigo con aire inquisitivo.

- —Onega —confesó Paul.
- —¿Os seguís viendo?
- —Más o menos.
- —:Oué significa ese extraño tono?
- -Temo haber cometido una gilipollez.
- —;De qué tipo?
- —Le he dado las llaves de mi casa.

El rostro de Arthur se iluminó; casi hubiera querido hacer rabiar a Paul, pero éste se levantó y se colocó frente a la ventana con expresión inquieta.

- —¿Es que lo lamentas?
- -Me da miedo haberla asustado, quizá he ido demasiado deprisa.
- —¿Te has enamorado?
- —No sería imposible.
- —Entonces, fiate de tu instinto. Si has hecho eso es porque lo deseabas, y ella lo notará. No hay por qué avergonzarse de compartir los sentimientos, créeme.
- —Entonces, ¿crees que no he metido la pata? —preguntó Paul, con el rostro lleno de esperanza.
 - -Nunca te he visto en este estado. No tienes ninguna razón para preocuparte.
 - —No me ha telefoneado.
 - —¿Desde cuándo?

Paul consultó su reloj.

- —Desde hace dos horas.
- —¿Tanto? ¡Estás chiflado! Déjale tiempo para saborear tu gesto, y también para que deje libre su linea telefónica: tiene que llamar a todas sus amigas para decirles que ha hecho caer al soltero más duro de pelar de todo San Francisco.
- —Sí. Muy bonito, ahora vas de sobrado, pero ya me gustaría verte en mi pellejo; no sé muy bien lo que me pasa, tengo frío, tengo calor, tengo las manos húmedas, me duele la barriga y tengo la boca seca.

- -¡Estás enamorado!
 - -Ya sabía y o que no estaba hecho para esto: me pone enfermo.
 - —Ya verás que los efectos secundarios son magníficos.
- Una interna pasó por delante del cristal de la habitación.

Paul abrió los ojos de par en par.

- -- ¡Molesto? -- preguntó Lauren, entrando en la estancia.
- -No -dijo Paul.

Precisamente se disponía a ir a buscar un café a la máquina. Le ofreció uno a Arthur, y Lauren contestó en su lugar que no era muy recomendable. Paul se eclipsó.

- -¿Se ha herido? -se inquietó Arthur.
- —Un accidente absurdo —confesó Lauren, descolgando la hoja del historial del pie de la cama.

Arthur miró la tablilla.

- —¿Oué le ha pasado?
- -¡Una indigestión en la fiesta del cangrejo!
- -- ¿Y uno puede destrozarse el pie con eso?
- —No es más que un corte traicionero.
- -: Es que la pellizcaron con unas tenazas?
- -No tiene ni la más remota idea de lo que le estoy contando, ¿no es así?
- -No mucha, la verdad, pero si tiene a bien explicarse un poco más...
- -Y usted, ¿cómo ha pasado la noche?
- -Ha sido bastante movida.
- —¿Salió de su cama? —preguntó Lauren, llena de esperanza.
- —Más bien me he hundido en ella; mi cerebro se ha recalentado, por lo que parece, y han tenido que subirme de urgencia al quirófano.

Lauren lo miró atentamente.

- -¿Qué pasa? -preguntó Arthur.
- -Nada, una estupidez.
- -¿Hay algún problema con mis resultados?
- -No, no se preocupe, no tiene nada que ver con eso -dijo ella con voz suave.
 - -Entonces, ¿de qué se trata?

Lauren se apoy ó en la barandilla de la cama.

- —¿No recuerda nada de…?
- —¿De qué? —la interrumpió Arthur, febril.
- —Déjelo, es completamente ridículo, no tiene ningún sentido.
- -¡Dígamelo de todas formas!

Lauren se dirigió a la ventana.

-Yo nunca bebo alcohol, y ya ve, creo que agarré la mayor borrachera de mi vida

Arthur permaneció en silencio; ella se dio la vuelta y las palabras surgieron de su boca sin que pudiese siquiera retenerlas.

- —No es muy sencillo de…
- Una mujer entró en la estancia oculta detrás de un inmenso ramo de flores. Lo dejó encima de la mesa con ruedas y avanzó hasta la cama.
- —¡Dios mío, cuánto miedo he pasado! —exclamó CarolAnn, al tiempo que abrazaba a Arthur.
- Lauren observó la sortija cargada de diamantes que adornaba el dedo anular de la mano izquierda de la mujer.
- —Era una tontería —murmuró Lauren—, sólo quería saber cómo estaba, lo deio con su prometida.
 - Carol Ann abrazó a Arthur más fuerte todavía y le acarició las mejillas.
- —¿Sabías que en algunos países, perteneces para siempre a la persona que te ha salvado la vida?
 - -Carol Ann, me estás ahogando.

La joven, algo confusa, aflojó su lazo, se enderezó y se atusó la falda. Arthur buscó la mirada de Lauren, pero ya no estaba allí.

Paul, que venía por el pasillo, vio a Lauren a lo lejos avanzando hacia él. Al cruzarse con ella, le dedicó una sonrisa cómplice que ella no le devolvió. Él se encogió de hombros, prosiguió su camino hacia la habitación de Arthur y no dio crédito a sus ojos cuando descubrió a Carol Ann sentada en la silla que había junto a la ventana.

- -Buenos días, Paul -dijo Carol Ann.
- -¡Dios mío! -gritó éste, dejando caer el café.

Se agachó para recoger el vaso de plástico.

- -Las catástrofes nunca llegan solas -dijo, mientras se enderezaba.
- $-_{\tilde{c}}$ Debo tomármelo como un cumplido? —preguntó Carol Ann en un tono tirante.
- —Si estuviera bien educado te diría que sí, pero ya me conoces: ¡soy de naturaleza grosera!

Carol Ann se levantó de la silla, ofendida, y miró fijamente a Arthur.

- -¿Y tú no dices nada?
- —Carol Ann, realmente me pregunto si no me traerás mala suerte.

Ella recuperó el ramo de flores y abandonó la habitación dando un portazo.

- -Y ahora, ¿qué piensas hacer? -continuó Paul.
- -¡Salir de aquí lo antes posible!

Paul dio una vuelta a la habitación.

- —¿Qué te pasa?
- -No me lo perdono.

- -¿Qué?
- -Haber tardado tanto en comprender...
- Y Paul empezó a recorrer la habitación de Arthur de un lado a otro.
- —Comprenderás, para mi disculpa, que nunca os había visto juntos, en fin, quiero decir conscientes a los dos al mismo tiempo. No deja de ser algo bastante complicado para vosotros.

Pero al verles a los dos a través del cristal, Paul lo había comprendido: tal vez ni siquiera ellos mismos lo sabían, pero era evidente que Lauren y Arthur formaban una pareja única.

- -Así que no sé lo que debes hacer, pero no pases de largo, Arthur.
- $-_i Y$ qué quieres que le diga? $_i Q$ ue nos quisimos el uno al otro hasta el punto de planear juntos todos los proyectos del mundo, pero que ella ya no se acuerda?
- —Dile mejor que para protegerla te marchaste a construir un museo al otro lado del océano y que no podías dejar de pensar en ella; dile que al volver de ese viaje seguías tan loco por ella como antes.

Arthur tenía un nudo en la garganta y no podía responder a las palabras de su amigo. Entonces, la voz de Paul se elevó un poco más en aquella habitación de hosoital.

- —Has soñado de tal forma con esa mujer, que me has convencido de entrar en tu sueño. Un día me dijiste: « Mientras uno hace cálculos y analiza los pros y los contras, la vida pasa sin que pase nada». Así que piensa deprisa. Fue gracias a ti que le di mis llaves a Onega. Sigue sin telefonearme y, sin embargo, no me he sentido tan ligero en toda mi vida. Ahora deja que te devuelva el favor, amigo. No renuncies a Lauren antes de haber tenido tiempo siquiera de amarla en la vida real.
- —Estoy en un callejón sin salida, Paul. Jamás podría vivir a su lado en la mentira, pero tampoco puedo explicarle todo lo que ocurrió realmente... ¡y la lista es larga! Curiosamente, a menudo nos enfadamos con la persona que nos cuenta una verdad difícil de escuchar, o imposible de creer.

Paul se acercó a la cama.

—Lo que te asusta es decirle la verdad respecto a su madre, amigo mío. Acuérdate de lo que nos decía Lili: es mejor luchar por hacer realidad un sueño que un proyecto.

Paul se levantó y avanzó hacia la puerta, apoyó una rodilla en el suelo y, con una picara sonrisa en los labios, declamó: —¡Si el amor vive de esperanza, también perece con ella! ¡Buenas noches, Don Rodrigo!

Y salió de la habitación de Arthur.

Paul estaba buscando las llaves del coche en el fondo del bolsillo y sólo encontró su teléfono móvil. Un pequeño sobrecito parpadeaba en la pantalla. El

mensaje de Onega decía: «¡Hasta ahora, date prisa!» Paul miró el cielo y lanzó un grito de alegría.

- —¿Por qué está tan contento? —preguntó Lauren, que estaba esperando un taxi
 - -¡Porque he prestado mi coche! -contestó Paul.
- -¿Qué cereales se ha tomado esta mañana para desayunar? -dijo ella, imitándole en la sonrisa

Un vehículo de la Yellow Cab Company se paró delante de ellos. Lauren abrió la puerta y le hizo una seña a Paul para que subiera.

-¡Le llevo!

Paul se instaló a su lado.

- -: Green Street! -le dijo al chofer.
- -¿Vive en esa calle? preguntó Lauren.
- -; Yo no, pero usted sí!
- Lauren lo miró, desconcertada. Paul tenía una expresión pensativa y susurraba con voz apenas audible: «¡Me va a matar; si hago esto, me va a matar!»
 - -¿Si hace qué? -replicó Lauren.
 - -Abróchese primero el cinturón -le aconsejó Paul.

Ella lo miró fijamente, cada vez más intrigada. Paul vaciló unos segundos, luego respiró hondo y se acercó a ella.

- —Ante todo, una aclaración: la loca furiosa de la habitación de Arthur con ese ramo de flores immundas era una de sus ex, una ex que data de la prehistoria, en resumen, un error.
 - --:Oué más?
 - —No puedo. Realmente me va a asesinar si continúo.
- —¿Hasta tal punto es peligroso su compañero? —se inquietó el conductor del taxi.
- —Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Si Arthur no pisa ni a una mosca! —replicó Paul, con tono irritado.
 - -- ¿De veras que hace eso? -- preguntó Lauren.
 - —¡Está convencido de que su madre se reencarnó en mosca!
 - -¡Ah! -dijo Lauren, mirando a lo lejos.
- —Es absolutamente estúpido que le hay a dicho eso, le va a parecer de lo más extraño, ¿no es así? —prosiguió Paul con voz incómoda.
- —Ahora que lo dice —interrumpió el chofer del taxi—, la semana pasada llevé a mis hijos al zoo y el niño me dijo que uno de los hipopótamos era clavadito a su abuela. ¡Tal vez vuelva para verlo bien!

Paul lo fustigó con una mirada a través del retrovisor.

—En fin, qué más da, yo me lanzo —dijo, cogiéndole la mano a Lauren—. En la ambulancia que nos llevaba al San Pedro, usted me preguntó si alguien cercano a mí había estado en coma, ¿lo recuerda?

- -Sí, perfectamente.
- —¡Pues bien, en este preciso instante, esa persona está sentada a mi lado! Ya es hora de que le explique dos o tres cosillas.

El coche abandonó el San Francisco Memorial Hospital y subió hacia Pacific Heights. En ocasiones, el destino necesita que le den un empujoncito; aquel día, era una cuestión de amistad tenderle la mano.

Paul le contó cómo, una noche de verano, se había disfrazado de enfermero y Arthur de médico para llevarse a bordo de una vieja ambulancia el cuerpo de una joven que estaba en coma, y a la que querían desenchufar de los aparatos que la mantenían con vida.

Las calles de la ciudad desfilaban al otro lado del cristal. De vez en cuando, el chofer lanzaba una mirada perpleja a través del retrovisor. Lauren escuchó el relato, sin interrumpir en ningún momento. En realidad, Paul no había traicionado el secreto de su amigo. Si bien Lauren conocia desde ahora la identidad del hombre que la estaba velando cuando despertó, lo continuaba ignorando todo respecto a lo que había vivido con él mientras ella estaba en coma.

- -: Deténgase! suplicó Lauren con voz temblorosa.
- -: Ahora? -- preguntó el chofer.
- —No me encuentro bien.

El vehículo dio un volantazo antes de aparcar en el arcén con un estridente chirrido de neumáticos. Lauren abrió la puerta y fue cojeando hacia una parcela de césped que bordeaba la acera.

Se inclinó para resistir mejor las náuseas que la acuciaban. Sentía un escozor en el rostro, una sensación de calor, aunque estaba temblando. Las arcadas no la dejaban respirar. Los párpados le pesaban y los sonidos le llegaban amortiguados. Le temblaban las piernas, vaciló y el chofer y Paul se precipitaron hacia ella con apenas tiempo de sostenerla. Cayó de rodillas sobre la hierba y se apretó la cabeza con las manos, justo antes de perder el conocimiento.

- -¡Hay que pedir ayuda! -exclamó Paul, presa del pánico.
- —¡Deje que me ocupe yo, tengo el diploma de socorrista, le haré el boca a boca! —contestó el chofer más sereno.
- --Vamos a ser claros: ¡si acercas tus labios grasientos a esa chica, te doy de hostias!
 - —Yo lo decía por ayudar —replicó el chofer, con cara de enfado.

Paul se arrodilló junto a Lauren y le golpeó las mejillas suavemente.

- --: Señorita? -- susurró Paul con voz delicada.
- -¡Estupendo! ¡Así seguro que no se despierta! -refunfuñó el conductor.
- -¡Oye, tú vete a hacerle el boca a boca al hipopótamo de tu madre y olvídame!

Paul colocó las manos debajo del mentón y presionó con todas sus fuerzas

sobre la articulación de las mandíbulas de Lauren.

- -Pero ¿qué está haciendo? ¡Le va a dislocar la mandíbula!
- -; Sé perfectamente lo que hago! Chilló Paul-.; Soy ciruj ano interino!
- Lauren abrió los ojos y Paul miró al chofer de arriba abajo con expresión más que satisfecha.

Los dos hombres la ayudaron a subir al coche de nuevo.

Había recuperado el color. Bajó la ventanilla y aspiró una gran bocanada de oxígeno.

- —Lo siento mucho, va me encuentro meior.
- —No debería haberle contado todo esto, ¿verdad? —prosiguió Paul con voz excitada.
- —Si tiene otras cosas que contarme, y ya que hemos llegado hasta aquí... ¡adelante, ahora es el momento!
 - —Creo que eso es todo.
- Cuando el taxi entraba en Green Street, Lauren interrogó a Paul sobre las motivaciones de su amigo. ¿Por qué había corrido tantos riegos?
- —Es un secreto que no puedo traicionar. Ahora me estoy preguntando si Arthur me ahogará o me inmolará con fuego cuando sepa que he hablado con usted... ¡no querrá que compre también la urna para mis cenizas!
- —Creo que lo hizo porque estaba pirrado por usted —afirmó el chofer, cada vez más apasionado por la conversación.

El vehículo se detuvo delante de la casa de Lauren y el conductor se volvió hacia sus clientes.

- —Si quieren, paro el contador y podemos dar unas vueltas a la manzana. Así seguimos un poco, sólo en el caso de que tengan más cosas que contarse.
- Lauren se inclinó por encima de Paul para abrirle la puerta. Él la miró, sorprendido.
 - -Es usted quien vive aquí, no yo -le dijo.
- —Lo sé —contestó ella—, pero el que se baja es usted, yo he cambiado de destino.
 - -¿Adonde va? -quiso saber Paul, inquieto, mientras salía del taxi.

La puerta se volvió a cerrar y el taxi desapareció por Green Street.

- —Y yo, ¿puedo saber adonde vamos, señorita? —preguntó el chofer.
- —Al mismo sitio del que venimos —contestó Lauren.

La señora Morrison había escondido a *Pablo* en su bolso para atravesar el vestibulo del hospital. El perrito se instaló en las rodillas de Arthur. En la pantalla del televisor que estaba colgado de la pared, Scarlett O'Hara descendia los peldaños de una gran escalinata y *Pablo*, encima de la cama, meneó el rabo. En cuanto Rhett Butler entró en la casa y se aproximó a la señorita Scarlett, el perrito

se irguió sobre sus patas traseras y se puso a gruñir.

- -Nunca lo había visto en este estado -comentó Arthur.
- —Sí, a mí también me sorprende: el libro no le gustó nada —replicó Rose.
- Scarlett miraba a Rhett, desafiante, cuando sonó el teléfono. Arthur descolgó sin apartar la vista de la película.
 - -- ¿Te molesto? -- preguntó Paul con voz temblorosa.
 - —Lo siento, no puedo hablar ahora, estoy con los médicos, ya te llamaré.
 - Y Arthur volvió a colgar, dejando a Paul, solo, en mitad de Green Street.
- —¡Mierda! —exclamó este último mientras bajaba caminando por Green Street con las manos en los bolsillos.

La película de los diez Óscars acababa de terminar. La señora Morrison hizo entrar a *Pablo* en el bolso y le prometió a Arthur que volvería a visitarle muy pronto.

—No se moleste, saldré dentro de unos días.

Al salir, Rose se cruzó por el pasillo con una interna que avanzaba en sentido inverso con paso apresurado. ¿Dónde la había visto antes?

Capítulo 17

- —¿Va todo bien? —preguntó Lauren a los pies de la cama—. No le molestará que me siente en esa silla, ¿verdad? —añadió, con voz algo quebrada.
 - -Claro que no -dijo Arthur, enderezándose.
 - —Y si me quedo quince días, ¿tampoco le molestará?

Arthur la miró, desconcertado.

- —He llevado a su amigo Paul en mi taxi y hemos mantenido una pequeña conversación...
 - -Ah, ¿sí? ¿Y qué le ha dicho?
 - —¡Casi todo!

Arthur bajó la mirada.

- -Lo lamento
- —¿El qué? ¿Salvarme la vida o hacer como si no hubiera pasado nada? Cuando lo curé por primera vez, usted me reconoció, ¿no es así? Porque espero que no robe a mujeres tan a menudo como para que mi rostro le resulte desconocido.
 - —Jamás la he olvidado.

Lauren se cruzó de brazos.

- -Y ahora, tendrá que explicarme por qué hizo todo eso.
- -¡Para que no la desconectaran!
- -Eso ya lo sé, lo que su camarada se ha negado a decirme es el resto.
- —¿Qué resto?
- -- ¿Por qué y o? ¿Por qué corrió tantos riesgos por una desconocida?
- —Usted hizo lo mismo por mí, ¿no?
- -¡Pero usted era mi paciente, maldita sea! Yo ¿quién era para usted?

Arthur no contestó. Lauren se acercó a la ventana. En el jardín, un jardinero rastrillaba una vereda. La joven se dio la vuelta bruscamente; la expresión de su cara delataba su cólera.

- —La confianza es lo más precioso que hay en este mundo, y también lo más frágil. Sin ella, nada es posible. Nadie confia en mí, y si usted tira también por ese camino, no tenemos gran cosa que decirnos. Lo que se construye sobre la mentira no puede durar.
 - —Lo sé perfectamente, pero tengo mis motivos.

- —Me habría gustado respetar esos motivos, pero también me conciernen a mí, ¿no? Esto es el colmo: ¡es a mí a quien secuestró!
 - —¡Usted también me secuestró a mí, estamos empatados!
- Lauren lo fusiló con la mirada y se dirigió hacia la puerta. Antes de abandonar la habitación, se dio la vuelta y le dijo con voz resuelta: —¡Usted me gusta, imbécil!

Dio un portazo y Arthur oyó cómo se alejaban sus pasos.

El teléfono sonó.

- -Y ahora, ¿te molesto? -indagó la voz de Paul.
- —¿Tenías algo que decirme?
- -Te vas a reír, pero creo que he metido la pata.
- —Ouitale « Te vas a reir» : ella acaba de irse.

Arthur podía oír la respiración de Paul, que estaba buscando las palabras adecuadas.

- --: Me odias?
 - -- ¿Te ha llamado Onega? -- preguntó Arthur por toda respuesta.
 - —Ceno con ella esta noche —murmuró Paul tímidamente.
- -Entonces, te dejo para que te prepares y tú me dejas reflexionar.
- —Ouedamos así.

Y los dos amigos colgaron el teléfono.

- -: Ha ido todo bien? -le preguntó a Lauren el conductor del taxi.
- —Todavía no lo sé
- —Durante su ausencia, he llamado a mi mujer y le he advertido que llegaría tarde, estoy a su entera disposición. Así que, ¿adonde vamos ahora?

Lauren le preguntó si podía prestarle el teléfono. Encantado, el chofer le entregó el aparato y Lauren marcó el número de un apartamento situado no muy lejos de Marina. La señora Kline descolgó tras el primer timbre.

- -: Tienes partida de bridge esta noche? -quiso saber Lauren.
- —Sí —contestó la señora Kline.
- —Pues anúlala y ponte guapa, te llevo a cenar al restaurante, te pasaré a buscar dentro de una hora.

El chofer dejó a Lauren debajo de su casa y la esperó mientras se cambiaba.

Lauren atravesó el salón al tiempo que se iba desnudando y dejaba caer la ropa en el parqué. Su vecino había reparado la fuga. En la ducha, procuró mantener el pie derecho fuera del agua. Unos instantes más tarde volvió a salir, se enrolló una toalla alrededor de la cintura y otra en el pelo; abrió la puerta del armario del cuarto de baño y se puso a tararear su canción favorita, Fever, de

Peggy Lee. Dudó entre unos vaqueros y un vestido ligero y, para complacer a su invitada de aquella noche, se puso el vestido.

Ya vestida y apenas maquillada, se asomó por la ventana del salón; el taxi seguía en la calle. Entonces se instaló en el sofá, pensativa, y disfrutó por primera vez de la magnifica puesta de sol que entraba por la pequeña ventana de la esquina.

Eran las siete cuando el taxi hizo sonar la bocina delante de la casa de la señora Kline. La madre de Lauren entró en el vehículo y miró a su hija. Hacía años que no la veía vestida así.

- $-_{i}$ Puedo hacerte una pregunta? —le murmuró al oído—. ¿Cómo es posible que el contador marque ochenta dólares?
- —Ya te lo explicaré cenando. Te dejo que pagues la carrera, nunca llevo efectivo. Pero la cena corre de mi cuenta.
 - -¡Espero que no vayamos a un fast food!
 - -Al Cliff House -le dijo Lauren al chofer.

Paul subió de cuatro en cuatro los peldaños de la escalera que conducía a su apartamento. Onega estaba encima de una alfombra. Ilorando a lágrima viva.

- -¿Qué te pasa?-preguntó él, arrodillándose a su lado.
- —Es Tolstoi —dijo, cerrando el libro—. ¡Nunca conseguiré terminar Ana Karenina!

Paul la estrechó entre sus brazos y lanzó la obra al otro extremo de la habitación.

- -¡Levántate, tenemos algo que celebrar!
- —¿Qué? —dijo ella, enjugándose los ojos.

Paul fue a la cocina y volvió con dos vasos y una botella de vodka en la mano.

-Por Ana Karenina -dijo, brindando.

Onega vació el vaso y esbozó el gesto de lanzarlo por encima del hombro.

- --¿Temes por tu moqueta?
- -¡Es una alfombra persa de 1910! ¿Te llevo a cenar?
- -Si quieres, y a sé dónde quiero ir.

Y Onega se llevó a Paul y la botella de vodka al dormitorio. Cerró la puerta con la punta del pie.

El profesor Fernstein dejó la maleta de Norma en la espectacular habitación del Wine Country Inn. Hacía meses que se habían prometido esta escapada al

valle de Nappa. Después de almorzar en Sonoma, habían puesto rumbo a Calistoga y esa noche dormirían en Santa Helena. La decisión merecia ser celebrada. La víspera, Fernstein había redactado una nota para el consejo del Memorial Hospital, anunciándole su voluntad de anticipar su jubilación unos meses. En otra carta dirigida a la dirección general del servicio de Urgencias, había recomendado que la doctora Lauren Kline obtuviera su titulación lo antes posible, pues sería lamentable que otro hospital disfrutara de las cualidades de su meior alumna.

El lunes próximo, Norma y él cogerían el avión para Nueva York Pero antes de reencontrarse con la ciudad que lo había visto nacer, estaba decidido a aprovechar sus últimos días en California.

A las nueve en punto, George Pilguez dejó a Nathalia delante de la puerta de la comisaría del distrito séptimo.

-Te he preparado galletitas, te las he metido en el bolso.

Ella le dio un beso en los labios y salió del vehículo. Pilguez bajó la ventanilla y la llamó mientras subía la escalinata de la comisaría.

—Si alguno de mis antiguos colegas quiere saber quién ha hecho estas maravillosas galletas, aguanta: esta guardia sólo dura cuarenta y ocho horas...

Nathalia insinuó un pequeño gesto con la mano y desapareció en el interior del edificio; Pilguez permaneció unos instantes en el aparcamiento, preguntándoses is sería la edad o bien la jubilación lo que hacía de la soledad algo cada vez menos soportable. « Quizá una mezcla de ambas cosas», se dijo, arrancando otra vez.

Era una noche estrellada. Lauren y la señora Kline estaban paseando a Kali por Marina.

- —La cena estaba deliciosa. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba tanto. Gracias.
 - -Quería invitarte y o, ¿por qué no me has dejado?
 - -Porque tu sueldo no te lo permite, y porque todavía soy tu madre.

En el pequeño puerto deportivo, los obenques de los veleros chirriaban al ritmo de la brisa ligera. El aire era agradable. La señora Kline tiró a lo lejos el palo que tenía en la mano y *Kali* corrió en su persecución.

- —¿Querías celebrar una buena noticia?
- —No especialmente —contestó Lauren.
- -Entonces, ¿a qué viene esta cena?

Lauren se detuvo para mirar a su madre de frente y le cogió las manos entre las suvas.

- --: Tienes frío?
 - —No especialmente —contestó la señora Kline.
- —Yo habría tomado la misma decisión en tu lugar; de haber podido, yo misma te lo habría pedido.
 - -¿Qué me habrías pedido?
 - -¡Que desconectaras las máquinas!

Los ojos de Emily Kline se llenaron de lágrimas.

- —¿Desde cuándo lo sabes?
- —Mamá, quiero que nunca más vuelvas a tenerme miedo; las dos tenemos nuestro carácter, somos distintas y nuestras vidas no serán iguales. Pero a pesar de mis golpes de genio, jamás te he juzgado ni lo voy a hacer nunca. Eres mi madre, y así lo siento en mi corazón, y pase lo que pase, es el lugar que ocuparás hasta el fin de mis días.

La señora Kline estrechó a su hija entre sus brazos mientras Kali regresaba y se colaba entre las dos mujeres. Después de todo, ella también ocupaba un lugar.

- —¿Quieres que te lleve con mi coche? —preguntó la señora Kline, secándose los oi os con el dorso de la mano.
 - -No, voy a caminar, tengo que eliminar toda la cena.
- Lauren se alejó, saludando a su madre con un gesto. Kali dudó unos instantes, volviendo la cabeza a derecha e izquierda. Apretando el palo entre sus mandíbulas con todas sus fuerzas, se lanzó hacia su dueña. Lauren se agachó, acarició la cabeza de su perra y le murmuró al oido:
 - -Ve con ella; no quiero que se quede sola esta noche.

Cogió el trozo de madera y lo lanzó hacia su madre. Kali se alejó ladrando hacia Emily Kline.

- —¿Lauren?
- —¿Sí?
- -Nadie creía en ello, fue un milagro.
- −¡Lo sé!

Su madre se acercó unos pasos.

-Las flores de tu apartamento... no fui y o quien te las regaló.

Lauren la miró, intrigada. La señora Kline se metió la mano en el bolsillo y sacó una cartita arrugada que entregó a su hija.

Entre los pliegues del papel, Lauren ley ó las dos palabras que había escritas.

Sonrió y besó a su madre antes de alejarse apresuradamente.

Los primeros fulgores del día centelleaban en la bahía.

Arthur estaba despierto. Se levantó y se aventuró por el pasillo. Recorrió el suelo de linóleo saltando de un cuadro negro a uno blanco como en un tablero de ajedrez que no tuviera fin.

La enfermera de la planta salió de su puesto para ir a su encuentro. Arthur le aseguró que se encontraba bien. Ella recibió la noticia con satisfacción y lo acompañó de nuevo a su habitación. Debía tener un poco más de paciencia: a finales de semana podría salir.

Cuando la enfermera desapareció, Arthur cogió el teléfono y marcó un número. Paul descolgó.

- -¿Molesto?
- -En absoluto -mintió Paul-; ¡no quiero mirar el reloj!
- —¡Tenías toda la razón! —dijo Arthur, entusiasmado—. Voy a devolverle el color a esa casa, restauraré la fachada, arreglaré las ventanas, lijaré y barnizaré todos los suelos, incluido el del porche; haremos que aquel artesano del que me hablaste pula todas las baldosas; lo rehabilitaré todo, será como antes, hasta el balancín recobrará su inventud.

Paul se estiró. Con los ojos cerrados por el sueño, miró el despertador encima de la mesita de noche.

- -: Estás en una reunión de obra a las seis menos cuarto de la mañana?
- —Reconstruiré el tejado del garaje en la zona alta del jardín, plantaré otra vez los rosales y devolveré la vida a aquel lugar.
- —¿Y piensas hacerlo ahora, o puede esperar un poquito? —preguntó Paul, cada vez más enervado.
- —Empezarás a hacer los cálculos el lunes —prosiguió Arthur con entusiasmo —, las obras se iniciarán dentro de un mes y yo vendré los fines de semana para ver cómo avanza hasta que todo esté terminado ¿Me ayudarás?
- —Ahora voy a dormir. Si en sueños me cruzo con un carpintero, le pediré un presupuesto y te volveré a llamar cuando me despierte, ¡papanatas!

Y colgó.

- -¿Quién era? -quiso saber Onega, acurrucándose contra él.
- -¡Un chalado!

La tarde languidecía bajo el calor estival. Lauren aparcó detrás de la zona reservada a los vehículos policiales. Entró en la comisaría y le explicó al agente de guardia que quería ver a un inspector que estaba retirado; respondía al nombre de George Pilguez. El policía señaló un banco que tenía delante. Descolgó el teléfono y marcó un número.

Tras unos minutos de conversación, garabateó una dirección en un bloc de notas y le hizo una señal a Lauren va que se acercara.

—Tenga —dijo, tendiéndole una hoja—. La está esperando.

La casita se encontraba al otro extremo de la ciudad, entre las calles Quince

- y Dieciséis. Lauren aparcó en la avenida. George Pilguez estaba en el jardín, oculto entre las tijeras de podar y las rosas que acababa de cortar.
- —¿Cuántos semáforos se ha saltado? —dijo, mirando el reloj—. Yo nunca he logrado hacer ese tiempo, ni siguiera con la sirena.
 - -; Bonitas flores! -contestó Lauren.

Incómodo, el inspector le propuso a Lauren que se sentara bajo la pérgola.

- -¿Qué puedo hacer por usted?
- -- Por qué no lo detuvo?
- -Debo de haberme perdido algo: no comprendo su pregunta.
- -¡Al arquitecto! Sé que fue usted quien me devolvió al hospital.

El viejo inspector miró a Lauren y se sentó haciendo una mueca.

- —¿Quiere una limonada?
- -Preferiría que contestase a mi pregunta.
- —Dos años jubilado, y el mundo ya gira al revés. ¡Sólo quedaba por ver que los médicos interroguen a los polis!
 - -- ¿Tan embarazosa es la respuesta?
 - -Todo depende de lo que usted sepa y lo que no.
 - -: Lo sé casi todo!
 - -Entonces, ¿por qué ha venido?
 - --: Porque me da terror ese « casi» !
- —¡Ya sabía y o que me caería usted simpática! Voy a buscar esos refrescos y vuelvo enseguida.

Dejó las flores en el fregadero de la cocina y se quitó el delantal. Después de sacar dos latas del frigorífico, hizo un breve alto delante del espejo del pasillo, el tiempo justo para poner un poco de orden en los últimos cabellos que le quedaban.

-¡Están frescas! -dijo, sentándose a la mesa.

Lauren le dio las gracias.

- —¡Su madre no presentó ninguna denuncia, así que no tenía ningún motivo para enchironar a su arquitecto!
- —Por un secuestro, el Estado debería haberse presentado como acusación civil, ¿no es así? —preguntó Lauren, bebiendo un sorbo de limonada.
- —Sí, pero tuvimos un problemilla: se perdió la carpeta. Ya sabe cómo son estas cosas: ¡a veces, las comisarías están muy desordenadas!
 - -No quiere ay udarme, ¿verdad?
 - -; Todavía no me ha dicho qué está buscando!
 - —Intento comprender.
 - -Lo único que hay que comprender es que ese tipo le salvó la vida.
 - —¿Y por qué lo hizo?
- —No me toca a mí responderle. Pregúnteselo a él. Lo tiene a mano: es su paciente.

- —No quiere decirme nada.
- -Tendrá sus razones, supongo.
- —Y usted, ¿cuáles tiene?
- —Yo, igual que usted, doctora, me debo al secreto profesional. Dudo mucho que cuando uno se jubila se libere de esta obligación.
 - -Sólo quiero conocer las motivaciones de ese hombre.
- —¿No le basta con que le salvase la vida? Usted hace lo mismo cada día por desconocidos... ¡No le irá a reprochar que él lo haya intentado una vez!

Lauren tiró la toalla.

Agradeció al inspector su recibimiento y se dirigió al coche. Pilguez la siguió.

—Olvidese de mi lección de moral: era una fanfarronada. No puedo contarle lo que sé porque me tomaría por un loco; usted es médica y yo un hombre viejo, y no me acaba de seducir que se me lleven los de servicios sociales.

-¡Me debo al secreto profesional, acuérdese!

El inspector la calibró y se asomó a la puerta para explicarle la más loca aventura que había vivido en toda su vida, la historia comenzaba una noche de verano, en una casa junto al mar, en la bahía de Carmel...

—¿Qué más puedo decirle? —prosiguió Pilguez—, hacía treinta grados en el exterior y casi otros tantos en el interior. ¡Y me entraron escalofrios, doctora! Usted estaba durmiendo en la cama de aquel despachito, muy cerca del lugar donde nos encontrábamos nosotros, y mientras él me contaba al lado de él y a veces incluso era como si usted estuviera sentada a mi lado. Entonces lo creí. Probablemente, porque deseaba hacerlo. No es la primera vez que le doy vueltas a este asunto. Pero ¿cómo explicarlo? Cambió mi mirada, y tal vez incluso cambió un poco mi vida. Así que tanto peor si me toma usted por un viejo extravagante.

Lauren puso su mano sobre la del policía. Su rostro irradiaba luz.

—Yo también he creído volverme loca. Un día, le prometo que le contaré una historia igual de increíble que ocurrió en la fiesta de la pesca del cangrejo.

Se inclinó para darle un beso en la mejilla y el coche desapareció por la calle.

- —¿Qué quería? —preguntó Nathalia, que acababa de aparecer ante la puerta de la casa con la cara soñolienta.
 - -Se trata de aquella vieja historia.
 - -¡Han reabierto la investigación!
 - —Ella sí. Vamos, voy a prepararte el desay uno.

Capítulo 18

Al día siguiente, Paul se presentó en el hospital a media mañana. Arthur lo estaba esperando en su habitación, va vestido.

- —¡Sí que has tardado!
- —He llegado hace una hora. Me han dicho que no podías salir antes de la visita de los médicos, y la visita de los médicos es a las diez, así que no he podido subir antes.
 - -Ya han pasado.
 - -- Y estaba el viejo cascarrabias?
- —No, no lo he visto desde mi operación, el que me trata a mí es uno de sus colegas. ¿Vamos? No puedo estar aquí ni un minuto más.

Lauren atravesó el vestibulo con paso resuelto. Insertó su credencial en el lector magnético y pasó al otro lado del mostrador de recepción. Betty levantó la vista de sus carpetas.

- -: Dónde está Fernstein? --le preguntó con determinación.
- —¡Conozco la expresión « buscarse problemas» , pero es que tú corres tras ellos!
 - -¡Contesta a mi pregunta!
- —Lo he visto subir a su despacho, tenía que ir a buscar unos papeles pero me ha dicho que volvería enseguida.

Lauren le dio las gracias a Betty y se dirigió a los ascensores.

El profesor estaba sentado detrás de su mesa, escribiendo una carta. Llamaron a la puerta. Dejó su bolígrafo y se levantó para ir a abrir. Lauren entró sin esperar.

- —Creí que este edificio aún le estaba vetado. Tal vez he contado mal —dijo el profesor.
 - —¿Qué sanción se infligiría a un médico que mintiera a sus pacientes?
 - —Depende de si es en interés del enfermo.
 - Pero ¿si fuese en interés del médico?
 Yo trataría de comprender sus motivos.
 - --: Y si el paciente es también una de sus alumnas?

- —Entonces perdería toda credibilidad. En tal caso, creo que le aconsejaría que dimitiera o que cogiera la jubilación.
 - -¿Por qué me ha ocultado la verdad?
 - —Ahora le estaba escribiendo.
 - -¡Estoy delante de usted, así que hable conmigo!
- —Seguramente piensa en ese chalado que se pasaba el día en su habitación. Después de dudar en ingresarle por demencia precoz, me conformé con neutralizarlo. ¡Si hubiera permitido que le contara su historia, usted habría sido capaz de hacer sesiones de hipnosis para llegar hasta el fondo! Si la saqué del coma. no fue para que volviera a caer en él usted sola.
- —¡Chorradas! —gritó Lauren, golpeando con el puño el escritorio del profesor Fernstein—. ¡Dígame la verdad!
 - -- ¿Realmente quiere saberla? Le advierto que no es fácil de escuchar.
 - -: Para quién?
- —¡Para mí! ¡Mientras y o la mantenía con vida en mi hospital, él aseguraba que vivía con usted en otra parte! Su madre me aseguró que ustedes dos no se conocían antes del accidente pero, cuando él me hablaba de usted, cada una de sus palabras me demostraba lo contrario. ¿Quiere escuchar lo más increíble de todo? ¡Se mostró tan convencido, que estuve a punto de creer en esa fábula!
 - -- Y si fuera cierto?
 - -Ahí está el problema: ¡me habría sobrepasado!
- -Yo no le he mentido, sino que la he protegido de una verdad imposible de admitir
 - -: Me ha subestimado!
 - -Sería la primera vez, así que no irá a reprochármelo.
 - -¿Por qué no intentó comprenderlo usted?
- —¿Y para qué? Fue a mí a quien subestimé. Usted tiene toda la vida por delante para arruinar su carrera dilucidando este misterio. He conocido a varios estudiantes brillantes que quisieron hacer avanzar la medicina demasiado deprisa, y todo ellos se echaron a perder. Un día se dará cuenta de que, en nuestra profesión, el genio no se distingue ensanchando los límites del saber, sino haciéndolo a un ritmo que no desequilibre ni la moral ni el orden establecidos.
 - --- Por qué renunciar?
- —Porque usted va a vivir mucho tiempo y yo voy a morir muy pronto. Una simple ecuación temporal.
 - Lauren se calló. Miró a su viejo profesor, al borde de las lágrimas.
- —¡Se lo suplico: no me haga pasar por esto! Por eso prefería escribirle. Hemos pasado juntos unos años maravillosos, no voy a dejarle como último recuerdo el de un viejo profesor patético.
 - La joven interna rodeó el escritorio y estrechó a Fernstein contra ella. Él se

quedó con los brazos colgando. Luego, algo turbado, acabó por abrazar a su alumna y le susurró al oído:

—Usted es mi orgullo, mi mayor logro. ¡No renuncie nunca! Mientras esté aquí, yo continuaré viviendo a través de usted. Más adelante, le tocará enseñar; tiene aptitudes y talento para ello. Su único enemigo será su carácter, pero con el tiempo, ya lo arreglará. Míreme a mí, no lo he hecho tan mal. ¡Si me hubiera conocido a su edad! Vamos, ahora váyase de aquí sin mirar atrás. Es muy probable que llore por su causa, pero no quiero que se dé cuenta.

Lauren abrazó a Fernstein con todas sus fuerzas.

- —¿Qué voy a hacer sin usted? ¿Con quién me voy a encabritar? —dijo ella, sollozando
 - -: Ya se casará!
 - -- No estará aquí el lunes?
- —Aún no habré muerto, pero ya me habré marchado. No volveremos a vernos, aunque pensaremos a menudo el uno en el otro, estoy seguro de ello.
 - —Le debo tantísimas cosas…
- —No —dijo Fernstein, alejándose un poco—. Sólo se las debe a sí misma. Lo que yo le he enseñado se lo habría podido enseñar cualquier otro profesor, pero la diferencia está en usted. Si no comete los mismos errores que yo, será una gran médica.
 - -Usted no ha cometido ninguno.
- —Hice esperar a Norma demasiado tiempo; si le hubiera permitido entrar antes en mi vida, si yo hubiera entrado en la suya, habría conseguido ser mucho más que un pran profesor.

Le dio la espalda e hizo un gesto con la mano: ya era hora de que se fuese. Y, tal como había prometido, abandonó aquel despacho sin mirar atrás.

Paul había llevado a Arthur a su casa. Cuando apareció la señora Morrison en compañía de *Pablo*, se escabulló hacia el despacho. La jornada del viernes siempre era demasiado corta y tenía un montón de trabajo atrasado. Antes de su partida, Arthur le pidió un último favor, algo con lo que llevaba varios días soñando

- —Ya veremos cómo te encuentras mañana por la mañana. Pasaré a verte esta noche. Ahora, descansa.
 - -¡Pero si no hago otra cosa!
 - —¡Muy bien, pues continúa!

Lauren se encontró un sobre de papel de estraza en su buzón. Despegó la pestaña mientras subía las escaleras. Al entrar en su apartamento, sacó del sobre una gran foto que iba acompañada de una notita.

En el transcurso de mi carrera, he resuelto la mayor parte de los enigmas buscando la solución en la escena del crimen. Aqui tiene la foto y la dirección de la casa donde la encontré. Cuento con su discreción. Esta carpeta se perdió por descuido

Buena suerte.

GEORGE PILGUEZ Inspector de policía retirado.

P. D. No ha cambiado usted nada

Lauren volvió a cerrar el sobre, consultó su reloj y fue enseguida al ropero. Mientras preparaba su bolsa de viaje. llamó a su madre.

- —No es muy buena idea, ¿sabes? La última vez que te fuiste de fin de semana a Carmel
 - -Mamá, sólo te pido que te quedes con Kali un poco más.
- —Me hiciste prometer que no te tendría miedo, pero no puedes prohibirme que tenga miedo por ti. Sé prudente y llámame para decirme que has llegado bien.

Lauren colgó. Regresó al ropero y se puso de puntillas para llegar a otras bolsas de viaje. Empezó a llenarlas apilando prendas de vestir... y muchas otras cosas.

Arthur se había puesto un pantalón y una camisa. Dio los primeros pasos en la calle del brazo de Rose Morrison.

Detrás de ellos, Pablo tiraba de su correa, frenando con las cuatro patas.

 $-_i$ Ya veremos el final de la película cuando hayas hecho lo que tienes que hacer! —le dijo la señora Morrison a su perro.

La puerta del apartamento se abrió. Robert entró en el salón, Lauren estaba de espaldas y la estrechó entre sus brazos. Ella se sobresaltó.

- —¡No quería asustarte!
- -Pues lo has hecho.

Robert miró el equipaje agrupado en mitad de la estancia.

- —¿Te vas de viaje?
- —Sólo el fin de semana.
- --: Y necesitas todas esas bolsas?
- -Solamente la pequeña y roja que hay en la entrada, las demás son las

tuv as.

Se acercó a él y le puso las manos sobre los hombros.

- —Tú dices que las cosas han cambiado desde mi accidente, pero no es cierto. Antes tampoco éramos muy felices. Pero yo tenía mi trabajo, que me impedía darme cuenta. Lo que me fascina es que tú no lo hayas sabido ver.
 - —Tal vez porque te quiero.
- —No, lo que amas es nuestra relación; nos protegemos el uno al otro de la soledad.
 - —Ya no pitamos tan mal.
- —Si fueras más sincero, serías más lúcido. Quisiera que te marcharas, Robert. He reunido todas tus cosas para que te las lleves a tu casa.
 - Robert la miró con aspecto desamparado.
 - ¿Así que ya está, has decidido que se ha terminado?
- —No, creo que lo hemos decidido juntos, pero yo he sido la primera en formularlo, eso es todo.
 - -¿No quieres que nos demos una segunda oportunidad?
- —Sería la tercera. Hace ya mucho tiempo que nos conformamos con estar juntos, pero este conformismo no es suficiente, ahora necesito amar.
 - --: Puedo quedarme aquí esta noche?
 - —¿Lo ves? El hombre de mi vida jamás habría preguntado eso.

Lauren cogió su bolsa. Besó a Robert en la mej illa y salió del apartamento sin mirar atrás.

El motor del viejo coche inglés contestó de inmediato. La puerta del garaj e se elevó y el Triumph se lanzó hacia Green Street. Giró en la esquina de la calle. En la acera, un jack russell correteaba hacia el parque, y un hombre y una anciana pasaban cerca de un plátano.

Eran casi las cuatro de la tarde cuando cogió la autopista 1, la que bordea el Pacífico. A los lejos, los acantilados parecían recortarse en la bruma, como un bordado de sombras rodeado de fuego.

Al caer el día, llegó a una ciudad casi desierta. Dejó el coche en el aparcamiento junto a la playa y lo instaló, sola, en el malecón. Grandes nubes ocultaban el horizonte. A lo lejos, el cielo viraba del malva al negro.

Cuando comenzaba la noche, bajó al Carmel Valley Inn. La recepcionista le

entregó las llaves de un bungaló que daba a la bahía de Carmel. Lauren deshizo su equipaje cuando los primeros rayos rasgaron el cielo. Corrió al exterior para poner su Triumph al abrigo de un tejado y regresó bajo una lluvia diluviana. Enfundada en un albornoz de algodón grueso, encargó una bandeja y se instaló delante del televisor. En la ABC estaban dando su película preferida, Tú y yo. Se dejó mecer por las gotas que golpeaban los cristales. Con el beso que Cary Grant dio por fin en los labios a Deborah Kerr, cogió la almohada y la apretó contra su cuerpo.

La lluvia cesó a última hora de la madrugada. Los árboles goteaban en el gran parque y Lauren seguia sin poder dormir. Se vistió, se echó una gabardina encima de los hombros v salió de la habitación.

El coche recorría los últimos minutos de aquella larga noche, y los faros iluminaban las rayas anaranjadas y blancas que se alternaban entre cada curva tallada en la parte cóncava de los acantilados. Adivinó a lo lejos los contornos de la propiedad y se metió por un camino de tierra batida. Después de una curva aparcó en un hueco, escondiendo el coche detrás de una hilera de cipreses. El pórtico verde de hierro forjado se alzaba ante ella. Empujó la verja cerrada con la cadenilla de un letrero que indicaba la dirección de una agencia inmobiliaria de la bahía de Monterrey. Lauren se deslizó entre los dos batientes.

Contempló el paisaje que la rodeaba. Largas franjas de tierra ocre, donde había plantados algunos pinos piñoneros y plátanos, secuoyas, granados y algarrobos, parecian extenderse hasta el mar. Subió por la pequeña escalera de piedra que bordeaba el camino y, a mitad del trayecto, adivinó a su derecha los restos de una rosaleda. El jardin estaba abandonado, pero una multitud de perfumes entremezclados despertaban a cada paso un carrusel de recuerdos. Las hojas de los árboles vibraban por el viento ligero del alba.

Delante de ella, vio la casa de los postigos cerrados. Avanzó hacia la escalinata, subió los peldaños y se detuvo bajo el porche. El océano parecía querer destrozar las rocas, y las olas acarreaban montones de algas entrelazadas con espinos. El viento echó hacia atrás sus cabellos.

Rodeó la casa, buscando el modo de entrar en ella. Acarició la fachada con la mano y sus dedos se detuvieron en un calce, en la parte inferior de un postigo. Lo retiró y el panel de madera se abrió, chirriando al girar sobre sus goznes.

Lauren apoyó la cabeza contra el cristal. Intentó levantar la ventana de guillotina; insistió, desencajando ligeramente el armazón, que cedió y se deslizó sobre sus rieles. Ya nada le impedia colarse en el interior.

Cerró otra vez el postigo y la ventana detrás de ella. Luego atravesó el pequeño despacho, lanzó una mirada furtiva a la cama y salió.

Fue avanzando con paso lento por el pasillo; detrás de las paredes, cada estancia contenía un secreto. Y Lauren se preguntaba si aquella sensación intima surgía de un relato escuchado en una habitación de hospital, o si venía aún de más lejos.

Entró en la cocina y su corazón latía cada vez más fuerte; miró a su alrededor con los ojos húmedos. Encima de la mesa, una vieja cafetera italiana le resultó familiar. Vaciló, cogió el objeto y lo acarició antes de dejarlo otra vez.

La siguiente puerta daba al salón. Un largo piano dormía en la oscuridad del lugar. Se aproximó con paso tímido y se sentó en el taburete; sus dedos posados sobre el teclado hilvanaron las primeras y frágiles notas del « Claro de luna» de Werther. Se arrodilló sobre la alfombra e hizo vagar su mano sobre la superfície de lana

Repasó cada rincón, subió a la planta y fue de habitación en habitación; y poco a poco, los recuerdos de la casa se transformaron en instantes presentes.

Un poco más tarde, bajó y regresó al despacho. Miró la cama, se acercó paso a paso al armario y extendió la mano. Apenas lo había rozado cuando el pomo empezó a girar. Bajo sus ojos, brillaban los dos cierres de una pequeña maleta negra.

Lauren se sentó cruzando las piernas, corrió los dos pestillos y la maleta se abrió.

Su interior estaba a rebosar de objetos de todos los tamaños: contenía cartas, algunas fotografías, un avión de pasta de sal, un collar de conchas, una cuchara de plata, dos patucos de bebé y un par de gafas de sol infantiles. Había un sobre de papel Rives que llevaba su nombre. Lo cogió, lo olió, lo despegó y se puso a leer.

A lo largo de las palabras que iba descubriendo con mano temblorosa, los fragmentos de recuerdos recompusieron por fin la historia...

Avanzó hasta la cama y apoyó la cabeza en la almohada para leer una y otra vez la última página, que decía:

- «... Y así termina la historia, con tus sonrisas y el tiempo que dura una ausencia. Todavía oigo tus dedos sobre el piano de mi infancia. Te busqué por todas partes, incluso las más lejanas. Te encontré, y esté donde esté, siempre me duermo con tu mirada. Tu carne era mi carne. Con nuestras mitades habíamos inventado promesas; juntos, éramos nuestros mañanas. Desde ahora, sé que los sueños más locos se escriben con la tinta del corazón. He vivido allí donde los recuerdos se construyen entre dos, al abrigo de las miradas, en el secreto de una sola confidencia donde tú aún reinas.
- » Tú me diste lo que yo no sospechaba: un tiempo donde cada segundo de ti contará en mi vida mucho más que cualquier otro segundo. Yo pertenecía a todos los pueblos, pero tú inventaste un mundo. ¿Te acordarás algún día? Te he querido como nunca imaginé que fuese posible. Entraste en mi vida como se entra en el verano.
- » No siento ira ni arrepentimiento. Los momentos que tú me has dado llevan un nombre: la maravilla. Todavía lo llevan, y están hechos de tu eternidad. Incluso sin ti, nunca más volveré a estar solo, ya que tú existes en algún lugar.

ARTHUR

Lauren cerró los ojos y apretó la hoja contra ella. Algo más tarde, el sueño que la había esquivado por fin la invadió.

Era mediodía y una luz dorada se filtraba por entre las persianas. Los neumáticos de un coche crujieron sobre la grava, justo delante del porche. Lauren se sobresaltó. Enseguida buscó un sitio donde esconderse.

- —Voy a buscar la llave y vengo a abrirte —dijo Arthur mientras abría la puerta del Saab.
 - --: No quieres que vay a vo? --- propuso Paul.
 - —No. tú no sabrías abrir el postigo, tiene truco.

Paul descendió del coche, abrió el maletero y sacó la caja de herramientas.

- —¿Qué estás haciendo? —preguntó Arthur al tiempo que se alejaba.
- -- Voy a desmontar el letrero de « Se vende» : tapa la vista.
- -Un minuto y te abro -repitió Arthur, alejándose hacia el postigo cerrado.
- —¡Tómate tu tiempo, amigo! —contestó Paul, con una llave inglesa en la mano.

Arthur cerró la ventana y fue a recuperar la llave que había en la maleta negra. Abrió la puerta del armario y se sobresaltó. Un pequeño mochuelo blanco lo miraba en la oscuridad desde el extremo de un brazo y con la mirada al abrigo de un par de gafas infantiles que Arthur reconoció de inmediato.

- —Creo que ya está curado, nunca más le dará miedo la luz del día —dijo una voz tímida oculta entre las sombras.
 - -Me lo creo: yo llevaba esas gafas, y con ellas se ven maravillas de colores.
 - -: Eso parece! -contestó Lauren.
- —Sobre todo, no me gustaría ser indiscreto, pero ¿qué estáis haciendo ahí los dos?

Ella avanzó un paso y salió de la oscuridad.

—Lo que voy a decirte no es fácil de entender y es imposible de aceptar, pero si quieres escuchar nuestra historia, si quieres confiar en mi, entonces tal vez acabes por creerme, y eso es muy importante, porque ahora lo sé: eres la única persona del mundo con quien puedo compartir este secreto.

Y Arthur entró por fin en el armario...

Epílogo

Paul y Onega se mudaron en navidades a un apartamento frente a Marina.

La señora Kline ganó el torneo de bridge de la ciudad y, el verano siguiente, el del estado de California. Se atrevió con el póquer. En el momento de escribir estas líneas, está disputando la semifinal del campeonato nacional en Las Vegas.

El profesor Fernstein murió en la habitación de un hotel de París. Norma lo llevó a Normandía para que descansara no muy lejos de su tío caído en territorio francés un día de junio de 1944.

George Pilgüen y Nathalia se casaron en una pequeña capilla veneciana. En Da Ivo, una maravillosa y pequeña trattoria, cenaron sin saberlo frente al doctor Lorenzo Granelli. Ahora prosiguen su largo viaje por Europa. La comisaria del distrito séptimo ha recibido recientemente una postal desde Estambul.

La señora Morrison consiguió lo imposible: aparear a Pablo con una hembra jackrussell que se reveló, después del nacimiento de sus cachorros, un fox terrier. Pablo está criando a dos de sus seis hijos.

Betty sigue siendo enfermera jefe de Urgencias del San Francisco Memorial Hospital.

En cuanto a Arthur y Lauren, han pedido que no se les moleste... Durante algún tiempo...



MARC LEVY (Boulogne-Billancourt, Francia, 16 de octubre de 1961). Es un novelista francés. Es autor de Ojalá fuera cierto, uno de los libros más vendidos en el panorama literario francés de los primeros años 2000, y que ha servido de origen para la película de Mark Waters Just like heaven, que en España se tituló ieual que la novela.

Ingresó en la Cruz Roja como socorrista a los 18 años, y trabajó allí durante 6 años más. En 1984, se trasladó a los Estados Unidos y montó en la ciudad de San Francisco una empresa especializada en imagen digital (Rambow Images). Nueve años más tarde regresará a París para fundar junto a dos amigos un despacho de arquitectura (Eurythmic Cloiselec). Pero cuando contaba con 39 años, su vida da un vuelco cuando escribe un libro para su hijo.

Marc Levy es hoy en día un escritor de éxito. Entre sus próximos proyectos espera dirigir cine, una película producida por Dominique Farrugia.